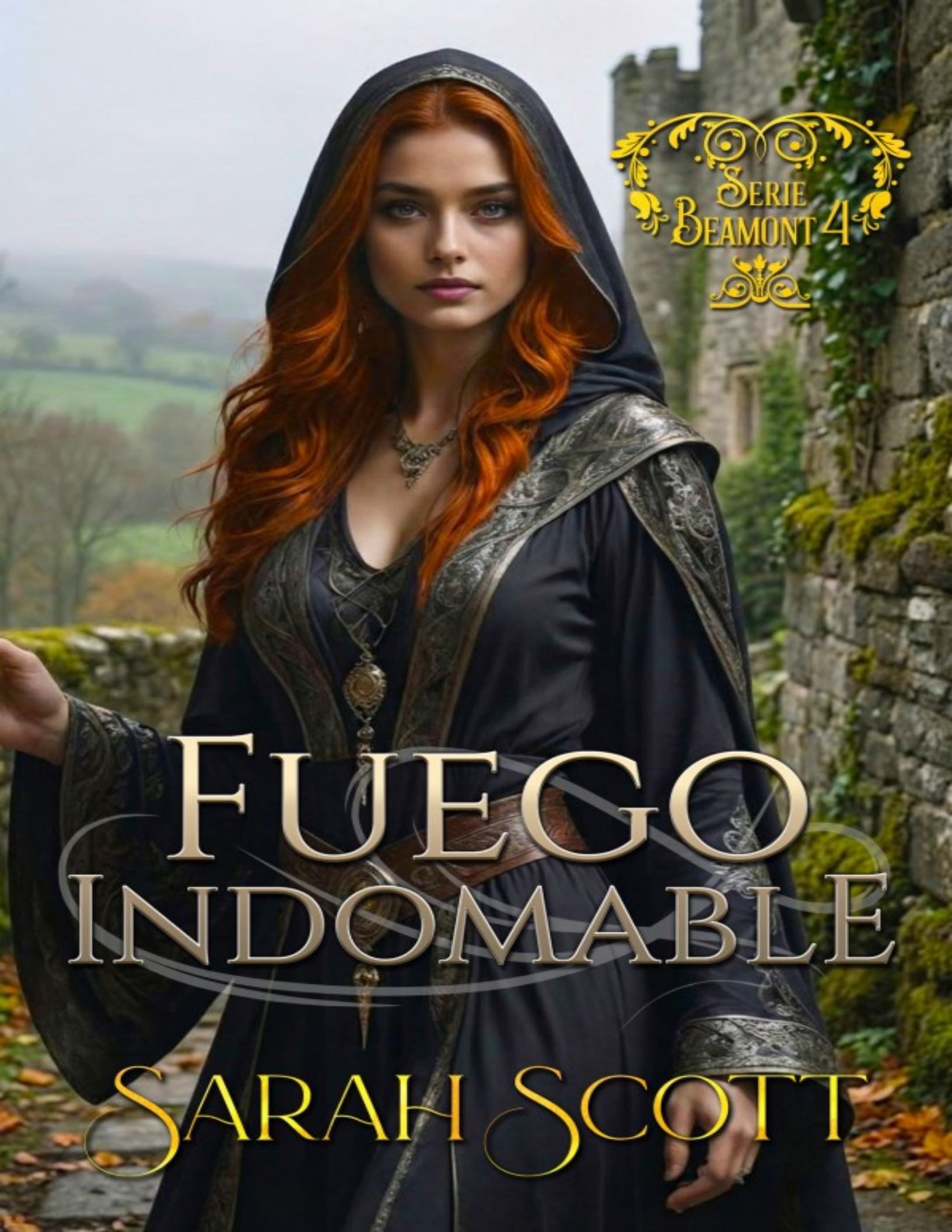




SERIE
BEAMONT 4

FUEGO INDOMABLE

SARAH SCOTT

FUEGO INDOMABLE

SARAH SCOTT



©SARAH SCOTT

Primera edición, 2026

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



Un hombre marcado por el pasado. Una mujer decidida a proteger su futuro. Un amor que nacerá entre las murallas de una fortaleza asediada.

Lady Marion de FitzGerald ha sobrevivido a dos matrimonios crueles y no tiene intención de someterse a un tercero. Ahora, viuda y embarazada, su único objetivo es proteger a su hijo enfermizo, Aldric, de las garras de la corte real. Pero sus ilusiones se desmoronan cuando Nicholas Fenwick, Lord Coudray, irrumpe en su vida.

Conocido como el «engendro del diablo» por las terribles cicatrices que surcan su rostro y el parche que cubre su ojo, Nicholas es el nuevo *sheriff* del condado y el guardián legal de Marion. Temido por todos y atormentado por la tragedia de su difunta esposa y el silencio de su hija pequeña, Nicholas ha cerrado su corazón al mundo.

Sin embargo, Marion no es un monstruo, sino un hombre herido. Mientras luchan por el futuro de sus hijos en medio de intrigas, traiciones familiares y un asedio mortal liderado por un enemigo implacable, una pasión inesperada estalla entre ellos.

¿Podrá el amor de una madre feroz sanar el alma de un hombre roto antes de que la guerra destruya todo lo que aprecian?

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Finales de septiembre de 1194

-¡S alid, hijos de puta de Satanás!

Era un grito de júbilo. Reginald, hermano menor del señor de FitzGerald, no conocía mayor placer que acosar a los jabalíes cuando el aroma del otoño impregnaba el aire. No solo eso, sino que el derramamiento de sangre siempre lograba que olvidara la miserable existencia que el destino le había impuesto.

El sol del mediodía proyectaba estrechos rayos a través de una maraña de ramas que comenzaban a desprenderse ahora que se acercaba el día de San Miguel, revelando la gran bestia jorobada que se agazapaba entre ellas. Reginald espoleó su montura y clavó la lanza en la espesura. Apenas con la edad suficiente para ser cazado, el jabalí negro chilló y entrechocó los colmillos, pero se mantuvo firme en su escondite. Bien, él era un hombre paciente. Reginald podía esperar a que se le acercara.

Al girar su caballo, se reunió con los hombres montados y ocupó su lugar entre su hermano Aymer, lord FitzGerald, y el hijo mayor de este, Theobald.

Los próximos esponsales de Theobald eran el motivo de la alegría de aquel día. El hermano adoptivo de Aymer, Baldwin de Gradinton, y el padre de la joven, Henry, lord Morven, habían llegado temprano para pasar unos días de celebración privada antes de que comenzara el ajetreo del evento.

Sí, Reginald disfrutaba de la caza, pero sus motivos iban más allá de la simple persecución de animales. Solo durante esas pocas

horas él, un caballero sin fortuna, era igual a aquellos nobles terratenientes. Todos los hombres allí presentes, incluso la docena de ingleses a pie que acompañaban a sus amos normandos, vestían las mismas cotas de malla de cuero sobre gruesas calzas de lana o calzones metidos dentro de las botas. Durante ese breve lapso, Reginald podía olvidar que se acercaba al ocaso de su vida sin haber sido nunca más que un mercenario.

Aymer, con la capucha echada hacia atrás para revelar un cabello más gris que castaño desde que había cumplido los cincuenta años, alzó la mano. A su señal, los cazadores gritaron y los batidores tocaron los tambores. Aullando de emoción, los elegantes galgos se lanzaron al bosquecillo, solo para verse frustrados por las ramas espinosas. Sin embargo, sujetos por sus correas, los dos enormes alanos caminaban de un lado a otro y gruñían mientras el olor de la sangre despertaba su naturaleza feroz.

Baldwin de Gradinton, de rostro afilado, con el pelo y la barba negros salpicados de canas, resopló con fingido disgusto.

—¿A esto llamáis entretenimiento, Aymer? Es un lechón enclenque, no un jabalí. ¿Qué honor habrá en darle caza?

La euforia que brillaba en los ojos azules del hombre corpulento desmentía su queja.

—¿A quién le importa el tamaño de sus cojones? —rió Henry, lord Morven, sencillo y regordete—. Hacedlo salir y lo cocinaremos para los perros.

—Sal, lechón —llamó Baldwin, suavizando su áspera voz hasta que sonó como una madre arrullando a su bebé—, o pensaremos que no sois un jabalí, sino una cerda gorda. Vamos, cariño, dejadme derramar vuestra sangre y acabar con vuestra humillación.

Mientras Reginald reía, disfrutando de las bromas de los hombres, la arrogancia de Aymer lo tomó como un insulto. La pálida piel de su hermano se sonrojó y la vergüenza lo arrastró a la imprudencia.

—Soltad a los alanos —bramó el señor de FitzGerald mientras descabalgaba.

Con la lanza aún en la mano, el corpulento hermano de Reginald avanzó a grandes zancadas hacia los matorrales enmarañados.

—¡Cobarde! —gritó al animal escondido—. Sal, maldito, o te sacaré a rastras con mis propias manos.

—Tened cuidado, padre —le advirtió Theobald, con la voz recién mudada quebrándose al hablar.

De pecho ancho y caderas estrechas como su padre y su tío, el joven arqueó las cejas sobre sus ojos marrones.

—¿Quién sabe cuándo descubrirá ese jovencito su hombría?

—¿Como tú descubriste la tuya, muchacho? —Reginald lanzó una mirada de reproche a su sobrino.

Aunque Reginald era el senescal de FitzGerald, el paso de los años lo había convertido en alcahuete tanto de su hermano casado como de su sobrino. Era la peor ironía, ya que solo deseaba amar y honrar a una mujer. Pero incluso si pudiera casarse con Clare, hacerlo la convertiría en sirvienta de Aymer y, por lo tanto, en presa del enorme apetito de su hermano. Ese pensamiento agudizó su tono.

—Ayer por la mañana os convertisteis en padre una vez más. Eso suma un bastardo por cada una de vuestras últimas tres visitas a FitzGerald. El padre de esta muchacha no está muy complacido; rechazó las monedas que le ofrecí y gritó que habíais forzado a su hija.

—¿Para qué sirven los campesinos si no es para cumplir mi voluntad?

El insolente mocoso miró a su tío con una mezcla de desprecio y lástima. Ser escudero de Theobald, un conde, no había hecho más que aumentar la arrogancia aprendida de su padre. Por su actitud, aquel muchacho malcriado dejaba claro que tenía menos

consideración por su tío sin tierras que por las mujeres comunes que utilizaba.

El exceso de práctica hacía que la humillación de Reginald resultara demasiado fácil de tragar. Soportaba aquellas burlas por amor a FitzGerald, el lugar donde había nacido y donde permanecería hasta que se convirtiera en el lecho de su muerte. No obstante, el golpe del chico merecía respuesta.

—¡Hermano, volved! —le gritó a Aymer por encima del ruido de los batidores y los perros.

El señor de FitzGerald se volvió, alzando las cejas en una pregunta muda.

—Dejad que Theobald demuestre su habilidad. Dejad que sea vuestro hijo quien saque al cerdo de su guarida.

Con un poco de suerte, el jabalí atacaría al muchacho. Reginald acompañó su pensamiento malvado con una rápida oración pidiendo un perdón que no deseaba.

—Sí —accedió Gradinton, sin percatarse de que entraba en aquel juego astuto—, dejemos que el joven nos muestre su valentía.

El jabalí eligió ese instante para salir disparado de entre las zarzas. Reginald rugió de emoción y todo pensamiento de venganza se evaporó. Giró su caballo y bajó la lanza con la esperanza de asestar un golpe.

Con sus cortas patas volando y las pezuñas desgarrando la tierra blanda, la criatura huyó de Aymer y de los jinetes. Si había visto una escapatoria fácil entre los soldados de a pie, no había contado con los alanos. Tanto nobles como plebeyos gritaron emocionados cuando los perros recién liberados saltaron sobre el lomo jorobado del cerdo y desgarraron con los dientes el pelo erizado y la dura piel hasta hacerlo sangrar. Los galgos más pequeños lo rodeaban, lanzándose a morder siempre que podían.

De pronto, los alanos fueron arrojados a un lado como si no pesaran nada. Uno de los grandes aulló y cayó al suelo con el

vientre abierto. El cerdo chilló mientras se abría paso entre los galgos y volvía hacia las zarzas, en lugar de mantenerse firme como dictaba su raza.

—¡No! —gritó Aymer—. ¡Bestia cobarde! No os esconderéis de nosotros.

Como si le hubiera dolido el insulto, el enorme animal se detuvo. Ignorando a los perros que lo atormentaban, giró la cabeza hacia el noble, con los pequeños ojos enrojecidos por la rabia y espuma malvada en el hocico. Con los colmillos entrechocando y el morro pegado al suelo, aplastó las orejas contra su estrecho cráneo.

—¡Viene a por vos, Aymer! —avisó Reginald, clavando las espuelas en los costados de su montura mientras la impulsaba hacia delante.

Antes incluso de que el caballo tomara velocidad, el jabalí cargó. Aymer se preparó y apuntó con la lanza para empalar a la bestia. El alano restante saltó sobre ella, pero rebotó contra el animal y cayó sobre Aymer. Reginald observó con horror cómo su hermano se desplomaba y el jabalí se abalanzaba sobre él. La sangre salpicó cuando los afilados colmillos atravesaron el cuero y alcanzaron al hombre que gritaba debajo.

—¡Padre! —chilló Theobald.

Gritando de rabia y de miedo, Reginald espoleó a su corcel hacia la bestia salvaje. Esta alzó la cabeza del cuerpo de Aymer para defenderse del nuevo ataque. Reginald hundió la lanza profundamente en la garganta del jabalí. Por el otro lado llegó el acero de Baldwin. Chillando de dolor, el animal se alejó tambaleándose del hombre destrozado y cayó de costado.

—¡Aymer! —gritó Reginald, lanzándose de la silla y cayendo de rodillas junto a su hermano.

El chaleco de caza de cuero y la túnica de lana que llevaba debajo no eran más que jirones. El torso de Aymer estaba abierto

desde el estómago hasta la ingle, y el vapor se elevaba de su carne ensangrentada.

—Madre de Dios —susurró Reginald, horrorizado, mientras la luz de la vida se apagaba en los ojos de su hermano mayor.

Theobald, con los ojos desorbitados por la conmoción y el rostro ceniciento, se tambaleó hasta el lado de su padre.

—Padre... —gimió en voz baja.

Sin su habitual mueca de desprecio, parecía más joven que sus dieciséis años.

Reginald aferró el brazo tembloroso de su sobrino.

—Theobald, marchaos. No necesitáis ver esto.

El muchacho miró fijamente a su tío, con el labio inferior temblando hasta que lo mordió con los dientes. Hubo un instante de lucha interior, pero después su boca se tensó.

No, no es propio del nuevo señor de FitzGerald llorar como un crío, se advirtió.

Reginald contuvo el aliento. Jesús, ya no era el mercenario de su hermano, sino el sirviente de aquel muchacho. La idea de recibir órdenes de un niño malcriado le dolió como una puñalada. Pero ¿qué otra alternativa tenía? No deseaba vivir en ningún otro lugar que no fuera FitzGerald. ¿Y si fuera él el señor de FitzGerald?

Descartó la idea por imposible. Su hermano tenía dos hijos: Theobald, de su primera esposa, y Aldric, de la segunda. Para heredar FitzGerald, ambos tendrían que morir, y dos muertes tan próximas llamarían la atención y delatarían un asesinato.

Tan rápido como rechazó el pensamiento, la solución se presentó ante él. No hacían falta dos muertes, solo una. El segundo hijo de Aymer era un debilucho para quien cada amanecer era un milagro. Con su hermano mayor fuera de juego, el frágil Aldric necesitaría un escudero. No tardaría mucho en que el riguroso

entrenamiento de la caballería acabara con la línea de Aymer de FitzGerald.

Theobald alzó la cabeza para mirar a su tío, con los ojos marrones aún muy abiertos por la sorpresa.

—Sí —afirmó, hablando con mayor firmeza mientras trataba de mostrar un rostro de hombre ante la tragedia—. Debo asumir mis obligaciones como señor de FitzGerald, y la primera es informar a mi madrastra de la muerte de su esposo. Debo cabalgar como el viento.

A pesar del tono autoritario, el muchacho se levantó despacio, cruzando los brazos alrededor del torso. Uno de los cazadores se adelantó para ayudarle a montar.

—Milord, ¿no debería acompañaros uno de nosotros? —preguntó el hombre a su nuevo amo.

—¿Acaso parezco un niño? No necesito vuestra ayuda —espetó Theobald, recuperando su arrogancia.

Giró la cabeza del caballo y le dio una patada en los costados. El corcel relinchó quejumbrosamente cuando el joven lo lanzó a toda velocidad hacia el bosque.

Baldwin de Gradinton se acercó para cerrar los ojos del difunto.

—Que nuestro Señor te conceda la paz, viejo amigo.

Se hizo un silencio solemne mientras todos los presentes en el claro se detenían para rezar por el alma del hombre y después se santiguaban. Gradinton se recostó sobre los talones y se limpió las manos ensangrentadas en sus ásperos calzones.

—Maldita sea. Theobald es menor de edad. Me irrita que la corte real se entremeta en las propiedades de mi amigo.

Reginald miró al noble. Baldwin no guardaba rencor al rey ni a la corte, sino a Nicholas Fenwick, lord Coudray, sheriff de aquel condado y antiguo yerno suyo. La nieta de Gradinton era ahora su única heredera desde la muerte de sus hijos el pasado diciembre, y Fenwick se negaba a concederle la custodia de la niña.

Lord Morven alzó la vista, con una expresión de arrepentimiento y recelo en su ancho rostro.

—No hay remedio. Aymer no tenía señor feudal, pues dependía directamente de su rey. Hasta que Theobald cumpla veintiún años, la corte y el sheriff gobernarán FitzGerald.

—Ah, pero hay algo que podemos hacer —intervino Baldwin, con una media sonrisa maliciosa—. Debemos celebrar una boda en lugar de unos simples esponsales. Entonces, tendréis la custodia de FitzGerald en lugar de la corte.

Reginald se balanceó sobre los talones. La fortaleza de Morven se hallaba a solo diez millas. Por la mirada de Gradinton comprendió que el barón pretendía que Morven trajera a su hija de inmediato, sin dar tiempo a que Theobald encontrara su fin. Aunque la idea le decepcionó, el alivio de Reginald fue mucho mayor.

Lord Morven parpadeó.

—Mi hija aún no ha cumplido los ocho años —adujo en voz baja, con un deje de disgusto—. Aunque fuera mayor, no tengo deseo alguno de engañar a nuestro rey en lo que es su derecho.

—Este acuerdo podría resultaros más beneficioso de lo que creéis, Henry —replicó Gradinton, antes de volverse hacia el senescal de FitzGerald—. Deberíais ir tras Theobald. Está más conmocionado de lo que quiere hacernos creer. Enviad un carro para recoger el cuerpo de Aymer.

No había duda sobre la intención del noble. Gradinton quería doblegar a Morven a su voluntad, pero no ante los ojos de Aymer. De pronto, liberado de toda restricción, los pensamientos asesinos de Reginald cobraron nueva fuerza. Se puso en pie de un salto.

—¡Jesús, mi propia conmoción me nubla el juicio! Por supuesto que debo ir tras Theobald. ¿Y si cae de la silla consumido por el dolor?

En dos respiraciones ya estaba sobre su montura, espoleando al caballo a toda velocidad. Si alcanzaba a Theobald, el hijo mayor

de Aymer seguiría a su padre al infierno aquel mismo día.

Capítulo 1

Lady Marion, ahora viuda de FitzGerald , empujó a su hijo ya su prima delante de ella hacia el jardín. Una vez dentro, se giró rápidamente, con los bordes del vestido amarillo y verde ondeando, para ver si alguien se había percatado de su huida. Mientras miraba, se maldijo a sí misma por ser tan necia. Mientras estuviera atrapada en FitzGerald, nada de lo que intentara podría impedir que Gradinton y Morven la persiguieran, ni aquel jardín serviría como escondite o refugio. No tardaría mucho en llegar a alguien para arrebatarse a Aldric.

El viento se alzó con un gemido a su alrededor, cargado de un fuerte olor a humedad. Prometía lluvia y el fin de aquel período de clima templado de octubre. Sobre su cabeza, las nubes grises se arremolinaban, espumosas y desgarradas, como sus propias emociones. Se extendían sobre el tejado del alto salón de madera de FitzGerald y se aferraban a la pequeña torre de piedra erigida sobre el antiguo montículo sajón, en el centro de la casa de Aymer. El patio a sus espaldas estaba, por fortuna, desierto.

Con las trenzas rojizas oscilando al ritmo de sus pasos, Marion tiró de la verja y la cerró tras de sí, agradecida tanto por unos instantes más de custodia sobre Aldric como porque la mórbida esposa de Gradinton no los hubiera seguido en esa ocasión. Lady Sibyl la había acechado durante semanas. Marion no sabía si aquella mujer la vigilaba en nombre de su marido o si simplemente ansiaba un oído nuevo al que confiar sus lamentos y su ira por las recientes —y, había que admitirlo, trágicas— muertes de sus hijos.

Una vez cerrada la puerta, empujó con suavidad a su hijo para que se adentrara más en el jardín.

—Maman, no empujes así —se quejó Aldric, frunciendo el ceño mientras Clare, la prima de Marion, se volvía para mirarlo—. Casi me caigo. Podría haberme roto algo.

Frágil y dolorosamente pequeño para sus doce años, Aldric llevaba un manto forrado de piel bien abrochado que ocultaba las calzas rojas y la túnica azul. La capucha, bien ajustada sobre sus orejas sensibles, dejaba ver apenas un mechón de su cabello castaño claro. Sus manos delicadas, más aptas para la pluma que para la espada, estaban protegidas por gruesos guantes.

—Perdóname, amor —se disculpó Marion, esforzándose por ocultar la angustia en la voz—. Tendré más cuidado.

—No voy a pasar una hora entera aquí fuera —continuó Aldric con tono resentido. Marion solía obligarlo a pasar al menos una hora diaria al aire libre, convencida de que el aire fresco era una necesidad para su salud—. No me gusta este lugar. Este jardín no es tan bonito como el nuestro en Nalder. —Alzó la vista hacia la torre que se elevaba sobre ellos—. Nada en FitzGerald es tan bonito como Nalder.

Marion no podía sino asentir en silencio. Su casa en la ciudad de Nalder, su hogar durante los últimos diez años, era pequeña pero acogedora. FitzGerald, en cambio, resultaba atrasada y carente de encanto. El jardín era solo un reflejo más de ello. El césped, sin una sola planta ornamental, se extendía desde sus pies hasta un único peral en plena muda, plantado en el centro del recinto sin rastro alguno de intención estética. Desde ese árbol hasta el muro más lejano, la tierra mostraba los restos secos de guisantes, judías y hierbas arrancadas.

—¿Cuándo nos iremos de FitzGerald? —suplicó Aldric, con los ojos marrones muy abiertos bajo las cejas arqueadas—. Estoy perdiendo muchas clases.

A Marion se le encogió el corazón.

—Pronto —mintió—. Por ahora, Tante Clare y yo necesitamos hablar en privado.

Aunque entrecerró los ojos, molesto por haber sido despachado como un niño, Aldric obedeció y se dirigió al peral. Allí comenzó a arrancar con meticulosidad las hojas secas de las ramas más bajas. El pecho de Marion se oprimió. Que la Virgen la amparase, pero la vida sin Aldric sería insoportable.

Clare, que no era tía sino prima segunda de Marion y su compañera durante los últimos nueve años, se acercó y se situó a su lado. Marion la observó, sorprendida una vez más por lo grises que se habían vuelto sus trenzas. Cuarta hija sin dote ni esperanza de matrimonio, cuarenta años de una vida empobrecida y sin propósito habían marchitado a Clare como una hoja otoñal, secándola hasta volverla frágil, a punto de deshacerse en polvo.

—¿De verdad crees que puedes esconderlo aquí? —preguntó Clare, cruzándose de brazos. Al hacerlo, su gastada capa marrón se abrió un poco y dejó ver parte del vestido azul que Marion había descartado. Aunque nunca se había casado, llevaba una cofia recatada, como correspondía a una matrona.

—Por supuesto que no —respondió Marion en voz baja—, pero debo ganar tiempo. Aún hay esperanza de que llegue respuesta a mi petición. Por Dios, la envié hace tres semanas. La corte de San Miguel ya ha terminado. ¿Cuánto más pueden tardar en decidir si me conceden la custodia de Aldric?

Había presentado su solicitud oficial el mismo día de la muerte de Aymer, junto con una petición para ser eximida de un tercer matrimonio forzado. Ambos documentos habían sido entregados al nuevo sheriff del condado, un hombre al que no conocía. Como representante del rey, era su deber elevar aquellas peticiones al tribunal.

—Minnie, te engañas si crees que el tribunal te entregará a Aldric ahora que Theobald ha muerto. —replicó Clare con un deje de irritación.

Los ojos de Marion se llenaron de lágrimas al recordar aquel suceso. El día anterior, por fin, el hijo mayor de FitzGerald había

regresado a casa tras la fatídica partida de caza. Se había fracturado el cráneo al caer del caballo y su cuerpo había sido luego destrozado por los animales y la intemperie.

En su mente, el rostro desfigurado de Theobald se transformó en el de Aldric. La idea de que su hijo pudiera acabar frío y muerto por las exigencias del mundo de los guerreros le desgarró el corazón.

—Deben concedérmelo —insistió Marion, luchando por convencer tanto a su prima como a sí misma—. Basta con mirar a Aldric para saber que no sobrevivirá como escudero.

La voz se le quebró y se alzó en un grito de dolor. Aldric levantó la cabeza, alarmado.

—No es nada, cariño —se apresuró a decir ella, forzando una sonrisa. Luego cerró los ojos y respiró hondo—. ¿Por qué, Clare? ¿Por qué lo traje aquí?

—Viniste porque tu marido te ordenó concertar el compromiso de Theobald —respondió Clare con amarga ironía—. Negarte no habría cambiado nada. Gradinton, Morven o el sheriff habrían venido igualmente a por Aldric tras la muerte de Aymer.

—Debería haberme negado —murmuró Marion—. Pensé hacerlo. Pero Aymer prometió que, si cumplía, permitiría al fin que Aldric ingresara en su monasterio. Fui una necia al creer que haría algo distinto a lo ya dispuesto en su testamento.

Aymer también había jurado no tocarla mientras permaneciera allí, promesa que había roto, como tantas otras. Solo su padre, muerto cuando ella tenía la edad de Aldric, había sido digno de confianza.

Clare apoyó una mano en su brazo.

—Minnie, no te atormentes por lo que no puedes cambiar. No te queda más que dejar que Aldric siga su camino.

Marion se apartó bruscamente.

—¡No! —susurró con amargura—. Nadie puede pedirme que sacrifique a mi hijo. Es todo lo que tengo.

—No lo es —replicó Clare con firmeza—. Estás encinta. Esa vida es tan valiosa como la de Aldric.

—¿Qué clase de madre entrega a un hijo pensando en reemplazarlo por otro? —escupió Marion—. No habrá nunca otro Aldric.

Ajustó el manto alrededor del cuerpo cuando otra ráfaga fría la sacudió.

—No tengo ya treinta y un años, Clare. A esta edad, las mujeres cambian el título de madre por el de abuela. Es más probable que lo que llevo dentro me mate al nacer y muera conmigo.

—Entonces, ¿por qué no se lo dices a Morven? —propuso Clare—. Tal vez eso te dé unos meses más.

Marion la miró horrorizada.

—¿Estás loca? Si hago eso, volveré a ser prisionera de un hombre.

Todas las viudas embarazadas quedaban bajo tutela legal del sheriff. Nicholas Fenwick la obligaría a residir en Crosswell y, por ley, estaría presente incluso en la sala de partos. Un escalofrío de repugnancia recorrió a Marion.

—No. Debemos ganar tiempo hasta que el tribunal me conceda a Aldric, y luego retirarnos a Nalder. Allí permaneceré recluida hasta que nazca el bebé.

—La gente llamará bastardo a ese niño —advirtió Clare—. No tendrá herencia.

—Das por hecho que vivirá lo suficiente para que eso importe —replicó Marion—, cuando yo no lo doy por hecho.

Apretó las manos de su prima.

—Maldito sea Aymer por hacerme esto. Clare, ojalá fuera tú.

—¿Yo? —preguntó Clare, sorprendida—. ¿Qué mujer desea una vida de pobreza y sin hijos?

—Tú posees lo único que yo no tengo —susurró Marion—. Tu propio ser.

Clare negó despacio.

—Confundes vacío con libertad. Yo cambiaría todo eso por un hijo al que amar y un marido a mi lado.

Marion la observó en silencio. Entonces sonrió con suavidad.

—¿Y sería el señor Reginald el marido que imaginas?

El sonrojo de Clare fue respuesta suficiente.

—Nos hemos hecho amigos —intentó excusarse—, pero es una tontería soñar. Somos parientes.

—Ya no estás en edad de tener hijos —replicó Marion—. La Iglesia no pondría reparos.

—Minnie, no digas más —pidió Clare, abatida—. Aunque me amara, no me lo pediría.

Marion le tomó la mejilla.

—Si es el deseo de tu corazón, lo quiero para ti. Y te daré una dote.

La emoción iluminó los ojos de Clare y borró de golpe los años de su rostro.

La puerta del jardín chirrió al abrirse. Ambas se volvieron a la vez. El cuñado de Marion estaba allí. Miró primero a Marion y luego a Clare.

Marion reconoció en su expresión los signos del deseo y sintió un ramalazo de ira. Si hacía daño a Clare, se encargaría de expulsarlo de FitzGerald a golpes.

—¿Qué quiere? —preguntó con frialdad.

—Los lores Morven y Gradinton desean saber cuándo os uniréis a ellos para la comida, milady —respondió Reginald—. La hora se acerca.

—Dadles las gracias —contestó Marion—. Ya hemos comido.

—Perdonadme —replicó él, con el ceño fruncido—. Los nobles exigen vuestra presencia en el salón, señora.

Marion alzó el mentón. La batalla comenzaba.

—Ven, Aldric.

Tomó la mano de su hijo y salió del jardín delante de Reginald, dejando a Clare caminando junto al hombre que adoraba.

Capítulo 2

Doblaron la esquina del salón y subieron la escalera que conducía desde el patio de FitzGerald hasta la entrada del segundo piso. Una ráfaga de viento los empujó a través del umbral y pasó junto a ellos cuando se hicieron a un lado, de espaldas a los biombos destinados a protegerlos del aire. El viento de aquel día era demasiado fuerte para las pantallas y la fría corriente bailaba ante ellos, agitando los paneles de lino pintado que decoraban las paredes y susurrando entre las guirnaldas de flores otoñales ya secas, restos abandonados de una celebración que no había tenido lugar. Un fuego saltaba y crepitaba en la única chimenea elevada del vestíbulo, invitando a todos a acercarse y calentarse los dedos de las manos y los pies, pero las antorchas colocadas en lo alto de las paredes chisporroteaban y silbaban, como si susurraran advertencias.

Como en todas las comidas celebradas en FitzGerald, las mesas se habían dispuesto en el lado más alejado de la chimenea, formando tres lados frente al fuego. Dos de ellas, las situadas a derecha e izquierda, estaban vacías, con las superficies cubiertas de telas manchadas por los restos del guiso de pescado de aquel día. Todos los sirvientes, salvo una criada encinta cuyo vientre abultaba bajo el vestido de paño burdo, habían regresado a sus tareas. La muchacha permanecía allí para recoger los platos de pan usados y depositarlos en la cesta de las limosnas.

Sus adversarios ocupaban la mesa alta, dispuesta transversalmente frente a las otras dos. Henry, lord Morven, con su rostro redondeado y su prominente barriga, parecía inofensivo, aunque no lo era en absoluto. Una vez más vestía su mejor túnica,

de un verde brillante, bajo un manto marrón ribeteado con piel de ardilla; era la única prenda verdaderamente formal que había traído consigo.

A su lado se sentaba Baldwin de Gradinton, aquel arrogante imbécil. Cuando sus miradas se cruzaron, los rasgos oscuros de él se torcieron en un gesto de disgusto que igualaba al que Marion sentía por su persona. El hombre corpulento exhibía su riqueza con una larga túnica de terciopelo rojo, con cuello y puños adornados con veros. Una gruesa cadena de oro, engastada con medallones, descansaba sobre su manto oscuro. Junto a él estaba sentada lady Sibyl, la esposa a la que había utilizado para darle hijos y de la que ahora, muertos estos como lo estaba su vientre, deseaba librarse. Sibyl era la sombra de una mujer, empequeñecida bajo vestidos azules y rojos cargados de joyas. La cofia blanca enmarcaba un rostro bonito, endurecido por las desgracias.

Clare y Reginald entraron con Marion y Aldric. Clare se detuvo junto a ella, mientras Reginald avanzó hasta el interior del salón. Marion le dedicó una mirada agria a sus espaldas. Tal como esperaba, se alinearía con los nobles contra la esposa y el hijo de su hermano. Al llegar al extremo opuesto de la estancia, Reginald tomó posición cerca del final de la mesa alta.

—Aquí está, lady FitzGerald —llamó Henry, lord Morven—. Venid a hablar con nosotros.

Respirando hondo, Marion avanzó con Aldric, siguiendo a Reginald. Sin embargo, al aproximarse a la chimenea elevada en el centro del salón, su valor —la única arma con la que contaba en el conflicto que se avecinaba— flaqueó. El impulso de huir la invadió, y su mirada se desvió hacia la puerta situada en la pared tras la mesa alta, la que conducía a las dependencias privadas de FitzGerald. Si ella y Aldric eran lo bastante rápidos, ¿podrían alcanzarla? Una vez dentro, quizá lograrían atrancarla contra quienes deseaban hacer daño al muchacho.

¿Y después qué?

Marion esbozó una sonrisa amarga dirigida a sí misma. Con qué facilidad sus grandes planes para liberar a Aldric del dominio de cualquier hombre se habían reducido a aferrarse a un clavo ardiendo. En el mejor de los casos, el cerrojo de aquella puerta los mantendría a salvo durante una hora, y eso solo con mucha suerte.

—¿Minnie? —susurró Clare, aguardando a su lado como siempre.

Marion la miró, apretó la mano de Aldric y lo empujó suavemente hacia delante hasta situarse a mitad de la mesa de la izquierda. Desde allí apenas los separaba un palmo de la puerta, aunque esta quedaba casi directamente detrás del asiento de Gradinton en la mesa alta.

—Vuestro hijo es ahora un heredero huérfano y, como tal, necesita protección frente a quienes podrían abusar de él —prosiguió Morven con voz conciliadora—. Gradinton y yo creemos que lo mejor para el muchacho sería comprometerlo con mi hija y convertirlo en mi escudero.

Aldric jadeó indignado y soltó la mano de su madre.

—Maman, dijiste que no permitirías que me hicieran esto —gritó, mirándola con furia—. Dijiste que les harías entender que ser escudero me mataría. Debes decirles que mi destino es la Iglesia, no el matrimonio. Incluso el testamento de mi padre establece que debo entrar en una casa sagrada. —Al terminar, volvió a aferrarse a ella—. No dejes que me lleven, mamá.

El corazón de Marion se hizo pedazos.

—Aldric... —empezó, pero la voz de Gradinton la aplastó.

—FitzGerald fue un necio al escribir esas palabras en un pergamino —declaró, inclinándose hacia delante y apoyando un codo en la mesa—. Y aún más necio al permitir que te quedaras con el chico hasta malcriarlo.

Entre el miedo de Aldric y la arrogancia de Gradinton, Marion se irguió, con la espalda rígida. Costara lo que costara, le concedería

a su hijo un poco más de tiempo, aunque solo fuera una hora, y hacerlo sería, además, una afrenta directa al orgullo de Baldwin. Alzó la barbilla.

—Vuestras opiniones no conciernen ni a mí ni a los míos, milord.

—Henry —dijo Gradinton, sin apartar los ojos de Marion—, propongo encerrar a esta mujer en un almacén mientras hacemos venir al sacerdote y a tu hija. Y no desperdicies el aliento sagrado en esponsales. Cásalo con la niña. Una vez pronunciadas las palabras, los maullidos de lady FitzGerald carecerán de importancia.

Si algo había aprendido en su primer matrimonio era que mostrar miedo ante hombres así era invitar al abuso. Sostuvo su mirada y respondió con firmeza.

—Haced lo que gustéis, sabiendo que solicitaré la anulación. Vuestra maniobra no resistirá tal desafío.

Mientras hablaba, apoyó la mano libre en la espalda de Aldric, instándolo a avanzar. Cuando él se resistió, alzando el rostro hacia ella con ira, Marion le lanzó una mirada significativa y señaló con los ojos la puerta. La irritación desapareció de la expresión del muchacho. Paso a paso, comenzaron a deslizarse por el extremo vacío de la mesa alta. Una vez superado ese borde, podrían correr sin obstáculos.

—Señores, sed razonables —continuó Marion, con la esperanza de distraerlos—. No beneficia a FitzGerald tener como escudero a un muchacho que no es apto para ello. Dejad que mi hijo abrace la vida religiosa que anhela y entregad este lugar a Reginald.

Reginald se sobresaltó ante la propuesta. Un rubor le subió al rostro y alzó las cejas.

—Señores, habla sin consultarme —se apresuró a decir—. No soy un hombre que robe la herencia al hijo de su hermano.

Desde el patio llegaron gritos de mozos y ladridos de perros. Se alzaron más voces masculinas. Alguien había llegado, aunque

nadie sabía si se trataba de la hija de Morven y el sacerdote o del rescate de Marion. Reginald miró hacia la puerta del salón y luego volvió a los nobles.

—Será mejor continuar esta discusión después de que yo abandone la sala. ¿Me disculpan?

Pidió permiso a ellos, no a su señora, que era quien tenía derecho a despedirlo. La ira encendió el pecho de Marion. Hizo un gesto brusco con la mano.

—Id, entonces.

Reginald le lanzó una mirada fría y se dirigió con rapidez hacia la entrada para recibir a los recién llegados. Mientras Gradinton y Morven seguían su marcha con los ojos, Marion empujó a Aldric un poco más hasta alcanzar el otro extremo de la mesa. En el proceso, perdió a Clare. La mirada de su prima había quedado fija en la espalda de Reginald. Marion no se atrevió ni a respirar para advertirla. Aún no estaban lo bastante cerca de la puerta como para echar a correr, no con Gradinton tan próximo.

—Milady, debéis comprenderlo —insistió Morven, volviendo a centrar su atención en ella—. No nos dejáis otra elección. Nuestro Señor ha hecho de Aldric el heredero de FitzGerald al llevarse a su padre y a su hermano mayor. No se puede desafiar la voluntad de Dios. Entregad al muchacho. Si teméis por él, rezad. Si Dios lo ha convertido en heredero, también tendrá un plan para su supervivencia.

—No —susurró Marion, rechazando tanto su argumento como su fe—. Si insistís en la descendencia de Aymer y despreciáis a su hermano, quedaos con uno de sus bastardos. Madre de Dios, hay suficientes entre los que elegir. Ahí —señaló a la criada encinta, que se quedó inmóvil con los ojos desorbitados— hay otro, a punto de nacer. Quedaos con su bebé y criadlo como queráis.

La voz de Gradinton la cortó con dureza.

—Mujer, deja de discutir y haz lo que se te ordena. Danos al niño.

El desprecio de Marion se transformó en ira, y su temperamento ardió con el mismo tono cobrizo de su cabello.

—¡Cómo osáis intentar doblegarme! Ahora soy viuda y no estoy sometida a ningún hombre salvo a nuestro rey. Creo que ha llegado la hora de que tú y tu esposa abandonéis FitzGerald. ¡Fuera de aquí!

Sus palabras resonaron bajo las vigas pintadas. Gradinton palideció, mudo ante el insulto. Morven cerró los ojos con gesto derrotado. Lady Sibyl se apartó justo antes de que su marido golpeará la mesa con los puños, haciendo salpicar el estofado.

—Por Dios, eres una mujer repugnante y descarada —rugió al fin—. Ahora entiendo por qué FitzGerald te mantuvo confinada en tu dote durante diez años.

—Ningún hombre me encierra —replicó Marion con una voz afilada—. Abandoné a ese cerdo porque no quería seguir compartiendo techo con un gusano pervertido y sin cerebro.

—¡Cierra la boca, zorra! —escupió Gradinton en un susurro cargado de furia—. No toleraré semejante falta de respeto hacia un hombre que fue mi amigo.

—Eso dirías tú, que no eres distinto a él —respondió Marion con desprecio.

Gradinton se puso en pie de un salto. Su movimiento arrancó un grito a su esposa. Buscó a tientas la espada en el cinturón que ya no llevaba. Al no encontrarla, apretó los puños y avanzó hacia Marion. La ira encendía sus ojos oscuros y las aletas de su nariz se abrían con ansia de violencia. Dio otro paso, alzando la mano.

La furia de Marion se tornó en sorpresa y en un miedo punzante. Él no se atrevería a golpear a una mujer sin lazos de sangre con él. Buscó con la mirada a Morven. El noble tenía el rostro oculto entre las manos, los hombros hundidos en rendición. Con

Reginald fuera, no había ningún hombre dispuesto a detener a Gradinton.

—Deteneos ahora mismo —ordenó Marion.

Lejos de frenar, la orden lo espoleó. Se lanzó sobre ella a lo largo de la mesa, con las manos extendidas. Marion gritó, empujó a Aldric hacia la puerta aún lejana y trató de apartarse para seguirlo. Aldric, habitualmente incapaz de esfuerzos físicos, corrió hasta el panel y tiró del pestillo. La madera cedió. Abrió la puerta de par en par mientras Marion corría hacia él. A apenas unos pasos de su objetivo, Gradinton la agarró del brazo y la hizo girar.

—¡Suéltame! —gritó, golpeándole el hombro.

Aldric se interpuso.

—No le harás daño a mamá.

Gradinton se movió con una rapidez brutal. El golpe con el dorso de la mano lanzó a Aldric por los aires. El muchacho cayó hecho un ovillo cerca de Morven, que por fin se había levantado.

—¡Aldric! —chilló Marion, forcejeando con desesperación.

—Basta ya, Baldwin. Este es asunto del sacerdote, no tuyo. Suéltala —gritó Morven, avanzando.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Reginald desde la entrada del salón.

—¡Ayúdame! —clamó Marion.

Eso le permitió verlo a él y al recién llegado, un caballero alto que vestía una sobrevesta amarilla manchada por el viaje sobre una cota de malla oscurecida por la humedad. Ambos echaron a correr al oír su grito.

Fuera de sí, Gradinton tiró de Marion hacia atrás y la colocó frente a él. La ira profana ardía en sus ojos. Echó el brazo atrás para golpearla.

—Ya es hora de que aprendas modales, zorra.

—¡Para, para! —suplicó Clare, acercándose cuanto se atrevía y retorciendo las manos—. No puedes golpear a lady FitzGerald.

—¡Clare, no! —gritó Marion, mientras el miedo por su prima se sumaba al terror por su hijo.

Se retorció contra el agarre del hombre corpulento y le arañó la mano con las uñas.

Gradinton cerró el puño. Clare se interpuso entre ellos, con los brazos abiertos para proteger el vientre de su prima, mientras giraba el rostro para resguardarlo de un golpe seguro.

—¡No, no debéis golpearla! —chilló—. ¡Lady FitzGerald está encinta!

—No, Clare... —gimió Marion, desplomándose contra el agarre de Gradinton.

—¿Qué ocurre? —gritó Reginald con un falsete estridente.

Se quedó inmóvil, a medio paso del borde de la mesa alta, mientras el caballero que lo acompañaba avanzaba hacia el muchacho tendido al fondo de la estancia. El hombre caminaba con la cabeza inclinada, como si su atención estuviera fija en Aldric. No llevaba yelmo, y la capucha de malla reposaba sobre sus hombros, dejando al descubierto un cabello tan dorado como la luz del fuego.

—¿Qué has dicho? —preguntó Gradinton, con la sorpresa borrando la ira de su mirada.

Soltó a Marion con tal brusquedad que ella perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás. En lugar de huir, se lanzó contra él.

—Golpéame —suplicó, consciente de que ahora no lo haría—. Quizá tu puño arranque de mí la semilla inmunda de FitzGerald y me libre de este hijo maldito.

—Christus —maldijo Gradinton, empujándola lejos de sí, con la mirada horrorizada clavada en ella—. ¿Qué clase de mujer eres?

Marion logró mantenerse en pie, tambaleante. Solo deseaba estrechar a Aldric entre sus brazos. Cuando se volvió hacia él, el

recién llegado, que ahora le daba la espalda, alzó al muchacho. A Aldric le sangraba la nariz y una marca roja se extendía por su mejilla. La cabeza se le ladeaba, como si el golpe la hubiera desprendido del cuello. Antes de que Marion pudiera alcanzarlo, el caballero lo empujó con firmeza, haciéndolo tropezar hacia la puerta más alejada. Un instante después, un segundo hombre, más bajo y delgado, con el yelmo y los guanteletes puestos, llegó corriendo y tomó a su hijo en brazos.

—¡Mamá! —gritó Aldric, retorciéndose mientras su captor se volvía.

—¡Aldric! —chilló Marion, con el corazón desbocado, corriendo tras él, solo para detenerse en seco junto a la chimenea cuando su hijo y el hombre desaparecieron entre las filas del contingente armado que ahora llenaba el salón de FitzGerald.

Al menos dos docenas de hombres, todos con cotas de malla de cuero y espadas desenvainadas, le cerraron el paso.

—¡No podéis llevároslo! —rugió Gradinton, empujando a Marion a un lado mientras se lanzaba tras el caballero que se alejaba.

Los soldados más cercanos se movieron al unísono, tocándose hombro con hombro para impedirle avanzar. Gradinton rebotó contra ellos y, al hacerlo, chocó con Marion, que cayó hacia atrás, contra el caballero de cabellos dorados. Él la sostuvo por los hombros para estabilizarla mientras Gradinton regresaba hacia ellos, con el puño alzado.

Marion se estremeció, pero el hombre que la sostenía no se movió un ápice.

—Por Dios, dejad a ese chico donde está —gritó Gradinton, demasiado tarde.

Aldric y su captor ya se habían marchado, llevándose consigo a la mitad de las fuerzas presentes.

—Silencio. Como alto sheriff, traigo conmigo la orden de nuestro rey —anunció el hombre que la sujetaba, con una voz de barítono serena—, que me concede la custodia tanto de FitzGerald como de su heredero.

¿Era aquel Nicholas Fenwick?

—¡Ladrón! —chilló Marion.

Se retorció entre sus brazos, con las manos curvadas como garras, dispuesta a atacar. El sheriff le atrapó las muñecas y la inmovilizó sin esfuerzo. Marion se tragó el grito.

Jesu Christus.

Aquel hombre poseía una perfección en los rasgos que ella creía reservada a los ángeles... antes de que alguien les destruyera el rostro. Bajo la abundante melena dorada, los pómulos altos se alzaban sobre una mandíbula fuerte y bien afeitada. Sus labios eran finos, carnosos sin exceso; la nariz, recta, proporcionada. El ojo izquierdo mostraba un azul profundo y hermoso, pero el derecho estaba oculto tras un parche de cuero. Una cicatriz vertical descendía desde ese parche hasta curvarse en la comisura de la boca. Otra nacía en la parte superior izquierda de la frente, cruzaba el puente de la nariz y descendía por la mejilla hasta la oreja.

No eran aquellas marcas lo que despertaba el verdadero temor en Marion. En comparación con el rostro de su padre, no eran más que arañazos. Lo que la estremecía era la calma antinatural de su expresión. No había ira, ni orgullo, ni siquiera molestia por su ataque. Era como si su alma estuviera muerta y él no fuera más que una estatua de piedra.

—No puedo haceros nada peor de lo que ya se os ha hecho, milady —dijo con tono seco.

La soltó. Fuera del salón, los hombres gritaban y los caballos relinchaban. Un instante después, el estruendo de los cascos se elevó y se desvaneció en la distancia.

Le había arrebatado a su hijo.

—Si tenéis la custodia es porque sustituisteis mi petición por la vuestra —le gritó Marion—. Confié en que obraríais con justicia cuando os envié mis solicitudes. En cambio, me traicionasteis y me arrebatasteis no solo a mi hijo, sino también mi derecho a criarlo.

Nada cambió en su expresión.

—No os he quitado nada. Los jueces del rey rechazaron su petición. Su hijo ha superado la edad en la que una madre puede conservar la custodia. Me la concedieron a mí.

Los ojos de Marion se llenaron de lágrimas. Por supuesto que la habían rechazado. Eran hombres. Ladrones, todos ellos.

Se volvió y encontró a Clare esperándola, con la compasión reflejada en el rostro. Su prima le rodeó los hombros con un brazo, ofreciéndole el apoyo que sabía que Marion necesitaba. Aquel contacto fue tan reconfortante que casi la perdonó por haber revelado la existencia del bebé.

—¡Mares malditas! —bramó Gradinton, aunque ahora sonaba como el ladrido de un perro sin dientes.

Con los hombros hundidos, retrocedió hasta apoyarse en la mesa. Al otro lado se encontraba su esposa, con la mirada fija y enloquecida sobre el sheriff.

Lord Morven se acercó y se situó junto a Reginald, cruzándose de brazos.

—Milord sheriff... —empezó, pero la voz de lady Sibyl de Gradinton lo cubrió.

—Nicholas Fenwick, que ardas en el infierno por el asesinato de mi hija.

Marion y Clare se quedaron sin aliento y se giraron hacia lady Gradinton. Ya no era la criatura dócil y afligida que había acosado a Marion durante la última semana. Se mantenía erguida, con los ojos brillantes de un odio justificado.

—Cállate —gruñó Gradinton.

Se volvió despacio y apoyó las manos sobre la mesa para encarar a su esposa.

—Ya has causado bastante daño.

—No. No me callaré más —replicó Sibyl, señalando el rostro del sheriff—. Mirad todos a lord Coudray y ved en sus cicatrices cómo mi hija luchó por salvarse del ataque de su marido. ¡Matarlo! —exigió a su esposo—. Este es el siervo del diablo que usó a sus propios hijos en rituales profanos y atormentó a mi Maud antes de asesinarla de la forma más atroz. Ahora emplea los hechizos de Satanás para mantener a mi nieta lejos de mí. Haced que muera por vuestra espada, antes de que también mate al heredero de vuestro amigo.

Marion rodeó a Clare con más fuerza, estremecida. Miró al sheriff. Él observaba a su acusadora con la misma indiferencia que le había mostrado a ella. Todo en su comportamiento era tan antinatural que hizo saltar todas las alarmas en Marion. Dios la amparase: aquel hombre tenía ahora la custodia de Aldric.

Deseó que Gradinton reaccionara, que lo matara como suplicaba su esposa o que el propio sheriff pronunciara una sola palabra para refutar aquella acusación.

Pero Gradinton se limitó a extender el brazo y golpear a su esposa con tal violencia que la derribó. Sibyl quedó tendida entre los juncos, aturdida y gimiendo.

—¡Mares malditas! Te advertí que mantuvieras la boca cerrada —gritó—. Di una palabra más y te juro que acabaré contigo esta misma noche.

Su voz se elevó con cada frase, hasta rozar el pánico.

El corazón de Marion se heló al recordar cómo Gradinton había retrocedido ante el sheriff. Y ahora aquello. Santa Madre... si incluso ese bruto despiadado temblaba ante él, la historia debía de ser cierta.

Clare se apartó de Marion, retrocediendo como si necesitara alejarse del mal. Volvió a retorcerse las manos.

—Minnie —susurró, suplicante, recordándole que aquel hombre era ahora su tutor y tenía su vida en sus manos.

Marion lo miró fijamente, buscando desesperada algo, cualquier cosa, que la tranquilizara. Como si percibiera su escrutinio, él volvió la atención hacia ella, con el rostro tan inmóvil como el mármol.

—Decid algo. Decid que miente —le rogó Marion, con la voz quebrada, apenas un susurro.

El sheriff alzó lentamente una ceja dorada, perfecta. Marion no encontró ni un rastro de humanidad en su ojo visible.

—¿Y si no miente?

La pregunta fue pronunciada con serenidad.

Los sentidos de Marion se tambalearon. María Santísima, su alma no estaba muerta, sino ennegrecida por todos los pecados. Todas las advertencias de una vida entera contra el mal se alzaron dentro de ella. Debía huir, alejarse cuanto antes.

Pero no podía.

Él tenía a Aldric.

Las lágrimas le ardían en los ojos.

—Devuélvemelo. Te lo suplico —imploró al siervo del diablo.

—No lo haré —respondió, sin apartar la mirada—. En dos horas partirá hacia Crosswell. Si puedes recorrer la distancia, viajarás conmigo.

No había triunfo ni placer en su voz.

Marion respiró hondo por primera vez desde el ataque de Gradinton. Se secó las lágrimas.

—Viajaré con vos.

—Así será.

Le dio la espalda para dirigirse a lord Morven.

A Marion no le interesó nada de lo que siguió. Lo único que importaba era permanecer cerca de Aldric cuando enfermara, algo que sin duda ocurriría. Se volvió y se encaminó hacia la puerta y la estancia que había detrás, que ya no era refugio alguno.

Ni siquiera el mismísimo diablo la separaría de su hijo.

Capítulo 3

Nicholas, lord Coudray, ahora *sheriff* de aquella apestosa comarca, vio a su nueva pupila cruzar la sala. ¡Que Dios maldijera la ley que lo había convertido en niñera de viudas embarazadas, sobre todo cuando la mujer era la viuda del aliado más cercano de su enemigo! Aunque lady FitzGerald y Gradinton no parecían estar en los mejores términos en ese momento, le irritaba tener que mantenerla entre sus muros. A juzgar por su cintura aún esbelta y sus caderas delgadas, la tendría allí durante casi todo el embarazo.

—¿Lady FitzGerald? —la llamó cuando alcanzó la puerta que separaba los aposentos privados de FitzGerald del vestíbulo.

Ella se detuvo, erguida y rígida, hizo una breve pausa y se volvió hacia él. Bajo la fina cofia, dos trenzas del color del cobre bruñido le caían más allá de la cintura. El velo ceñía la suave redondez de sus mejillas y realzaba la mandíbula corta y el cálido marfil de su piel. La nariz, casi afilada, se veía suavizada por la plenitud de los labios. Sus ojos, de un hermoso tono marrón cobrizo, eran grandes y redondos. Las cejas, rectas y sin arco, ascendían hasta terminar en un ángulo pronunciado. Aquella disposición inusual convertía a una mujer bonita en una belleza extraña.

Entonces Nicholas advirtió algo inesperado. La viuda lo miraba fijamente, con la vista clavada en su rostro, sin desviar los ojos como hacían todas las demás mujeres. Maldición. Necesitaba que temblara. Mientras lo hiciera, se mantendría alejada de él y de su familia durante su estancia en Crosswell.

—¿Qué deseáis de mí, milord sheriff? —preguntó ella.

Aunque la mirada era firme, las palabras temblaron levemente.

El alivio de Nicholas fue tan intenso que tuvo que reprimir una sonrisa. Aquella audacia no era más que un escudo tras el que se ocultaba un miedo profundo.

—Acompañad a lady Gradinton a sus aposentos —le indicó, señalando con la mirada a su antigua suegra, que aún yacía entre los juncos, llorando en voz baja—. Debe hacer el equipaje. Partirá incluso antes que nosotros.

Algo en la orden la sorprendió. Lady FitzGerald arqueó las cejas, lo observó un instante y luego entrecerró los ojos antes de asentir con brusquedad.

—A vuestras órdenes.

Aunque el temblor había desaparecido, Nicholas quedó satisfecho. Independientemente de su fortaleza o de su habilidad para ocultar las emociones, allí había otra mujer más atrapada por las mentiras de Sibyl. Observó cómo Marion se agachaba para ayudar a su antigua suegra a incorporarse, con movimientos fluidos y elegantes. Un momento después, la puerta se cerró tras las tres mujeres, amortiguando el sonido del llanto de la madre de Maud.

Nicholas sintió una punzada de compasión por Sibyl. Ella era tan víctima de aquella farsa como él mismo. Aunque sus acusaciones habían provocado investigaciones inquisitivas por parte de clérigos con preguntas que prefería no responder, estaba agradecido por su historia. La utilizaba y fomentaba su difusión. Más que los muros de piedra o las órdenes de custodia, era el relato del mal de Sibyl lo que protegía a su hija del daño que la verdad podía infligirle, y Gradinton lo sabía.

Miró a su antiguo suegro. Ahora que el heredero de FitzGerald estaba fuera del alcance de Baldwin, podía permitirse disfrutar de aquella pequeña victoria.

Gradinton lo fulminó con la mirada. Nicholas se limitó a arquear una ceja.

El hombre corpulento se volvió hacia Morven.

—Tú hiciste esto —lo acusó—. Traicionaste la muerte de Aymer ante la corte y luego retrasaste la boda, sabiendo que el hijo de esa perra nacería. —Señaló a Nicholas—. Debí haber reconocido tus tácticas dilatorias.

—No busques chivos expiatorios —intervino Nicholas, elevando la voz antes de que el noble regordete pudiera responder—. Fue la petición imposible de custodia de la viuda la que llegó primero y me obligó a venir con urgencia. Tanto el barón como el obispo quisieron saber por qué una mujer deseaba conservar a un muchacho que ya rozaba la edad adulta. Pero si mi motivación está fuera de sospecha, permíteme señalar que la tuya no lo está. Márchate en menos de una hora y fingiré que todo esto no ha sido más que un intento torpe de proteger al hijo huérfano de un amigo.

La provocación surtió el efecto deseado. Baldwin dirigió su furia hacia él.

—¿Fuera de sospecha? —escupió—. ¿Quién puede creer una sola palabra de un bastardo retorcido como tú? Eres peor que una anguila, siempre retorciéndote para mantener a mi nieta lejos de mí. No permitiré que alguien como tú me robe también el hogar de mi amigo.

Nicholas alzó una ceja ante los insultos.

—¿Un bastardo retorcido? ¿Y además un ladrón? Qué complacida estará Sibyl al descubrir que, al fin, estás dispuesto a desafiarme.

Hizo ademán de quitarse un guante y luego se detuvo, como si considerara golpear a Gradinton con él.

—¿Me matarás, Baldwin? —prosiguió, sorprendido de la serenidad que le inspiraba la idea de su propia muerte—. ¿Cómo lo harás? ¿Con la espada? ¿O prefieres la cuerda, como para los

asesinos? Quizá, para satisfacer a Sibyl, deba arder como corresponde a un siervo del diablo. Estoy a tu disposición.

Gradinton se tensó, el cuello rígido y los labios curvados en un gruñido. Durante un instante pareció dispuesto a aceptar el desafío, pese a lo que le costaría. Entonces la codicia venció al orgullo.

—Escucha —dijo, extendiendo los brazos en un gesto involuntario de apaciguamiento—. No hablaba en serio. La confusión me hizo decir cosas de más. No hay motivo para la violencia entre nosotros.

—Por supuesto que no —repuso Nicholas—. No te conviene matarme, no cuando mi hija es mi única heredera, igual que la tuya. Si yo muriera, la corte asumiría la custodia de Matilda, del mismo modo que ahora gobierna FitzGerald. Eso te disgustaría enormemente, ¿no es así, Baldwin?

—¿Con qué derecho me la quitas? —bramó Gradinton, con la ira diluida en irritación y algo parecido a una súplica.

—Por derecho de custodia —respondió Nicholas con frialdad—. ¿Has olvidado que hace apenas un año me cediste a Matilda por completo? Si no falla mi memoria, dijiste que podía quedarme con esa perra inútil.

El rostro de Gradinton se encendió, impulsado tanto por la burla como por su propia arrogancia al haber renunciado a cualquier derecho sobre la hija de Maud.

—¿Cómo iba a saber que mis dos hijos morirían sin herederos al mes siguiente? Maldito seas. Hasta que pueda liberarme de este matrimonio estéril, debes entregarme a Matilda, como dicta la costumbre. ¿No es así, Morven?

Henry de Morven, con los brazos cruzados y una expresión adusta, miró de Gradinton a Nicholas. Dejó pasar un largo silencio antes de hablar.

—Ya te lo he dicho antes, Gradinton. No deseo verme envuelto en vuestra disputa.

Su voz se mantuvo cuidadosamente neutra. El feudo de Morven lindaba con una de las mayores propiedades de Gradinton.

Baldwin exhaló con frustración y volvió a mirar a Nicholas.

—Vuelve a casarte —casi suplicó—. Solo tienes veintinueve años. Engendra nuevos herederos y devuélveme a mi nieta.

—Pierdes el aliento. Ya hemos hablado de eso.

Prefería vivir el resto de su vida solo, señalado como hijo del diablo, antes que devolver a Matilda. Baldwin no haría sino completar la destrucción que Maud había iniciado.

Cuando terminó con él, Nicholas observó a los hombres que aún ocupaban el salón. Ante su escrutinio, avanzaron un paso, ostentando su fuerza. Luego volvió a dirigirse a Gradinton.

—La arena corre, grano a grano. Será mejor que te prepares para partir.

Fue una despedida suave.

La mirada de Baldwin ardía de frustración. Lanzó una ojeada al mayordomo de FitzGerald.

—Esperaré en la puerta principal. Asegúrate de que mi esposa y mis pertenencias me sean llevadas allí.

Los hombres del sheriff se apartaron para permitirle salir.

—Un momento, mayordomo —ordenó Nicholas antes de que este obedeciera.

—Sí, milord sheriff.

—Trae las cuentas. Las revisaré antes de partir.

Desde el patio llegaron los gritos de Baldwin descargando su furia sobre todo aquel que se cruzaba en su camino.

—Sí, milord —respondió el hombre, dudando—. ¿Cerraréis la casa o nombraréis un castellano?

Nicholas lo evaluó de nuevo. Aunque ya había pasado su mejor momento, el mayordomo aún parecía capaz y sano. Quedaba por ver si era honesto.

—Si las cuentas me satisfacen, no veo razón para nombrar a otro. Asumirás el papel de castellano además de tus funciones. Deberás reducir el personal. Vigilaré los gastos. Si abusas de mi generosidad, buscarás empleo en otro lugar.

El hombre esbozó una leve sonrisa. Dos certezas quedaron claras: las cuentas serían limpias y estaba satisfecho de haber elegido el bando correcto.

—No os decepcionaré, milord sheriff.

Con un gesto de asentimiento, salió del salón.

Solo quedó una sirvienta, la joven embarazada. Al notar la atención del sheriff, intentó esconderse entre los paneles de lino.

—Tú, ven aquí.

—Sí, milord.

La muchacha mantuvo el rostro girado, temerosa de que su hijo naciera deforme si veía las cicatrices. Los dedos cruzados bajo la falda eran otro escudo contra su supuesto mal.

Por habitual que fuera aquella reacción, seguía incomodando a Nicholas. Solo el año anterior había tomado conciencia de lo vanidoso que era.

—Llama al mayordomo y a la cocinera. Que sirvan comida a mis hombres.

—Sí, milord.

Se alejó tan deprisa como pudo, sin mirarlo.

Lord Morven se acercó y se situó a su lado. Nicholas lo observó. Henry seguía con los brazos cruzados y los ojos

entrecerrados.

—Cole —dijo en voz baja—, ahora solo hay un heredero, salvo que contemos al bebé inesperado que Aymer dejó a su esposa.

—El mayordomo comentó lo mismo. Parece que el hijo mayor cayó del caballo y murió.

Nicholas se sentó en la mesa alta. Henry lo imitó. El sheriff estiró las piernas, agotado por el viaje y por el que aún le aguardaba.

—Sí, es extraño —admitió Henry, frunciendo el ceño—. Aunque no más que la muerte de los tres hijos de Gradinton en dos meses. No eran mejores que su padre.

Los muchachos se habían matado entre ellos en Navidad, supuestamente por la muerte de su hermana. A Nicholas le atravesó un destello de gratitud hacia la justicia divina. Aquella pérdida no era sino lo que Baldwin merecía. En cuanto a Henry, también merecía parte de ese favor.

—Gracias por tus advertencias —dijo Nicholas—. Los intentos de Gradinton por desacreditarme ante la corte se vuelven más audaces cada mes. Nunca le gustó que comprara el cargo de sheriff.

Había pagado un alto precio, pero así frustró los intentos de Baldwin por reclamar la dote de Maud.

—No puede triunfar —respondió Henry con una risa tranquila—. Nadie creerá que eres corrupto.

—Eso espero —replicó Nicholas—. Porque cuando fracase esa vía, solo le quedará una opción.

—¿Cuál?

—El secuestro.

Y cuando eso ocurriera, Nicholas tenía la intención de enfrentarse a Baldwin en el campo de batalla. Independientemente de quién quedara en pie al final de aquel encuentro, el resultado liberaría a Matilde de cualquier amenaza.

—En cuanto a mi nota... —Henry esbozó una sonrisa, aunque el gesto resultó casi amargo. Se recostó contra la mesa y suspiró—. No deberías concederle demasiada importancia a mi advertencia. Recuerda que no me afecta en absoluto quién venza. La única razón por la que escribí fue porque no me agradó el intento de Gradinton de utilizar a mi familia para su propio beneficio.

Apoyó la mano sobre el brazo cubierto de cota de malla de Nicholas.

—No esperes más de mí. Sabes tan bien como yo que es costumbre que la familia materna se haga cargo de las herederas y que la propiedad siga la línea de sangre. No es que vayas a hacerlo, pero ¿y si decides comprometer a Matilda con uno de los enemigos de Gradinton? Sus propias tierras podrían volverse contra él. Dada tu juventud, Gradinton está en su derecho de exigirte que vuelvas a casarte y formes una nueva familia para poder reclamar a tu hija.

Nicholas suspiró.

—Hace dos años habría coincidido contigo, defendiendo que el padre debía entregar a su hija a los parientes maternos. Pero eso fue antes de que fuera mi hija a quien tuviera que ceder... y Gradinton a quien entregarla.

—Ahora, conociendo a Gradinton, lo comprendo —rio Henry—. ¿Por qué no se lo preguntas a Robert...?

—No digas más —lo interrumpió Nicholas en cuanto oyó el nombre de su medio hermano mayor.

Robert lo había llamado necio por arruinarse comprando el cargo de sheriff, insistiendo en que eso no resolvería la disputa con Gradinton. Pedirle ayuda ahora sería admitir que su hermano tenía razón, y Nicholas aún no estaba dispuesto a humillarse.

—Este es mi problema, no el suyo. No hay motivo para involucrarlo.

Henry alzó una ceja con desdén.

—La arrogancia, la plaga de los Fenwick —murmuró—. No sé cómo afecta al menor de tus hermanos, pero la he visto en Robert. Y sospecho que a ti y a Richard os ha calado aún más hondo.

Nicholas se irguió, con una frialdad cargada de ira.

—Te extralimitas al pronunciar ese nombre ante mí. Richard no es pariente mío. Dejó de serlo cuando renegó de mi padre y del nombre que nuestro progenitor le otorgó.

—Vaya, los jóvenes de hoy sois impulsivos —replicó Henry, aprovechando la confianza de los años para reprenderlo como haría un padre—. ¿Vas a insultarme para demostrar que no necesitas a tus hermanos?

Nicholas frunció el ceño, arrepentido. Entre la tensión constante con Baldwin y la pegajosa sensación de vacío que lo acompañaba aquellos días, había reaccionado de forma desmedida.

—Perdóname, Henry. Mis medio hermanos son un asunto delicado para mí. Di lo que tengas que decir. No volveré a interrumpirte.

El noble mayor asintió, satisfecho.

—Acepto tus disculpas. Solo quería sugerirte que busques una buena casa para criar a tu querida hija, y una familia amiga tanto tuya como de Gradinton. Una vez que ella viva allí, podrás ceder legalmente la custodia a Baldwin y él te dejará en paz. Lo único que desea es el control de sus propiedades, no de su persona.

Más que nada, Nicholas anhelaba que la solución fuera tan sencilla, pero casi un año había pasado sin que la situación de Matilda mejorara. Por mucho que rezara, la esperanza de que su hija volviera a llevar una vida normal se desvanecía.

—Es una buena idea, Henry, digna de ser considerada seriamente —admitió al fin.

—Hazlo entonces y pon fin a estas hostilidades —lo instó—. Amenazan a más personas de las que crees. —Luego cambió de tono, entrando en un terreno más cercano a su corazón—. Supongo

que te quedaste con el derecho al matrimonio junto con la custodia del muchacho.

—Así es. Y si me preguntas si aprobaré tu contrato para unir a tu hija con el heredero de FitzGerald, la respuesta es, con toda probabilidad, sí.

—¿Con toda probabilidad? —Henry arqueó las cejas—. Tengo mis razones para dudar, pero ¿cuáles son las tuyas?

Nicholas dibujó una sonrisa torcida.

—Llámalo una lección bien aprendida. La alianza es sólida, las propiedades encajan, pero quiero verlos juntos antes de avanzar. Solo si creo que son compatibles procederemos con el compromiso.

Nunca volvería a considerar el matrimonio como una simple fusión de tierras, desprovista de toda consideración por quienes debían compartir la vida.

—No todos los matrimonios son como el tuyo —respondió Henry con comprensión—, pero agradezco tu preocupación por mi hija. Quédate tranquilo. Ysenda es maleable, se adapta con rapidez, como su padre. Se desenvolverá bien dondequiera que la sitúe. No es su bienestar lo que me inquieta, sino el del muchacho. No entregaré a mi hija ni su dote a alguien incapaz de protegerlos.

Nicholas lo miró de soslayo, sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

Henry sonrió.

—Que ahora te corresponde a ti convertir a un aspirante a clérigo en caballero. Ahí reside el verdadero motivo de mi nota. Tengo dos escuderos, y Gradinton estaba decidido a endosarme a ese chico, cuando en realidad sería una carga mayor de la que estoy dispuesto a asumir.

—Un momento —dijo Nicholas, volviéndose hacia él—. ¿Aún no es escudero?

Incluso los hijos de la nobleza destinados a la Iglesia recibían instrucción en el uso de las armas. Y aunque la Santa Madre Iglesia prohibía a los obispos portar espada, mazas y estrellas del alba no eran menos mortíferas.

Henry se apoyó contra la mesa, observando la puntera de sus zapatos.

—No, y por eso puedes maldecir a FitzGerald. El niño ha estado enfermo desde su nacimiento. Incapaz de tolerar la debilidad, Aymer entregó a su segundo hijo a su esposa para que lo criara, prometiéndole que ingresaría en la Iglesia. Nuestra querida Marion ha mimado al muchacho en su fragilidad, protegiéndolo de la vida en lugar de alentarle a fortalecerse.

Nicholas lo observó, esforzándose por asimilar lo que oía.

—¿Me estás diciendo que ese chico tiene doce años y no ha recibido instrucción alguna con las armas?

—Digo más que eso. No solo jamás ha empuñado una espada, sino que su madre se niega incluso a sentarlo sobre un caballo por miedo a que caiga y muera. —Henry frunció los labios—. Todo el mundo sabe que, si un niño no monta a los siete años, jamás dominará la equitación.

La revelación tensó a Nicholas, mezclando sorpresa y disgusto, y avivó en él un nuevo rechazo hacia la forma en que la viuda había criado a su hijo.

—¿Qué clase de madre arruina así a un muchacho, y qué clase de padre lo permite? Sea como fuere, ahora el chico es mío, y su madre ya no tendrá influencia sobre él.

Henry dejó escapar un sonido áspero, lejos de la risa.

—No estés tan seguro. Esa mujer es una agitadora. No he visto nada en su conducta reciente que indique que te haya cedido el control de su hijo. Recuerda mis palabras: hará todo lo posible por interponerse entre tú y el muchacho, convencida de que lo protege de tu daño.

—¿Interponerse entre nosotros? —Nicholas estuvo a punto de reír—. Imposible. Es una viuda encinta. Estará confinada en una cabaña del patio de Crosswell, mientras su hijo será mi escudero y vivirá conmigo en mis aposentos.

—Si tú lo dices... —replicó Henry con escepticismo, encogiéndose de hombros—. Solo diré que, de estar en tu lugar, pondría más de un piso de distancia entre el niño y su madre. Piénsalo. Si fue lo bastante leona como para provocar que Gradinton levantara el puño, te devorará vivo.

Nicholas sonrió con desdén.

—Sobreestimas sus capacidades. Ocupate de que tu hija se convierta en la futura señora de FitzGerald y déjame a mí a la viuda y a mi pupilo. No te fallaré, Henry, aunque solo sea para recompensarte por tu ayuda.

Lord Morven se puso en pie con un suspiro y se frotó el rostro con gesto cansado.

—Entonces lo dejo todo en tus manos, agradecido. Tras estas semanas bailando al son de Gradinton y luego al de lady FitzGerald, tengo un martilleo constante en la cabeza. Recogeré mis pertenencias en la puerta principal, te desearé buena fortuna y regresaré a mi hogar tranquilo y bien ordenado. Avísame cuando desees que los jóvenes se reúnan. —Le tendió la mano.

Nicholas la estrechó.

—Así lo haré. Que Dios te acompañe, y recibe mi gratitud.

Solo cuando el corpulento noble se marchó, Nicholas se permitió sonreír.

Una leona, sin duda. Aunque Henry lo conocía demasiado bien como para creer las historias de Sibyl o dejarse llevar por las reacciones ajenas, él confiaba en el miedo que aquellas habladurías despertaban. No existía en el mundo una mujer encinta lo bastante valiente como para enfrentarse a él.

Capítulo 4

Con los ojos entrecerrados y el temperamento al límite, Marion irrumpió en la sala, soltó a la llorosa Sibyl y dejó que Clare la llevara al otro lado de la habitación, hasta la puerta opuesta. Marion se dio la vuelta y cerró de un portazo, dejando atrás al prepotente hijo de perra que era el *sheriff* de aquel condado. El terror había desaparecido, destruido por el breve destello de satisfacción que había captado en el único ojo del *sheriff*. ¡Cómo se atrevía a regodearse por hacerla temblar de miedo!

Apoyó la espalda contra el panel y recorrió con la mirada lo que debería haber sido su refugio privado. No había un solo mueble abarrotando los rincones ni nada en el suelo que amortiguara los pasos. Marion se negaba a usar aquella estancia; prefería los aposentos de las mujeres situados más allá, lo que reducía su contacto con aquellos nobles arrogantes.

Entrecerró los ojos, segura de sí misma. Nicholas Fenwick no era un adorador del diablo, por mucho que Sibyl lo creyera. No era más que otro hijo de Adán empeñado en someter a todas las hijas de Eva.

—Santa Madre —susurró en una plegaria vehemente—, he sido tu sierva durante todos estos años. Ha llegado el momento de que recompenses mi devoción con hechos. Castiga a ese hombre por intentar utilizar mi propio miedo contra mí.

Una súplica inútil. ¿Acaso Dios no estaba sentado junto a la pobre Virgen, dispuesto a desoír a su Santa Esposa solo porque era ella quien suplicaba?

La rabia dio paso a una frustración cargada de cautela. Marion no arriesgaría la vida de su hijo por la mera posibilidad de que lord Coudray fuera humano solo porque se comportara como todos los hombres. ¿No era también masculino Satanás?

Cruzó la estancia a grandes zancadas hasta Clare y lady Sibyl, y agarró a la mujer que lloraba por los hombros.

—Pruebas —espetó—. Quiero ver qué te convence de que el sheriff es un engendro del diablo. Más aún, quiero saber por qué tú lo crees cuando ningún hombre lo acusa.

Si un hombre lo hubiera señalado, la Iglesia ya lo habría reducido a cenizas.

La marca del puño de Gradinton se oscurecía en la mejilla de Sibyl. Tenía sangre seca en la comisura de la boca y el labio inferior hinchado por habérselo mordido. Sus ojos, pálidos y enrojecidos por el llanto, se alzaron hacia el rostro de Marion.

—Mi hija me escribió justo antes de ser asesinada —confesó.

Luego desvió la mirada, luchando por enfocar a pesar del daño recibido.

Marion le apretó con más fuerza la barbilla.

—¿Dónde está esa carta? Vamos. La vida de mi hijo y mi propia alma están en juego. ¿No has pedido la muerte de Coudray hace un momento? Muéstramela. Convénceme, y te prometo que lo quemaré.

Aquellas palabras devolvieron vida al cuerpo de la mujer. Sibyl se soltó del apoyo de Clare y se incorporó con esfuerzo.

—Hazlo y estaré en deuda contigo para siempre. Ven a mi dormitorio y te mostraré mis pruebas. Conservo la carta de mi hija siempre conmigo, para no olvidar lo que Coudray me ha arrebatado.

Pasó junto a Marion y se dirigió a la puerta izquierda de la pared del fondo del solárium. Tras la muerte de su amigo, Gradinton

había reclamado el único dormitorio privado de FitzGerald por derecho de rango.

Cuando Marion se dispuso a seguirla, Clare se interpuso entre ella y la puerta.

—No, Minnie. No mires el mal. Sé humilde y serena, aparta la vista, y dentro de siete meses tendrás un bebé en brazos.

Marion intentó esquivarla, pero Clare volvió a bloquearle el paso.

—Apártate —ordenó— y ve a hacer las maletas. Has oído al sheriff. Partimos en dos horas.

Algo brilló en los ojos de Clare.

—No. No puedes poner en peligro al bebé.

Sorprendida por aquella resistencia inesperada, Marion frunció el ceño y bajó la voz.

—Creo que esta historia no tiene fundamento —murmuró—, pero si me equivoco, es mejor saber a qué nos enfrentamos, por el bien de este niño y por el de Aldric. Piensa, Clare. Si Coudray es realmente maligno, ¿no intentará arrebatarme a mi hijo al nacer para sus rituales antinaturales? Será mi sala de partos.

Clare se sobresaltó, como si aquella posibilidad jamás se le hubiera pasado por la mente.

—Entonces no puedes ir a Crosswell —soltó de pronto.

—¿Qué otra opción me queda? —replicó Marion con dureza, incapaz de resistirse a castigar a su prima—. Lo has convertido en mi tutor al revelar lo que yo habría mantenido en secreto.

Clare se llevó la mano a la boca.

—¿Qué he hecho? —gimió tras los dedos—. Se llevará al bebé y también tu alma.

Al instante, Marion se arrepintió de su crueldad. Más aún si Coudray estaba engañándolos a todos, fingiendo ser lo que no era.

—Lo hecho, hecho está, Clare. Si hay algo de verdad en esa carta, solicitaré un nuevo tutor. Hasta entonces, al menos estaremos cerca de Aldric.

Para su sorpresa, la ira prendió en los ojos de Clare.

—Vete, entonces —espetó—. Sé una necia obstinada y corre hacia el peligro. Ve a Crosswell, pero no esperes que te acompañe.

—¿No vienes conmigo? —exclamó Marion, atónita—. Clare, no puedes abandonarme. Te necesito. ¿Y si este bebé me mata?

Se quedó sin aliento al pronunciar aquellas palabras, pues la imagen de su propia muerte acudió a su mente, despojada de cualquier rostro amado a su lado.

Clare alzó la barbilla.

—¿Por qué habría de acompañarte? ¿Para verte destruir tu vida y la de tus hijos con tu testarudez? No. No participaré en eso, ni puedes obligarme a quedarme contigo por mucho que lo ordenes.

Las lágrimas ardieron en los ojos de Marion ante aquellas palabras. Qué vergüenza. ¿En qué se diferenciaban sus intentos de manipular a Clare de las órdenes arrogantes de Gradinton?

Extendió la mano y atrapó la de su prima, pese a que esta intentó apartarse.

—Perdóname —dijo Marion con sinceridad—. Tienes razón. No puedo obligarte a ir donde no deseas, ni quiero hacerlo. Si decides no acompañarme, vuelve a Nalder. Cuida de mi casa hasta mi regreso... o hasta mi muerte.

Clare dejó de resistirse. Su rostro se suavizó.

—Esa lengua tuya... —suspiró, irritada—. Deberías aprender a dominarla cuando estás enfadada. Igual que yo. —Hizo una pausa—. Iré contigo. ¿Cómo podría no hacerlo?

—No merezco tu lealtad —admitió Marion con una pequeña sonrisa.

Clare respondió con otra.

—Es cierto. Y aun así la tienes. Comenzaré a hacer el equipaje mientras tú entras y haces lo que creas necesario, aunque eso implique mirar cosas que no deberías. Te advierto que no quiero saber qué hay escrito en ese pergamino. A diferencia de ti, no deseo enfrentarme al mal. Y te haré responsable si tu hijo queda marcado por lo que hagas.

La sonrisa de Marion se ensanchó.

—De acuerdo.

Le dio un rápido beso en la mejilla.

—Gracias, Clare.

Su prima volvió a suspirar, esta vez con menos rencor, y se dirigió hacia la puerta derecha, donde se encontraban las habitaciones de las mujeres. Marion, por su parte, siguió a Sibyl al dormitorio.

Mientras la noble rebuscaba en una de sus cestas de viaje, Marion se detuvo ante la gran cama situada en el centro de aquella habitación sin ventanas. Había pertenecido a su abuelo, pero ahora formaba parte de su dote. Costosa y hermosa, los postes y el armazón estaban tallados con hiedra entrelazada, y entre el follaje surgían, de forma casi imposible, bellotas y avellanas. Pesadas cortinas de damasco azul y rojo colgaban del techo de madera, ofreciendo privacidad y calor.

Los labios de Marion se torcieron en una mueca amarga. Sí, formaba parte de su dote, pero nunca había sido suya. Durante trece años había pertenecido a Aymer. Antes, a su primer marido. Solo la había utilizado cuando descorrió las cortinas para cumplir con su deber conyugal; la última vez, hacía apenas dos meses.

La ira volvió, esta vez dirigida contra sí misma. Al regresar a FitzGerald, Aymer la había engatusado con dulzura, suplicándole amor y prometiendo cambios, para luego recordarle su deuda marital. Su tacto había despertado de nuevo los deseos de su cuerpo, devolviéndole con claridad el recuerdo del placer de la

unión. Seducida por su propia necesidad, había accedido cuando él le propuso, en la tercera noche, añadir a una mujer al lecho. Una vez más había confiado, solo para ser utilizada de nuevo.

Como si respondiera a sus pensamientos, el niño que llevaba en el vientre protestó, revolviéndole el estómago contra el guiso del día. Marion se abrazó el abdomen. Diez años de esterilidad la habían hecho olvidar lo imposible que le resultaba comer durante los primeros meses del embarazo. Mientras devolvía por segunda vez aquel día lo poco que había ingerido, alzó la vista hacia Sibyl.

La esposa de Gradinton estaba sentada ahora al borde de la cama, con un pergamino en la mano. Sonrió, pero en su expresión había más odio que alegría.

—¿Por qué no lo entendí antes? —murmuró—. Donde los hombres no escuchan, otra madre sí lo hará. Eres un regalo del cielo, lady FitzGerald, por ser valiente más allá de lo que se espera de una mujer. Sé mi espada y destruye a quien ha destruido todo lo que amaba.

Marion negó con la cabeza al extender la mano.

—No me nombre su defensora. No soy nada para usted, milady. Si lo que haga hoy satisface su sed de venganza contra el sheriff, será mera coincidencia.

—¿Qué importa el motivo? —replicó Sibyl, colocando en la mano de Marion un trozo de piel de oveja manchado—. Solo importa que se haga. Lea estas palabras y conocerás la verdad.

La letra era pequeña y apretada, pero poseía una intensidad que parecía atravesar el pergamino. Ambos lados estaban cubiertos hasta los bordes por diminutas palabras. Marion entrecerró los ojos y comenzó a leer.

Mi querida madre:

Debes ayudarme. Durante dos años, mi terrible milord y esposo ha estado aliado con el diablo. Lo supe después de dar a luz

a nuestro segundo hijo. Cuando vi nacer a un bebé sano, él afirmó que había nacido muerto. Cuando lo enfrenté y dije a nuestros sirvientes que había asesinado a nuestro hijo, les aseguré que estaba loca de dolor y me confinó en mi habitación. Mientras permanecía encerrada, los íncubos del diablo vinieron a torturarme, con dedos como garras y toques ardientes como atizadores al rojo vivo. Cuando mostré a nuestro sacerdote las marcas de arañazos y quemaduras, no me creyó y dijo que yo misma me había infligido esas heridas. Ahora sé que todos los sirvientes de Coudray, incluso nuestro sacerdote, son secuaces del diablo.

Cuando ya no pude soportar más los ataques, mentí y fingí creer que el bebé había nacido muerto. Los íncubos se marcharon de inmediato, lo que demostró que obedecían la voluntad de mi milord y esposo. Para protegerme, robé agua bendita de nuestra capilla para ungir un cuchillo y escondí tanto el frasco como el arma en un lugar secreto, por si regresaban.

La semana pasada, antes de dar a luz a nuestro tercer hijo, oculté mis instrumentos bendecidos bajo las almohadas. Vi nacer a un niño sano y hermoso y pedí un momento a solas para ungirlo con el líquido sagrado. Un instante después, mi temible milord entró diciendo que se llevaría al niño para bautizarlo. Fingiendo no sospechar nada, le entregué alegremente a mi hijo.

Cuando regresó, los ojos de mi esposo brillaban con una ira malvada y supe que había frustrado su propósito. Pero el niño que llevaba en brazos no era mi hijo. En su lugar, me entregó una criatura horrible, con una terrible marca roja en el rostro y las extremidades atrofiadas. Era el propio hijo del diablo. Sé que, si deseo recuperar a mi verdadero hijo, este ser debe morir.

Madre, mi esposo utiliza hechizos y conjuros para escuchar mis pensamientos y descubrir lo que sé. Tiemblan mis entrañas cuando posa su mirada en mí, porque sus ojos atraviesan mi alma. Aunque he ungido las cortinas de mi cama y mantengo el cuchillo a mi lado, sus oscuros secuaces llenan mi habitación, escondidos tras los paneles de las paredes. No me atrevo a abandonar este lecho,

por miedo a que me arrastren al infierno. Pero, si no escapo pronto, mi milord me matará.

El texto se interrumpía bruscamente. No quedaba espacio para una sola palabra más.

Marion tragó saliva, con la certeza tambaleándose bajo sus pies. No existía sacerdote ni clérigo que no se pronunciara con vehemencia contra semejantes horrores. Las descripciones de criaturas infernales y de servidores del demonio coincidían demasiado con los tratados y sermones que había oído toda su vida. Maud no había inventado nada nuevo en aquellas líneas.

Sostuvo el pergamino entre el pulgar y el índice, alejándolo de su cuerpo, como si el mal descrito pudiera traspasar la piel. Que la Virgen la amparase. Clare tenía razón. Nunca debió leer aquello. La mano libre se deslizó hasta su vientre en un gesto instintivo, como si pudiera proteger al niño que crecía en su interior. Sin embargo, aunque el corazón y el alma le temblaban, la razón insistía en que algo no encajaba.

—¿Es prueba suficiente para vos, milady? —preguntó Sibyl.

La misma certeza absoluta que Marion había sentido minutos antes brillaba ahora en los ojos de la mujer.

—Sin duda lo que describe vuestra hija es una abominación —respondió Marion en voz baja—, pero me pregunto por qué lord Gradinton no actuó al conocerlo.

El rostro de Sibyl se ensombreció.

—¿Qué le importa a él que el mal camine por la tierra? Cuando no intenta librarse de nuestro matrimonio, maldice a Maud por haberle dado solo una hija y a nuestros hijos por haber muerto sin dejar herederos.

Marion dejó el pergamino en el borde de la cama, sin desear tocarlo más.

—¿Y vuestro sacerdote? ¿Qué dijo cuando le mostrasteis esto?

—¿Ese cobarde? —La voz de Sibyl se quebró—. Teme más a mi esposo que al diablo. Culpa a mi Maud, dice que siempre fue extraña y que inventó esta historia para dañar a su marido. Como no hizo nada, escribí a su superior denunciando la maldad de lord Coudray. Durante meses no hubo respuesta. Volví a escribir. El secretario que contestó dijo que mis acusaciones no eran más que el balbuceo de una madre afligida. Creo que se niegan a enfrentarse a Coudray porque está estrechamente ligado al obispo William de Hereford. Ese hombre, tan bien situado en la corte y en la Iglesia, protege a uno de sus favoritos.

El alma de Marion dejó de temblar. Lady Sibyl se equivocaba. Si la Iglesia conocía la acusación y no actuaba, solo podía significar una cosa: no había verdad en ella. No existía mayor deleite para un clérigo que erradicar herejías y devociones demoníacas. En ese instante, Marion habría apostado su fortuna a que Fenwick no pertenecía a las filas del mal.

Entonces una nueva idea se abrió paso. Si lord Coudray no era culpable, ¿por qué permitía que aquellas acusaciones quedaran sin respuesta? Ningún hombre aceptaría semejante sombra sin motivo. Solo quedaba una explicación: le convenía infundir miedo.

Pero ¿qué ganaba con el miedo de los demás? Una mujer encinta se mantendría alejada de alguien a quien creyera demoníaco, y Coudray había oído a Clare revelar su estado. Aquello dejaba una única pregunta: ¿por qué necesitaba que ella se mantuviera distante? Fuera cual fuese su secreto, debía de ser lo bastante grave como para preferir que lo creyeran siervo del diablo antes que revelarlo.

Una sonrisa lenta se dibujó en los labios de Marion. Allí estaba el arma que necesitaba para proteger a Aldric de lo que el sheriff pretendía imponerle. Cuanto antes descubriera el secreto de Coudray, antes podría utilizarlo.

—Decid que estaréis a mi lado para acusarlo —pidió Sibyl, con los ojos ardiendo de nuevo con aquella luz enfermiza.

—No —respondió Marion, negando con firmeza—. Por atroz que sea esta historia, no basta. Si lo fuera, otros ya lo habrían acusado. Vos misma lo sabéis.

Los labios de Sibyl se torcieron, llenos de ira y decepción.

—¿Cómo puedes rechazarme después de leer esas palabras?

—No me acuséis de haberos prometido algo que nunca prometí —replicó Marion con aspereza.

—¡Cobarde! —escupió Sibyl—. No eres distinta del resto. Demasiado miedosa para actuar.

Apretó el pergamino contra el pecho y se balanceó ligeramente. Las lágrimas volvieron a brotar.

—Están muertos y nadie me ayudará a castigar al culpable.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí? —respondió Marion.

La hoja se abrió apenas un palmo.

—¿Has terminado? —preguntó Clare—. Estamos listas para empaquetar las pertenencias de lady Gradinton.

—Sí, entra —dijo Marion.

Clare apareció seguida de varias sirvientas. Marion dio un paso atrás y volvió la vista hacia la gran cama. Extendió la mano y rozó uno de los postes con una nostalgia amarga. Tres semanas antes había planeado celebrar su viudez borrando todo rastro de los hombres que la habían utilizado a ella y a su lecho. Le irritaba dejar aquella cama para que otro varón la reclamara.

Una nueva oleada de náuseas le retorció el estómago. Apretó los dientes para contenerlas, pero el temblor la dejó débil.

—Otra vez no —murmuró Clare.

Rodeó los hombros de su prima y la condujo con rapidez a los aposentos de las mujeres, ahora vacíos. La sentó en su catre y le colocó una palangana en el regazo.

—¿Ves el precio del sobresalto del día? —añadió—. No puedo creer que hables en serio cuando dices que irás a Crosswell. Cabalgar te mareará aún más y es peligroso para el niño. Además, detestas los caballos.

—No me sermonees —respondió Marion, presionándose el vientre—. Por Aldric, debo darme prisa.

Las náuseas regresaron, creciendo hasta su punto inevitable. Miró la cama plegable y pensó en los meses incómodos que le aguardaban en algún rincón de la fortaleza de Crosswell.

—Clare, ¿crees que debería llevarme mi cama?

—¿Por qué no? —respondió—. Aunque no puedas usarla, yo no dejaría un mueble tan hermoso fuera de mi control. Crosswell tendrá almacenes.

—Eso pensaba. —Hizo una pausa—. ¿Crees que sir Reginald podría desmontarla y enviarla allí? No lo haría por mí, pero quizá sí si tú se lo pides.

Era una clara invitación a marcharse. Marion detestaba vomitar ante testigos.

—Podría hacerlo —respondió Clare, sonrojándose de nuevo—. También deberíamos hablar con él sobre las monturas.

Marion apretó los dientes.

—¿Por qué los bebés no pueden nacer como los pollitos? Vete, Clare. Déjame con mi miseria.

—Como si no te hubiera visto pasar por esto cada día durante las últimas dos semanas —replicó, levantando una mano para cortar la protesta—. Me iré si prometes descansar hasta la partida. Necesitarás fuerzas.

—Lo prometo —susurró Marion.

En cuanto la puerta se cerró tras su prima, Marion se rindió al dominio de su hijo por nacer.

Capítulo 5

La dulzura de la mañana se había desvanecido. El viento aullaba ahora a través de un cielo lloroso y convertía las primeras gotas de llovizna en agujas de lluvia punzantes. Azotó a Reginald mientras salía de la estancia superior de la torre al rellano de madera que coronaba las escaleras. Cerró la puerta tras de sí y giró la voluminosa llave en la cerradura. El hierro chirrió cuando el pesado pestillo se movió, dejando que la gruesa barra cayera en su sitio. Una vez retirada, la llave traqueteó a lo largo del círculo de hierro que le servía de anillo.

Aquella cerradura, junto con los largos años de paz de FitzGerald, se había convertido por fin en un último refugio digno de un tesoro. En un rincón de la cámara alta aguardaban dos cofres con las escasas riquezas de Aymer en telas y monedas, además de copias de todos los contratos firmados y sellados por los señores de FitzGerald. Uno de ellos guardaba el libro de Reginald.

Con el paso de los años, aquella colección de pergaminos encuadernados en cuero había dejado de ser un simple registro de gastos e ingresos. Contenía ahora cálculos de rendimientos según las semillas y los ciclos de rotación de los campos, así como notas personales sobre sus numerosos intentos de reforzar la torre izquierda de la puerta, que parecía hundirse lentamente.

Reginald se colocó el volumen bajo el brazo y la capa, y se dispuso a bajar. Como siempre, la visión de su hogar lo detuvo, atrapándolo en una admiración silenciosa. Muchos encontraban aquel lugar monótono y poco acogedor; él solo veía belleza y seguridad.

Para ser una casa solariega, FitzGerald estaba bien defendida. Cuando su antepasado normando la conquistó, hacía más de un siglo, aprovechó un antiguo montículo para la defensa. Aplanó la cima, alzó una pequeña torre del homenaje en el centro y rodeó la cresta con una empalizada de madera. Para dificultar el asalto, cavó una zanja alrededor de la base, creando un foso seco, y levantó un puente levadizo. Solo durante aquella generación se vivió en lo alto del montículo. El abuelo de Reginald encontró la torre demasiado estrecha e incómoda, descendió y reclamó un amplio patio, alrededor del cual alzó una nueva muralla de piedra, tan gruesa como la altura de dos hombres. De nuevo se excavó un foso seco, esta vez frente a una imponente puerta de entrada que requería otro puente levadizo.

La mirada de Reginald recorrió el salón, los graneros y los jardines del patio de armas hasta perderse en las tierras de FitzGerald. Se extendían sobre una llanura fértil, encajada entre colinas suaves y la maraña salvaje del bosque del rey. Durante generaciones, la tierra había adoptado la regularidad de campos y huertos, parcelas y granjas, hasta convertirse en un gigantesco tablero de ajedrez. Cientos de cabañas encaladas, con techos de paja, eran peones dispuestos en torno a un alfil representado por la gran iglesia de piedra, con su torre achaparrada.

Aunque la agricultura seguía siendo el sustento principal, empezaban a colgarse carteles sobre algunas puertas, ofreciendo servicios de zapatería, sastrería o tintorería. Aquel cambio era motivo de orgullo para Reginald; había ocurrido bajo su supervisión. A diferencia de su padre, comprendía que una fanega de cebada siempre valía lo mismo, mientras que una tarifa de un penique podía convertirse en dos.

El orgullo se disolvió en desesperación. Todo aquello habría podido ser suyo de no ser por la necesidad de Aymer de malgastarlo en faldas. El heredero no nacido de su hermano no era sino el castigo de Dios por atreverse a soñar con ser dueño de FitzGerald. Desde la muerte de Aymer, el deseo de poseer aquel lugar se había

vuelto tan vital como respirar. Ese tormento sería su penitencia por haber contribuido a la muerte de un sobrino para asegurar la desaparición del otro.

Entrecerró los ojos, rechazando el remordimiento. No iba a renunciar ahora. ¿Por qué se le negaban una esposa y un hogar? Había trabajado como un campesino para convertir FitzGerald en lo que era. Si lady Marion y su hijo debían morir para abrirle el camino, morirían.

En lo más hondo de su mente, una voz le susurró que el asesinato quizá no fuera necesario. La esposa de su hermano había suplicado perder al niño. Si deseaba deshacerse del hijo de Aymer, él tenía los medios. La partera del pueblo proporcionaba a las ramera de su hermano un brebaje capaz de limpiar el vientre. No siempre funcionaba, pero la mayoría de las veces sí. Solo necesitaba hallar la manera de hacérselo llegar a su cuñada.

Sumido en aquel pensamiento oscuro, descendió la escalera y avanzó hacia el patio de armas. Al llegar al puente levadizo del foso interior, una mujer apareció por la esquina del salón. Se apresuraba hacia los establos, con la capa ondeando y dejando ver un vestido azul.

Clare.

Su ánimo se hundió aún más. No le bastaba con conservar FitzGerald; deseaba a esa mujer a su lado, como su señora. Otro sueño imposible. Aquel era el día en que su amor abandonaba FitzGerald, quizá para no volver jamás.

La necesidad de tocarla al menos una vez más lo impulsó. Reginald cruzó el puente levadizo a la carrera y entró en el patio.

—¡Lady Clare!

Ella se volvió y caminó hacia él con pasos elegantes. Bajo la sombra de la capucha, su rostro era delicado y fino. El placer despertó en Reginald al ver el brillo de su sonrisa.

—Vaya, sir Reginald, sois justo el hombre al que necesitaba encontrar —dijo ella. Su voz era dulce, muy distinta al tono firme de su prima.

—¿Yo? —En su interior, el corazón se atrevió a esperar—. ¿Qué deseáis de mí, milady?

Ella dio otro paso. Reginald extendió la mano libre, dispuesto a atraerla hacia sí.

—Lady Marion insiste en viajar con el sheriff. Necesitaremos dos caballos de montar. Además, se llevará su cama a Crosswell. ¿Podríais enviarla después de nosotras, como os resulte más conveniente? Probablemente se use el carro que nos trajo desde Nalder.

La esperanza se extinguió cuando su mano cayó al costado. Para ella no era más que un intermediario.

—Puedo hacerlo, milady —respondió, inclinando la cabeza.

Esperó a que se marchara. Sin embargo, ella permaneció inmóvil, mirándolo.

—Muchas gracias —susurró. Sus mejillas, ya sonrosadas por el frío, adquirieron un tono más intenso.

—¿Hay algo más que pueda hacer por vos, milady? —preguntó, con la voz ronca.

Ella parpadeó, como sorprendida.

—No —respondió con un hilo de voz, girándose para marcharse.

Antes de pensarlo, Reginald la sujetó del codo.

—Quedaos un momento —suplicó.

Ella no se soltó, pero al alzar el rostro había amargura en su expresión.

—¿Para qué?

—Para contemplaros —respondió—. Vuestra belleza siempre me deja sin aliento.

El rubor se intensificó en sus mejillas. Le apoyó la mano en el antebrazo.

—Soy una mujer mayor. He pasado de los cuarenta. No queda belleza en este rostro.

Reginald sonrió.

—No sois vieja para un hombre que se acerca a los cincuenta. Incluso en mi vejez, sé reconocer la belleza.

—Entonces os llamaré ciego, anciano —bromeó ella.

—¿Os quedaréis a hablar conmigo?

Se sonrojó aún más.

—Me encantaría.

—Entonces, apartémonos del viento.

La condujo hasta un cobertizo y abrió la puerta. El interior estaba lleno de trastos y materiales, pero las paredes los protegían del aire cortante. Clare dudó.

—No deberíamos estar solos —dijo, con un temblor.

La idea de que aún fuera intocada aceleró el pulso de Reginald.

—No tenéis nada que temer de mí. Lo que deseo de vos solo puede darse tras pronunciar votos ante un sacerdote.

Entró, dejó el libro sobre un barril y mantuvo la puerta entreabierta.

Ella abrió los ojos, sorprendida, y luego sonrió con una felicidad casi salvaje.

—¿Me pedís matrimonio? Jamás esperé oírlo.

Entró al cobertizo. Reginald le tomó las manos, frías como el hielo, y las envolvió con las suyas.

—Gracias —dijo ella, castañeteando—. Hoy hace un frío espantoso.

—Vuestra partida dejará mi vida fría y vacía —confesó él.

Ella sonrió.

—Este afecto es un milagro. Yo me reprochaba haber dejado que mi corazón se fijara en vos.

Reginald frunció el ceño.

—No digáis eso jamás. Sois mi igual.

Ella sonrió, emocionada.

—Marion incluso me ha ofrecido una dote. Ojalá pudiéramos casarnos mañana.

Reginald rió con alegría y la besó. El beso se volvió profundo, ardiente. Clare respondió, rodeándole el cuello. La necesidad creció hasta marearlo. La levantó apenas, acercándola a él. Ella jadeó, y aquel sonido lo devolvió a la cordura.

Conmocionado, Reginald se apartó y le tomó las manos mientras retrocedía un paso.

—Despiertas en mí un fuego que temo no poder controlar —confesó, con la voz quebrada por la intensidad de su deseo.

En el rostro de Clare, el placer se mezcló con el miedo; luego, las lágrimas brillaron en sus ojos.

—Nunca me había sentido así —susurró—. A lo largo de los años, los hombres me han perseguido con halagos y regalos insignificantes para arrebatarme lo que más valoro. Los rechacé a todos, a veces teniendo que ahuyentarlos con mis gritos cuando se negaban a aceptar un no. Y aquí estás tú, retirándote en lugar de acosarme. —Negó con la cabeza, asombrada.

—Lo que me ofreces es de un valor incalculable —respondió Reginald, aún tembloroso—. Me temo que no tengo nada equivalente que darte. Si te casas conmigo, te condenas a una vida

mucho menos cómoda que la que conoces. No seremos más que servidores del señor de FitzGerald.

—¿Qué me importa eso si puedo estar contigo? —replicó ella con una sonrisa. Luego, su alegría se ensombreció—. ¿Crees de verdad que la Iglesia nos permitirá casarnos? Somos parientes en cuarto grado. Minnie dice que no pondrán objeciones, puesto que he pasado la edad de tener hijos.

Reginald negó despacio, sorprendido por lo mucho que había hablado con su prima.

—He pasado la vida haciendo lo que convenía a otros. Ahora que se me ofrece la ocasión de alcanzar lo que deseo, no permitiré que un clérigo me lo niegue. Presentaré una petición. Pero debes saber que, si la Iglesia nos rechaza, te rogaré que me aceptes con un simple compromiso entre nosotros.

La sonrisa de Clare brotó de nuevo, luminosa.

—Si no vamos a tener hijos, ¿qué importa si pronunciamos nuestros votos ante una iglesia o solo ante Dios? Te aceptaré. No imaginas cuánto me sostiene tu amor. Es como un escudo que me protege del mal de Crosswell.

Se estremeció y guardó silencio.

—Clare, amor mío, no tomes demasiado en serio lo que ha dicho lady Gradinton —murmuró Reginald, atrayéndola hacia sí y rodeándola con un brazo—. Creo que no es más que otro intento de Gradinton por destruir a un hombre al que odia.

—Ojalá pudiera creerte. —Hundió el rostro en su hombro—. Oh, Reginald, no quiero ir a Crosswell.

—Entonces quédate conmigo —propuso él.

—No puedo —respondió ella, con anhelo—. Minnie me necesita. Después de todo lo que ha hecho por mí, no puedo abandonarla cuando va a ir a ese lugar horrible.

Reginald contuvo el aliento ante la oportunidad que aquellas palabras le ofrecían. Si la prima de Clare no estuviera encinta, no habría necesidad de viajar a Crosswell. Abrió la boca para hablar de la poción, pero se contuvo. Había sido Clare quien se interpuso entre Gradinton y lady FitzGerald para proteger al bebé. Era mejor avanzar con cautela que precipitarse y arruinar lo que más deseaba.

—Culpa de este viaje a mi hermano —dijo al fin—, pues una vez más sembró su semilla en su esposa.

El corazón le latía en la garganta mientras, una vez más, intentaba borrar al descendiente de Aymer. La culpa regresó, aunque ya no con la fuerza de antes.

—Es cierto, pero ahora es demasiado tarde. Deberé aferrarme a tus palabras, porque iré a Crosswell. —Soltó una risa breve y dulce; su aliento tibio rozó el cuello de él—. Mi deber es asegurarme de que mi terca prima no provoque al sheriff hasta que la maltrate como hizo con Gradinton.

—¿Cuánto tiempo tendrás que permanecer en Crosswell? —Para que el brebaje surtiera efecto, lady FitzGerald no debía haber superado el tercer mes.

—Siete meses, si logra llevar adelante al pequeño pese a la angustia que le espera. —Clare negó con la cabeza, preocupada—. Minnie ama con demasiada intensidad. Cuando por fin acepte que ha perdido a Aldric, debo estar a su lado para evitar que pierda también a este bebé. Me inquieta que la semilla no se haya afianzado como debería. Está muy enferma.

La preocupación de Clare, unida a su evidente afecto por el hijo de Marion, avivó la determinación de Reginald. El brebaje funcionaba mejor cuando el feto no estaba firmemente asentado. Pero ¿cómo lograr que Marion lo bebiera?

Acercó de nuevo a Clare y fijó la mirada en el rincón más oscuro del cobertizo. Si ella creía que actuaba por el bien de su prima, accedería. Las palabras necesarias se le agolparon en la lengua. Era indigno utilizarla así; no honraba el amor que le

profesaba. Y, sin embargo, si él se convertía en señor de FitzGerald, Clare sería su esposa y no una simple acompañante. ¿No justificaba eso su intervención? Al fin y al cabo, no podía llamarse asesinato si el embarazo se perdía de forma natural.

Agradeció, de pronto, que ella no pudiera ver su rostro.

—En estos últimos años he llegado a respetar mucho a la partera de FitzGerald. Conoce numerosos remedios para fortalecer una semilla débil. Si lo deseas, puedo procurar uno de sus brebajes, incluso antes de que partáis hoy.

Clare besó su mandíbula.

—Eres muy considerado. Gracias, me encantaría.

Sus palabras lo atravesaron con una punzada de culpa.

—Así será. Ahora debo reunirme con el sheriff. Despidete de mí llevando en tu corazón mi amor y mi promesa de que pronto estaremos ante un sacerdote.

Incluso con la luz escasa del cobertizo, Reginald vio el fulgor de alegría en los ojos de Clare.

—Adiós, mi amor.

—Adiós —respondió él, con los brazos ansiosos por estrecharla una vez más.

Ella se detuvo y luego se lanzó hacia él. Le rodeó el cuello con los brazos y cubrió su rostro de besos.

—No puedo marcharme sin decirte de nuevo que te amo. Mi corazón es tuyo, y adoro tu bondad y el cariño que muestras por mí y por los míos.

Sus palabras fueron un susurro ardiente contra sus labios. Después se apartó y salió corriendo del cobertizo.

Reginald la observó alejarse. Había hecho lo correcto. El amor de Clare era demasiado noble para degradarlo convirtiéndola en sirvienta de FitzGerald. Ofrecerle FitzGerald como regalo de bodas bien valía el riesgo de cometer cualquier pecado.

Capítulo 6

-M ilord, ¿qué quiere que le diga?

La pregunta, formulada por el maestro de armas de Crosswell, era tan gélida como la última ráfaga de viento helado. Antes de que Nicholas pudiera responder, su gran corcel gris reaccionó ante la proximidad del caballo del soldado. El destbrero se ladeó y resopló, levantando las patas delanteras en señal de amenaza.

—Quieto, Passavant —ordenó Nicholas, consciente de que exigir obediencia con dureza solo desencadenaría una lucha entre ambos. Únicamente una mano firme y serena lograba mantener a la bestia concentrada.

Cuando el caballo se calmó, Nicholas volvió la cabeza para observar al caballero enjuto que había servido a los sheriffs de Crosswell durante más de una década. De rostro ancho y nariz tan aguileña que casi rozaba la visera del yelmo, sir Osbert mantenía la boca fruncida en una mueca severa y los ojos pálidos brillaban con desagrado. Nicholas no estaba seguro de si aquella expresión se debía a su aversión hacia el nuevo sheriff o a su papel de mensajero entre nobles. Los hombres de la guarnición eran mercenarios o soldados reclutados por los señores locales para cumplir los cuarenta días de servicio al rey; no debían lealtad personal al sheriff. Bastaba con su obediencia.

Nicholas negó brevemente con la cabeza ante la petición de la viuda.

—No puede pretender detenerse tan pronto. Apenas llevamos una hora de marcha.

—Su prima afirma que está muy enferma —respondió Osbert con la misma frialdad.

Nicholas apartó la mirada, irritado. Viajar con una mujer encinta y con prisas era una necedad, como había quedado claro el día anterior. Habían partido entrada la tarde y apenas habían avanzado unas millas antes del anochecer. Debía regresar a Crosswell con urgencia, pero la viuda exigía detenerse cada hora, alegando agotamiento y malestar.

Se frotó el cuello, donde un dolor sordo comenzaba a instalarse. No tenía a nadie a quien culpar salvo a sí mismo. Al comprar el cargo sabía que en seis años habían pasado tres sheriffs por aquella comarca, cada uno dejando tras de sí su propia versión del caos. Ahora, el arzobispo de Canterbury exigía que se pusieran al día los impuestos y los asuntos judiciales atrasados. En menos de un mes llegarían los jueces itinerantes y él no estaba preparado. La viuda tampoco ayudaba.

Alzó la vista y observó cómo otra ráfaga de viento barría las colinas desnudas que se extendían ante él, arrancando las hierbas que se aferraban a la tierra. Sintió una inesperada compasión por aquellas briznas. Sabía exactamente cómo se sentían. Tras sobrevivir a tantos meses en el infierno, aquella mujer era el último obstáculo, el detalle que podía acabar de quebrarlo.

—Milord, ¿qué queréis que le diga? —insistió Osbert.

La irritación sustituyó a la frustración, encendiendo un calor interior donde antes no había nada.

—¿Decir? —espetó—. Dile que, si fuera la mitad de frágil de lo que asegura, ya estaría muerta y yo me habría librado de ella.

La brusquedad del comentario hizo que las cejas de Osbert se alzaran.

—¿De verdad, milord? ¿Queréis que le diga eso?

Nicholas hizo una mueca, sorprendido por la intensidad de su propia aversión hacia una mujer a la que apenas conocía.

—No. Mejor no. Aunque me exaspere su fingida fragilidad. — Iba a añadir que no se detendrían cuando, en un suspiro cargado de hastío, dijo—: Rezo para que esto no sea un presagio de los meses venideros, porque si lo es, no sobreviviré a su presencia.

Osbert carraspeó y luego soltó una carcajada grave.

—Si me lo permitís, milord, añadiré mis oraciones a las vuestras.

Que su irritación hubiera arrancado una muestra de camaradería a un hombre tan hosco provocó una sonrisa torcida en Nicholas.

—Agradezco la intención, pero ¿qué razón tendría Dios para escuchar tus plegarias? ¿Eres un hombre santo, Osbert?

—Tan santo como el propio Papa, milord —respondió el maestro de armas, alzando las cejas con solemnidad fingida.

Sin previo aviso, Nicholas soltó una carcajada franca. El sonido le devolvió, por un instante, recuerdos de un tiempo en que reír era tan natural como respirar.

—Me temo que en los próximos meses dependeré mucho de tu santidad.

La dureza del rostro de Osbert se suavizó hasta transformarse en una sonrisa. Luego volvió a la indiferencia habitual del mercenario.

—Entonces, ¿qué le digo a la señora?

—Nada. Me corresponde a mí hablar con la viuda. Quiero descubrir por mí mismo cuán frágil es en realidad.

Alzó la mano para ordenar el alto. El mensaje se transmitió a lo largo de la columna hasta que los murmullos de cuero y metal se apagaron y solo quedaron los resoplidos de los caballos. Nicholas giró a Passavant y avanzó hacia el final de la fila.

Los hombres apenas lo miraron al pasar. Solo unos pocos se santiguaron; la mayoría bajó la vista. El fugaz placer que había

sentido se disipó. Soportar el miedo y el odio ajenos no era tarea fácil, y aunque siempre había sido un hombre solitario, aquel rechazo lo afectó más de lo esperado.

Al llegar al centro de la columna, frunció el ceño. Allí había ordenado que permanecieran las mujeres, protegidas por los hombres de Crosswell. No había rastro de ellas.

—¿Dónde están las damas? —preguntó al soldado que se atrevió a sostenerle la mirada.

—Cuando ordenasteis detenernos, se dirigieron hacia aquella colina —respondió el plebeyo en un francés cargado de acento.

Nicholas miró hacia el montículo cercano, parcialmente oculto por árboles desnudos. Los caballos de las mujeres aguardaban allí, con las cabezas bajas.

—¿Las dejasteis ir sin escolta? —gruñó.

El soldado se encogió de hombros.

—Intentamos seguirlas, milord, pero nos pidieron privacidad. Son damas nobles. ¿Qué podíamos hacer?

Nicholas se irguió. La viuda había desobedecido abiertamente. ¿Imprudente o calculadora? No toleraría tal desafío.

—Desmonta y sujeta a mi caballo —ordenó—. Voy a poner en su sitio a una viuda.

Saltó de la silla y avanzó hacia el montículo. La cota de malla tintineaba con cada paso.

Desde el otro lado, Clare se levantó de un salto y extendió la capa para ocultar a su prima.

Nicholas se detuvo a un brazo de distancia.

—Dile a tu prima que no toleraré que ignore mis órdenes. Si vuelve a hacerlo, ambas probarán el mismo látigo que castiga a cualquiera que me desafíe en mi valle.

—No se atrevería —replicó la voz de Marion, aún oculta.

—¿No? —respondió él, clavando la mirada en Clare.

—Minnie, basta —suplicó Clare—. Por favor.

—Es una amenaza vacía —dijo Marion con menos firmeza—. La corte no permite abusos.

—Confundís disciplina con abuso —replicó Nicholas—. Hasta que nazca ese niño, sois mi responsabilidad. Estáis sujeta a mis normas, y nadie puede cuestionar mi autoridad.

—Milord, no pretendíamos causar problemas —intervino Clare—. Lady FitzGerald se encontró muy mal y necesitaba privacidad.

—Y ahí hay otro asunto —continuó Nicholas—. No puedo tolerar más retrasos. Si está enferma, que regrese a la mansión. Enviaré un carro cuando llegue a Crosswell.

—Es una oferta generosa... —empezó Clare.

—¡No! —interrumpió Marion con voz rota—. No me dejéis atrás.

Las náuseas la vencieron. Clare se agachó a su lado.

—¿Cómo puedes vomitar si no has comido desde ayer? —murmuró.

—No vomito... solo lo pienso —respondió Marion con debilidad—. Creo que es esa poción tuya. Al bebé no le agrada. Gracias a Dios no me obliga a expulsarla.

—No puede ser el tónico —la tranquilizó Clare—. Es para fortalecerte.

El terreno cedió y Clare resbaló, dejando a Marion a la vista de Nicholas.

Ella había echado atrás la capucha y se había quitado la cofia. Una espesa melena castaña cayó sobre sus hombros, agitada por el viento. Su cabeza descansaba en el hombro de su prima, revelando el perfil delicado de su cuello.

—No me importa el propósito —murmuró Marion con los ojos cerrados—. Ninguna de las dos tolera otra gota de ese brebaje. Tíralo para los topos.

Su cabeza giró y quedó frente a Nicholas. Aunque la decencia exigía apartar la mirada, él permaneció inmóvil, observando su rostro.

Las sombras se aferraban a los huecos bajo sus ojos y a las mejillas hundidas, señal inequívoca de que el niño que llevaba dentro la agotaba profundamente. Entonces, si de verdad estaba enferma, ¿por qué insistía en viajar con él? El ceño de Nicholas se suavizó al comprenderlo. No era Baldwin quien la manejaba como a una marioneta, sino el hijo que la aguardaba al final de aquel camino. Si el bebé que crecía en su vientre le suplicaba ir más despacio, la angustia por su primogénito la empujaba, en cambio, a un ritmo imprudente.

El viento cambiante lanzó mechones suaves de cabello sobre los pómulos finos y amplios de la mujer. Observó cómo uno de ellos quedaba atrapado en la plenitud de su labio superior. Dios santo, era hermosa. El deseo despertó en él, agudo y punzante, y la necesidad de tocar su boca con la suya se convirtió, de pronto, en lo más importante de su existencia.

Ella suspiró una vez más y abrió los ojos. Su mirada se posó en el rostro de él sin apartarse de las cicatrices, como hacían otras mujeres. Aquello no hizo sino alimentar su necesidad. Nicholas deslizó los dedos por la curva suave de su mejilla, solo para comprobar si reaccionaba al contacto en la nuca. La vio levantar la mano para apartarse el cabello pegado al rostro y juró que, aun sin tocarla, podía sentir la tersura de su piel.

Con un grito ahogado, ella abrió los ojos de par en par y se soltó del abrazo de su prima para incorporarse. De inmediato se subió la capucha, ocultando el rostro bajo una sombra modesta. Nicholas renunció a su deseo con gran esfuerzo.

—Qué vergüenza, milord sheriff —lo reprendió ella. La censura comenzó como un murmullo áspero, pero se volvió firme a medida que un rubor intenso subía por sus mejillas—. ¿Por qué no se apartó como exigía la decencia?

En su interior, a Nicholas le asaltó un impulso casi absurdo de sonreír ante su indignación por un momento tan inocente.

—Vuestra vestimenta me tomó por sorpresa —respondió—. Dadas las circunstancias, no puedo acusaros de conducta impropia. Juro que no diré una palabra de lo ocurrido.

Ella abrió los ojos, furiosa.

—¿Que no dirá nada de mi comportamiento? No he hecho nada reproable. Ha sido usted quien ha violado mi intimidad. ¡Qué vergüenza!

Un suspiro áspero escapó del pecho de Nicholas. No había rastro de miedo en ella. Cristo bendito, ¿por qué la única mujer que no daba crédito a las historias de Sibyl era también la única capaz de causarle verdadero daño?

Ella no había terminado.

—Y ahora pretende herirme aún más amenazando con abandonarme en cualquier punto del camino. Es su deber escoltarme hasta Crosswell. Si no lo hace, me quejaré ante la corte.

Aquellas palabras encendieron la ira de Nicholas en un destello fulgurante que quebró su vacío interior. En el ardor repentino de sus emociones, pudo ver con claridad insoportable cada uno de los miserables días que le aguardaban si ella seguía a su lado. A menos que la detuviera, estaría siempre detrás de él, reprochándole y acusándolo de agravios imaginarios. De todas las amenazas que lo cercaban, aquella era la más terrible, incluso peor que la posibilidad de que Baldwin la utilizara para destruirlo.

—¿Deseáis cabalgar conmigo, milady? —No era una invitación amable—. Solo lo haréis si aceptáis que, desde ahora, me detendré

únicamente para dar descanso y alimento a los caballos. Si no podéis seguir el paso, os quedaréis atrás.

Se puso en pie con brusquedad. Clare permanecía sentada a su lado, dócil, con la cabeza gacha. Lady FitzGerald apoyó las manos en las caderas y lo miró con desafío.

—No, eso no lo permitiré.

—¿No lo permitiréis? —estalló él, cerrando los puños—. ¿Me tomáis por un criado al que podéis ordenar avanzar o detenerse a vuestro antojo? Si sois tan poderosa, decidme cómo pensáis impedir que continúe mientras vos os demoráis.

La viuda respiró con furia, pero guardó silencio. Tras un instante, cruzó los brazos y alzó la barbilla. No tenía respuesta, pero tampoco cedería.

Nicholas apretó los dientes hasta sentir dolor. No era de extrañar que Gradinton hubiera querido golpearla. Persistía donde incluso un hombre habría reconocido la autoridad de otro. Así era el orden natural. ¿Cómo podía desafiarlo? Maldición, no podía. Su desafío lo forzaba a elegir entre imponer su dominio por la fuerza o quedar como un necio. La idea le revolvió el estómago. Tenía que existir otra manera de someterla.

Cuando comprendió cuál era, abrió las manos y aflojó los hombros.

—Os aconsejo que abandonéis esas órdenes inútiles y esas amenazas vacías. No favorecen ni benefician a vuestro hijo. No podéis esperar que sienta aprecio por él cuando su madre se empeña en provocarme de este modo. ¿O habéis olvidado quién tiene ahora el control? —Alzó una ceja con frialdad.

—Mon Dieu... ¿qué he hecho? —jadeó ella, llevándose las manos a la garganta. El dolor deformó su boca y las lágrimas brotaron de pronto. Sus rodillas cedieron y cayó de rodillas, con la cabeza inclinada—. No, milord sheriff, no le haga daño. Yo aceptaré

su castigo por haberle ofendido. Se lo ruego, no le haga daño. —Un sollozo silencioso siguió a sus palabras.

Nicholas gimió para sí. El amor feroz que ella sentía por su hijo reflejaba demasiado bien lo que él mismo sentía por Marion. Él contaba con recursos y alianzas para proteger a su hija del dominio legítimo de Baldwin; la viuda, en cambio, solo se tenía a sí misma para interponerse entre él y su hijo. Aquella inesperada afinidad despertó en Nicholas el impulso de tocarla, de reparar el daño que acababa de causar.

—Jesu Christus... —murmuró, consternado consigo mismo—. Basta, milady. O monta de inmediato o te queda atrás.

Se dio la vuelta y rodeó la loma, avanzando con paso rápido hacia los soldados. Osbert sostenía ahora a Passavant, con el rostro cuidadosamente neutro. Nicholas tomó las riendas y volvió a montar al gran caballo gris.

—¿Cuáles son vuestras órdenes, milord? —preguntó Osbert, con un matiz extraño en la voz.

Nicholas lo miró con dureza, pero no halló burla en los ojos del hombre.

—Si las damas no regresan enseguida, te quedarás con veinte hombres para escoltarlas de vuelta a la mansión donde pasamos la noche. Si deciden seguir con nosotros, no habrá más retrasos. Y ocurra lo que ocurra, mantenlas lo más lejos posible de mí.

Espoleó a Passavant hasta hacerlo trotar.

—Padre nuestro... —entonó Osbert, lo bastante alto para ser oído.

Un carraspeo incómodo recorrió la fila. Nicholas lo ignoró. Toda su energía se concentró en aplastar la peligrosa debilidad que la viuda despertaba en él. Se aferró a su tono áspero y autoritario hasta que la ira volvió a arder en su interior. Tal vez no fuera un cambio mejor que el vacío, pero sí más seguro que la vulnerabilidad.

«Zorra obstinada», murmuró para sí, mientras el fuego le devoraba el corazón al avanzar.



—Bastardo cruel e insensible —murmuró Marion, con la garganta en carne viva por las lágrimas contenidas—. Hijo de una cerda de corazón helado. Juro que pagarás por tu amenaza contra mi hijo.

Aquellas palabras eran la única barrera entre ella y la histeria. Las promesas de venganza se habían convertido en algo parecido a las oraciones que murmuraba mientras deslizaba el rosario entre los dedos. También eran lo único que la mantenía erguida sobre la silla. En ese instante, habría sido feliz dejándose caer al suelo y no volver a levantarse jamás. Nunca había sido buena amazona y, tras una caída al comienzo de su primer matrimonio, había renunciado por completo a cabalgar. Ahora le dolían las piernas y la espalda más allá de lo soportable. Incluso al paso, el balanceo de aquella bestia detestable le revolvía el estómago.

Alzó la vista. El camino coronaba otra colina, mientras detrás de ella el sol poniente lanzaba haces de luz afilados como cuchillos a través de un espeso mar de nubes. Naranja y rojo, la sangre vital del sol se derramaba por aquellas grietas para manchar una tierra ya muerta y exhausta. Más adelante, el metal de la armadura brillaba con un fulgor apagado en la larga fila de hombres. Allí iba el sheriff, con su gran corcel dispuesto a trotar los últimos tramos hasta la cima.

Marion entrecerró los ojos.

—Y si te atreves a hacer daño a Aldric...

¿Y entonces qué?

La impotencia la abatió. Al sheriff no le importaban sus sentimientos, ni sus lágrimas detendrían su mano si decidía

maltratar a su hijo. Bajó la cabeza, rindiéndose al fin cuando aquella mañana su cuello se había negado a inclinarse.

Tonta, tonta, tonta, se reprochó en silencio, ahogada por la culpa. Todo lo que te pidió fue que reconocieras su derecho a darte órdenes, como corresponde. ¿Por qué no pudiste concedérselo? Mira cómo tu orgullo ha puesto a tu hijo en peligro. ¿Qué clase de madre eres?

Todo era culpa de FitzGerald. Ramshaw había estado dispuesto a golpearla hasta someterla, pero aquel matrimonio apenas había durado dos años. Aymer, en cambio, había contenido su mano y hasta la había dejado marchar para que viviera a su manera. Si no lo hubiera hecho, quizá habría aprendido, como tantas mujeres, a ocultar su rebeldía bajo una sumisión dócil y femenina.

El palafrén empezó a subir la parte más empinada del camino, con los músculos tensándose bajo ella. El miedo a caer hizo que Marion se aferrara al borrén mientras su cuerpo se deslizaba; las riendas colgaban inútiles entre sus dedos. Aprovechando aquella libertad, la bestia se lanzó a un trote rápido hasta coronar la pendiente. El cambio de paso casi la sacó de la silla.

—Milady, frenad a vuestra montura —le advirtió uno de los hombres que cabalgaba a su lado, espoleando su caballo para mantenerse a su altura.

Marion jadeó, presa del pánico, pero logró rehacerse y tirar de las riendas. ¿Por qué se preocupaban tanto por la velocidad? Aunque el animal se desbocara, sus atentos escoltas podrían alcanzarla sin dificultad.

Cuando el caballo redujo el paso, miró hacia la llanura. Allí la tierra aparecía desgarrada, la piel de hierba abierta por zanjas y hoyos que se extendían hacia una distancia sin árboles. A poco más de un cuarto de milla, una gran torre cuadrada dominaba el paisaje, alzándose como un puño pétreo junto al recodo de un río de corriente rápida. Construida con piedra amarillenta y reforzada en las esquinas con sillares blancos, tenía un aire casi artístico pese a

no ser más que una guarnición y una cárcel. Dos murallas la rodeaban: la interior ceñida a la torre y la exterior ampliándose para abarcar un amplio patio de armas, protegido por una puerta fortificada que era casi una fortaleza por sí sola.

Más allá se alzaba una tercera muralla, perteneciente a la ciudad que crecía a la sombra del castillo del rey. Apenas se distinguían algunas casas apiñadas en su interior: viviendas humildes de barro y estiércol junto a edificios más cuidados de entramado de madera, con pisos superiores de paredes blancas enmarcadas por vigas oscuras.

La visión de aquellas casas más refinadas despertó en Marion una punzada de nostalgia por su hogar en Nalder, tan parecido a aquel estilo. En su memoria recorrió la bodega y el almacén, el salón del primer piso donde dormían los pocos sirvientes y la familia tomaba sus comidas. La segunda planta era su refugio privado, amplia y luminosa, con ventanas generosas y contraventanas que se abrían al verano, y una chimenea de ladrillo que mantenía a raya el invierno. Allí, sus dos mujeres hilaban, tejían y cosían conforme a su contrato con FitzGerald, mientras ella y Clare bordaban para el monasterio de Nalder.

Respiró con dificultad al recordar las horas felices escuchando los diálogos entre Aldric y sus tutores. Todo había terminado. La sola idea de regresar a Nalder sin su hijo le llenó los ojos de lágrimas.

A medida que se acercaban a la fortaleza, Marion arrugó la nariz. El aire del ocaso traía consigo el olor acre del carbón quemado, extraído de enormes zanjas. Si la riqueza pudiera medirse por el hedor, aquel lugar era inmensamente rico. Con el olor llegaba el eco constante de los martillos de los herreros, metal golpeando metal sin descanso.

—¿Es esto Crosswell? —preguntó Clare desde su caballo, algo retrasada respecto a Marion, dirigiéndose a uno de los escoltas.

—Sí, señora —respondió el hombre.

—Gracias a Dios.

Aunque Clare se sentía más segura a caballo, en su voz había el mismo cansancio aliviado que Marion había percibido en la respuesta del soldado.

—Es una distancia corta. ¿Puedo cabalgar junto a lady FitzGerald el resto del trayecto?

Debió de recibir asentimiento, porque Clare acercó su montura a la de Marion.

—Pareces a punto de desplomarte. ¿Por qué insististe cuando pones en peligro a tu bebé?

—¿Qué me importa si este niño se queda o se va? —replicó Marion con dureza, dominada por el remordimiento—. Te advierto que, si piensas regañarme a cada momento por este embarazo, será mejor que regreses mañana mismo a Nalder.

—No —respondió Clare con una firmeza que hizo sobresaltarse a Marion. Sus ojos se estrecharon con una determinación inesperada—. Me necesitas. Seré yo quien cure tus heridas cuando tu guardián pierda el control y te golpee por tu mal comportamiento. Solo rezo para que no te mate como hizo con su pobre esposa. Si te preocupa tanto Aldric, ¿cómo pudiste provocar al sheriff de ese modo?

—Basta, Clare —suplicó Marion con la voz quebrada—. ¿Crees que no me lo he estado preguntando yo misma durante horas?

—Supongo que sí —admitió Clare con suavidad—. ¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé —suspiró Marion, luchando contra las lágrimas—. Me enfurecí cuando dijo que nos abandonaría en el camino.

—¿Qué voy a hacer contigo? —murmuró Clare, tensa—. No llegarás al parto si no aprendes a controlar esa lengua tuya.

—Lo intentaré —prometió Marion—. Por tu bien, si no por el de este niño. Sé lo valioso que es para ti.

¿Él? Marion frunció el ceño. ¿Cuándo había empezado a darle género a aquella semilla que crecía en su interior? No, eso debía acabar. Se negaba a pensar en lo que llevaba dentro como un ser al que pudiera nombrar.

En ese instante, el palafrén tropezó levemente y el brusco movimiento le dio un vuelco al estómago. La mano de Marion voló a su abdomen en un gesto instintivo de protección. Suspiró y se relajó, aceptándolo. Ese niño ya estaba firmemente instalado en su corazón, tan suyo como Aldric. Qué necia había sido al creer que podría amar menos a lo que crecía dentro de ella.

Una leve sonrisa curvó sus labios. Como si tuviera elección. En tan poco tiempo, ya sabía que aquel niño era distinto, dotado de una voluntad más fuerte que la de Aldric o la de su pequeña Kate, quizá incluso más que la suya propia. Solo esperaba que heredara más sensatez que su madre.

Capítulo 7

Como siempre, la atmósfera opresiva de Crosswell envolvió a Nicholas, arrastrando su alma con su tristeza. Levantó la vista hacia las dos enormes torres de la entrada. Gruesas y feas, enmarcaban una entrada que era más un túnel que una puerta. Cada vez que entraba, pensando en la boca del infierno, las fauces abiertas que esperaban en la puerta de Satanás para devorar a un pecador.

No había duda de que servir como sheriff de Crosswell equivalía a residir en el infierno. La ilusión se veía reforzada por la ciudad misma, que compartía con la fortaleza el hedor de los hornos siempre encendidos, el crujido de las máquinas movidas por agua que trabajaban el hierro en bruto y el incesante estruendo de los martillos. Pero, si Crosswell era sucia y dura, también representaba una fuerza de la que lord Coudray carecía. Allí Marion podía encontrar refugio frente a un mundo que ya la había herido casi hasta la muerte y que acechaba fuera de aquellas murallas, dispuesto a rematar la tarea en cuanto se le presentara la ocasión.

Passavant cruzó el amplio patio exterior al paso. Era un lugar bullicioso, poblado de viajeros, mensajeros y demandantes. Solo al caer la noche se aquietaba. Al final del día, los soldados se retiraban al salón o a los barracones, mientras muchos de los que atendían las necesidades diarias de la fortaleza regresaban a la ciudad para reunirse con sus familias.

Nicholas miró hacia delante y distinguió tres pequeñas cabañas encaladas situadas cerca de la puerta interior. Eran las viviendas asignadas a las viudas nobles empobrecidas que buscaban la protección del sheriff. Resultaban un pobre sustituto de un hogar,

apenas mejores que el salón común, pero entre aquellas paredes las mujeres se encontraban a salvo de la intimidación que imperaba en el resto de Crosswell.

Ninguna chimenea humeaba. Nicholas frunció el ceño. Había enviado a un hombre por delante con la orden de preparar una de aquellas casas para la viuda. Alguien lamentaría ese descuido si su instrucción había sido ignorada. No permitiría que lady FitzGerald y su prima durmieran en el salón solo para gritar al amanecer que habían sido ultrajadas. Sus pensamientos derivaron de la viuda hacia su hijo.

El recuerdo caótico de su primer encuentro le devolvió la imagen de un muchacho pálido, demasiado delgado para la ropa que vestía. Por lo que recordaba de Aymer de FitzGerald, el hombre había sido un toro enorme, con una risa estridente y un apetito sexual incansable. ¿Cómo podía alguien así haber engendrado un hijo tan frágil con la atrevida zorra que era su esposa?

Contra su voluntad, la imagen de aquella mujer ardiente, desnuda salvo por su gloriosa melena, se impuso en su mente. Nicholas contuvo el aliento cuando el deseo le atravesó el cuerpo con un dolor súbito. Ahogó un gemido. ¿Por qué ella, cuando ni siquiera las rameras más bellas lograban despertarle nada?

Passavant resopló, sacándolo de su perversidad. A través de la abertura que comunicaba el patio exterior con el interior, Nicholas vio a un niño, uno de los muchos que trabajaban en la fortaleza, corriendo hacia él. Por un instante, el corazón se le aceleró con una esperanza absurda, soñando que pudiera ser su hija que acudía a recibirlo.

El niño y Passavant atravesaron al mismo tiempo la penumbra del paso, desde direcciones opuestas. Preparado para la reacción del caballo, Nicholas lo mantuvo firme mientras el pequeño pasaba junto a ellos. Cuando guio a Passavant hasta la explanada empedrada a los pies de la fortaleza, se sentía a punto de asfixiarse por el esfuerzo de ahogar aquella falsa ilusión.

—¡Milord! —gritó alguien desde lo alto.

Nicholas alzó la vista, con la visión recortada por el arco de la visera del yelmo. Su ayudante, Martin de la Bois, irrumpió por la puerta de la fortaleza y bajó las escaleras a toda prisa. Tras él acudían los soldados y sirvientes que habían estado en el salón.

—¡El heredero de FitzGerald ha escapado!

—¡Corred todos y seguidlo! —bramó Nicholas, espoleando a Passavant para que girara y se encarara con la masa de hombres a caballo.

Provocado por los gritos y el tumulto, el gran caballo gris se encabritó, dispuesto a atacar. Maldiciendo entre dientes, Nicholas trabajó con manos y rodillas para convencer a Passavant de que no se trataba de una batalla. Los hombres intentaban apartar sus monturas con desesperación. Una enorme pezuña herrada golpeó a un palafrén más pequeño en el lomo, haciéndolo tropezar y relinchar mientras su jinete luchaba por no caer.

Finalmente, el caballo se calmó y quedó orientado hacia la puerta interior. Nicholas miró el rellano con sorpresa. Allí, visible desde el patio, se alzaba una pequeña figura.

Matilda.

Su hija se aferraba a la barandilla, con la barbilla levantada, mirando hacia la puerta interior. Nicholas permitió que su mirada se llenara de ella. El cabello oscuro estaba revuelto, señal de que aún se resistía al peine de su cuidadora. El vestido que se negaba a abandonar aparecía roto y gastado en algunos puntos y le quedaba ya demasiado corto. Un instante después, ella bajó la cabeza y miró hacia el patio, donde él estaba montado.

Nicholas quedó inmóvil, incapaz de respirar, aguardando su reacción. La mirada de la niña apenas lo rozó antes de desaparecer, como si fuera un espíritu y no un ser de carne y hueso. El corazón de Nicholas se apagó, como cada vez que ella lo rechazaba.

Tiempo atrás, ella lo había amado. Aunque casi un año había pasado desde la última vez que la estrechó entre sus brazos, aún recordaba su aroma dulce cuando apoyaba la mejilla en su cuello, la confianza absoluta con la que entrelazaba las pequeñas manos alrededor de su garganta.

Con la mandíbula tensa por el dolor de perderla una vez más, Nicholas desmontó. ¿Por qué persistía aquella esperanza absurda? Entregó las riendas de Passavant al mozo habitual y se quitó el yelmo. Tenía que aceptar que la hija que lo había amado se había perdido, consumida por la misma locura que había destruido a su madre. De Matilda solo quedaba un caparazón vacío, ajeno y extraño.

Se volvió para seguir al muchacho, solo para descubrir que los hombres de Crosswell seguían en el patio, aún montados.

—Malditos seáis todos —rugió, sintiendo cómo la presión en el pecho se aliviaba—. No os quedéis ahí plantados. Desmontad y ayudad a sir Martin a traer de vuelta a ese chico.

Mientras los hombres bajaban de sus monturas, la voz de Osbert resonó en las paredes interiores.

—Milord, ya lo tenemos. Solo quería saludar a su señora madre.

—Alabado sea Dios por que haya hombres con sentido común en esta fortaleza —gruñó Nicholas.

Luego se volvió hacia los demás.

—Entrad en vuestros barracones y desapareced de mi vista. Sois todos unos necios sin cerebro.

Avanzó a grandes zancadas hacia la puerta.

—Bienvenido a casa, milord sheriff —le gritó uno de los guardias—. No reconocimos al muchacho; de lo contrario, lo habríamos detenido.

Nicholas gruñó, sorprendido por el saludo. Por lo general, su paso por la fortaleza transcurría en silencio. Al mirar al frente, vio un círculo de hombres, algunos a caballo y otros a pie, rodeando a la mujer y a su hijo. Ante su silenciosa orden, se apartaron mientras los mozos se llevaban las monturas. En un instante, solo quedaron él, sir Martin y lady Clare como testigos del reencuentro.

Lady FitzGerald se había dejado caer tras desmontar y ahora sostenía el rostro del niño entre las manos. Las lágrimas brillaban en sus ojos. La barbilla de su recatada cofia estaba húmeda con el fruto de su corazón.

Nicholas sintió una punzada de irritación. Por Dios, aquella mujer lloraba como un reloj de agua de monasterio. Miró a lady Clare. La segunda noble permanecía a cierta distancia, con una postura que revelaba que no se sentía parte de aquel momento.

Lady FitzGerald respiró con dificultad y sonrió.

—Alabado sea Dios. Aldric, hijo mío, cuánto he temido por ti.

Nicholas sintió una envidia aguda al ver al muchacho abrazar a su madre. Ella podía tocarlo y ser tocada, mientras que su propia hija lo rechazaba por la locura que había marcado su rostro.

—Y con razón —se lamentó el niño con un suspiro exagerado—. Mamá, debes salvarme de estos hombres crueles. Ese —señaló con un dedo tembloroso a Martin— me obligó a sentarme delante de él en su caballo, aunque le dije que no debía montar nunca. Y cuando le advertí que no podía soportar el viento en los oídos, se rió y dijo que no me mataría.

Nicholas arqueó las cejas, admirado por la astucia del chico. De una sola vez, Aldric de FitzGerald había avivado las preocupaciones maternas y atacado al hombre que consideraba su captor. La reacción fue inmediata. Mientras lady FitzGerald gritaba consternada, el ayudante del sheriff se lanzó sobre la acusación.

—¿Qué despropósito es ese? —gruñó Martin de la Bois. El joven caballero, de cabello y barba oscuros, frunció el ceño; la ira

tiñó su piel olivácea—. No has sufrido daño alguno, salvo el hambre, y eso es culpa tuya por negarte a comer con nosotros.

Nicholas lo observó de reojo. Martin estaba maldito con una bondad excesiva. Que un hombre tan empeñado en agradar pudiera ser provocado hasta mostrar impaciencia por un niño no hablaba bien del muchacho.

Aldric se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—Te dije que estaba enfermo, pero te reíste de mí.

En su voz no solo había un triunfo vengativo, sino un desprecio absoluto por el respeto debido a un hombre diez años mayor y además caballero. Aquella muestra de carácter, por desagradable que fuera, hizo que Nicholas mirara al heredero de FitzGerald con renovado interés. Henry se equivocaba. El chico no era el debilucho que el mundo creía.

—¡Eres un mocoso desagradable! —gritó Martin.

El joven caballero se abalanzó sobre Aldric, con la mano alzada para infligirle el castigo que, a su juicio, merecía. Nicholas dio un paso adelante y lo sujetó del brazo, deteniéndolo. Un leve movimiento de cabeza bastó para recordarle que no le correspondía a él impartir disciplina. Al no recibir reprimenda alguna, el niño esbozó una fugaz sonrisa de triunfo, que enseguida se tornó en una expresión abatida.

Aldric se volvió hacia su madre y tosió débilmente.

—Mamá, me duele todo. Me cuesta respirar y tengo fiebre.

En lugar de reprenderlo por su falta de respeto, lady FitzGerald apoyó la mano en la frente alta de su hijo.

—Sí, estás algo caliente —admitió, y luego inclinó la cabeza contra su pecho para escuchar su respiración. Una leve arruga surcó sus cejas—. Respiras bastante bien, pero creo que debemos cuidarte durante los próximos días —concluyó con suavidad.

Alzó la vista hacia Nicholas, con una humildad recién aprendida reflejada en el rostro.

—Milord, Aldric deberá permanecer en casa durante al menos una semana o sufrirá un ataque de tos. Es terrible cuando empieza; dura semanas y lo deja sin aliento.

Nicholas la observó con frialdad. Aquella docilidad no era más que un escudo tras el cual se ocultaba una voluntad férrea. ¿Por qué, en nombre de Dios, se sentía atraído por ella? Como su hijo, no mostraba el respeto que le debía.

—Milady, Aldric ya no es asunto vuestro, sino mío —sentenció—. Rezo para que eso baste.

Ella bajó los hombros en lo que parecía aceptación, pero enseguida enderezó la espalda y tensó la mandíbula.

—Así es. Pero si ha de convertirse en señor de FitzGerald, deberá atender a mis advertencias sobre su salud.

Aldric la miró, sorprendido.

—Mamá, sabes muy bien que voy a ser monje, no señor de FitzGerald. Díselo.

Luego dirigió la mirada a su nuevo tutor, con una rebeldía insolente.

—¿Monje? —replicó Martin con aspereza—. Ni siquiera la Iglesia te querría hasta que te hayan inculcado modales a golpes. Algo que haría encantado.

Lady FitzGerald se quedó sin aliento.

—No le hables así. Solo lo hundirás en la melancolía.

Abrazó al niño y le acarició la espalda para tranquilizarlo. Por encima del hombro de su madre, Aldric lanzó otra mirada triunfante a Martin, dio un paso atrás y volvió a dirigirse a ella con tono autoritario.

—Mamá, odio este lugar. Mañana debemos partir hacia Nalder.

La aversión de Nicholas hacia el muchacho se volvió casi sofocante. Aquello habría resultado grotescamente divertido de no ser porque era él quien debía soportar a aquel niño mimado y altanero. Se quitó los guantes reforzados con acero y los enganchó al cinturón de la espada.

—Aldric de FitzGerald —dijo con voz firme—, ya he oído suficiente de tu grosería.

El niño lo miró con recelo.

—A partir de este momento, cualquier lengua tan indisciplinada te ganará el aguijón de mi corrección. —Nicholas levantó la mano desnuda, dejando claro dónde dolería—. Ahora, como mi escudero, acata mi primera orden y regresa a mi salón.

Lady FitzGerald se quedó sin respiración. El niño, en cambio, se volvió hacia ella, la sujetó por los hombros y la sacudió.

—Mamá, tienes que sacarme de aquí. Me estoy poniendo enfermo, lo noto.

La mano de Nicholas salió disparada y golpeó al muchacho en la mejilla con la fuerza justa para asustarlo más que para herirlo. Aldric lo miró un instante, atónito, y luego se desplomó en el suelo entre sollozos.

—¡Aldric! —su madre lo recogió de inmediato.

Al alzar la vista hacia su tutor, los ojos cobrizos de la mujer estaban desmesuradamente abiertos por el miedo y anegados de lágrimas.

—Milord, os ruego que no lo tratéis así. ¿No os he pedido perdón?

Nicholas la miró, sorprendido una vez más por su audacia. Maldición, Henry tenía razón: ella se interpondría entre él y el niño a cada paso. A la irritación siguió el arrepentimiento; no debería haber insinuado que castigaría al muchacho por las acciones de su madre.

—¿Llamáis abuso a una corrección legítima? —replicó—. Milady, no sois responsable de este incidente. Aldric se ha comportado de forma grosera y eso es lo que pretendo corregir. Ya ha recibido su advertencia. El asunto queda zanjado.

—¿Golpear a un niño es vuestra forma de educarlo? —protestó ella—. Miradlo, es pequeño, frágil, demasiado delgado. Lo quebraréis.

Nicholas negó despacio.

—Las únicas debilidades que posee son las que vos le habéis enseñado a explotar.

Se inclinó y sujetó a Aldric por uno de sus delgados brazos.

—Levántate y ven conmigo. Mañana te espera un día duro. Es hora de retirarnos.

—¡Mamá, deténlo! —gritó el niño, aferrándose a ella—. ¿Cómo puedes dejar que me lleve sabiendo que me hará daño?

—No puedo detenerlo —susurró ella, sin soltarlo.

En su rostro se reflejaba la lucha entre la razón y el corazón. Nicholas los separó. El niño se retorció con una fuerza sorprendente y, al quedar en pie, su expresión se volvió venenosa.

—Maman, creo que ya no me quieres. Deseas que muera para dedicarte a ese nuevo bebé tuyo —chilló.

—Muchacho —rugió Nicholas, conmocionado por la crueldad de aquellas palabras—, cierra la boca o conocerás mi ira.

Lady FitzGerald se quebró.

—No, Aldric, no puedes pensar eso. Siempre te he querido.

Alzó la vista hacia Nicholas, con lágrimas resbalando por sus mejillas.

—Milord, no me lo quitéis mientras crea que ya no lo amo.

—¿Qué te sucede? —la reprendió Nicholas—. Te niegas a inclinarte ante mí, tu tutor legítimo, y sin embargo te conviertes en

esclava de este niño, mientras él te hiere con palabras como lanzas.

—No lo entendéis —gimió—. María, sálvame. Dejadme a Aldric y llevad al bebé que espero. Criadlo como queráis.

Martin jadeó. Nicholas se tensó, ofendido hasta lo más hondo.

—Cuida tu lengua.

—No le pegarás a mi madre —dijo Aldric en voz baja, intentando colocarse entre ambos.

Aquel gesto protector enfrió la ira de Nicholas y le devolvió una pizca de esperanza. Quizá aún quedaba algo salvable en él. Miró a la madre. Su rostro estaba ceniciento; la comprensión del daño causado la había golpeado con brutalidad.

—No vuelvas a decir algo así —advirtió.

Ella se cubrió el rostro con las manos y asintió.

Nicholas se dio la vuelta, arrastrando al niño consigo, y cruzó el patio. Aldric se resistió, convirtiéndose en un peso muerto.

—Camina o asumirás las consecuencias —le espetó.

El muchacho obedeció. Nicholas suspiró para sí. Estaba sobrecargado, no solo por aquel día, sino por todo el año anterior.

Subieron la escalera. En el rellano, Nicholas se detuvo. Allí había estado Matilda, buscando algo en el patio. Era la primera vez desde el ataque de Maud que su hija salía de su mundo silencioso para buscar algo... y no había sido a él.

¿Qué derecho tenía a despreciar a la viuda por sus temores cuando él mismo era atormentado por el rechazo de su hija?

Aldric lo miró con resentimiento abierto. Luego entrecerró los ojos con desafío. Nicholas lo comprendió de inmediato. El camino hacia el corazón de aquel niño estaría sembrado de trampas mientras su madre siguiera interfiriendo. Y lo haría.

Necesitaría a otro hombre, alguien inmune al resentimiento, con paciencia y tiempo para moldear a un muchacho atrasado.

Nicholas supo al instante a quién recurriría. Al día siguiente, un mensajero cabalgaría hacia el sur, a la mansión Lacy. Con buen caballo y buen tiempo, tendría respuesta al día siguiente.

—Ven, muchacho —dijo con una nueva suavidad—. Necesitas descansar. Mañana no será un día fácil.

Condujo a su nueva carga a través del salón desnudo de Crosswell, subió la escalera de caracol del fondo y entró en sus aposentos del segundo piso.

Capítulo 8

Marion se despertó sobresaltada, esperando la oleada de náuseas que solía acompañar a su primer pensamiento del día. Con el aliento condensándose ante ella en una nube fría, permaneció inmóvil y tensa, lista para buscar una palangana si fuera necesario. Una cacofonía de sonidos la asaltó. Algunos los conocía de su estancia en Nalder, como el sordo y continuo repicar de los martillos de los herreros y el ruido sordo y constante de los cascos contra la tierra batida, acompañado del tirón y el gemido de un carro. Otros los recordaba de épocas más bucólicas de su vida: el suave cacareo de una gallina en busca de comida, un hombre que gritaba preguntando el nombre y el asunto.

Los minutos pasaron y su estómago solo le indicó que estaba vacío. Con la esperanza de que el niño que llevaba dentro le concediera tregua aquel día, acogió con alivio el sordo rugido del hambre, hasta que cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de dónde se encontraba en Crosswell. Apenas recordaba que Clare la hubiera conducido allí, fuera cual fuese aquel lugar, después de que sus sollozos, provocados por el momento en que el sheriff le arrancó a Aldric de los brazos, no hubieran cesado hasta rendirse al sueño.

Ojalá pudiera borrar los acontecimientos del día anterior con la misma facilidad. Las lágrimas intentaron brotar, pero ya no quedaba humedad para alimentarlas. El sheriff no solo había dejado claro que no prestaría atención a nada de lo que ella dijera sobre Aldric, sino que había llegado a despreciar sus temores, atreviéndose incluso a insinuar que había imaginado una y otra vez que su hijo estaba al borde de la muerte.

Y, peor aún, había cumplido su mezquina amenaza golpeando al niño.

No es cierto, la reprendió su conciencia. Marion no podía negarlo, no cuando Aldric había sido indescriptiblemente grosero. Ella misma lo habría reprendido si no hubiera estado tan exhausta. Reprenderlo, sí, pero ¿golpearlo? Nunca. Apretó la mandíbula. En algún punto de la historia relatada en la carta de Maud se encontraba la herramienta que necesitaba para obligar a Nicholas Fenwick a escucharla. Fuera lo que fuese, debía hallarla con rapidez.

La paja crujió bajo su cuerpo cuando se giró y quedó boca arriba. El movimiento hizo que todos sus músculos protestaran. Una sola manta de lana áspera trataba de conservar el calor sobre ella, mientras otra, extendida debajo, intentaba aislarla del colchón improvisado. En lugar de un techo sólido, contemplaba un entramado de palos cubiertos de paja. Los juncos amontonados crujían con una vida que no podía atribuirse solo al viento.

Haciendo una mueca ante las criaturas que sin duda habitaban aquel refugio, se incorporó apoyándose en los codos, gimiendo por el esfuerzo. La chimenea, una simple losa de piedra a unos pasos de sus pies, albergaba unas llamas insignificantes que apenas lograban consumir la escasa leña. No proporcionaban calor, pero sí mucho humo; sin duda, el respiradero del techo estaba obstruido por el nido de algún animal. En el lado opuesto se encontraba la puerta, delimitada por una fina línea de luz. Aquel resplandor bastó para mostrarle que el suelo no era más que tierra dura y apisonada, y que la humedad había arrancado grandes placas de cal de las paredes.

Junto a la chimenea había dos taburetes y una mesa pequeña contra la pared del fondo, los únicos muebles además del lecho. Sobre la mesa descansaba su ropa verde y amarilla, sacada de la cesta de viaje, con las medias y los zapatos debajo. Su capa colgaba de un perchero, rozando la parte superior de la cesta.

Dios bendijera a Clare.

En ese instante, la manta bajo Marion se movió.

—¡Una rata!

Gritó y, tan rápido como su cuerpo dolorido se lo permitió, corrió hasta la mesa. Se estremeció de repugnancia y miró a su alrededor en busca del roedor.

—¿Me arrebató a mi hijo y luego me somete a esto? —se quejó en voz alta—. Madre de Dios, los campesinos de FitzGerald vivían mejor que yo en Crosswell.

De algún modo encontraría el secreto del sheriff y lo pondría de rodillas.

Incluso aquella breve exposición al frío era excesiva. Se vistió con rapidez, se puso el vestido y ajustó el cinturón a la cintura. Rebuscó en su bolsa hasta hallar el peine y comprobó su contenido. Aparte del rosario, solo tenía cuatro peniques de plata. Marion suspiró, contrariada. ¿Por qué no había pensado en traer más dinero? En cuanto pudiera, reclamaría las monedas de Nalder, los beneficios de los molinos y la dote de su matrimonio con Ramshaw. Necesitaba toda la riqueza posible para suavizar las atrocidades que su repugnante guardián parecía dispuesto a imponerle.

Con dedos ágiles se trenzó el cabello y se colocó la cofia. Entonces advirtió que Clare había hecho algo más que dejarle la ropa. Sobre la mesa había un cuenco de agua y un paño, un trozo de pan grueso, un buen pedazo de queso y una copa de vino aguado. También había un cuenco de potaje. El pan y el queso resultaron aceptables tanto para ella como para el niño; la sopa de cereales, no.

Tras lavarse manos y rostro, decidió que aquel día buscaría la casa de baños de Crosswell para limpiarse de verdad. Se puso la capa, tomó la palangana y abrió la puerta para vaciar el agua. Se detuvo de golpe cuando el líquido le salpicó el brazo.

Una anciana vestida de rojo pasaba a un palmo de la puerta. El rostro, suave y arrugado como una manzana seca, se inclinaba

bajo el peso de un saco. Un soldado, con chaleco de cuero hervido sobre una túnica oscura, empujó a la mujer a un lado.

—Apártate, vieja.

El hombre pasó ante la puerta y salió por el portón interior, chocando con otro transeúnte, un escribano de capucha gris cuyos dedos manchados de tinta delataban su oficio.

Que María la amparase. Aquella choza estaba tan cerca de la puerta que cada paso y cada casco llenaban el interior de ruido y suciedad. Cerró la puerta y rodeó la cabaña. Detrás, unas gallinas escarbaban junto a la pared.

Impulsivamente, vació la palangana sobre ellas. Las aves huyeron en una explosión de graznidos y plumas. Dejó el cuenco a un lado y alzó la vista hacia el patio de Crosswell. Gansos y caballos compartían la hierba como en cualquier aldea. Palomas revoloteaban en un extremo del campo, señal de un palomar cercano. Al otro lado del camino se alzaba un muro de piedra, más bajo de lo que cabría esperar de una defensa, que se prolongaba hasta girar bruscamente.

¿Un jardín?

Marion cruzó el camino y siguió el muro hasta una pequeña puerta. Al abrirla, sonrió. ¿Quién lo diría de un lugar tan tosco? No solo era un jardín, sino uno hermoso.

Protegido del viento, el recinto era más cálido. Dos senderos de grava lo dividían en cuatro partes. El cuadrante posterior izquierdo quedaba oculto tras un seto alto con una abertura recortada. El posterior derecho era un huerto de hierbas y verduras de invierno. Las zonas delanteras aún conservaban césped verde. Los parterres dormían bajo el invierno, y las rosas desnudas se entremezclaban con frutales en espaldera y vides. Algunos árboles aún conservaban hojas moribundas que aportaban manchas de color contra la piedra apagada.

Cerró la puerta y se dirigió a la esquina opuesta. Desde allí vio dos edificios largos, uno apoyado en el muro del jardín.

Establos.

Detrás del segundo se extendía un prado cercado con listones sujetos por tiras de cuero a postes gruesos. A través de los huecos vio el suelo removido por innumerables pezuñas.

—¡Mano izquierda! —gritó un hombre desde detrás del establo—. Vamos, deja de hacer tonterías.

Un poni apareció trotando hacia la valla.

En la silla iba...

Marion se quedó sin aliento.

—¡Aldric!

Su hijo se tambaleó. Los pies se le soltaron de los estribos y cayó al suelo.

—¡Madre de Dios!

Corrió hacia la valla, pero las faldas se le enredaron. Una mano la agarró del brazo y la arrastró hacia atrás. Gritó, aterrada, hasta que reconoció al sheriff.

Ese día, lord Coudray vestía una túnica azul oscuro bajo un manto gris. Con la capucha echada atrás, el sol hacía brillar su cabello como oro.

—Este no es lugar para ti —dijo con dureza, tirando de ella—. Hay otros que pueden atenderlo.

—Mi hijo está herido —protestó Marion, tratando de aferrarse al suelo.

Él la sujetó por la cintura y la obligó a avanzar. Su agarre era firme, casi doloroso. Marion pensó en protestar, pero al ver la ira contenida en su perfil, se contuvo.

—Milord, solo quería ayudarlo.

No respondió. La condujo más allá del muro del jardín hasta la cabaña. ¿Pretendía abusar de ella en privado?

Cruzaron el camino y, sin detenerse, él abrió la puerta de una patada. Las bisagras chirriaron. La empujó dentro.

Marion tropezó y se sostuvo en la mesa. La puerta se cerró de golpe y el cerrojo cayó. Agarró el cuenco de potaje, dispuesta a lanzarlo, pero él estaba ya ante ella. De un rápido movimiento, el cuenco salió despedido y se rompió contra la chimenea.

El impulso de encogerse para protegerse la asaltó, pero Marion enderezó la espalda. Nunca más.

Trató de huir hacia la cama, resbaló en la paja y cayó. Lord Coudray la sostuvo por la cintura y la alzó con facilidad. En un instante quedó atrapada contra su pecho.

Con un grito desesperado, Marion forcejeó. Lanzó un codazo hacia su estómago, pero él le sujetó el brazo. Ella levantó el pie para defenderse.

—Hazlo y lamentarás este día durante años —gruñó él, con una voz baja y áspera.

—Suéltame —exigió Marion, alzando la voz para ocultar el hecho de que la amenaza la había obligado a volver a apoyar el pie en el suelo. Con la mano libre, trató de apartar el brazo que la rodeaba.

—Basta, señora. —Él apretó el agarre hasta que Marion sintió cómo el nudo del cinturón se le clavaba en la espalda a través del vestido—. No me impresionan más vuestros malos modales que los de vuestro hijo. ¿Cómo os atrevéis a interponeros entre ese muchacho y yo después de que anoche os ordenara que os marcharais?

—Maldito seas, pero vas a soltarme —replicó ella, suavizando la voz al sentirse derrotada. No podía hacer nada por su hijo. Que María la amparase, ni siquiera podía protegerse a sí misma.

No. No iba a ceder. Con el corazón golpeándole la garganta, se arqueó para apartarse de él.

—No reconozco tu derecho a ordenarme que me vaya cuando mi hijo está herido y me necesita.

—¿Herido? —rió él con aspereza. Su boca quedó tan cerca de su oído que Marion sintió el aliento cálido en la mejilla—. Ese muchacho no está herido, lo cual resulta sorprendente, considerando la frecuencia con la que se deja caer de la silla. Esta lección de equitación se ha convertido en un asedio. Me pregunto cuántos moretones se permitirá antes de decidir que montar es menos doloroso que caer.

—¿Se deja caer? —replicó Marion, incrédula—. Eso no puede ser. Nadie desea caerse de un caballo.

El brazo que la rodeaba se relajó ligeramente, lo mismo que la presión en su codo. Se hizo un breve silencio. La respiración de él se aquietó, alejándose de la rabia.

Marion inclinó el cuerpo para mirarlo por encima del hombro. La luz del fuego doraba su cabello y acentuaba los pómulos marcados. La penumbra ocultaba las cicatrices y convertía el parche de su ojo en terciopelo negro.

La ira había desaparecido, pero también el vacío que la había helado dos días atrás. En su lugar, una chispa de diversión iluminaba el azul de su ojo visible. Marion contuvo el aliento. Si ya le había parecido imponente cuando parecía un hombre sin alma, ahora lo era aún más.

—Te caíste de un caballo —dijo él con calma, alzando una ceja.

Marion se encogió de hombros con un gesto tembloroso.

—Sí... y luego me pisó. —Un escalofrío recorrió su espalda al recordar el crujido de sus propios huesos bajo el peso del animal—. Me rompió la pierna —susurró.

Él la observó un instante en silencio y luego sonrió. Marion dejó escapar un suspiro. Tenía los dientes blancos y regulares, y aquella sonrisa dibujaba un leve hundimiento en una mejilla,

marcando líneas profundas junto a la boca. Era una sonrisa peligrosa, capaz de hacerle olvidar que aquel hombre era ahora dueño del destino de su hijo y que la había confinado en aquella choza.

El calor creció en su interior y tomó conciencia de lo inapropiado de aquella cercanía: ella de espaldas a él, él rodeándola con los brazos, tan próximos que podía sentir los latidos de su corazón... o quizá los del suyo propio.

Comenzó a girarse entre sus brazos. Le agradeció en silencio que se lo permitiera. Apoyó las manos en su pecho y se liberó del abrazo, que ya no la oprimía. Él la dejó retroceder, aunque mantuvo una mano en su cadera. El contacto le quemó la piel a través del vestido. Marion dio otro paso atrás y él bajó el brazo, sin borrar la sonrisa.

Buscó refugio en el asunto que los ocupaba.

—Los caballos son animales peligrosos. Estuve meses en cama mientras sanaba mi pierna. Podría haber muerto. —Lo miró con súplica—. Debe comprenderlo.

Nicholas Fenwick asintió despacio y ladeó la cabeza para observarla mejor.

—Por eso intentas proteger a tu hijo de todo aquello que temes. Y tus temores son tantos que lo has convertido en el bebé llorón que ahora es.

Marion resopló, indignada.

—Mis temores están justificados. Aldric casi murió al nacer y apenas superó su primer año. Desde entonces, la enfermedad lo persigue. Milord, escuchadme. No es como otros niños. Su mente es fuerte, pero su cuerpo le falla.

—Os equivocáis, milady. —La diversión aún jugaba en sus labios—. Yo veo a un niño sano y fuerte, oculto bajo la debilidad que él mismo se ha enseñado a mostrar.

Marion cruzó los brazos, presa de un arrebató de ira.

—¿En un solo día lo conocéis mejor que su madre, que ha vivido con él doce años? No sé por qué pierdo el tiempo intentando que un hombre comprenda esto. Los de vuestra clase solo escuchan lo que desean. Os lo digo ahora, milord: ignoradme y os cegará vuestra propia voluntad, hasta no ver los peligros que amenazan con destruir a mi hijo.

La diversión se extinguió en su rostro. Toda vida desapareció de sus facciones, que volvieron a ser de piedra.

—Milady, solo soy medio ciego, y no por voluntad propia.

Su voz era áspera, pero el dolor que emanaba de ella llenó la pequeña estancia. Se volvió hacia la puerta.

Marion soltó un grito ahogado. Había olvidado el parche que ocultaba su ojo dañado. Ahora regresaría con Aldric y descargaría en él la afrenta que ella había cometido sin querer. Se lanzó hacia Nicholas y lo agarró del brazo.

—Perdonad mi lengua imprudente, milord. De verdad... olvidé vuestra ceguera.

Él se giró con tal rapidez que Marion dio un paso atrás.

—¿De verdad?

Se quedó frente a ella, estudiándola como si pudiera arrancar la verdad de su rostro. Incómoda bajo aquella intensidad, Marion retrocedió un paso más. Al verlo, su expresión se suavizó, pasando de piedra a carne. ¿Cómo podía una simple mirada parecer una caricia y acelerar su pulso?

Entonces lo comprendió. El interés que él sentía ya no era el de un guardián hacia su pupila, sino el de un hombre hacia una mujer. Aquello era peligroso. Marion sintió el rubor subirle al rostro.

—Milord, deberíamos abrir la puerta. No es apropiado que estéis aquí a solas conmigo.

Quiso que sonara firme, pero se convirtió en un suspiro vacilante.

Él sonrió, aunque había más curiosidad que diversión en aquel gesto. Sin moverse, pareció acercarse más. Marion intentó retroceder, pero la pared se lo impidió. Era alto; su coronilla apenas le alcanzaba la mandíbula. Sus dos maridos habían sido hombres bajos, como su padre, y aquella altura la intimidaba.

Nicholas alzó la mano para rozarle el rostro. Marion se tensó, dispuesta a resistirse, pero cuando los dedos acariciaron la curva de su mejilla, un cosquilleo delicioso recorrió su piel. Se le cortó la respiración, tanto por el miedo como por el deseo.

—No debéis tocarme así —intentó decir, pero la protesta careció de fuerza.

El pulgar de él recorrió su barbilla y trazó la línea de la mandíbula. Incluso bajo la toca, su piel respondió al contacto. Debía detenerlo. Agarró su muñeca y le obligó a bajar la mano. Cuando lo soltó, agradeció que no volviera a tocarla.

Aun así, él la observaba. Su mirada descendió a sus labios, luego al cuello y al contorno de sus pechos. Marion respiró con dificultad. Con una sola mirada, la había despojado de toda defensa.

Se volvió dolorosamente consciente del hombre que tenía delante. Nicholas Fenwick era delgado, casi en exceso, pero los hombros eran anchos y las mangas de la túnica se ceñían a la firmeza de sus brazos. Donde sus antiguos maridos habían sido flácidos y envejecidos, el cuerpo del sheriff conservaba la dureza de una vida activa. Tenía las piernas largas y bien formadas. Marion alzó la vista hacia sus hombros. Si él la atrajera, podría apoyar la cabeza en ellos con facilidad.

Jadeó al pensarlo. Aquello había ido demasiado lejos.

Desvió la mirada hacia el rincón más seguro de la estancia.

—Milord, esto es impropio. Debéis marcharos ahora mismo.

Se maldijo por el temblor de deseo en su propia voz. Rezó para que él no lo hubiera notado.

Lo había hecho. La miró, y en su rostro se mezclaban placer y diversión.

No. Aquello no podía continuar.

—Marchaos ahora —repitió, esta vez con firmeza.

Él dio un paso atrás y el placer se apagó lentamente de su expresión.

—No hasta que comprendáis lo que espero de vos mientras residáis en Crosswell.

—Hablad. Os escucho —respondió ella con frialdad.

La última amabilidad desapareció del rostro de Nicholas, y Marion suspiró, aliviada.

—Esto ya se lo he dicho a vuestra prima. No salgáis más allá de la puerta del jardín; ese recinto es para vuestro uso. No entréis en Crosswell sin mi permiso. Aunque la ley os permite comer por la mañana y al mediodía en el salón y asistir a los oficios en mi capilla, no os aventuréis en las zonas privadas de la fortaleza.

Marion lo miró, incrédula.

—Milord, con esas normas dependo de vuestra voluntad para cada paso que dé. ¿No sería más sencillo encadenarme y encerrarme con vuestros prisioneros?

Después de diez años sin un hombre que le ordenara sentarse y callar, someterse a aquellas reglas la enfurecía.

Para su sorpresa, él sonrió.

—Sin duda sería más sencillo. Lástima que no sea una opción.

—Muy amable de vuestra parte —murmuró ella, sin convicción.

Él levantó la barra de la puerta.

—¿Milord? —lo llamó Marion.

Se detuvo y se volvió.

—¿Qué ocurre ahora?

—En vuestras reglas habéis olvidado mencionar a mi hijo. ¿Cuándo podré verlo?

La esperanza la traicionó.

Él frunció el ceño, pero luego su expresión se suavizó hasta rozar la compasión.

—Os lo ponéis más difícil de lo necesario. Dejadlo ir. Centraos en el niño que lleváis dentro. Aldric debe dejaros atrás y unirse a su padre adoptivo.

Marion tembló.

—No puedo dejarlo. Es mi hijo —susurró—. ¿Cómo podéis ser tan cruel? Os digo que lo que pretendéis de él será su muerte y me pedís que lo acepte con una sonrisa. Milord, me estáis rompiendo el corazón. No podéis saber lo que duele que os arrebaten a un hijo.

—En eso estáis completamente equivocada.

El dolor convirtió sus palabras en un murmullo áspero. La tristeza de su rostro la atravesó, revelando una herida mucho más profunda que la suya.

Nicholas salió y cerró la puerta tras de sí.

Marion permaneció inmóvil, mirando la madera cerrada. Ella había perdido hijos, sí, pero aún conservaba a su hija. Las palabras furiosas de la carta de Maud resonaron en su memoria.

Un temor oscuro se instaló en su pecho: quizá el secreto que lord Coudray ocultaba era algo que nunca debía ser revelado.

Capítulo 9

Desde su asiento en el centro de la mesa alta de Crosswell, Nicholas miró hacia el abarrotado salón. La comida del mediodía llenaba la gran sala con todos los empleados de Crosswell, junto con los viajeros y aquellas personas que tenían derecho a comer a costa del rey. Dos largas filas de mesas, cubiertas con manteles blancos que llegaban hasta el suelo de madera, se extendían desde ambos extremos de su mesa hasta la puerta del salón. El techo plano que tenía encima mantenía el ruido de tanta gente, todos sorbiendo y masticando al mismo tiempo, atrapado dentro de esas paredes, y era un ruido impresionante.

De pronto, su corazón añoró Coudray. Las altas vigas de aquel salón no solo absorbían parte del estruendo propio de la vida en espacios cerrados, sino que su hogar poseía elegancia y cierta gracia que hacían la existencia más llevadera. Allí, en lugar de muros enlucidos y pintados, lo rodeaban piedras amarillentas y desnudas. Sin los paneles de lino que amortiguaban corrientes y sonidos, las paredes húmedas exhalaban un olor rancio. La única concesión a la comodidad en aquella fortaleza era la capilla, y solo porque algún sheriff anterior había intentado comprar su salvación acondicionando aquel espacio.

Si Crosswell hubiera gozado del favor del antiguo rey, quizá habría sido mejor equipada. Sin embargo, al inicio de su reinado, Enrique había vendido los derechos sobre los bosques para alimentar las forjas de la ciudad. A cambio, Crosswell abastecía al reino de hierro. Sin bosques, ni Enrique ni sus hijos volvieron a visitarla. En cuanto a Ricardo, hijo de Enrique y actual rey de Inglaterra, no

permanecía en su reino el tiempo suficiente como para preocuparse por lugares como aquel.

Nicholas consideró gastar de su propio bolsillo para preparar la fortaleza antes de la llegada de los justiciarios, pero descartó la idea. La rápida sucesión de sheriffs le sugería que bien podría arruinarse solo para mejorar la vida de quien lo sucediera. Bajó la mirada hacia la bandeja de pan frente a él.

Detrás de su hombro derecho, Aldric tosió en voz baja. Por lo general, un escudero ofrecía a su señor las viandas del día y le llenaba la copa; una lección esencial sobre servicio y obediencia. En el caso de Aldric, Nicholas no le exigía tal tarea, pues el muchacho aún no estaba destinado a convertirse en su escudero. Aun así, no le hacía daño permanecer junto a su tutor durante la comida.

Otra tos, algo más fuerte, le tensó los nervios. La lección de equitación del día anterior había terminado en fracaso. Cuando el chico por fin aceptó sujetar las riendas, decidió iniciar aquella tos persistente como nueva forma de protesta.

En el extremo derecho de la mesa alta, justo detrás del capellán, un banco se movió con un roce seco. Lady Marion se levantó de su asiento junto a su prima. Con las trenzas de un rojo oscuro balanceándose contra las caderas, caminó deprisa hacia el extremo del salón y la puerta. Había hecho lo mismo el día anterior, abandonando la sala antes de que terminara la comida al oír toser a Aldric. Cómo lograba percibir a su hijo por encima del ruido era un misterio que Nicholas solo podía atribuir al instinto de una madre.

La observó detenerse ante la mampara que separaba el salón de la puerta abierta y lanzar una mirada ansiosa hacia

Aldric. Luego su atención se deslizó hacia él. Cuando sus miradas se cruzaron, el resentimiento y la acusación, incluso el disgusto, asomaron a los bonitos rasgos de la mujer, pero no había repulsión.

La curiosidad se apoderó de Nicholas. Ella no veía sus cicatrices cuando lo miraba. ¿Cómo podía no verlas?

Al percatarse de que él la observaba, Marion rodeó la pantalla y desapareció. Nicholas volvió a mirar su plato, con una sonrisa extraña en los labios. Era la mujer más singular que había conocido. No le temía a sus cicatrices. Tampoco a las historias de Sibyl, ni siquiera a la fuerza bruta, porque Dios sabía que el impulso de golpearla había sido poderoso el día anterior. Sin embargo, casi había saltado al sentir el roce de su mano en el rostro. Que una mujer casada dos veces temiera tanto un contacto tan leve era un enigma que pedía explicación.

El muchacho volvió a toser, arrancándolo de aquellos pensamientos incómodos. Nicholas perdió el apetito y se apartó de la mesa. Martin, sentado a su izquierda, miró al chico por encima del hombro con irritación.

—Milord, quedaos a comer. Yo me encargo de él. Solo es un día —ofreció con un gruñido contenido.

Nicholas ocultó la sonrisa al ver cómo Aldric se acercaba un poco más al lado ciego de su tutor, alejándose del ayudante del sheriff.

El portero llamó desde la puerta.

—Milord sheriff, ha llegado un mensajero.

Nicholas alzó la vista. Un hombre vestido con cuero reforzado con anillas metálicas, con las polainas y el borde de la capa empapados de barro, cruzó el salón y se detuvo junto a la chimenea, aguardando la señal del sheriff. La luz vacilante del fuego reveló su identidad. Lacy había respondido.

Miró a su ayudante.

—Martin, puedes quedarte o venir conmigo, pero mi comida ha terminado.

—Iré con vos, milord.

Nicholas giró en el banco hasta encarar a su pupilo.

—Siéntate y come.

Aldric obedeció a medias. Avanzó hacia el banco, pero se detuvo al ver al mensajero. Entrecerró los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho escuálido.

—Antes debo rezar.

—El capellán ya dijo la oración antes de comer —respondió Nicholas con calma.

—No es la oración que acostumbro a decir —replicó el chico—. Me arrodillaré en la capilla para dar más gracias.

—Si la de ayer te bastó, la de hoy también. Siéntate y come —ordenó Nicholas.

—Milord —intervino el capellán, inclinándose desde su asiento junto a Stephen el Herrero—, no deberíais desalentar tal devoción. Es algo bueno en un hombre.

Nicholas apretó la mandíbula. Comprendió que aquella pequeña batalla podía tener consecuencias más amplias, sobre todo viniendo de un sacerdote que aún dudaba de su rectitud. No merecía la pena insistir, no si aquel mensajero traía la solución al problema del muchacho.

—Puede ir —cedió—. Pero si no regresa pronto, id a buscarlo y aseguraos de que coma.

El capellán asintió.

—Así lo haré, milord.

Nicholas se levantó y miró al chico.

—Ve, entonces.

Los ojos de Aldric se abrieron con un triunfo insolente. Sin dar las gracias, se dio la vuelta y corrió hacia la capilla. Bajo la mesa, cerca de los pies del herrero, hubo un movimiento repentino.

Nicholas miró hacia abajo, sorprendido. El rico ciudadano también se echó hacia atrás para ver. Un hocico apareció bajo el mantel: el perro al que Marion había tomado cariño, una criatura tan

libre y sin amo como su hija. El animal se liberó de la tela y trotó entre las mesas en busca de restos.

Nicholas hizo un gesto al mensajero para que lo siguiera arriba, hacia la privacidad del despacho del sheriff. Martin se colocó a su lado cuando se dirigieron a la escalera de caracol.

—Mi antigua nodriza siempre decía que lo único peor que la carne pasada es un niño malcriado —comentó Martin en voz baja—. Si no actuáis por miedo a la viuda, yo estaría encantado de darle unos golpes y cargar con su rencor.

Un leve martilleo despertó en la sien de Nicholas. ¿Existía alguna situación para la que la nodriza de Martin no tuviera un dicho?

—Rezo para que no sea necesario —respondió con una rápida mirada antes de internarse en la escalera.

Los peldaños estrechos estaban iluminados por saeteras orientadas al norte, que aquel día ofrecían una luz apagada, acorde con el cielo gris. La pared se abría en el segundo piso, mientras la escalera continuaba hacia los almacenes superiores. Aunque el segundo nivel tenía el mismo tamaño que el salón, estaba dividido en estancias mediante un pasillo estrecho junto al muro exterior. En la pared interior se abrían las puertas a las habitaciones privadas.

La más cercana era su despacho, donde se trataban los asuntos más delicados del cargo. Más allá se encontraba la alcoba real, que utilizaba en ausencia de huéspedes de mayor rango. La última puerta daba a la pequeña habitación asignada a Matilda y su guardiana.

Nicholas procuró no mirar hacia aquel extremo del pasillo. A pesar de su voluntad, lo hizo. Siempre lo hacía. No había rastro de su hija.

Entró en el despacho, una estancia fría y oscura. Cofres repletos de contratos y acuerdos se apilaban contra las paredes. Dos escritorios altos, con taburetes para los escribanos, se situaban junto

a un brasero cuyas brasas tenían como único propósito mantener ágiles los dedos, no calentar la sala. Al fondo había una silla de respaldo alto, versión menor de la que usaba el juez en el tribunal.

Nicholas se sentó. Martin se colocó junto al brazo de la silla. El mensajero avanzó, se arrodilló y bajó la cabeza.

—¿Traes respuesta? —preguntó Nicholas.

El hombre alzó la vista.

—Milord sheriff, lord Lacy acepta acoger a vuestro pupilo con la condición de que llevéis al muchacho a la fortaleza de Beamont y asistáis a la boda de lord Lacy, que se celebrará al día siguiente de Todos los Santos.

—No es justo, hijo menor de mi madre —murmuró Nicholas. Ya había advertido a Godwin que no podría asistir a la boda organizada con tanta premura. Beamont, el hogar familiar, se hallaba muy al sur de aquel condado.

Martin exclamó, divertido.

—¿Godwin? ¿Vas a convertir a tu hermano en padre adoptivo de ese mocoso? —rió—. Si yo lo hubiera hecho, diría que se lo merece por todas las bromas que me ha gastado. Pero ¿qué ha hecho Godwin para que lo castigues así?

—Es una buena oportunidad para ambos —replicó Nicholas, frunciendo el ceño ante la ligereza de su ayudante.

Martin contuvo la sonrisa.

—Aún faltan dos semanas para Todos los Santos —prosiguió—. Con algo de previsión, podéis aprovechar el viaje. Cuatro propiedades que debéis visitar están cerca de la carretera sur. Y está la queja de la mansión Whiteknave: la viuda solicita la expulsión del inquilino impuesto por su hijastro. El tribunal la respalda y queda a solo tres millas del camino. A la vuelta, podríais acompañar al tasador Ralph la Porcher a Dyster y Stouthyrde. Se queja de la resistencia de los alguaciles locales. Yo enviaré a los citadores para

los justiciarios. Quienes deseen escolta pueden unirse a vos en el camino.

Nicholas lo miró con asombro. Donde él habría cabalgado a toda prisa hacia Beamont y regresado del mismo modo, preocupado por el tribunal, Martin veía oportunidades. Aquella perspicacia merecía reconocimiento... y quizá una disculpa.

—Bien pensado, Martin. Nunca se me habría ocurrido. Y gracias. Soportas muy bien a tu jefe hosco.

Martin se sonrojó hasta el puente de la nariz.

—Solo intento servirlos bien, milord. No os considero hosco, solo amante de la soledad. Como sé que tiendo a ser exuberante, procuro moderarme por respeto a vuestra naturaleza.

Nicholas asintió con la boca apretada. Si aquello era moderación, nunca sobreviviría al Martin desatado.

—Entonces —dijo al mensajero—, si no tienes nada más, ve y come. Martin, llama a los secretarios y al muchacho que irá con Godwin. Empecemos a trazar mi ruta.



Cuando Marion salió por la puerta del salón, casi chocó con un mensajero cubierto de barro en el rellano exterior. Demasiado preocupada y enfadada para darse cuenta, bajó corriendo las escaleras. ¿Era eso lo que el *sheriff* llamaba cuidado? Mientras Aldric tosía por una enfermedad incipiente, lord Coudray obligó a su hijo a quedarse detrás de él y mirar mientras comía. La crueldad de aquello le partió el corazón.

Al llegar al empedrado del patio interior, miró más allá de la puerta de su cabaña. Fiel a su palabra, su guardián había ordenado que se adecentara el lugar. Los obreros colocaban un nuevo techo de paja.

Reacia a quedarse sola ante aquella escena, Marion dudó. Una llovizna fina caía sobre sus hombros cubiertos por el manto. Estaba demasiado húmedo para refugiarse en el jardín, y no tenía otro lugar adonde ir salvo regresar al vestíbulo. Resopló, irritada, y dio media vuelta. Al entrar, el portero le daba la espalda, ocupado con el mensajero. Asomó por el borde de la mampara y miró el salón. Aldric la vio y alzó las cejas con esperanza. El dolor se le agudizó. No había nada que pudiera hacer por él, salvo rezar.

Desvió la mirada hacia la esquina sureste y la capilla de Crosswell. Salió de detrás de la mampara y se dirigió a aquel recinto sagrado, procurando mantenerse pegada a la pared y fuera del alcance de los sirvientes más humildes.

El espacio destinado al culto reflejaba la profunda necesidad de los habitantes de Crosswell. Era más amplio que su choza y estaba ricamente decorado. Las paredes, recubiertas de un grueso enlucido, mostraban escenas del Vía Crucis. Incluso el suelo estaba pintado con cuadrados rojos y azul grisáceos que imitaban baldosas. Un altar de mármol se alzaba sobre un estrado bajo, cubierto por un paño bordado con hilo de plata. Como en el vestíbulo, arcos de piedra sostenían el techo, y aquí los capiteles lucían un diseño de franjas entrecruzadas. No había velas encendidas. La luz, gris y húmeda, se filtraba por dos rendijas orientadas al este tras el altar. Junto a la última aspillera, en la esquina, se encontraba la entrada a la pequeña cámara donde vivía el sacerdote.

Siguiendo una costumbre de toda su vida, Marion se arrodilló ante el escalón del altar. Sacó el rosario y comenzó la oración, pero se detuvo. Su mirada cayó sobre las piedras pintadas; la cruz del extremo se le escurrió de los dedos. ¿De qué servía rezar? María, sálvala, ni siquiera le permitían un instante de calma con su hijo. Respiró con rapidez. Las mujeres, las madres, deberían protegerse entre sí. Y, sin embargo, la Santa Madre de Dios la había abandonado.

—Maldita seas —escupió a la Virgen, y lanzó el rosario.

—¡Mamá! —gritó Aldric al irrumpir en la capilla.

Marion jadeó, se dejó caer hasta sentarse y elevó palabras apresuradas al cielo, pidiendo perdón. Abrió los brazos. En vez de eso, su hijo le agarró una mano, intentando alzarla.

—Maman, ven. Se ha ido del salón. Si nos damos prisa, podemos marcharnos sin que se dé cuenta.

Una chispa de esperanza se encendió y se apagó al instante. Marion negó.

—Aldric, no podemos. Ya no eres mío ahora que tu padre y tu hermano han muerto. Si intentáramos huir, el sheriff nos daría caza y nos traerían de vuelta.

—¿Qué dices? —gritó Aldric, indignado, resistiéndose cuando ella trató de sentarlo junto a sí—. ¿Quieres que muera? Mamá, viste cómo caí cuando me obligaron a montar. Tienes que hacer algo para salvarme.

Las lágrimas asomaron en los ojos de Marion.

—¿Qué quieres que haga, Aldric?

Él arqueó las cejas; sus ojos marrones se llenaron de dolor.

—Esto es horrible para mí. Me estoy perdiendo lecciones. Si no muero pronto, mi mente se embotará. Acabaré como mi padre, un bruto torpe.

—¡Aldric! —exclamó Marion al oír sus propias palabras en boca del niño.

Él prosiguió, sin atenderla.

—Y este lugar es perverso. Hay una chica que entra por la noche en la habitación de lord Coudray. Cuando me despierto para rezar maitines, me mira fijamente. Anoche intentó meterse bajo mi manta conmigo. ¡Conmigo! —clamó—. Debes decirle al sheriff que voy a ser monje, no caballero. Los monjes no tratan con zorras como esa.

En la mente de Marion surgió la imagen de una prostituta, del tipo que un hombre tan atractivo como lord Coudray podría atraer.

Educada por los gustos de FitzGerald, una mezcla vulgar de escenas la asaltó. La idea de que aquella mujer tocara a su hijo le encendió la indignación.

Marion se arrodilló, con el corazón ardiendo.

—No lo toleraré. Una cosa es que la corte te reclame y otra muy distinta que lord Coudray te degrade.

—¡Vete! —chilló Aldric cuando algo pequeño se movió en la capilla—. ¡Ahí está otra vez! Me sigue a todas partes. Mamá, estoy harto. ¡Dile que me deje en paz!

Marion vio una silueta pequeña correr alrededor del altar. Se acercó y se puso en cuclillas junto al borde. Agazapada entre la entrada de la cámara y la aspillera, había una niña diminuta, de no más de cinco años.

—¿Esa es tu torturadora? —preguntó Marion con una sonrisa irónica.

El cabello de la niña, castaño tan oscuro que rozaba el negro, caía en mechones desiguales alrededor de su carita redonda. El vestido, antaño rosado, estaba descolorido, manchado y roto, con el dobladillo desgarrado. A pesar de ello, su rostro estaba limpio, y también sus manos y uñas, cuidadosamente cortadas.

Marion contuvo el aliento. La niña era llamativa: rasgos definidos, piel impecable, cejas tan finas que parecían trazos oscuros. Sus ojos dominaban el rostro, enmarcados por pestañas negras, con iris grises casi transparentes.

Aldric la observaba, mordiéndose el labio. Marion se apartó un poco; la niña se tensó, como si dudara entre huir o quedarse, y al final se replegó un paso, fuera del alcance de Marion.

Aldric subió al estrado del altar y miró a la niña por encima de la losa.

—Mi mamá dice que dejes de seguirme. Voy a ser monje y no trataré con mujeres.

La niña lo miró con curiosidad.

—Mamá, di algo —insistió Aldric, volviéndose hacia su madre.

La pequeña volvió la vista a Marion y articuló, sin voz,

—Mamá, —alzando las cejas como si preguntara.

Fascinada, Marion se llevó la mano al pecho.

—Soy su mamá —explicó en voz baja, señalando a Aldric.

La niña abrió mucho los ojos, miró a uno y a otro, y luego frunció el ceño, incrédula.

—Así es, soy la mamá de Aldric —repitió Marion—. ¿Quién eres tú?

—Mamá, no le hables —protestó Aldric—. Me estoy poniendo enfermo. —Tosió con fuerza.

Marion lo miró, se contuvo y volvió a la niña. Tenía los ojos entornados y la boca en una línea fina: la misma expresión que Aymer usaba para imponer su voluntad. Aquello encendió en Marion una ira nueva. Se puso en pie.

—¿Qué es esto? —preguntó con dureza—. ¿Le hablas así a tu mamá?

—Perdóname —murmuró Aldric, con un arrepentimiento mínimo—. No me estabas escuchando.

Un paso sonó en la puerta. El padre Raymond entró y saludó con una inclinación.

—Disculpe, señora, es hora de que el muchacho coma.

—Mamá, no quiero separarme de ti —dijo Aldric, abrazándola.

Marion suspiró, lo apartó con suavidad y se arrodilló ante él. Le despejó el cabello de la frente.

—No me dejas. ¿No vivo aquí contigo? Ve a comer, cariño. Necesitas fuerzas.

Lo abrazó. Tras un instante rígido, él cedió.

—No quiero morir, mamá —susurró—. Debes salvarme.

—¿No estoy aquí para cuidarte si enfermas? —respondió ella.

Aldric se apartó, con el rostro ensombrecido.

—Eso no basta. Quiero irme. Odio este lugar. —Y salió corriendo.

Marion se levantó, con el corazón hecho pedazos.

—¿Me buscabais, señora? —preguntó el sacerdote.

Ella lo miró, deseando confiarle sus temores, pero sabía qué respuesta obtendría.

—No, padre —dijo, rendida.

El sacerdote se encogió de hombros y se arrodilló ante el altar. Se oyó un ruido tras la mesa sagrada. La niña salió de pronto, rodeó al distraído clérigo y huyó.

—¿Quién es esa niña? —preguntó Marion—. Parece encariñada con mi hijo.

El sacerdote se mostró sorprendido.

—No la había visto. Aquí abundan los niños, todos ilegítimos. La cocinera les da de comer y acuden como ratas. Lo más probable es que sea una de ellos.

—Sin duda —respondió Marion con sequedad—. Gracias, padre.

Al salir, encontró a Clare esperándola. Miró al fondo del salón; Aldric estaba allí. Perderlo era doblemente doloroso cuando él creía que ella lo había abandonado.

Clare le dedicó una sonrisa débil y la rodeó con el brazo. Mientras caminaban hacia la cabaña, Marion pensó en la niña. Qué lástima que perteneciera a lo más bajo, sin esperanza alguna. Era hermosa y había inteligencia en sus ojos. Se detuvo de golpe, haciendo que Clare casi tropezara.

—¿Qué ocurre, Minnie?

—Hablábamos francés —dijo Marion—. No inglés. Esa niña no es hija de un soldado, no si entiende la lengua normanda.

Clare la miró, confundida. Marion se calló al darse cuenta. La hija de lord Coudray hablaría francés. Aldric había dicho que la niña entraba por la noche en la habitación del sheriff.

—¿Minnie? —insistió Clare.

Marion abrió la boca para contárselo y la cerró de nuevo. ¿Por qué iba la hija del sheriff vestida con harapos?

Capítulo 10

Se oyó un suave golpe en la puerta, lo suficientemente fuerte como para despertar a Marion. Apoyándose en un codo, miró a su alrededor. Con el fuego apagado, no había más que una espesa oscuridad dentro de aquellas paredes. ¿Quién podía estar llamando en mitad de la noche?

A su lado, Clare roncaba quedamente, profundamente dormida. Marion bostezó y decidió que había imaginado el sonido. Dándose la vuelta, trató de acomodarse en el jergón que había sustituido al montón de paja. Ojalá su cama llegara pronto. Al menos aquel colchón estaba limpio, y el relleno de hierba seca aún conservaba un leve aroma veraniego.

Se oyó otro golpe.

—¿Mamá?

La llamada queda de Aldric vino acompañada por los golpes más firmes del puño de un hombre.

Con un grito ahogado, Marion se incorporó de un salto. Sin bata hasta que llegaran el resto de sus pertenencias, arrancó el manto del perchero y se lo echó sobre los hombros para cubrir su desnudez. El cabello suelto se agitó a su alrededor cuando levantó la barra del cerrojo y la dejó caer. Golpeó con un sonido seco contra el suelo endurecido. Las bisagras de cuero, recién engrasadas, susurraron al abrirse la puerta hacia el interior.

Enmarcados en el umbral por la luz grisácea del amanecer no solo estaban Aldric, sino también lord Coudray. Tras ellos aguardaba un grupo de jinetes, con las monturas pateando y resoplando. Por

encima del traqueteo de los arneses, los hombres tosían y maldecían en voz baja contra el aire helado.

Marion fijó la vista en su hijo. Bajo la capa, Aldric llevaba una pesada túnica marrón, con pieles cruzadas en las piernas. Las manos estaban cubiertas por guantes. Ropa de viaje. Un presentimiento atroz le apretó el pecho. Se mordió el labio y alzó la mirada hacia el sheriff.

Aunque Nicholas Fenwick iba con la cabeza descubierta pese al frío, llevaba la cota de malla y una capa gruesa sobre los hombros. Su mirada descendió del rostro de Marion a su cabello suelto y luego más abajo. Parpadeó.

—Cierra la capa, milady —murmuró.

Con un pequeño grito, Marion retrocedió hacia la oscuridad, cerrándose el manto con fuerza. Lord Coudray la siguió, con la malla tintineando apenas a cada paso. Aldric también entró, pues la mano del noble sujetaba su capa.

—Aviva el fuego para que vea —ordenó el sheriff mientras cerraba la puerta—. Pero date prisa.

Marion se arrodilló junto a la chimenea, sintiendo cómo el miedo crecía con cada latido. Retiró la tapa y echó paja y palos sobre las brasas hasta que surgieron las llamas. Cuando no pudo esperar más, se levantó y se volvió hacia ellos.

—¿Por qué han venido tan temprano? —preguntó. Su voz sonó llana, pero se quebró por dentro.

El caballero soltó la capa de Aldric.

—Despídete de tu madre.

Aldric se lanzó contra ella y la rodeó por la cintura.

—Maman, me va a llevar lejos de ti —protestó, más indignado que asustado.

—Minnie, ¿qué ocurre? —preguntó Clare, despertándose y apoyándose en los codos.

—Milord sheriff y Aldric —respondió Marion con tensión—. Quédate donde estás.

Liberó una mano del manto para abrazar a su hijo con más fuerza y miró a lord Coudray.

—¿Adónde se lo lleva?

—Con su nuevo padre adoptivo, lord Lacy —respondió él, con una suavidad que solo agravó el daño.

Marion asintió despacio. Había sido su empeño en conservar un mínimo de control sobre Aldric lo que había llevado al sheriff a esa decisión.

—Es culpa mía. Milord, si prometo mantenerme al margen, ¿lo reconsideraréis?

Lord Coudray negó y se frotó la frente con la mano enguantada.

—Lady Marion, nuestros temperamentos, el de tu hijo y el mío, no encajan. Estará mejor con lord Lacy. Ahora bésalo en la mejilla y deséale fortaleza.

No había marcha atrás. Y, aun así, su voz estaba cargada de una compasión contenida. Marion se arrodilló ante Aldric y apoyó los labios en su mejilla tibia.

—Ve con Dios, mi niño precioso.

—¡Mamá, no dejes que esto pase! —gritó Aldric, incrédulo—. Debes salvarme.

—¿No te advertí que mantuvieras un tono respetuoso? —intervino lord Coudray.

Sujetó al niño por la capa y lo apartó de Marion. Abrió la puerta.

—Osbert, ven. Llévate al muchacho y ayúdalo a montar en su poni.

Cuando Aldric salió, Marion se desplomó sobre los talones, con los brazos doloridos por haber intentado retenerlo. Su hijo moriría lejos de ella, y ella misma quizá no sobreviviría al parto. Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras sollozaba en silencio.

Lord Coudray se volvió hacia ella.

—¿Hay algo que quieras enviarle?

Marion tragó saliva.

—No hay nada...

La voz se le quebró, pero luego escapó la pregunta que no había previsto.

—Milord, ¿lord Lacy es un buen hombre?

El sheriff respiró hondo. Luego soltó una risa breve y seca y negó con la cabeza. Se agachó ante ella. Marion lo miró, temblorosa, con la mano sobre la boca.

La luz del amanecer bañaba su cabello de oro y marcaba una diversión amarga en su hermoso rostro. La observó un instante y luego la comisura de su boca, surcada por una cicatriz, se alzó. Aquella sonrisa encendió un brillo cálido en su ojo azul.

—Marion de FitzGerald, es un milagro que haya sobrevivido a dos maridos con esa lengua y siga entera —murmuró, procurando que Clare no lo oyera.

—¿Qué he dicho de malo? —preguntó ella, apenas en un susurro.

—Insinuasteis que enviaría a vuestro hijo con alguien que maltrata a los niños —replicó, alzando las cejas en suave reprensión.

Marion inclinó la cabeza.

—Perdonadme.

Aun así, la respuesta le proporcionó un consuelo helado. Si lord Coudray no creía que el nuevo tutor fuera cruel, quizá Aldric

estaría a salvo... aunque existían muchas formas de sufrir, y ella no estaría allí para protegerlo.

El metal de su malla chirrió cuando el sheriff extendió el brazo y levantó su barbilla con un dedo.

—Animaos. No le hace bien al niño que lleváis dentro veros así.

—No puedo evitarlo —susurró—. Es mi hijo. Lo amo.

Él inclinó un poco la cabeza, comprensivo. Una lágrima rodó por la mejilla de Marion y él la secó con el pulgar.

—Si puede pagar a un escribano, envíelas cartas a Lacy. Déselas a sir Martin y él se encargará de que lleguen.

Era poco, pero Marion lo aceptó como un regalo.

—Gracias, milord.

—De nada.

Sonrió de nuevo, soltó su mentón y se puso en pie. La puerta se cerró tras él. Afuera, los hombres gritaban y los caballos golpeaban el suelo. Luego todo quedó en silencio, roto solo por el canto de los gallos.

—He perdido a mi hijo —murmuró Marion—. ¿Cómo sobrevivirá sin mí? Morirá, Clare.

—Es más fuerte de lo que crees —respondió su prima—. Y tú debes ser fuerte por el bebé.

—Estoy cansada de ser fuerte —replicó Marion—. Después de todo lo que he luchado, Aldric vuelve a ser arrancado de mis brazos. Sin él, vivo a medias.

—Tienes un hijo por nacer.

—¿Este bebé? —apretó las manos contra su vientre—. ¿Por qué preocuparme por él, si su llegada quizá signifique mi muerte?

El impulso de suplicar a Dios fue seguido por el recuerdo de haber increpado a la Virgen el día anterior... y de cómo Aldric

apareció al instante. Ignorando toda lógica, Marion se levantó y empezó a vestirse.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Clare.

—Ir a la capilla.

—¿A rezar por Aldric?

Marion se puso el vestido, se calzó los zapatos sin atarlos, se ciñó el cinturón y recogió el cabello bajo la capucha.

—No —susurró, viendo a Clare incorporarse—. Necesito estar sola.

Abrió la puerta y corrió hacia la puerta interior. Estaba abierta; el guardia la vio acercarse y no se lo impidió. Subió las escaleras de la torre del homenaje y golpeó la puerta cerrada.

—¡Abrid!

El portero miró por la mirilla.

—Falta un cuarto de hora.

—Soy lady FitzGerald. Necesito al sacerdote —mintió.

Refunfuñó, pero descorrió la barra. Marion se coló dentro. El vestíbulo estaba en penumbra, cargado de humo y del olor de cuerpos durmientes. Se abrió paso hasta la capilla y se arrodilló ante el altar. Buscó el rosario en su monedero. No había nada. Solo cuatro peniques.

Contuvo el aliento. Las cuentas habían desaparecido. Las había dejado allí el día anterior, tras la llegada de Aldric. Miró alrededor, desesperada. Nada.

Se arrodilló de nuevo y rezó sin rosario, suplicando a la Madre de Dios que le devolviera a su hijo. El tiempo pasó. Aldric no apareció.

Marion se dejó caer al suelo. Había sido una necedad. Ni Dios ni la Virgen la escuchaban. ¿Por qué no iban a abandonarla, como todos los demás?

La luz rosada del amanecer se filtró por las rendijas y bañó el altar. Despojado de la penumbra nocturna, el mármol parecía manchado de sangre.

—Cuando pusiste a FitzGerald sobre los hombros de Aldric, me mataste —susurró—. Mi hijo morirá sin su madre. ¿Qué razón me dejáis para seguir viviendo?

Un toque suave en el hombro la sobresaltó. Marion se volvió. Ante ella estaba la pequeña sombra de Aldric. La niña parpadeó y tocó con un dedo las lágrimas de Marion, alzando las cejas en muda pregunta.

—Estoy triste porque Aldric se ha ido —susurró Marion.

La niña formó una «O» de comprensión. Apartó la capucha de Marion y observó la masa de cabello rojizo, luego peinó un mechón con los dedos.

Aquella caricia la reconfortó. Marion deseó abrazarla, pero recordó su miedo.

—Mi corazón está roto —murmuró—. ¿Puedo abrazarte, ma petite?

Los ojos de la niña se abrieron, llenos de confusión y esperanza.

—¿Maman? —articuló sin sonido.

—Ahora no soy la mamá de nadie —respondió Marion.

La niña rodeó su cuello con los brazos. Marion se quedó inmóvil, sorprendida. Luego alzó la cabeza. El miedo y la añoranza llenaban el rostro de la pequeña.

—Pero tú me necesitas —susurró Marion.

La niña se mordió el labio.

—¿Maman? —preguntó de nuevo, en silencio.

—Sí. Ven a mí —respondió Marion—. Déjame ser tu maman.

La niña suspiró aliviada, apoyó la frente en la de Marion y articuló: «Mamá».

Marion la rodeó con cuidado y la atrajo a su regazo. La niña se acurrucó contra su hombro y cerró los ojos. Marion inclinó la cabeza sobre la suya y lloró.



Reginald miró el paquete envuelto en cuero que el comerciante acababa de entregarle y luego volvió la vista hacia el plebeyo que lo había traído.

—¿De Crosswell? ¿Eres mensajero del sheriff? —preguntó con cautela—. Si lo eres, tendré que ofrecerte cena y techo esta noche.

Corpulento, con el cabello y la piel enrojecidos por el frío, el inglés parecía aún más grande envuelto en tantas capas contra el aire cortante de mediados de diciembre. Sonrió, dejando al descubierto el hueco de un diente delantero ausente.

—¿Yo? No, milord. Solo soy un viajero que pasa por Crosswell en sus rutas.

Reginald contuvo una sonrisa al oírse llamar señor de FitzGerald. Durante los dos últimos meses, como propietario de facto, había dormido en la alcoba del señor y ocupado su lugar en la mesa alta. Cada día alimentaba más su anhelo de convertir aquella posesión en un derecho incuestionable.

—En mi última visita a esa fortaleza —continuó el comerciante— conocí a una dama noble que reside allí bajo la protección del sheriff. Supo que yo venía por este camino y me pidió que os entregara el paquete. Sí, una dama encantadora... y muy preocupada por su bienestar. Lady Clare teme pasar sola los días de Navidad. —El tono de su voz llevaba una insinuación desagradable.

La alegría que había brotado en Reginald se tensó al instante.

—Mide bien tus palabras —advirtió en voz baja.

El comerciante dio un paso atrás, alarmado al comprender que la promesa de comida caliente y cobijo pendía de un hilo.

—Milord, no pretendía ofender —se apresuró a decir—. Mil perdones. Si examináis el paquete, veréis que solo he actuado con buena intención.

Reginald se relajó. Era cierto.

—Y te lo agradezco —respondió—. ¿Permanecerás esta noche con nosotros y aceptarás nuestra hospitalidad?

—Sería un honor, milord —contestó el hombre, inclinando la cabeza.

Tras las formalidades, Reginald chasqueó los dedos para llamar al mayordomo.

—Alexander, encárgate de que este hombre y sus criados coman y encuentren lugar junto al fuego. Yo me retiro.

Se dio la vuelta, esforzándose por no apresurarse hacia la alcoba que había pertenecido a su hermano.

A solas, cerró la puerta y se arrodilló junto a la chimenea. Retiró la piel que cubría el paquete. Apareció una tela blanca. Al desplegarla, sonrió al descubrir una camisa y acarició el fino lino con devoción. Clare la había cosido para él, como una esposa vestiría a su marido.

La dejó sobre el catre, se quitó la túnica y la camisa, y se puso la prenda que ella había confeccionado. La sonrisa se ensanchó. Había calculado bien sus medidas.

Vestido solo con la camisa, las calzas y las botas, volvió al paquete. Dentro quedaba un pliego de pergamino. Lo abrió. La letra era elegante, con una leve floritura. ¿Había escrito ella misma o había recurrido a un escribano?

A mi amado sir Reginald de FitzGerald:

Ruego que esta carta te encuentre con salud y fortaleza de ánimo, aunque echándome de menos, como yo te echo de menos a ti. Crosswell ha vivido días de gran agitación mientras los jueces celebraban su tribunal. Con la fortaleza y el patio abarrotados de forasteros y plebeyos groseros, lady FitzGerald y yo hemos quedado confinadas en nuestra cabaña. Para romper la monotonía del bordado, recurrimos a la costura. Te ruego que aceptes este presente, ofrecido con el espíritu de las fiestas sagradas que se acercan. Es mi más sincero deseo que encuentres un pequeño placer en lo que mis manos han creado.

Tu última misiva trajo noticias desalentadoras. Parece imposible que el obispo se muestre menos reacio a nuestro grado de parentesco que al hecho de que te cases con una mujer estéril. Sabes que te amaré siempre, aun si no deseas desafiar las convenciones.

Reginald suspiró. Aquella generosa oferta de liberarlo de la promesa de matrimonio mediante una unión informal habría sido aceptable si su destino hubiera sido seguir como administrador. Pero aspiraba a ser señor de FitzGerald. Sin la bendición de un sacerdote, Clare sería su concubina y él objeto de burla por unirse a una mujer sin dote ni herederos. Una punzada de ira lo atravesó. Que se rieran. ¿Qué derecho tenía nadie a decirle a quién podía poseer?

Volvió al pergamino.

Le agradezco de nuevo su preocupación por lady FitzGerald y su hijo. Aunque mi prima fue incapaz de tomar el tónico, se fortaleció por sí misma. El bebé parece haberse asentado por fin en su vientre y ya no la atormenta con náuseas. Sin embargo, ahora que Aldric ha sido enviado lejos de Crosswell, ella espera cada día noticias de su muerte. Me inquieta su abatimiento. Aunque goza de buena salud, cree ahora que el parto le costará la vida. Por ello le ruego, una vez más, que nos ayude.

Cuando le mencioné a lady FitzGerald la buena opinión que usted tiene de la comadrona de FitzGerald, la recordó con alivio. Ahora es deseo de ambas que esa mujer atienda el parto de mi prima. Sabemos que el pueblo se resistirá a cederla durante un mes, pero confiamos en que tenga una aprendiz que pueda sustituirla.

Con amor y afecto eternos por ti en mi corazón, pongo fin a esta carta.

Escrita el día dieciséis de diciembre del año de Nuestro Señor de mil ciento noventa y cuatro.

Clare, hija de William de Romeneye.

Reginald dobló el pergamino con lentitud y se sentó en el borde del catre. La piel de oveja era suave bajo sus dedos. Tal como había previsto, lady FitzGerald aguardaba noticias de la muerte de su hijo; el vástago de Aymer era demasiado débil para sobrevivir lejos de ella.

En cuanto al niño que persistía en el vientre de la viuda, una vez más su dulce Clare le ofrecía la ocasión de cometer un crimen. Si se aprovechaba de su confianza y lo descubrían, perdería su amor. Si no lo hacía, jamás poseería FitzGerald. Lo deseaba todo.

El fuego crepitaba en la chimenea, y el viento gemía más allá del vestíbulo. En aquel susurro creyó oír la voz de su hermano, suplicándole que no cediera al asesinato.

Reginald se tensó. Aymer habría debido callar incluso desde la tumba. Una vida entera dedicada a obrar bien para otros, solo para recibir desprecio y migajas, le abrasaba las entrañas. La decisión se asentó en él con una claridad implacable.

Debía existir un modo de acabar con el niño que hiciera creer a todos que el parto había salido mal. Lord Coudray probablemente jamás había presenciado un alumbramiento Y Clare hacía años que no veía uno. La comadrona, en cambio, ya había eliminado a los bastardos de Aymer cuando se le pagó por ello. Por la cantidad adecuada, no dudaría en causar otra muerte.

Reginald se recostó en el catre, cerrando el puño alrededor del pergamino. La camisa de Clare yacía sobre su pecho como lo haría su cuerpo. En pocos meses, la hija de Romeneye estaría para siempre entre sus brazos cálidos.

Capítulo 11

Ayer, en vísperas de Navidad, Nicholas había regresado a Crosswell por primera vez en un mes, torturado por la esperanza de que la magia de Lady FitzGerald hubiera funcionado. Hoy, se ahogaba en la decepción. Es cierto que Marion ahora comía en el salón, dormía en una cama y jugaba como debía jugar un niño, pero aún odiaba a su padre. En cuanto lo veía, se marchaba.

Gracias a Martin. Él sabía que lady FitzGerald llevaba a Marion al jardín todos los días a la misma hora. Desesperado por ver aunque fuera un instante de su hija, Nicholas se escondió en el cuadrante del jardín cercado por setos, confiando en que aquel espacio estrecho y sombrío no resultara atractivo para las mujeres. Sentado en el banco de madera adosado a la pared del fondo, se ajustó la capa contra el frío cortante y observó.

Hasta entonces había considerado aquel rincón un lugar desperdiciado. Apenas tenía espacio para estirar las piernas y era solo un poco más largo que su propio cuerpo. Aunque desnudo de vegetación, el entramado denso de ramillas entrelazadas lo ocultaba por completo siempre que permaneciera inmóvil. Y, lo más importante, tras abrir un pequeño hueco entre las ramas, podía ver a su hija.

Observó cómo Matilda pasaba corriendo frente a él, girando en amplios círculos. Sus pequeños pasos crujían sobre la fina capa de nieve. La capucha de la capa se le había deslizado hacia atrás y sus pulcras trenzas oscuras volaban, brillantes por las cintas entrelazadas. La piel clara, reflejo de la suya propia, estaba sonrosada por el frío, y su rostro rebosaba una felicidad luminosa. Luego desapareció de su vista.

El corazón de Nicholas se desgarró entre el dolor y el placer al reconocer su vestimenta. El vestido verde oscuro y el manto gris forrado de piel de zorro eran los regalos de Navidad que él le había enviado. Los había hecho llegar a la casa de campo de lady FitzGerald, donde ahora residía su hija, junto con una nota en la que pedía a la viuda que hiciera comprender a la niña que procedían de su padre. A pesar de todo, Matilda había aceptado ponerse sus presentes.

En ese instante, el amor se mezcló con su odio hacia la viuda. Fue durante el viaje de regreso desde Beamont, hacía casi dos meses, cuando recibió el mensaje de Martin. Lo único que había salvado a Marion de FitzGerald de la muerte a manos de Nicholas, por haberle arrebatado a su hija, fue el itinerario cuidadosamente trazado que él y Matilda habían seguido. Atrapado por las necesidades del condado, Nicholas no había vuelto a cruzar las puertas de Crosswell hasta mediados de noviembre.

Sin embargo, en las pocas semanas de su ausencia, Matilda se había despojado de su vestido andrajoso y se había peinado el cabello, un avance mayor que todo lo logrado en el año anterior. A partir de entonces, ni siquiera su temor a lo que lady FitzGerald pudiera esconder en su interior había conseguido sofocar su esperanza. Contra todo buen juicio, decidió no interferir y se sumergió en sus obligaciones, rezando para que Matilda no solo sanara, sino que olvidara.

Tampoco había tenido tiempo para intervenir, aunque hubiera querido. Los jueces llegaron apenas un día después de su regreso de Beamont y noviembre entero se consumió en asuntos de la corte. Diciembre lo llevó de nuevo a los caminos, acompañando a los tasadores reales además de cumplir con sus deberes habituales. Ahora, con la llegada de la Navidad, toda Inglaterra se recogía tras sus puertas y se reunía junto al fuego. Incluso las forjas de Crosswell se habían detenido, permitiendo que el viento dispersara el hedor de los hornos. Todo ello dejó a Nicholas confinado en Crosswell hasta pasada la Duodécima Noche.

Esta vez, cuando Matilda pasó corriendo frente a él, sus mechones oscuros le recordaron a Gradinton. En los últimos meses, Baldwin había apartado su atención de la niña. A través de los jueces reunidos en la corte de Crosswell, William de Hereford, obispo y amigo, le había hecho saber que Gradinton había enviado un emisario a Roma para solicitar al Papa la anulación de su matrimonio con Sibyl. La esperanza renació en Nicholas. Si Gradinton lograba volver a casarse y lady FitzGerald conseguía sanar a Matilda, quizá podría recuperar al fin la familia que Maud le había arrebatado.

Una vez más, su pequeña giró cerca de él, esta vez sosteniendo una figurilla de madera con el brazo extendido. El corazón de Nicholas se retorció. Al igual que con la ropa nueva y el peine, la viuda había ayudado a su hija a recuperar aquel juguete preciado, algo que la niña había rechazado desde la muerte de su madre. Ocultas tras el seto, lady Clare y lady FitzGerald rieron y aplaudieron cuando Matilda cayó mareada sobre la nieve.

Nicholas se deslizó un poco hacia la derecha y comprobó que aún podía verla. Su sonrisa valía todas sus posesiones. Lady FitzGerald entró en su reducido campo de visión. Una ráfaga de viento abrió su capa, revelando la suave curva de su vientre en crecimiento. No era pronunciada, pero, tras haberla visto casi desnuda la mañana en que Aldric partió de Crosswell, aquella leve prominencia confirmaba su embarazo.

El amor por su hija brillaba en los ojos cobrizos de la viuda. Nicholas sintió una punzada de celos cuando la niña que una vez lo había amado se dejó abrazar sin reparos por aquella mujer. Cuando su pequeña rodeó con los brazos el cuello de lady FitzGerald, él apartó la mirada, incapaz de soportarlo.

—Ven, muñeca —le dijo la viuda, llevándola hacia la puerta del jardín—. Hace mucho frío. Ya has jugado bastante y esta noche hay un gran banquete.

Hubo una pausa.

—Sí, habrá música y baile. Sería una pena que te lo perdieras por haberte cansado demasiado.

Otra pausa. Aquella comunicación unilateral seguía resultándole extraña.

—Sé que estás emocionada. ¿Con quién bailarás? Con tante Clare, por supuesto. Tante Clare baila muy bien.

—Oh, Minnie —rió su prima cuando se abrió la puerta del jardín—. Bien sabes que solo doy pasos torpes siguiendo la música.

La puerta se cerró y las voces se perdieron en el silencio. Nicholas permaneció sentado en el banco, respirando hondo para calmar la mezcla de dolor y esperanza que lo consumía. Su hija estaba ilusionada ante un festejo ruidoso y concurrido. Sí, pero para que Matilda pudiera disfrutarlo, él tendría que mantenerse al margen. La niña no soportaba estar donde él estuviera.

Podría encerrarse en su alcoba toda la noche. Los recuerdos de Navidades pasadas acudieron a su mente, dulces y amargos a la vez frente a su aislamiento presente. Resultaría insoportable quedarse solo mientras, un piso más abajo, resonaban las risas y los cantos.

La soledad se volvió opresiva. Al igual que le había sucedido a su hija, Nicholas sintió la necesidad de compartir aquel momento con otros. Pero no podía. ¿Acaso no era él el hijo del diablo? Un demonio semejante no celebraba la Navidad.

Apoyó la cabeza contra la pared fría y sólida, tan implacable como la prisión que él mismo se había construido. Una leve sonrisa amarga se dibujó en sus labios ante la ironía.

El cielo empezaba a despejarse; las densas nubes matinales se desgarraban bajo un viento fuerte. El anochecer y el frío traerían una claridad cristalina. Allí, en el jardín, no oiría la música ni las risas del salón. La luna y las estrellas serían su compañía: altas, frías e inalcanzables. Le convenía.

Si iba a pasar la noche al aire libre, necesitaría una hoguera para alumbrarse. También una manta y una capa más gruesa. Nicholas se puso en pie con lentitud.

Aun así, la soledad no cedía. Ni siquiera las estrellas lograban mitigarla. Un pellejo de vino también sería necesario. No, dos. Quizá, si bebía hasta caer rendido, podría robarle al menos una hora al dolor que le desgarraba por dentro.



Marion alisó la falda del nuevo vestido verde de la pequeña. Era una prenda preciosa, bien confeccionada, adornada con una banda de bordados realizados con hilos brillantes. La capa que lo completaba era aún más costosa. Una punzada de irritación se despertó en su interior.

Había visto tanta soledad en el rostro de Matilda cuando supo que aquellos regalos procedían de su padre. La pequeña muñeca había pasado las manos por la tela como si deseara tocarlo a él. ¿Era por la falta de voz de la niña por lo que lord Coudray la ignoraba?

Marion suspiró. Sabía que no era así. Era porque la niña no era un hijo. Lord Coudray no era más que un hombre corriente, uno que concedía poco valor a su hija. Un regalo al año bastaba para cumplir con su deber.

—Ya estás lista para la velada, muñeca —le dijo con suavidad.

La hija de su corazón arrugó la nariz y le devolvió la sonrisa. Marion volvió a suspirar. Qué hermosa era, con su cabello oscuro y sus ojos claros. Ojalá pudiera hablar.

Se produjo un leve movimiento cuando el bebé que crecía en su interior se agitó. En lugar de traerle la promesa de una vida futura, aquello solo le recordó lo que estaba por venir. El temor a morir durante el parto no hacía sino intensificar su anhelo por oír la

voz de Matilda y alimentar la tristeza constante por Aldric. Nunca volvería a tener entre sus brazos a su propio hijo.

Matilda levantó las cejas, sintiendo más que viendo el dolor de su madre adoptiva. Elocuente en su silencio, posó las manos en el rostro de Marion para tranquilizarla.

—No sufras por mí, muñeca —susurró Marion, besándole la mejilla—. Ahora ve con tante Clare y baila hasta que no puedas más.

—Minnie, deberías venir —insistió Clare por enésima vez desde que Marion había anunciado que no quería saber nada de la celebración—. No está bien que te quedes sola.

Marion se incorporó despacio.

—¿Cómo voy a festejar y cantar mientras mi hijo está sentado en algún lugar desolado, celebrando la Navidad con extraños que no son de su sangre?

Sin duda, Aldric también estaría enfermo. Diciembre y enero siempre habían sido peligrosos para él. Dos veces, con cuatro y con seis años, aquellos meses casi se lo habían llevado.

—Minnie, ¿por qué piensas así? No sabes nada de cómo vive Aldric —replicó Clare, con un matiz de impaciencia.

Marion se volvió hacia su prima.

—Tú nunca has estado lejos de tu familia, pero yo sí. Déjame contarte cómo fueron mis primeras fiestas lejos de casa. Tenía diez años y cuatro meses. Era una novia niña que ocupaba el lugar de una mujer que había gobernado Ramshaw durante veinte años. Mi hijastro era diez años mayor que yo y me odiaba. Ordenaba a los sirvientes que me ignoraran. Ramshaw me había golpeado el día anterior por hablarle con descaro. No celebraban la Navidad como yo la conocía. Para ellos no era más que una comida ordinaria, sin juegos, sin música, sin regalos. Lloré todo el día, tan sola y tan helada que pensé que moriría si nadie me dirigía una sola palabra amable.

—Pero no moriste —replicó Clare—. Fuiste fuerte y sobreviviste, igual que Aldric. Si le hubiera ocurrido algo malo, lo sabrías. No has recibido ningún mensaje desde el primero.

Era precisamente esa ausencia de noticias lo que alimentaba la miseria de Marion. Aunque escribía cada semana, la única carta de su hijo databa de principios de noviembre. En ella le contaba que tenía fiebre y tos, pero que su nuevo señor lo obligaba a salir igualmente, pisoteando los campos como un campesino. Decía también que la señora de Lacy era una asesina despiadada que amenazaba con matar a su marido y que acabaría con él en cuanto pudiera. La carta terminaba con otra súplica de rescate, antes de que la enfermedad o su nueva señora lo destruyeran.

La desesperanza la invadió. Quería a su hijo. La idea de celebrar mientras él sufría le llenó los ojos de lágrimas.

—Clare, no puedo. No puedo —repitió—. Idos. Bailad por mí, donde mi corazón, tan pesado, no me permite levantar los pies.

—Como quieras —respondió Clare con sequedad, tendiendo la mano a Matilda—. Ven, muñeca. Diviértete conmigo, entonces.

La pequeña miró a Marion en una última súplica silenciosa. La niña negó con la cabeza. Con eso, se marcharon.

Después de atrancar la puerta, Marion se sentó en el taburete frente a la chimenea. Allí, donde la luz era más intensa, reposaba su bastidor de bordado, con la labor a medio terminar. El de Clare estaba junto al suyo, y entre ambos la cesta de hilos rebosaba de madejas de seda de vivos colores.

Su mirada se deslizó hacia la cama. Era demasiado grande para la estancia y la abarrotaba, pero no le importaba. Por fin era suya. Tal como había planeado, había borrado todo rastro de los hombres que la habían poseído, quemando el viejo colchón y convirtiendo las cortinas en tapices. Con las ganancias de ese año, había mandado hacer un colchón nuevo y, conteniendo el aliento por el gasto, había comprado tela nueva para las cortinas. Cada noche

envolvía a Clare, a Matilda y a sí misma con largas tiras de lana teñidas de un escarlata profundo y hermoso.

Clavó la aguja en la tela. Aquella pieza estaba destinada al abad del monasterio de Nalder, un regalo para agradecerle los años de interés mostrado por Aldric. Mientras el lino cremoso se transformaba en el atuendo marrón y verde de los cazadores, sus pensamientos vagaban, pero siempre regresaban a la ausencia de su hijo. Tras una hora de tortura silenciosa, el deseo de meterse en la cama y llorar hasta quedarse sin fuerzas se impuso. Dejó la aguja, se quitó la cofia y soltó el cabello, preparándose para retirarse.

Un golpe suave sonó en la puerta.

Pensando que Clare y Matilda habían regresado antes de lo previsto, abrió sin dudar. Un hombre desconocido estaba en el umbral, con el rostro curtido por el viaje y la ropa manchada de barro.

—¿Sois lady FitzGerald, madre de Aldric de FitzGerald?

—Sí —respondió ella, sorprendida.

—Vengo de la mansión Lacy esta noche —dijo con una sonrisa insegura.

Marion se quedó sin aliento. Aldric estaba muerto. El pensamiento la atravesó como una lanza. Cruzó los brazos para sostenerse.

—¿Venís de parte del señor o de parte de Aldric de FitzGerald? —preguntó con brusquedad.

La sonrisa del hombre se borró.

—De ambos, señora. Vuestro hijo os envía esto. —Le tendió una bolsa fina de cuero—. Mañana debo regresar a Lacy con vuestra respuesta.

Marion tomó el paquete, pesado en la mano, y su alma se tranquilizó. Si venía de Aldric, no podía estar muerto.

—¿Puedo ir al salón? —preguntó el hombre.

Ella alzó la vista, al haberse olvidado de él por un instante.

—Sí, por supuesto. Disfrutad de la hospitalidad de Crosswell. Feliz Navidad.

—Y a vos también, milady —respondió, retirándose con una última mirada extrañada.

Marion cerró la puerta y se dejó caer en el taburete. Sus dedos temblaban al desatar las cuerdas del paquete. Dentro había un solo pliego de pergamino. Se acercó al fuego para leerlo.

Mi querida mamá, había garabateado Aldric.

¿Qué había sido de la pulcritud que ella le había inculcado?

Saludos desde Lacy y feliz Navidad.

Lacy es un lugar maravilloso y tengo muchos amigos nuevos. Mamá, han descubierto que no estoy enfermo, sino sano y fuerte. Lord Godwin está orgulloso de mis progresos, sobre todo del lanzamiento de la vejiga de cerdo. Te equivocabas. No es solo un juego de plebeyos, ya que milord lo disfruta mucho. Solo le he ganado una vez en una carrera con su corcel. No puedo hacerlo mejor hasta que tenga un caballo más fuerte. Cuando patino en el estanque del molino, casi nunca me caigo.

Lady Sibyl y yo te pedimos que recuerdes a lord Coudray que debe enviarnos seis cachorros de kennet para lord Godwin. Tememos que lo haya olvidado, pues aún no han llegado. Deben llegar antes de la Duodécima Noche, ya que son el último regalo de milord.

Tu hijo querido,

Aldric, heredero de FitzGerald.

Marion se quedó mirando la hoja. Estaba sano y fuerte. Jugaba y competía como su padre. Firmaba como heredero de FitzGerald. Ya no ansiaba la seguridad de la Iglesia.

Entonces la ira la desbordó. ¿Se había pasado dos meses consumiéndose de preocupación mientras él se divertía?

El impulso de gritar fue tan intenso que la ahogó. No allí. Con el salón lleno de gente y un guardia en la puerta, cualquier alboroto atraería miradas. Necesitaba intimidad para su furia.

De un salto, con el pergamino aún en la mano, se echó el manto sobre los hombros y salió corriendo hacia el jardín. Allí no necesitaba contenerse.

Cerró la puerta con tal violencia que el pestillo resonó como si fuera a romperse.

—¿Patina en el estanque del molino? ¿Lanza vejigas de cerdo y monta a caballo? —gritó—. ¿Cómo puede ser tan insensible como para dejarme sufriendo mientras él se divierte?

Alzó la vista hacia la luna, un disco frío y plateado en la oscuridad. Las estrellas se clavaban en el cielo como cuchillas, igual que las lágrimas que le ardían en los ojos.

—¡Madre de Dios! Aquí estoy, incapaz de celebrar la Navidad por la preocupación, mientras él disfruta de Lacy.

—No puedo hablar en nombre de la Virgen —dijo una voz grave a su espalda—, pero te oigo, lady FitzGerald.

Capítulo 12

Marion se quedó sin aliento cuando el *sheriff* gritó su respuesta. No había duda de que era su suave voz; siempre hacía que sus palabras sonaran como música. Su llamada había venido del cuadrante trasero del jardín, la zona rodeada por el seto.

La sorpresa dio paso a la ira. Aquel espacio estaba reservado a las invitadas de Crosswell, no a sus residentes masculinos. Avanzó hacia el recinto con paso firme.

Lord Coudray estaba sentado en el banco, con los pies cerca de una pequeña hoguera. Tenía la cabeza reclinada contra la pared y, por el ángulo de la mandíbula, parecía contemplar el cielo. La capucha, bien ceñida al rostro, apenas le dejaba ver el perfil. Junto a la reducida pila de leña que alimentaba el fuego había un pellejo aplastado, y cerca de él una taza volcada, con restos de vino derramándose sobre la nieve endurecida.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Marion, sin rodeos.

—Celebrar la Navidad, ¿qué otra cosa? —respondió él, sin apartar la mirada de la luna—. Estoy embriagado de alegría, como puede ver. Ahora decidme por qué no estáis vos en el salón.

—Porque... —La palabra se le murió en los labios. Porque quería llorar a su hijo, pobre y solo, cuando ya no lo estaba.

Oh, pero soy una necia, se dijo, sintiendo cómo la ira volvía a aflorar. Las palabras salieron sin freno.

—¿Cómo pudo marcharse de mi lado gritando que lo rescatara y luego cambiar así? He llorado hasta quedarme dormida durante dos meses, convencida de que me echaba de menos como

yo a él. —Alzó el pergamino y lo golpeó con la mano libre—. Y luego tiene el descaro de enviarme esto.

Lord Coudray soltó una risa baja.

—¿Qué ocurre, señora? ¿Decepcionada porque su hijo no ha muerto como auguraba?

Marion contuvo el aliento.

—Madre de Dios, sí, eso es exactamente lo que me enfurece —admitió con aspereza—. Estoy furiosa porque prospera en su nueva vida cuando yo creía que no podría. —La ira cedió, pero el dolor permaneció—. Y, aun así, me ha olvidado.

—Lo dudo —respondió él, lanzándole una mirada de reojo antes de palmeear el banco a su lado—. Venga. Calíntese antes de que la noche congele sus lágrimas.

Ella dudó. Bajo la capucha, llevaba el cabello suelto. Estarían a solas. Recordaba demasiado bien la última vez que compartieron intimidad; cómo él la había mirado como si quisiera devorarla.

Al ver que no se movía, él volvió la cabeza y la observó. La luz del fuego iluminaba su rostro, proyectando sombras a lo largo de los pómulos altos y del contorno firme de sus labios. Su nariz era recta y fina; las cejas doradas dibujaban el mismo arco perfecto que las de su hija. Marion dejó que su mirada descendiera hasta el parche oscuro y luego recorriera las cicatrices. Con el tiempo, se volverían líneas blancas y planas, casi imperceptibles. Maud debió de haber usado la punta de un cuchillo para vengarse.

De pronto, su expresión se suavizó.

—Acompáñeme esta noche, Marion de FitzGerald.

La necesidad vibraba con tanta intensidad en su voz que ella se quedó sin aliento. Su soledad la conmovió, casi la asustó por su fuerza. Y, aun así, no fue capaz de darle la espalda.

—Como desees, Nicholas de Coudray —respondió con una sonrisa breve—. Pero le advierto que tengo la lengua afilada y digo

lo que pienso. No toleraré insultos cuando habéis sido vos quien me ha pedido que me quede.

—Quedo advertido —replicó él, sonriendo. Las líneas de sus mejillas se marcaron, devolviendo vida y calidez a su rostro.

Marion entró en el recinto y arrojó al fuego la traicionera misiva de Aldric. El pergamino ardió con rapidez, desprendiendo un olor a piel quemada que se mezcló con el aire frío. Cuando no quedó más que ceniza, se sentó en el extremo del banco, demasiado lejos del fuego para sentir calor. Subió las rodillas, apoyó los zapatos en el asiento y se envolvió en la capa. Con los brazos rodeando las piernas, descansó la barbilla sobre ellas y se quedó mirando las llamas.

Tras un momento de silencio, el sheriff habló:

—Es más probable que su hijo esté distraído por la novedad de su nueva vida que haya olvidado quién es. Para mi sorpresa, ese muchacho al que todos creían débil progresa con rapidez. Lord Lacy está muy satisfecho con él.

—¿Ha tenido noticias de Aldric? —preguntó Marion con un deje irritado—. ¿Y por qué no me ha dicho nada?

Como estaba sentada de su lado ciego, él tuvo que girar la cabeza para mirarla. Alzó una ceja dorada.

—¿Me habría creído?

Marion esbozó una mueca irónica.

—No, supongo que no. Por cierto, mi hijo quiere que le recuerde los seis cachorros de kennet que iba a enviar a Lacy. Su mensajero espera respuesta. Lo envié al salón para que celebrara la Navidad.

—Ya están en camino —murmuró él, volviendo la vista al cielo.

El silencio volvió a envolverlos, pero esta vez era cómodo. Marion dejó vagar sus pensamientos hacia Aldric. Había estado

convencida de que no soportaría convertirse en escudero. ¿Por qué? No encontraba una respuesta clara.

El frío empezó a filtrarse a través de la capa y del vestido. Aquella noche era glacial. Tras un rato, ya no pudo soportarlo y habló para distraerse.

—No puedo creer que me escriba sobre perros. Siempre dije que Aldric detestaba a los animales. Cuando tenía dos años se topó con uno de los alanos de su padre. El animal gruñó y lo mordió y Aldric salió corriendo y gritando.

Iba a añadir que, desde entonces, se había asegurado de que no volviera a encontrarse con un perro. Pero la comprensión la golpeó de pronto. Aldric recibió un golpe en la boca con una pelota y ella prohibió los juegos. Resbaló en el hielo y no volvió a patinar. Su propio accidente con un caballo hizo imposible que su hijo montara. Había cargado sus miedos sobre los frágiles hombros del niño hasta convencerlo de que era débil.

La culpa le oprimió el pecho. Negó con la cabeza. No, todo lo había hecho por amor. Solo quería mantenerlo a salvo. Los dientes le castañetearon.

Lord Coudray se movió.

—No me gusta que se siente donde no pueda verla —dijo—. Venga aquí. Compartiré mi capa con vos.

Le indicó el espacio a su izquierda y levantó el borde de la prenda, dejando ver el forro de piel de nutria.

Marion dudó. Obedecerlo era buscar problemas. Pero la cabaña estaría vacía y el bullicio del salón la repelía. Necesitaba comprender por qué había protegido tanto a su hijo. Suspiró y aceptó.

Él abrió la capa y, cuando ella se sentó a su lado, pasó un brazo por sus hombros para acercarla. Aun así, la prenda no bastaba para cubrirlos. Sacó una manta de debajo del banco y la extendió sobre ambos. Marion se arrimó más, levantando el borde de su

propio manto para cubrirle el pecho. Un mechón de su cabello cayó sobre la túnica de Nicholas.

—¿Qué es esto? —la reprendió con suavidad, riendo—. Qué impropio de vos, lady FitzGerald. Ha salido con el cabello suelto.

—Supuse que estaría sola —respondió ella, rígida.

Él sonrió y volvió a mirar las estrellas, pero siguió jugando con el mechón entre los dedos. Aquello resultaba extrañamente reconfortante.

—¿Qué mira? —preguntó Marion, tratando de seguir su mirada.

—Todo y nada. Sobre todo, estoy grabando recuerdos.

—Espero que los suyos sean mejores que los míos —murmuró ella, mirando el seto enredado que brillaba a la luz del fuego, tan confuso como se sentía por dentro.

—¿Qué le inquieta? —preguntó él, volviendo la mirada hacia ella.

Estaban tan cerca que Marion distinguía la barba incipiente a lo largo de su mandíbula. Aquella cercanía no la perturbaba. Había en él una calma segura que la impulsó a apoyar la cabeza en su hombro.

—Acabo de darme cuenta de que he sido una madre egoísta —confesó—. Quería tanto proteger a mi hijo que le negué placeres. ¿Acaso yo no patinaba y lanzaba pelotas de niña?

Él sonrió, y sus ojos se oscurecieron hasta un azul profundo.

—Yo habría pensado que era de las que cosían y lloraban por las burlas.

—También hacía eso —admitió ella con diversión—, pero prefería correr con mi hermano. —Suspiró—. He engañado a mi hijo. ¿Qué clase de madre soy?

—Una que no soporta ver sufrir a un niño —respondió él en voz baja—. Hay mucho de bueno en eso.

El alivio la inundó.

—Es muy amable al perdonarme tan fácilmente.

—Soy el hijo del diablo, no amable —replicó él.

Marion rio suavemente.

—Una mentira cruel.

—¿Qué le hace estar tan segura de que es mentira cuando nadie más lo está? —preguntó.

—Vos —respondió ella—. Cuando le hablé del miedo que me provocaban las acusaciones de lady Sibyl, se regodeó.

—No hice tal cosa.

—Sí lo hizo. Vi satisfacción en su rostro. Quería que le temiera. Y no soporto a los hombres que intentan doblegarme, con puños o con emociones.

Él sonrió.

—Ya lo he notado.

Marion lo observó con asombro. Ni siquiera las cicatrices lograban empañar su atractivo.

—Le miro y no veo el horror que otros ven.

—¿Qué horror? —preguntó él.

—Es un hombre guapo —admitió, estremeciéndose al decirlo—. Tal vez los demás no le ven con mis ojos, condicionados por mi padre. Antes de que yo naciera, él recibió un golpe que le dejó una cicatriz desde la frente hasta la mandíbula. —Trazó el recorrido con el dedo.

Su voz se apagó, pero el fuego crepitaba entre ellos, iluminando un momento que ninguno olvidaría.

Él le tomó la mano y le acarició la palma con el pulgar, despacio, como si aquel gesto tuviera un peso que iba más allá del simple contacto.

—Así que ve más allá de mis cicatrices. Quería a su padre —afirmó, más que preguntó.

—Sí, y él a mí. Murió cuando yo tenía doce años —respondió Marion con un suspiro cargado de melancolía—. Si hubiera vivido, jamás me habría entregado a un hombre como Ramshaw. Eso lo hizo mi tutor.

Sus pensamientos siguieron un camino tortuoso, desde el amor de su padre, pasando por sus maridos, hasta ese hombre que ahora la sostenía y que, sin embargo, parecía incapaz de dar a su propia hija lo que necesitaba.

—Vuestra hija le necesita más de lo que le ofrece —dijo de pronto—. Le echa de menos. Lo vi esta mañana cuando miró sus regalos.

Él negó levemente con la cabeza, entrelazando los dedos con los de ella. Donde su piel tocaba la de Marion, surgía un cosquilleo que le robó el aliento.

—Ella quiere algo que yo ya no soy. A diferencia de vos, no puede ver quién soy detrás de las cicatrices. Lo que hay en mi rostro se interpone entre nosotros como un muro.

Aquellas palabras disiparon la neblina agradable que empezaba a envolver a Marion.

—No. No puedo creerlo —se incorporó para mirarlo a los ojos—. Una niña tan afectuosa como la vuestra no haría eso.

Una vez más, él negó.

—La ha tenido con vos dos meses. ¿No ha notado que, cuando me ve, sale corriendo? —Había una tristeza suave en su voz.

Le soltó la mano y volvió a alzar la vista hacia el cielo.

Marion frunció el ceño. Ayer, la pequeña se había aferrado a ella como no lo hacía desde hacía semanas. Ayer, Nicholas había regresado. El rechazo de la niña no podía deberse solo a unas cicatrices.

El silencio regresó, envolviéndolos. Marion se relajó y apoyó de nuevo la mejilla en su hombro. El fuego crepitaba ante ellos, y el juego constante de luces y sombras la adormecía con una sensación de bienestar que no había conocido en años. Qué extraño resultaba sentirse cómoda junto a un hombre. Y agradable. Ninguno de sus maridos había logrado jamás ofrecerle esa calma. Su brazo no la atrapaba; la sostenía.

Entre el calor y la quietud, cerró los ojos. Suspiró y rodeó su torso con un brazo, buscando una postura más cómoda. La mano de él se deslizó por su manga en una caricia tranquilizadora. El fuego parecía murmurar que aquel hombre era distinto. Sí, no se había sentido así desde la muerte de su padre.

—¿Sabe que la odio? —dijo él de pronto, sin emoción.

Marion se irguió al instante y toda la placidez se desvaneció. Intentó apartarse, pero él la sujetó con más firmeza. Alzó la vista hacia su rostro. No había rastro de hostilidad en él, solo la misma calma que ella había sentido.

—Si es así, ¿por qué me pide que me quede?

—¿Por qué, en efecto? —respondió él, respirando hondo.

La intensidad de aquel día de octubre regresó de golpe. Su mirada volvió a rozarla como una caricia invisible. No era miedo lo que le erizaba la piel.

—¿No quiere saber por qué la odio? —preguntó con voz ronca.

Sus dedos en el brazo de Marion aceleraron su pulso.

Ella se mordió el labio y se encogió de hombros.

—¿Por los problemas que le he causado, por Aldric, por mi rebeldía? Eso explica la irritación, no el odio. Entonces, ¿por qué?

Él alzó la mano libre y tomó un mechón de su cabello, dejándolo deslizarse entre los dedos. Marion se estremeció ante

aquella caricia tan íntima. Era el preludio de gestos que solo existían tras cortinas cerradas.

Su sonrisa se apagó.

—Porque Matilda la quiere.

El dolor que albergaba atravesó cualquier temor que Marion pudiera sentir por la cercanía indebida y le golpeó el corazón. Él amaba a su hija como su padre la había amado a ella, y sufría por lo que había perdido. Las lágrimas le inundaron los ojos.

—Ella te toca —murmuró él, sustituyendo la formalidad por intimidad, marcándolo al apoyar la palma en la mejilla de Marion—. Ella te besa.

El pulgar recorrió con suavidad la plenitud de sus labios, reclamando lo que su hija había dejado allí.

La desolación en su voz liberó las lágrimas de Marion.

—Siempre una lágrima, Marion —dijo con una risa queda, secándole la mejilla—. ¿Por quién lloras ahora?

—Por ti —respondió en un susurro—. No soporto tu dolor.

Él respiró hondo, bajó la mano y quedó inmóvil, como si aquellas palabras lo hubieran dejado sin fuerzas.

—Será mejor que me dejes ahora. Ya no es seguro para ti estar aquí.

—¿Seguro? —negó ella con la cabeza—. Llevo aquí casi una hora. No me has hecho daño. No puedo marcharme cuando estás así.

Apoyó la mano en su pecho. Bajo la tela, sentía el latido firme de su corazón.

—Me da miedo lo que pueda pasarte si me voy.

Esta vez, él alzó la mano para acariciar la curva de su mejilla.

—Es precisamente eso lo que exige que te marches. Estoy muy borracho, y la bebida puede empujarme a hacer cosas de las

que me arrepienta.

Marion lo miró, sorprendida. Había visto el vino, sí, pero él parecía lúcido, sereno. Ramshaw había sido brutal cuando bebía; Aymer, invasivo. Nicholas era distinto.

Como ella no se movía, él deslizó un dedo desde debajo de su oreja hasta la clavícula. La caricia le prendió fuego en la piel y le apretó el pecho. El aliento se le cortó.

Entonces comprendió lo que su cercanía había despertado en él. La seduciría, buscando alivio en el placer. Debía irse. Ahora.

—No debes hacer eso —le advirtió cuando su mano alcanzó su nuca.

Su respiración se aceleró. Era peligroso. Y maravilloso.

—Corre, Marion —le rogó en voz baja, estrechándola.

La atrajo contra su pecho. La capucha de ella cayó hacia atrás y su cabello se derramó sobre él. Nicholas respiró con dificultad.

—Mi necesidad de besarte supera mi sentido común.

El de ella también. Cuando él inclinó la cabeza, Marion no encontró fuerzas para apartarse. Sus labios quedaron a un suspiro de distancia. Cerró los ojos.

El contacto fue leve, apenas un roce. Marion jadeó. De nuevo, su boca se posó sobre la suya, apenas insistiendo.

—Esto está mal —susurró ella.

—Lo está —asintió él, rozando la comisura de su boca.

Entonces la besó de verdad. El deseo de Nicholas era más embriagador que cualquier vino. El pulso de Marion ardía bajo sus manos. Ella lo rodeó con los brazos y él emitió un gemido bajo antes de besar su mandíbula y su oreja.

—Te deseo, Marion —murmuró—. Ninguna mujer me ha conmovido en un año. Tú apareces en mis sueños.

—¿De verdad?

—Sí. Tú, en el camino a Crosswell, con el viento jugando con tu cabello. Tú, diciéndome que los caballos son bestias peligrosas. Tú —su voz se volvió grave— el día en que partió tu hijo, con el manto abierto.

Su mano descendió hasta cubrirle el pecho. Incluso a través de las capas de tela, la caricia la encendió.

—Para —suplicó ella, aunque su cuerpo no lo deseaba.

—No creo que pueda —respondió él—. Si paro, me rechazarás. Y deberías hacerlo.

El recuerdo del niño que llevaba en su vientre la devolvió a la cordura. Se apartó con esfuerzo y tomó su mano, llevándola hasta su propio corazón.

—Nicholas, debo irme. Si cedo, no seré más que una ramera.

—Entonces cástate conmigo —susurró él.

Marion lo miró, atónita, y luego rio suavemente.

—Es bueno que me hayas dicho que estás borracho —dijo—. De otro modo, me dolería que mañana retiraras esa oferta.

Se puso en pie. Él no la detuvo.

—Debo irme. Y tú deberías volver al salón, o te congelarás.

—No puedo —replicó él—. Estoy atrapado aquí hasta que mi hija se retire. No voy a estropearle la Navidad.

—Entonces ven a mi cabaña —propuso ella sin pensarlo—. Te quedarás allí hasta que se retire. Enviaré a alguien a buscarte.

El rostro de Nicholas se iluminó con un placer puramente masculino.

—¿Has cambiado de opinión?

Se acercó para tomarla por la cintura. Marion, alarmada, le apartó las manos.

—No seas necio. Tú irás a mi cabaña mientras yo voy al salón. Cuando tu hija se retire, te avisarán.

Su tono práctico disipó el deseo de su expresión. Se levantó despacio, tambaleándose un poco.

—Si caminamos despacio, prometo no caerme sobre ti — bromeó—. Ven, lady FitzGerald, llévame a tu alcoba.

Marion suspiró. Ya no era Marion para él, sino lady FitzGerald de nuevo. Al amanecer, seguramente lamentaría aquella intimidad. Sabía que lo correcto era aferrarse al honor y contener la carne, aunque eso no le impidiera sentirse ahogada por un arrepentimiento anticipado.

Capítulo 13

Nicholas dio gracias a Dios porque la mujer que caminaba a su lado tenía suficiente sentido común para los dos. No tenía ni idea de qué le había pasado al suyo. Si ella no hubiera forzado su separación, la luz de la mañana la habría visto llorando por una violación. O por su matrimonio.

¿Matrimonio? Jesús, María y José, ¿qué lo había llevado a pedirle que se casara con él? Bendito fuera Dios por haber tomado aquellas palabras como el balbuceo de un borracho. Un borracho lujurioso.

Nicholas saboreó, no sin culpa, la intensidad de su deseo por Marion de FitzGerald. En ese instante la deseaba más de lo que había deseado jamás a ninguna mujer. ¿Por qué? ¿No era ella la arpía que lo desafiaba con cada frase?

No, era peor. Se entrometía en su vida. ¿Qué derecho tenía a reprenderlo por no ver lo suficiente a su pequeña? Poco importaba que, en realidad, no viera nada de su hija.

Tropezó en el camino irregular y se tambaleó contra ella. Marion lo sostuvo con un brazo, y Nicholas sintió la suave presión de su pecho contra su costado. Inspiró hondo, tanto por el deseo como por la comprensión repentina que lo atravesó. Le había ofrecido matrimonio como una forma torpe y desesperada de demostrar que le importaba, de probar que no era el monstruo que ella creía.

Un escalofrío, ajeno al frío nocturno, le recorrió la espalda. Volver a casarse otorgaría a Gradinton el derecho legal de reclamar la custodia de Matilda. El pensamiento apagó de golpe las brasas de

su deseo. Baldwin no dudaría un instante. Recuperar a su nieta le costaría mucho menos que obtener una anulación.

Marion abrió la puerta de la cabaña y Nicholas la siguió, solo para detenerse, sorprendido. En pocos meses, aquella estancia había cambiado por completo. En la pared junto a la chimenea había ahora estantes con alimentos, frutos secos, nueces. Ya no dependían por completo de la cocina de Crosswell. Incluso había una jarra de vino. El estómago se le revolvió al pensar en ello. Pagará caro ese exceso mañana, se dijo con ironía.

Gruesas esteras de paja cubrían el suelo de tierra, aislándolo del frío, y dos lámparas de aceite colgaban de la viga del techo. Ni siquiera la luz amarillenta conseguía apagar el vivo resplandor de los tejidos azules y rojos que cubrían las paredes. Extendió la mano y tocó uno de ellos. Era, sin duda, una cortina de cama. Sin embargo, cumplía su función: la habitación estaba cálida y acogedora.

Se acercó a la cama y apoyó la mano en uno de los postes tallados, acariciando la rica cortina escarlata.

—Esto es una obra de arte —comentó, sentándose en el borde del colchón—. No me extraña que Matilda haya decidido dormir aquí contigo.

Observó, con una leve punzada de decepción, cómo Marion soltaba el cabello de debajo de la capa y lo trenzaba con rapidez. Su pelo tenía un tono rojizo oscuro, salpicado de reflejos cobrizos y dorados. Mientras ataba la cinta, respondió:

—Ahora es mío de verdad. Mi recompensa por sobrevivir a mis maridos.

Había tanta satisfacción en su rostro que Nicholas no pudo evitar reír.

—Supongo que no querías mucho a tus compañeros.

—¿Quién los quiere? —replicó ella con escepticismo, colocándose la cofia con destreza—. ¿Vas a dormir? Si es así, te quitaré la capa y las botas.

—Me quedaré con las botas —respondió, entregándole la capa—. Cuando me hunda en esta cama no despertaré en horas, y luego tendré que enfrentarme a mi cabeza partida en dos. Tendrás que arrastrarme fuera.

—¿Lo dices por experiencia? —preguntó ella con una sonrisa burlona, colgando la capa.

—Un par de veces. Mis padres lo hacían.

—¿hacían qué? —preguntó ella, mirándolo por encima del hombro.

—Se querían mucho. Tú preguntaste quién quiere a su pareja.

Un arrepentimiento amargo lo silenció. ¿Por qué había elegido a Maud, en lugar de buscar a alguien a quien pudiera amar como su padre había amado a su madre? La respuesta surgió con una claridad cruel. Había escogido a Maud para no necesitar a nadie de ese modo. La muerte de su madre había destrozado a su padre. Por miedo, se había despojado a sí mismo del amor.

—¿Todavía se querían? —preguntó Marion, arrodillándose para limpiar lo mejor que pudo sus botas—. Ya está. Déjalas en la cama. Mientras no manchen las sábanas, no nos quejaremos.

—No, ambos murieron. Mi madre cuando yo tenía siete años; mi padre la siguió tres años después. —Se giró para estirar las piernas.

—Entonces también fuiste pupilo de un guardián, como yo —dijo ella, con la mano en la cortina.

—Ojalá lo hubiera sido —respondió con una risa breve—. En lugar de eso, tuve un medio hermano mayor que insistía en actuar como mi padre, y otro bastardo que se unió a él. Dos padres, no uno. No cierres la cortina. Prefiero la luz. —El vino le nublaba la cabeza—. Es una cama grande.

—Mi abuelo era un hombre corpulento —murmuró ella—. Que duermas bien, Nicholas de Coudray. —Le apoyó la mano en el

hombro, en un gesto sincero.

—Así lo haré. Hasta que nos volvamos a ver, Marion de FitzGerald.

Oyó la puerta cerrarse. Luego, el sueño lo reclamó.



Con un paso casi alegre, Matilda caminaba junto a Clare mientras salían del salón. Aunque la hora de maitines se acercaba, la celebración continuaba. La música había sido rica, gracias a un grupo especialmente talentoso, y el baile tan enérgico que la niña se quedó exhausta y feliz, recostada contra el hombro de Clare. Incluso a la luz de las estrellas, Marion podía ver que el rostro de su hija adoptiva estaba sonrosado. El cabello flotaba alrededor de la cabeza de la niña, desprendido de sus trenzas por el esfuerzo.

—Mira, Clare, su cabello sigue bailando —rió Marion.

La risa se quebró al instante por un dolor agudo.

—¿Qué haré cuando llegue el momento de dejar atrás a mi muñequita? Solo pensarlo me rompe el corazón.

Clare soltó una carcajada.

—Oh, Minnie, ¿por qué siempre te adelantas al futuro? Tus miedos te impiden disfrutar del ahora. Déjalo estar. Escúchame esta vez, como no lo hiciste con Aldric.

Alzó las cejas en suave reproche mientras se detenía ante la puerta, esperando a que Marion la abriera.

—Nunca voy a dejar de oír hablar de eso —respondió Marion sin acritud—. Tienes mi permiso para grabar “te lo dije” en mi tumba.

Entró y sostuvo la puerta para Clare. Su prima tenía razón. Aldric estaba a salvo y feliz; ya no le pertenecía. Debía aferrarse a

toda la felicidad posible, ante la amenaza constante de que el niño que llevaba en su vientre pudiera costarle la vida.

La habitación estaba sumida en sombras profundas; el fuego había quedado reducido a brasas. Una de las lámparas se había apagado, dejando en el aire el olor acre de la mecha quemada. Marion cerró la puerta y se agachó para tomar la gruesa barra de madera que usaban como cerrojo. Clare se dirigió a la cama para depositar a Marion sobre el colchón.

—¡Hay un hombre en nuestra cama! —chilló Clare.

—Oh, dulce María —dijo Marion, dejando caer la barra en un rincón y acercándose—. Me había olvidado de él.

Clare sujetó a Matilda con fuerza mientras la niña, con los ojos desorbitados, se retorció intentando soltarse.

—¿Has metido a un hombre en nuestra cama y lo has olvidado? —La conmoción de Clare llenó la estancia.

—Solo era el sheriff, tan borracho que temí que se congelara antes de que acabara la noche —replicó Marion, quitándole a la pequeña de los brazos y dejándola en el suelo—. Clare, corre a buscar a la guardia antes de que cierren la puerta, o tendremos que dormir a su lado.

—¿El sheriff borracho en nuestra cama? —Clare negó con la cabeza, severa—. Prefiero no conocer los detalles.

—No hay detalles —repuso Marion—. Date prisa o te haré dormir con él y luego diré al mundo que te acostaste con el sheriff de Crosswell.

Sacudiendo la cabeza, Clare salió a buscar a los guardias, dejando la puerta entreabierta como muda reprimenda. A diferencia de Matilda, ella no quería que el mundo pensara que eran mujeres licenciosas.

¿Había perdido el juicio? Marion negó para sí. Había estado a punto de perderlo... y mucho más.

Se quedó a un brazo de distancia de la cama, observando la espalda del hombre que yacía en ella. Marion frunció los labios y se inclinó junto a la niña.

—¿Quién es ese? —preguntó en voz baja, señalando a Nicholas.

La niña la miró con cansancio, parpadeó y se encogió de hombros.

—Es tu papá —susurró.

Los ojos de la niña se agrandaron, no por miedo, sino por emoción. Dio un salto hacia la cama, pero Marion la sujetó.

—Vamos a mirarlo juntas.

La niña asintió.

Marion la alzó y la llevó hasta la cama. Nicholas yacía de lado, con la parte marcada del rostro apoyada en el colchón. El cabello le caía sobre la frente, ocultando el inicio de la cicatriz más larga. Marion apartó los mechones con cuidado.

—¿Recuerdas lo que le pasó a tu papá, ma petite?

La niña frunció el ceño, como si no comprendiera.

—Sí, algo le pasó. —Marion tomó su mano y guio su dedo—. Toca aquí.

El dedo de la niña descansó sobre la sien de su padre.

—¿Lo sientes?

Ella asintió.

—Eso es una cicatriz. Donde hubo una herida, la carne sanó. No hay daño. —Deslizó el dedo por la línea elevada hasta el puente de la nariz—. ¿Me entiendes? No le duele llevar esas marcas.

La niña miró a Marion con preocupación, pero asintió levemente. Luego retiró la mano y rodeó el cuello de Marion en un abrazo apretado.

La puerta se abrió a sus espaldas.

—Clare, pídeles que esperen un momento —dijo Marion sin apartar la vista de la cama.

Cuando Clare obedeció y se unió a ellas, Marion miró a la niña.

—Tu papá ya no puede ver por ese ojo. Para él es así. — Cubrió suavemente el ojo de la niña con la palma—. Aunque se quite el parche, no verá. Se lo tapa porque es muy vanidoso y no soporta que el mundo vea su rostro herido.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas. Era la primera vez que veía a la niña llorar. La pequeña se soltó y trepó a la cama. Se arrodilló junto a la cabeza de su padre y recorrió la cicatriz con un dedo tembloroso.

Nicholas murmuró en sueños y se giró boca arriba. Su hija se apartó al encontrarse frente al parche oscuro.

—Tócalo, pequeña —susurró—. No le harás daño.

Hubo un destello blanco cuando la niña alzó la mano y la posó sobre el parche. Luego acarició la mejilla de su padre y enterró la nariz en su cuello. Marion apoyó la cabeza en el hombro de la niña, conmovida.

Nicholas, profundamente dormido, reaccionó por instinto y posó la mano sobre la cabeza de su hija. La niña dio un pequeño grito y se apartó, sobresaltada.

—Minnie —susurró Clare—. ¿Lo has oído?

—Sí —respondió Marion, con el corazón acelerado—. Muñequita, ¿sabes quién está a tu lado?

La niña negó con la cabeza, oculta entre las cortinas.

—¿Quieres más tiempo con tu papá? —preguntó Marion.

Las cortinas se movieron en señal de negación.

—Entonces es hora de que se vaya. Venid, hombres, llevad a vuestro señor. Clare, cúbrelo con la capa.

Cuando lo hicieron, dos hombres levantaron el peso inerte de Nicholas.

—Feliz Navidad, señora —murmuró uno al salir.

—Igualmente —respondió Clare, cerrando y atrancando la puerta.

El pie de la niña golpeó la espalda de Marion en un espasmo violento. Atrapada en un sueño, la niña se agitaba y golpeaba. Marion corrió a su lado.

—Muñequita, tranquila. Solo es un sueño.

Clare no tuvo tanta suerte. El golpe la hizo incorporarse con un grito.

—¡Minnie, está llorando!

Marion apartó las cortinas de un tirón. La niña sollozaba en silencio, el pecho convulso. Marion le sostuvo el rostro.

—Despierta, cariño. Ya pasó.

—Papá —susurró la niña con voz quebrada—. Papá.

Tras una profunda inspiración, la pequeña rompió a llorar. Sus sollozos llenaron la habitación con todo el dolor que una niña de cinco años podía albergar. Cuando el llanto cedió, Marion tomó a la niña en brazos y la acunó, meciéndola suavemente mientras ambas dejaban escapar la pena que las unía.

Capítulo 14

—Vamos, muñeca, despídete de tu papá. Tiene que irse a la corte de Pascua y no lo volverás a ver en semanas. ¿Por favor? No volverá hasta después de principios de abril. ¿Solo unas palabras?

Nicholas permanecía en el umbral de la cabaña de Marion, atrapado en una impotencia dolorosa, mientras su hija giraba el rostro con un gesto de rechazo. A su espalda, la puerta abierta dejaba ver el amanecer del primer día de marzo. Cuando el sol asomó por encima de la muralla de Crosswell, pudo sentir su tibio calor deslizarse por la cota de malla. El aire se agitaba con una brisa suave que jugueteaba con los bordes de su sobrevesta. Cambió el yelmo de un brazo al otro y observó cómo Marion se agachaba junto a la niña.

Ella rodeó los hombros de su hija con un brazo y luego lo miró.

—Acercaos, milord.

Nicholas dio un pequeño paso, aun sabiendo que su cercanía inquietaba a la niña. Marion alzó las cejas, preocupada. Él avanzó otro poco. La pequeña comenzó a temblar, y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Por favor, muñeca —suplicó Marion con suavidad—. Significaría mucho para él.

La niña negó con vehemencia y, de un salto, trepó a la cama. Se arrastró por el amplio colchón hasta acurrucarse en la esquina más alejada.

—Dejadlo, señora —intervino Nicholas, sintiendo cómo se le partía el corazón una vez más—. Me conformo con que ya no huya al

verme y con que ahora se siente a la mesa conmigo en el salón. No permitiré que la hiramós para demostrar lo mucho que ha avanzado.

—No tengo intención de herirla, milord —replicó Marion, irritada.

Él le tendió la mano para ayudarla a incorporarse. Ella dudó unos segundos y, al final, apoyó los dedos en su palma enguantada. Al ponerse en pie, su expresión se cerró en una cortesía distante. Así habían sido las cosas entre ellos desde Navidad: ella lo trataba con formalidad y él hacía todo lo posible por evitarla. Un juego desesperado para negar lo ocurrido aquella noche en el jardín.

Con la mano de Marion aún en la suya, Nicholas la observó. Por fin había ganado peso con el embarazo; su vientre estaba ya bien redondeado y había necesitado un vestido nuevo para adaptarse a esa curva. Los tonos dorados de la tela realzaban sus ojos marrones y hacían brillar su piel de marfil. ¿O era el niño que llevaba dentro quien obraba ese efecto? Mientras que el embarazo había marchitado a Maud, dejándola pálida y consumida, Marion rebosaba salud y vida. La belleza que le había parecido exótica en octubre resultaba ahora aún más cautivadora.

La mirada de Nicholas se detuvo en la plenitud de sus labios. El recuerdo de su deseo lo atravesó con tal fuerza que casi lo hizo caer de rodillas. Anhelaba volver a sentirla estremecerse bajo su tacto. Como si percibiera su reacción, los labios de ella se entreabrieron y suspiró. Aquello le bastó para inclinar la cabeza y acercarse.

Su vientre rozó el de ella. El contacto fue como un jarro de agua helada sobre el fuego que lo consumía. Jesús, ¿cómo podía encenderle la sangre de ese modo estando tan avanzada en su embarazo? Soltó su mano y se apartó con rapidez, agradecido por el disimulo que le ofrecían la armadura y la sobrevesta.

—Os deseo una feliz Pascua. Nos veremos en abril —se despidió, girándose bruscamente hacia la salida.

Marion lo sujetó del brazo.

—Milord, no os llamé solo para que vuestra hija se despidiera —dijo con un tono tenso—. Clare, ¿podrías llevarte a la niña al jardín?

Mientras Clare alzaba a la niña y se deslizaba hacia la salida, Nicholas se encogió los hombros.

—Será mejor que habléis deprisa. Mis hombres, los carros y los testigos me esperan en la puerta exterior. Ya partimos con suficiente lentitud.

No solo transportaba los barriles de peniques recaudados en impuestos para el tesoro del rey, sino que escoltaba a un variado grupo de personas del condado hasta la corte de Pascua. Campesinos, burgueses y pequeños propietarios darían fe ante los barones del Tesoro de la limpieza de sus cuentas. Algunos irían a caballo; muchos otros, a pie o en carro. En el mejor de los casos, avanzarían como un caracol.

—Estaremos en el jardín —anunció Clare—. Buen viaje, milord.

Con la cabeza de Matilda apoyada en su hombro, se escabulló tras él y salió. La prisa de Clare indicaba que sabía lo que Marion pretendía decir y no deseaba presenciarlo.

Nicholas se tensó. Desde hacía tiempo había aprendido que las reacciones de Clare solían anticipar las de Marion. Su pupila estaba decidida a insistir.

—Vamos, decidlo de una vez para que pueda marcharme.

Marion apretó los labios y luego suavizó la expresión. Cuando habló, su voz fue baja.

—Se trata de la muerte de vuestra esposa.

Nicholas sintió que el aire lo abandonaba.

—¿La pequeña habla de eso? —preguntó en un susurro áspero.

Ella negó despacio, con el ceño fruncido.

—No, milord, y ahí reside el problema. Me llama «mamá» y se niega a usar mi nombre. Se refiere al bebé que llevo en mi vientre como su hermano, cuando no lo es.

Un alivio frío lo recorrió. Su hija aún no hablaba de la muerte de Maud. Jamás podría hacerlo sin que aquello la destruyera.

—¿Por qué habría de ser eso un problema?

—¿No ve el daño que puede causarle? —insistió Marion, ahora con verdadero temor—. Yo acabaré marchándome de Crosswell. Mientras crea que soy su madre, ¿no corremos el riesgo de que vuelva a sumirse en el silencio cuando me haya ido?

—Es posible —admitió con lentitud—. Sería terrible verla retroceder después de haber avanzado tanto. —Frunció el ceño—. Si planteáis esto, supongo que tenéis una solución, aunque no veo cómo obligarla a creer que no sois su madre.

—Podemos hacerlo, milord. Quiero que me contéis cómo murió Maud. Cuando conozca la historia, podré ayudar a la niña poco a poco. Con el tiempo aceptará que su madre está muerta y que yo solo soy Minnie, la persona que ahora cuida de ella.

Aquellas palabras extinguieron cualquier resto de ternura. Nicholas quedó inmóvil, tan frío que apenas podía respirar. Preferiría entregar a Matilda a Gradinton —aunque este hubiera fracasado en su anulación— antes que permitir que aquella mujer, con buenas intenciones, destrozara la vida de su hija, del mismo modo que casi había arruinado la de su propio hijo.

—No.

—¿Milord? —preguntó Marion, desconcertada.

—No. Os lo ordeno. No diréis una sola palabra a mi hija sobre la muerte de su madre ni la incitaréis a hablar de ello. —Cargó la voz con toda la dureza de la que fue capaz—. Os lo prohíbo.

Marion abrió los ojos, atónita.

—Pero es el recuerdo de la muerte de su madre lo que la atormenta y le impide volver a ser la niña que era. Hasta que no lo libere, siempre existirá el riesgo de que regrese al silencio.

—Señora, os he dado una orden directa respecto a mi hija. Si la desobedecéis, os la quitaré. —Se dio la vuelta y avanzó hacia la puerta.

Oyó su jadeo airado y sintió cómo ambas manos se aferraban a su brazo, tirando con todas sus fuerzas para retenerlo. Por supuesto que no lo dejaba marchar. ¿Cómo iba a hacerlo, después de negarle lo que deseaba? Nicholas cerró los ojos, luchando contra el impulso de someterla por la fuerza. Si no hubiera sido por el niño que llevaba en su vientre, quizá habría perdido el control.

Ella volvió a tirar. Él se volvió y le apartó los dedos. Marion lanzó un grito ahogado, pero se aferró de nuevo. Sus ojos ardían de ira.

—¿Por qué, arrogante hijo de puta? —escupió, olvidando una vez más quién tenía el poder—. Prefieres verla sufrir antes que hablar de lo que te incomoda.

La verdad y la injusticia de aquel ataque no hicieron sino avivar la ira de Nicholas. Le arrancó las manos del brazo.

—No me importa lo que penséis de mí. Obedecedme en esto o pagad el precio.

Sin decir nada más, salió de la cabaña, montó a Passavant y cabalgó hacia la puerta exterior. En ese momento, su único ojo sano estaba tan ciego como el que Maud le había arrebatado. Que Dios maldijera a aquella mujer entrometida.



—Aquí. Justo aquí hay un pie —indicó Marion, inclinándose hacia atrás en su taburete para colocar la mano de la pequeña contra la

dura curva de su vientre.

El bebé que crecía en su interior movió complaciente el talón, como si respondiera a la curiosidad de la niña del mundo exterior. Marion sonrió al sentir la pequeña mano siguiendo aquel movimiento, los dedos trazando una línea a través de la tela tensa del vestido amarillo oscuro que cubría el montículo donde vivía el hijo de Marion.

El sol de mediados de abril derramaba su luz cálida sobre las trenzas castañas de la pequeña y hacía brillar la piel clara de la niña. La primavera había llegado con rapidez, trayendo una frescura deliciosa que ni siquiera el hedor persistente de Crosswell lograba arruinar. La hierba se había tornado verde, los árboles brotaban con hojas nuevas y las flores primaverales salpicaban el jardín con estallidos de color. Dentro de aquellos muros, los pájaros en celo cantaban con tal exuberancia que lograban ahogar el estruendo constante de los martillos de las forjas.

El día anterior había puesto fin a un largo periodo de lluvias. Hoy, Marion y Clare escapaban agradecidas de sus aposentos para pasar la jornada al aire libre. Mientras ellas se ocupaban de sus labores, la hija de Nicholas entretenía el tiempo con su muñeca de madera.

Marion retiró la mano del vientre.

—El pie de mi hermano —afirmó la niña con toda la convicción que su voz aún vacilante le permitía.

Marion sintió cómo la rabia se abría paso tras la sonrisa que dedicó a su pequeña. ¿Cómo se atrevía aquel hombre arrogante y obstinado a ordenarle que guardara silencio?

—¿Cuándo podré ver a mi hermano? —preguntó la niña, frotando la mano contra el abdomen hinchado de Marion.

—A finales de mayo. —Marion tomó con suavidad la mano de la niña—. Cariño, este no es tu hermano.

La pequeña cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el vientre de Marion, concentrándose en los movimientos del bebé. Así había actuado desde el momento en que reconoció aquella curva creciente como la de un niño por nacer.

—Esto está muy mal —confesó Marion a Clare con frustración—. Al ordenarme que guarde silencio, me convierte en una mentirosa.

Su prima, sentada a poca distancia, se encogió de hombros con impotencia.

—¿Qué daño hay en ello si eso es lo que ella desea? —replicó—. Con el tiempo lo comprenderá.

Marion negó despacio y acarició el cabello de la niña. Luego volvió la vista a la labor que descansaba en su regazo, al vestido diminuto que estaba confeccionando para el bautizo de su bebé. Jugueteeó con la pequeña manga y un estremecimiento de miedo la recorrió, seguido de la certeza de su propia desaparición. Ya no le resultaba insoportable la idea de compartir la llegada del niño con Nicholas. Por muy enfadada que estuviera con él, conservaba el recuerdo de la profunda calma que había sentido aquella noche de Navidad. Se había convertido, sin darse cuenta, en su baluarte frente a lo que más temía.

—Te equivocas, Clare. La niña podría sufrir un daño enorme si me confunde con su madre. ¿Y si yo ya no estoy después de esto? —Se tocó el vientre, sin atreverse a nombrar la muerte delante de la niña.

—Minnie, no puedes pensar así —la reprendió Clare, frunciendo el ceño—. Tienes a la partera, tal como pediste a Reginald. Confía en ella.

Marion torció el gesto.

—Entre la partera de FitzGerald y yo, una de las dos ha cambiado. Creo que soy yo, porque ya no acepto órdenes sin cuestionarlas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, si deseo beber té de frambuesa roja porque creo que me dará fuerzas, lo haré. Puede ordenarme lo contrario hasta quedarse sin voz.

Clare negó con la cabeza y rio.

—Minnie, sigues siendo incorregible. ¿No te ha prometido un parto sin dolor? Eso ha calmado mucho tus miedos, y la ausencia de miedo solo puede ser buena para ti y para el bebé. —Buscó un nuevo color en la cesta—. ¿Dónde está el rojo?

—En el fondo. Alguien —Marion lanzó una mirada severa a la niña— no deja de cogerlo.

—Me gusta el rojo —indicó la pequeña, levantando la cabeza y señalando un pájaro en el peral en flor—. Se lo daré a los pájaros para sus nidos. A ellos también les gusta. Solo un hilo. —Alzó un dedito.

Clare arqueó una ceja incrédula, pero cortó un pequeño trozo de hilo rojo.

—Hazle un favor a tante Clare, muñeca, y hoy te gustará el azul.

—La semana que viene —prometió la niña, alejándose con su tesoro hasta el árbol.

Marion la observó marchar, con el corazón cada vez más oprimido conforme aumentaba la distancia entre ambas. No solo lady Sibyl había enloquecido tras la muerte de Maud, la niña también. Una segunda pérdida destruiría sin duda a la niña. Marion no podía permitirlo.

Se inclinó y apoyó la mano sobre la rodilla de Clare.

—No se lo permitiré, Clare. Ni a mí ni a su hija. No dejaré que pierda a su madre por segunda vez, por improbable que te parezca mi muerte.

Clare suspiró, clavó la aguja en la tela y se volvió para mirarla a los ojos.

—¿Qué te ocurre, Minnie, que nunca te basta con las cosas tal como son? La niña es feliz, tú estás sana, el bebé llegará pronto y lo que venga después está en manos de Dios. ¿Por qué buscas siempre una tragedia futura? Eso te impide ver lo bueno que tienes ahora.

La verdad contenida en sus palabras atravesó a Marion como una flecha.

—Yo no hago eso —protestó, levantando un muro frágil contra lo que no quería aceptar.

—Sí lo haces —insistió Clare—, pero eso no es lo importante. Lo único que importa es que ella no es tu hija y no tienes derecho a interferir.

—Él me concedió ese derecho al dejarme con su hija tanto tiempo —replicó Marion—. No me quedaré quieta viendo cómo destruye todo lo bueno que he hecho solo porque se niega a enfrentar el pasado.

Clare abrió la boca, luego se limitó a encogerse de hombros.

—No quiero discutir en un día tan hermoso. Además, no serviría de nada. Harás lo que creas correcto. Yo dejo que la vida me lleve; tú prefieres desafiarla.

Marion rio suavemente.

—Es cierto. Pero por cada vez que mi terquedad me ha costado algo, hay dos en las que he salido más rica por mi audacia.

Clare sonrió y la paz regresó entre ellas. Marion dejó la costura y se puso en pie con esfuerzo, apoyándose en la espalda. Qué alivio sería cuando el niño dejara de golpear desde dentro. Se acercó a la niña, que estaba junto al peral. La niña alzó la mano, ofreciéndole el hilo.

—Muñequita, tenemos que hablar tú y yo —dijo Marion, tomándola con suavidad por los hombros—. ¿Quién soy?

—Eres mi mamá —respondió la niña.

—La verdad, pequeña. ¿Quién soy?

—Mi mamá —repitió, demasiado rápido, con un esfuerzo evidente.

—No. Sabes que no lo soy. Tu mamá está muerta. Y el niño que llevo no es tu hermano. Piensa. ¿No recuerdas que tu hermano murió al nacer?

La niña se abrazó con fuerza y parpadeó, con lágrimas brotando de sus ojos.

—Mamá no debería haber hecho eso —susurró.

El horror se apoderó de su rostro. Se soltó y corrió hacia la esquina del jardín donde había dejado su muñeca. Marion la siguió, con el corazón encogido. Las palabras de la carta de Maud resonaron con claridad. La locura era evidente. Maud había creído que el mal residía en la niña.

Una idea aterradora se impuso. ¿Había presenciado Matilda un asesinato? El estómago de Marion se revolvió. Encajaba demasiado bien para ignorarlo.

—Madre de Dios, ayúdame ahora —rezó—. Dime qué decir.

Se acercó despacio, arrastrando un taburete para sentarse junto a la niña.

—Cariño, ¿querías a tu mamá?

—Quiero a mi mamá —repitió la niña en un hilo de voz.

El miedo atenazó a Marion, pero ya no podía retroceder.

—Ella hizo daño a tu hermano —dijo con voz serena.

La niña asintió, con el horror reflejado en los ojos.

—No debería haberlo hecho.

Las lágrimas quemaron los ojos de la pequeña.

—Las mamás deben querer a sus pequeños como yo te quiero a ti. No deberías haber tenido miedo.

Los hombros de la niña se relajaron un poco.

—¿Mamá ya no está?

—No, mi amor. Ya no puede hacerte daño.

—¿Está muerta? ¿Como mi hermano?

—Sí.

El labio inferior de la niña tembló.

—Quiero que mi mamá vuelva.

—Lo sé —susurró Marion—, pero no puede. Ven. Déjame abrazarte y protegerte.

La niña se refugió en sus brazos. Marion la meció con cuidado, sintiendo cómo el peso de aquel dolor se posaba también sobre ella.

¿Qué creía Nicholas Fenwick que hacía, dejando sola a su hija con semejante carga? Prohibirle hablar no era protegerla. Ya era hora de que se enfrentara a las consecuencias de su silencio.

Capítulo 15

Sentado en su estudio, Nicholas miraba fijamente el pergamino que tenía en la mano mientras Martin leía por encima de su hombro. Las demás páginas estaban esparcidas sobre su regazo. ¡Increíble! Lo único que los mineros de Crosswell no habían pedido en su último contrato era el trono de Dios.

Un soldado se detuvo frente a él. Nicholas terminó de leer una línea antes de alzar la vista, irritado por la interrupción.

—¿Qué ocurre?

El hombre le tendió un pliegue de pergamino.

—Milord, lady FitzGerald solicita verle. Pide que se reúna con ella en el jardín.

Nicholas tomó la nota y la abrió. La letra de Marion era firme, clara, decidida.

Lord Coudray, debemos hablar sobre Matilda. No me ignore. Recuerde que en pocas semanas estará sentada a mi lado, atrapada conmigo mientras doy a luz. Será mejor que me escuche en privado; de lo contrario, me verá obligada a decir lo que debo delante de la partera y de mi prima.

El horror y la desesperación lo golpearon de lleno. Así que había sucedido. Tal como temía, Marion había hablado con la niña sobre la muerte de Maud.

Releyó la nota. La desesperación se transformó en rabia.

Maldita mujer. Manipuladora. ¿Quién se creía para amenazarlo?

Se puso en pie de un salto, dejando caer los pergaminos al suelo. Olvidó contratos, negociaciones y todo lo demás. Atravesó la puerta antes de que Martin pudiera siquiera levantar la cabeza.

—¿Milord? —lo llamó su ayudante.

Nicholas no respondió. Bajó las escaleras con zancadas furiosas, cruzó el patio interior y se detuvo ante la puerta abierta del jardín.

Lady Marion estaba sentada en un taburete junto al seto, vestida con un traje dorado y una sobrevesta blanca sin mangas. Tenía los brazos cruzados con fuerza sobre el abultado vientre.

¿Estaba enfadada con él?

Entró en el jardín, cerró la puerta tras de sí y se plantó frente a ella.

—¿Quién se cree que es para amenazarme? —espetó, con la voz afilada como un cuchillo.

—¿Amenazar? —replicó ella sin titubear—. No le he amenazado. He hecho promesas. ¿Cómo se atreve a enfrentarme con ira cuando dejó a su hija sola para cargar con lo que usted permitió?

La sangre le subió al rostro.

—No hice tal cosa. Si Matilda me hubiera dado la oportunidad, habría podido hablar conmigo. En lugar de eso, la eligió a vos. —Se inclinó hacia ella, señalándola—. No lo olvide, señora. Es mi hija, no la suya.

Marion apartó su mano de un manotazo.

—No es mía por nacimiento, pero sí por renacimiento.

—Ya no —replicó él—. Matilda ya no la necesita. Así lo ordeno. Me la entregará ahora mismo.

—¿Ordena? —sus mejillas ardían. Se puso en pie con dificultad y se atrevió a agarrarlo por la túnica, atrayéndolo hacia ella—. No tiene derecho a ordenar nada respecto a esa niña. La dejó sola con su madre. Vio morir a su hermano a manos de Maud.

El grito furioso se quebró en un sollozo ronco. Marion lo miró fijamente. No había odio ni repugnancia en su expresión. Solo una necesidad desesperada de comprender. Y de perdonarlo.

Ese anhelo derribó todas las barreras que Nicholas había levantado contra aquel día maldito.

—Vio más que eso —estalló, con la voz ardiendo—. Vio cómo su madre me hizo esto —se señaló el rostro— después de que yo le arrancara a Matilda de los brazos para impedir que la matara también. Y luego vio morir a su madre cuando la aparté para detenerla.

Las palabras resonaron en el aire hasta apagarse, dejando tras de sí un vacío absoluto.

La verdad había sido dicha. Matilda era hija de una mujer que había intentado matar a sus propios hijos. Ningún hombre querría a esa niña como esposa para su hijo. La locura de Maud la condenaba.

El color abandonó el rostro de Marion.

—Madre de Dios —susurró.

Sin soltar la túnica de Nicholas, apoyó la cabeza contra su hombro.

—Lo siento tanto... —murmuró, llorando suavemente contra su manga.

Él la rodeó con los brazos porque no sabía qué más hacer.

—No llores, Marion.

—No puedo evitarlo —respondió ella—. Es terrible lo que os ocurrió a ti y a Matilda. Si yo, que no lo vi, apenas lo soporto... ¿cómo has podido tú?

La sorpresa lo atravesó. Ella lloraba por él.

Apoyó la cabeza contra la de ella.

—A veces no puedo.

La sostuvo hasta que el dolor en su pecho se suavizó. Luego se apartó y apoyó las manos en sus brazos.

—Debemos hablar de esto. Lo que Matilda y yo te hemos contado no puede salir de aquí. Revelar la verdad la condenaría a una vida de infelicidad.

Marion se secó las lágrimas.

—¿Por qué?

—Vivimos en un mundo cruel. —Su voz fue baja—. Mi supuesta maldad no impedirá que un hombre ofrezca a su hijo por mi hija. Pero la locura de su madre la condenaría a una existencia como la de tu prima.

Marion frunció el ceño, reflexionando. Una lágrima aún se aferraba a su mejilla.

Ella lloraba por él. Ese pensamiento lo desarmó. Y, contra su voluntad, deseó que aquella noche de Navidad hubiera terminado de otra manera. Si se hubiera casado con ella, nada de esto existiría.

Contuvo el aliento.

—Por eso permitiste que la historia de Sibyl quedara sin refutar —dijo Marion con comprensión—. Es mejor que te llamen demonio antes que admitir que Maud estaba loca.

—Sí. Es preferible un diablo por padre que una loca por madre. —La miró con dureza—. Ahora entiendes por qué Matilda no puede hablar. Debe callar. Si vuelve a mencionar esto, debes instarla al silencio.

Pronunciar esas palabras le dolió como una herida abierta.

—No puede —respondió Marion con firmeza—. Hasta que expulse todo ese veneno, no podrá ser la niña que recuerdas. Obligarla a callar la destruirá.

Toda la ternura se extinguió en él.

—No me has oído. Si habla, otros oirán. Pronto todo el condado lo sabrá. No puede hablar.

—¿Y qué te hace pensar que no circula ya la historia? —replicó Marion—. Sibyl mostró la carta de Maud. Yo la he leído. La locura es evidente.

—El obispo solo vio acusaciones contra mí —objetó él.

—¿Y los clérigos? —insistió ella—. ¿Por cuántas manos pasó esa carta? ¿Cuántas versiones se cuentan ya mientras tú exiges silencio a una niña?

Nicholas se tambaleó por dentro. Había sacrificado demasiado para protegerla.

—Te equivocas —murmuró.

Marion se acercó y posó la mano en su mejilla marcada.

—No cometas mi error, Nicholas de Coudray. Creí proteger a Aldric apartándolo del dolor y lo condené a una vida sin alegría. Ese será el destino de Matilda si sigues así.

Se apartó de su contacto con brusquedad.

—No es lo mismo. Aldric podía demostrar su valía. ¿Cómo puede mi hija escapar de la sombra de su madre? Un solo gesto fuera de lugar y susurrarán: "Ahí va la hija de la loca Maud".

—Solo ocurrirá si la tratas como tal —replicó ella—. Déjala vivir sin Maud.

Nicholas apretó los dientes.

—El riesgo es demasiado grande. No volverás a hablar de esto conmigo ni con mi hija.

Marion plantó las manos en las caderas.

—Ahora lo entiendo. Me reprochas haber dañado a mi hijo por protegerlo, pero te niegas a aprender la lección cuando te la devuelvo.

—Te he dado una orden.

—Haré lo correcto —replicó ella—. Y tú sabes muy bien qué es lo correcto.

—¡Obedece o afronta las consecuencias! —rugió, alzando la mano.

Marion rio.

—¿Crees que puedes asustarme ahora? Conozco esta violencia. No eres ese tipo de hombre. Inténtalo. Cuando fracasas, tendrás que escucharme.

—¡Maldita seas! —gritó, lanzando el taburete contra la pared. Estalló en astillas. Marion ni se inmutó.

La puerta del jardín se abrió bruscamente.

Martin entró sin titubear.

—Perdona la interrupción. Esto acaba de llegar de Lacy. Es urgente. —Le entregó el pergamino sellado y luego miró a Marion—. ¿Se encuentra bien, lady FitzGerald?

—Perfectamente —respondió ella—, salvo por el ruido que mi guardián insiste en provocar.

Martin rio.

—¡Martin! —bramó Nicholas.

Rompió el sello con manos aún temblorosas. Tardó varios intentos en comprender lo que leía.

—Dios mío...

—¿Qué ocurre? —preguntó Marion, acercándose.

Nicholas dobló la carta y miró a Martin.

—Déjanos solos.

Cuando quedaron a solas, Marion alargó la mano.

—Ábrela. ¿Le ha pasado algo a mi hijo?

La compasión despertó en él sin permiso.

—Ha habido una batalla en Lacy.

El rostro de Marion quedó sin color.

—¿Aldric?

Nicholas negó con la cabeza.

—Mi hermano está gravemente herido, pero ha sobrevivido. Si no hay infección, sanará.

Los ojos de Marion se abrieron de par en par.

—Has matado a mi hijo —susurró.

El shock la venció. Cayó.

Nicholas la atrapó, dejó caer el pergamino y la alzó en brazos, llevándola a la cabaña.

—Dios tendrá que perdonarme si muere —murmuró—, porque temo que tú no lo harás.

Capítulo 16

Aunque la hora de vísperas había quedado atrás y el cielo estaba teñido de peltre y malva, Marion no se sentía preparada para abandonar el jardín. La necesidad de caminar era fuerte, como si hacerlo pudiera ayudarla a escapar del deseo de llorar una vez más. Se levantó del taburete, el sustituto del que había sido destruido, todavía aferrada a la misiva de Nicholas.

Cuatro días después del comienzo de mayo, Nicholas había partido de Crosswell escoltando a una cuadrilla de albañiles hasta Lacy, esa mansión que Marion detestaba. Decía hacerlo para tranquilizarla respecto a Aldric, no porque existiera una amenaza real contra los hombres. Como si pudiera quedar peligro alguno cerca de Lacy. El pensamiento, amargo y sarcástico, cruzó su mente. ¿Acaso su hijo no había estado a punto de perder la vida precisamente allí?

—¿Qué dice, Minnie? —preguntó Clare.

Marion bajó la vista al pergamino y repitió las palabras sin llegar a asimilarlas del todo.

—Lord Coudray escribe que Aldric no está en cama, sino levantado, incluso jugando, aunque lleva el brazo en cabestrillo. También afirma que mi hijo le ruega que no intente sacarlo del cuidado de Lacy. Está convencido de que Aldric desea quedarse allí. Y... —alzando la voz, incapaz de contener la indignación— tiene intención de regresar mañana sin mi hijo.

Matilda, que jugaba con su muñeca de madera sobre la hierba, se acercó al taburete de Marion y se sentó junto a ella. Clare levantó la vista con una sonrisa y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Entonces son buenas noticias. Ahora puedes estar tranquila.

Marion rechazó aquel consuelo con todo el dolor y la ira que llevaba dentro.

—¡Ja! Yo digo que lord Coudray miente. Aldric casi pierde la vida. No puede querer quedarse en esa casa repugnante. —Más aún—. ¡Aldric debe volver a casa!

La afirmación hizo que una punzada aguda se instalara en la parte baja de su espalda. Entre el dolor del cuerpo y el del corazón, Marion se dejó llevar por el impulso de moverse. Caminó, o más bien se tambaleó, pasando junto a grupos de violetas y rosas, ajena al perfume de los perales y manzanos en flor. Se detuvo junto a la pared más alejada, con la cabeza gacha.

Aldric volvería a casa, donde pertenecía, donde ella podría mantenerlo a salvo. Si era necesario, amenazaría con difundir la historia de Maud y añadiría a ella el silencio de Marion. Ante la posibilidad de que otros vieran la locura tanto en la madre como en la hija, Nicholas haría cuanto ella exigiera.

La pequeña mano de Matilda se cerró alrededor de la suya.

—Minnie, te quiero —susurró su muñequita, apoyándose contra su pierna para consolar a su madre prestada.

Fue como una espada clavándosele en el corazón. ¿Cómo podía siquiera pensar en herir a la pequeña de esa forma? Y, aun así, ¿cómo podía dejar a Aldric en un lugar donde ya había sido herido?

Un dolor feroz le quemó el pecho y sintió que se partía en dos, desgarrada entre los hijos que amaba. ¿Era posible destruir a uno para salvar al otro? Tras unos instantes, la angustia cedió un poco. Marion se secó las lágrimas y miró a su muñequita, forzando una sonrisa.

—Lo sé, mi amor.

Con los grandes ojos grises abiertos de par en par, la niña volvió a ofrecerle su apoyo.

—No me gusta que Aldric haya salido herido. Eso no debería haber pasado.

—No, no debería haber pasado —respondió Marion, con la voz a punto de quebrarse.

—¿Por qué papá no lo trae a casa?

Mientras esperaba su respuesta, Marion se mordió el labio con inquietud. En las últimas semanas, y especialmente desde que Nicholas había ido a Lacy para ver a Aldric, Matilda había empezado a hablar abiertamente de su padre.

El temblor regresó a los labios de Marion. Nicholas no traía a Aldric porque ella no podía usar a su dulce hijo contra él. Que María la salvara; mirara donde mirara, no había salida para la trampa de su propio corazón.

Clare se situó detrás de Matilda y apoyó las manos en los hombros de la niña.

—Vamos, muñeca. ¿Por qué no le das a Minnie un momento a solas?

La niña frunció el ceño, acarició el vientre de Marion y luego apretó su muñeca de madera contra el pecho.

—A mi muñeca tampoco le gusta que Aldric haya salido herido.

Marion posó la mano sobre la cabeza de la niña.

—¿Qué haría yo sin tu amor?

No podía, no quería hacer daño a aquella pequeña, ni siquiera para salvar a Aldric. Madre de Dios, ¿qué clase de madre traicionaba al hijo de su sangre por una hija prestada solo a su corazón?

El dolor regresó, pero esta vez descendió desde lo más hondo de su alma hasta el centro de su vientre. Marion se mordió el labio, incapaz de respirar ante la conmoción. El dolor disminuyó poco a poco y la invadió una extraña sensación de alivio. Sí, quizá sería más fácil enfrentarse a la muerte que a aquel dilema imposible.

—Clare —dijo al fin, con la voz apagada—, el bebé está llegando.



La noche casi había caído sobre su pequeña tropa cuando Nicholas los condujo hacia la puerta de Crosswell. Por primera vez desde que se convirtió en *sheriff*, la enorme estructura le parecía acogedora. No era que hubiera desarrollado ningún gusto por las defensas de Crosswell, sino más bien por la mujer que habitaba dentro de esos muros. Ella, y el cariño que le profesaba, hacían que este infierno fuera más fácil de soportar.

Cómo podía sentir eso después de semanas de lágrimas y súplicas para que devolviera a Aldric seguía siendo un misterio para Nicholas. Sobre todo porque el viaje que ella le había rogado que hiciera había resultado inútil, salvo por el extraño placer de ver a su hermano Godwin con su nueva esposa. Aldric estaba sano pese a sus heridas y, lo que era más sorprendente, se había convertido en un muchacho mucho más agradable que el niño hosco del otoño anterior.

Exhaló un suspiro de alivio. No era que Marion fuera a creerle cuando se lo dijera. Hasta que no viera a su hijo con sus propios ojos, seguiría atormentándose. Y, para colmo, Aldric se negaba a regresar siquiera de visita, temeroso de que su madre lo reclamara y lo encerrara en un monasterio contra su voluntad.

—Entonces, ¿qué le dirá a la señora, milord? —preguntó Osbert con afabilidad. Un año de trato había suavizado al mercenario, convirtiéndolo en un compañero cercano—. Me temo que no nos creerá cuando le describamos al muchacho que vimos.

Nicholas miró al hombre.

—Eso es una triste verdad, Osbert. Bastará con que pronuncie dos palabras antes de que empiece a quejarse, negando todo cuanto

diga. Y cuando le explique que su hijo se negó a volver, las lágrimas caerán como lluvia. Por Dios, es una mujer imposible. En lugar de sentirse orgullosa de que Aldric muestre un valor y unas aptitudes impropias de su edad, se lamenta como si siguiera siendo un bebé.

Osbert rio mientras aguardaban a que se alzara la reja.

Nicholas sacudió la cabeza, anticipando la confrontación. ¿Por qué Marion no veía el daño que le hacía a su hijo al intentar protegerlo del curso natural de la vida?

El pensamiento regresó contra él con la fuerza de una maza. Los temores de Marion por Aldric no eran distintos de los suyos por Matilda. Ambos estaban equivocados, ambos creían proteger cuando en realidad ahogaban.

Al igual que Aldric había hallado un corazón de león bajo la tutela de Godwin, su hija encontraría lo que necesitaba envuelta en el cariño y el cuidado de Marion.

—Así que lo único que te provoca la viuda de FitzGerald es irritación —comentó Osbert con diversión apenas disimulada, lanzándole una mirada de soslayo mientras cruzaban el patio interior—. ¿Sabes que dejé de rezar por ti hace tiempo? Digamos que desde Navidad.

Nicholas esbozó una sonrisa torcida.

—¿Soy tan evidente?

—Quizá no para ellos —Osbert señaló a los soldados que los seguían—, pero yo te conozco desde hace un año.

—Y la familiaridad ha destruido mi reputación, ¿eh?

Nicholas sintió una gratitud inesperada. Si Matilda se mantenía firme por sí misma, él podría desprenderse por fin del manto de crueldad que había usado para protegerla. Dejar de ser temido sería un alivio.

—No, milord. Usted no. Lady FitzGerald lo ha delatado. —Osbert apretó los labios para no sonreír—. Debería haberla golpeado

aquel día en el camino a Crosswell. El diablo no se distingue por su paciencia. Con ella presionando, todo se vino abajo.

Nicholas negó con la cabeza, divertido, y luego miró hacia la cabaña de Marion. El edificio estaba sumido en sombras, salvo por la tenue luz que se filtraba bajo la puerta. Aquella claridad lo atrajo, susurrándole la calidez de su dueña... y la pasión que habían despertado juntos.

La necesidad de verla lo asaltó con fuerza. Iría, no solo para hablar de Aldric, sino para abordar el futuro de Marion. Como había sugerido Henry de Morven, su hija podría ser acogida cuando Marion estuviera lo bastante fuerte para soportar la separación.

Y al asegurar el porvenir de Marion, Nicholas recuperaría el suyo. Por primera vez en años, no deseaba morir. El ansia de vivir lo desbordó. Pero no solo. En esa visión, Marion estaba a su lado.

Giró a Passavant hacia los establos.

—¿Milord? —preguntó Osbert.

—Ya que me has descubierto, no veo razón para fingir —respondió con una mueca—. Debo hablar con la viuda ahora mismo.

Osbert rio y transmitió la orden. Los hombres protestaron con gruñidos y blasfemias. Crosswell volvía a sentirse como un hogar.

—Es mi tiempo para malgastarlo —dijo Nicholas al desmontar.

Entregó las riendas, se desarmó y esperó a que los soldados entraran antes de seguir el sendero junto a la muralla del jardín.

La noche envolvía Crosswell con su abrazo, mientras antorchas y lámparas ahuyentaban las sombras. El aire traía el olor del carbón y fragmentos de música lejana. Una prostituta gritó insultos a un transeúnte que la rechazó; en algún rincón, unos hombres maldecían por una mala tirada de dados.

Nicholas se detuvo ante la puerta de Marion. Alzó el puño... y lo bajó. ¿Y si lo rechazaba? Su petición al tribunal había sido clara:

no volver a casarse. El recuerdo de Navidad y del beso ardiente lo impulsó. Golpeó.

La puerta se abrió y apareció Martin.

Los celos estallaron en Nicholas. Buscó su espada por puro instinto.

—Gracias a Dios, has vuelto —susurró Martin—. Te ha estado llamando.

—¿Llamándome?

—Creo que no sirve de nada —añadió con tristeza—. Preferiría enfrentarme a mi peor enemigo que pensar en dar a luz. —Tragó saliva—. Milord... ella y el bebé se están yendo.

—No —siseó Nicholas, empujándolo para entrar.

La habitación estaba iluminada por el fuego. Una partera calentaba algo en una taza. Marion yacía en la cama, agotada, envuelta en mantas. Clare estaba a su lado.

Nicholas avanzó.

—Alabado sea Dios —sollozó Clare—. Quizá usted consiga que luche. Está deseando morir.

Marion parecía ya vencida. Nicholas se maldijo. ¿Por qué la había dejado sola?

Tomó su mano y buscó el pulso. Débil, pero todavía latía.

Ella abrió los ojos.

—Has venido.

—Sí. Y me quedaré.

—¿Aldric?

—Está a salvo. Se negó a volver por miedo a que lo enviaras a un monasterio.

Ella aceptó aquello en silencio y cerró los ojos.

—Milord —susurró Clare—, la partera...

Nicholas observó los nudos de las cortinas. Un recuerdo helado lo atravesó. En el parto de Maud, se habían desatado todos.

—¿Qué le está dando? —exigió.

—Algo para calmarla —respondió la mujer con desdén.

Nicholas arrancó la taza. El sabor del ajeno lo golpeó.

—Idiota —rugió—. Esto la matará.

La partera intentó huir. Martin la detuvo.

—Si muere, morirás por asesinato —sentenció Nicholas—. Llévala con los prisioneros y trae a la mejor partera de la ciudad.

Cuando quedaron solos, Clare rompió a llorar.

—Es culpa mía —confesó—. Fui yo quien pidió a la partera de FitzGerald... creí lo que quise creer.

Nicholas la sostuvo.

—Tu intención era buena. Ayúdame ahora.

Mientras Clare lo ayudaba a desarmarse, murmuró:

—Si ella muere, iré con ella.

Nicholas cerró los ojos. No pensaba permitirlo.

Capítulo 17

Marion flotaba en un lugar sin tiempo, oscuro y benditamente a salvo de los dolores interminables. Morir estaba resultando ser una prueba mucho más larga y ardua de lo que había imaginado. Entonces, desde lo más profundo de su ser, brotó un destello de alivio. Ya no había necesidad de morir. Nicholas había jurado por su propia vida que Aldric estaba contento y a salvo. Aun así, cuando ese consuelo logró abrirse paso entre la neblina, otro miedo la arrastró de nuevo hacia el fondo. Dar a luz a un bebé muerto era un terror demasiado grande para afrontarlo.

Apartaron las sábanas y la obligaron a tumbarse boca arriba. Le alzaron la camisa. Marion logró protestar contra una mano intrusiva, pero abrir los ojos le exigía más fuerzas de las que poseía. Al cabo de un momento, la inspección terminó y la tela volvió a caerle hasta las rodillas.

Las voces fluían a su alrededor con un tono brusco y eficiente. Marion escuchaba sin saber si soñaba o si realmente había alguien nuevo en la estancia.

—...no es tan desesperado como podría parecer... no hay señales de sufrimiento fetal... lleva más de un día de parto... habrá que actuar con rapidez para sacar al niño.

La voz era ronca, imposible de identificar.

—¿Se ha hecho a propósito?

El tono de Nicholas la tranquilizó. Marion suspiró al reconocer su firmeza serena. Él la mantendría a salvo.

—¿A propósito? —la otra voz soltó una carcajada—. Si la estupidez es intencionada, entonces sí, milord. La gente del campo

se aferra a costumbres absurdas. Desprecian el aprendizaje y el progreso. Tome, hágala beber esto.

La incorporaron hasta dejarla casi sentada. Su cabeza cayó hacia atrás y descansó contra un hombro firme. Un brazo fuerte la sostuvo mientras acercaban una copa a sus labios. La sed la torturaba, pero el sabor era horrible, peor aún que el anterior. Intentó apartarse, pero le sujetaron la barbilla.

—Vamos, bébalo todo.

La voz de Nicholas rozó su mejilla. Marion se relajó y trató de tragar. El líquido le revolvió el estómago.

—No... basta —murmuró, apenas capaz de articular.

—Bien —dijo la otra voz—. Ahora expulsará lo que tenga dentro.

Su cuerpo obedeció al instante. Marion gimió. Si el dolor y el miedo no habían logrado despertarla, la humillación de vomitar delante de todos sí. Reunió fuerzas y abrió los ojos.

Nicholas estaba a su lado, vestido solo con una camisa y calzones gruesos. Le sonrió. No, no iba a vaciar el estómago delante de él.

—No mientras tú miras.

Decirlo la dejó exhausta. Nicholas suspiró, irritado, y llamó a Clare. Marion se tranquilizó cuando su prima ocupó el lugar de Nicholas. Le colocaron una palangana en el regazo y las cortinas de la cama se cerraron. Marion apoyó la cabeza en el hombro de Clare.

Su prima temblaba. Un sollozo contenido escapó de su garganta. Marion abrió los ojos y, aun en la penumbra, distinguió las lágrimas.

—No llores por mí —susurró—. Prométeme que, si este bebé vive y yo no, lo amarás como yo he amado a Aldric.

—Lo prometo con todo mi corazón —respondió Clare, rota—. Pero debes saber que dejas a tu hijo al cuidado de una idiota ciega.

Marion no pudo preguntar a qué se refería. El cuerpo se vació y, después, Clare le lavó el rostro y le dio vino aguado. A sorbos lentos, Marion empezó a recuperar algo de claridad. Clare deshizo las trenzas de su cabello cuando otra copa asomó entre las cortinas.

Esta poción era más dulce. Marion la bebió sin dificultad y se recostó en los brazos de su prima. La oscuridad volvió a envolverla hasta que un dolor la tensó por completo. Entonces comprendió. Iban a forzar el parto.

Gimió y se aferró a Clare.

—Ah —dijo la partera—. Este bebé tiene prisa. Sáquela de la cama. Debe caminar.

Las cortinas se abrieron de golpe. Nicholas ayudó a Clare a llevar a Marion al borde del colchón y la sujetó por la cintura.

—Vamos, Marion de FitzGerald. Es hora de que sueltes a mi pupilo. Camina conmigo para que pueda recibirlo.

Su broma la enfureció. Se estaba muriendo allí mismo. No pensaba levantarse. Se resistió cuanto pudo.

—Déjeme.

La nueva partera se acercó. Su cabello plateado brillaba sobre un rostro surcado de arrugas; los ojos, de un ámbar intenso, no admitían réplica.

—Me llamo Berta, milady. Si quiere a ese bebé, tendrá que caminar.

—No caminé con mis dos primeros hijos —protestó Marion—. Me quedé en la cama.

—¿Dos antes? —Berta pareció complacida—. Entonces este vendrá mejor. La poción que le di hará que los dolores sean más fuertes. Puede luchar contra ellos o levantarse y caminar. Si camina, el parto terminará antes.

—No sabe lo que hace —replicó Marion, agarrando la manga de Nicholas—. Dígale que no. Quiere matarme.

Otro dolor la sacudió. Nicholas la sostuvo mientras pasaba.

—Cobarde —se burló Berta—. Haga que camine, milord.

Nicholas rio.

—Prepárese, buena mujer. Esta dama es difícil incluso fuera del parto. Lady Clare, empuje a su prima hacia mis brazos.

Marion no tuvo fuerzas para impedirlo. Sus pies tocaron el suelo y Nicholas la giró.

—Camina, Marion, camina por tu hijo.

Gimió. Otro dolor la dobló y Nicholas le masajeó la espalda.

—No luche contra los dolores —aconsejó Berta—. Relájese.

—¿Cómo? —gritó Marion—. Malditos sean los dos. Déjenme morir en mi cama. —Se desplomó entre ellos—. Quiero a la partera de FitzGerald.

Berta bufó.

—Sí, la que da somníferos. Es un milagro que no perdiera a sus hijos. —La miró con suficiencia.

Marion alzó la cabeza.

—Perdí a mi hija —susurró—. Y mi hijo casi muere.

—Este no lo perderá —sonrió Berta—. ¿Niño o niña?

—Un niño.

—Entonces esfuércese, milady.

Nicholas la obligó a avanzar.

—Vamos, Minnie. Dame a mi nuevo pupilo.

—No puedo —siseó—. Me duele. No me toque más. Me equivoqué al desearte aquí. Eres cruel.

—Haz lo que te dicen y vivirás —replicó—. Por una vez, no te resistas.

—Te odio —gritó ella, aferrándose al poste de la cama.

—No lo dice en serio —intervino Berta con cautela—. Hablan los dolores.

Nicholas no se inmutó. La rodeó y acercó los labios a su oído.

—¿Odio? Qué pena. He decidido que te amo.

Luego la impulsó de nuevo.

—Vamos, mi amor. ¿Pasos cortos o largos?

Marion sollozó... y caminó.



—Una vez más y empuje —ordenó la partera—. Mueva la barbilla, milady. Milord, oblíguela a hacerlo, o se hará daño.

Nicholas levantó a Marion una vez más. Dar a luz no era tarea para cobardes. Sentado detrás de ella para sostenerla en una postura semisentada, le colocó una mano en la nuca y le inclinó la cabeza tal como la partera había indicado. Era lo más profundo de la noche y aún faltaban horas para el amanecer. Clare, que había velado a su prima durante más de un día entero, se había rendido al agotamiento y dormía encogida en un rincón. Marion, que había descansado brevemente en un sueño inducido por medicinas, luchaba ahora contra un cansancio extremo provocado por el parto prolongado.

—Vamos, Minnie, dámelo —murmuró Nicholas. Su voz, ronca tras tantas horas, le pareció a Marion extrañamente calmante—. Ya casi está.

Él se tensó con ella mientras Marion reunía fuerzas para expulsar al bebé de su cuerpo.

—Descanse —ordenó la partera.

Marion dejó escapar el aire en una exhalación larga y temblorosa, y Nicholas aflojó la presión de su mano. Al instante, ella

dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro, y lanzó un gemido sin palabras. Nicholas apoyó la mejilla contra la de ella y la meció suavemente en su abrazo, mientras sus manos trabajaban con cuidado los músculos rígidos de su espalda.

—No falta mucho, mi amor —le susurró al oído.

Ella murmuró algo ininteligible en respuesta.

—Otra vez —ordenó la partera.

—Estoy agotada —gimió Marion.

—No puedes rendirte ahora —la instó Nicholas—. Da a luz a este niño por mí. ¿No quieres verlo, mi amor?

—No soy tu amor —murmuró Marion, pero respiró hondo y se preparó.

Nicholas rio suavemente y le acarició el cabello. A lo largo de aquella noche, las palabras de cariño habían dejado de ser solo estímulos y se habían convertido en una verdad que le ardía en el pecho.

—Ya tengo la cabeza —exclamó la partera—. Un empujón más y saldrá el resto.

Marion gritó, encontrando fuerzas en algún lugar desconocido, mientras las lágrimas le llenaban los ojos.

—Ayúdame, Nicholas —exigió, esta vez recordando inclinar la cabeza por sí misma.

—Ya lo tengo —anunció la partera—. Tenía razón, señora. Es un niño. Grande, con un mechón de pelo más claro que el suyo. Vamos, pequeño, respira.

Pasó un instante eterno sin que se oyera sonido alguno.

—No... —jadeó Marion, aferrándose a la camisa de Nicholas—. No puede morir. —Su voz se quebró—. Quiero a mi hijo.

Enterró el rostro en el hombro de Nicholas, sollozando de miedo. Él la rodeó con los brazos, compartiendo su angustia. De

algún modo, asistir a aquel nacimiento había despertado en él un afecto inesperado por ese niño que aún no conocía. Le acarició el brazo con movimientos lentos y tranquilizadores.

—No mires, amor —le susurró.

—Matilda —jadeó ella—. Llévatela. No quiero que vea morir a otro niño.

Nicholas se incorporó sobresaltado. La partera había cambiado de postura en su trabajo. Detrás de ella estaba Matilda, con el vestido arrugado y el cabello revuelto por el sueño, observando fascinada cómo la mujer colocaba al bebé boca abajo para ayudarle a liberar los pulmones.

El corazón de Nicholas se encogió. El miedo de Marion por su hija era tan profundo como el que sentía por su propio hijo.

Se levantó de la cama y dejó que Marion se recostara contra el cabecero.

—Matilda, ven conmigo —pidió en voz baja, temiendo su rechazo.

—Sí, papá —respondió la niña sin dudar—. Abrázame.

Nicholas abrió los brazos y Matilda se colgó de su cuello, rodeándole la cintura con las piernas mientras él la alzaba. Giró la cabeza para apoyar la mejilla en su hombro.

Era demasiado. Sus brazos se cerraron alrededor de ella, apretándola contra su pecho mientras las rodillas le temblaban. Se apoyó en la pared, absorbiendo el peso y el calor de su hija. Había crecido, estirándose notablemente desde la muerte de Maud.

—Vamos, pequeño —canturreó la partera—. Eres fuerte. Muéstrame esos pulmones.

Un sonido húmedo, seguido de un grito furioso, rompió el silencio.

—¡Nicholas! —sollozó Marion—. Está vivo.

La alegría lo atravesó como un relámpago. Su hijo vivía. Su hija estaba en sus brazos. La risa brotó de su pecho, libre y sonora, y el bebé respondió con gritos aún más indignados.

—Escúchalo —dijo con la voz quebrada—. Tan obstinado como su madre.

En la cama, Marion extendió los brazos.

—Dámelo.

La partera depositó al bebé en sus brazos. Nicholas se sentó junto a ella, sin soltar a Matilda. Era un niño fuerte, con una mata de pelo cobrizo y pulmones sanos. Sus llantos cesaron cuando Marion comenzó a arrullarlo con suaves sonidos tranquilizadores.

—Marion de FitzGerald —dijo Nicholas en voz baja, sonriendo—, espero que te sientas tan orgullosa de este hijo como lo estás de su hermano mayor. ¿Cómo lo llamarás?

Ella lo miró con los ojos brillantes de alegría.

—Simon. Por mi padre.

Mientras Nicholas observaba, vio cómo el amor de Marion por su nuevo hijo se mezclaba con su impulso de proteger a todos los niños que sentía como suyos, retando al mundo a arrebatárselos.

—Veo tus pensamientos en tus ojos, mi amor —dijo él con suavidad.

Se inclinó y la besó, prometiéndole sin palabras que no tendría que afrontar sola ninguna despedida.

La partera carraspeó.

—Aún no hemos terminado. Necesito la placenta, milady. Deme al bebé.

Marion se sonrojó al darse cuenta de que los observaban y, aun así, apretó al niño contra su pecho.

—No, me quedaré con él.

—No es de las que sueltan fácilmente a sus hijos —rio Nicholas—. Mejor que te acostumbres, Berta.

Poco después, todo concluyó. Nicholas alzó el diminuto puño de Simon con un dedo.

—Nunca deja de asombrarme que todos hayamos sido tan pequeños.

—¿Yo también? —preguntó Matilda, inclinándose para mirar al bebé.

—Sí, tú incluso más pequeña —respondió él con una sonrisa.

—Minnie, este no es mi hermano —dijo Matilda, tocando con cuidado el brazo del bebé.

—Es cierto, muñeca —respondió Marion—. Es mi hijo.

Nicholas estrechó a su hija. No quería soltarla.

—Quiere quedarse conmigo —dijo.

Matilda asintió y se acomodó en su regazo, más sentada que sostenida.

—¿Te duele? —preguntó, siguiendo con el dedo la cicatriz más larga.

—No. Ya no duele.

—No puedes ver por aquí —tocó el parche—. Así es, ¿verdad?

—Así es.

—No me gusta —susurró ella.

Nicholas besó su frente.

—Aún veo lo suficiente para ser tu papá.

Matilda apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Aldric morirá?

—No —respondió—. Está sano y salvo, aunque herido. Incluso presume de su cicatriz.

Ella puso los ojos en blanco, pero parecía tranquila.

—Este no es mi hermano —repitió—. Mi hermano murió, ¿verdad?

Nicholas cerró los ojos un instante y asintió.

—Sí.

—Mamá también murió.

—Sí, lo siento, querida.

Su hija levantó la cabeza y acarició su mejilla.

—Mamá iba a hacerme daño, pero tú no la dejaste. Te hizo daño a ti en su lugar.

Nicholas la meció suavemente.

—¿Cómo iba a permitir que te hicieran daño?

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti.

El amanecer empezó a dibujarse más allá de las cortinas, anunciando una nueva vida.

Capítulo 18

Alguien la sacudió por el hombro y Marion gimió, sin querer despertarse. Las sábanas estaban frescas y se había bañado. Además, le dolían todos los músculos del cuerpo.

—Déjame dormir —murmuró.

—Milord desea saber cuándo será el bautizo —susurró Clare—. Quiere enviar aviso a quienes serán nombrados padrinos.

—¿Padrinos? —Marion se giró y apartó de su rostro los mechones aún húmedos—. Jesús... ¿en qué hombre confío lo suficiente como para atarlo a mi hijo? —Bostezó y dirigió la mirada a la cuna junto a la cama.

Su hijo.

Sonrió al ver cómo el pequeño pecho subía y bajaba con una regularidad perfecta. Simon no solo era hermoso, sino fuerte y sano. Una vez más, dio gracias a la Virgen por haberlo salvado.

Volvió la mirada hacia Clare. El rostro de su prima estaba demacrado, con una arruga persistente entre las cejas. Marion alzó la mano y la posó con suavidad sobre su frente.

—¿Qué te preocupa?

Clare intentó sonreír.

—La partera de FitzGerald. Milord Coudray la ha enviado de vuelta sin castigo. Pero Minnie... casi te mata, y yo la ayudé.

—Vamos, Clare —suspiró Marion—. Ya hablamos de esto. Berta dice que no tuvo mala intención, solo siguió un método antiguo. Es el mismo que usaron conmigo cuando nacieron Aldric y

mi Kate. Si alguien debe lamentarse, esa soy yo, por mi ignorancia y la suya.

Clare negó lentamente con la cabeza. Marion nunca había visto un gesto tan abatido.

—Ojalá pudiera quedarme tranquila con eso —susurró.

Marion la observó en silencio. Clare tenía poco en esta vida salvo su intimidad, y Marion no se sentía con derecho a arrebatársela. En lugar de insistir, le tomó la mano con gratitud.

Clare respiró hondo y, forzando una alegría que no sentía, preguntó:

—¿A quién pedirás que sea su madrina?

—¿Su madrina? —Marion la miró con fingida impaciencia—. No seas necia. Tú lo serás.

Clare abrió mucho los ojos.

—Minnie, debes elegir a una mujer con nombre, con recursos. Yo no tengo nada que ofrecerle, ni siquiera un regalo digno para el bautizo.

—Tienes algo infinitamente más valioso —replicó Marion, apretándole la mano—. Tu corazón. Eso es lo que quiero para mi hijo.

El rostro de Clare se transformó, como si amaneciera en él.

—Te juro que lo protegeré con mi vida.

—¡Clare! —protestó Marion—. Nada de melodramas.

Clare se encogió de hombros, pero su sonrisa no se borró.

—Entonces... ¿a quién elegirás como padrino?

Marion frunció el ceño.

—¿Es imprescindible un hombre?

—Sí —rio Clare—. Ningún sacerdote aceptará otra cosa.

Marion cerró los ojos un instante. Solo había un hombre al que podía tolerar en ese papel: Nicholas.

El pensamiento la atravesó como una sacudida. Vincular a su hijo con él significaba atarse también ella, de un modo casi familiar. Y lo que sentía por Nicholas no debía existir.

El recuerdo de su voz durante el parto, de sus manos firmes, de su alegría cuando Simon lloró... todo aquello había dejado una huella peligrosa.

No, debía poner una barrera definitiva.

—Quiero que lord Coudray sea su padrino —dijo por fin, con voz firme.

Clare sonrió.

—Se sentirá honrado. Le tiene un gran afecto a Simon.

—¿Se lo pedirás tú? —susurró Marion.

—Por supuesto.

Cuando Clare salió, Marion se volvió de lado y se reprendió a sí misma por su debilidad. En seis semanas abandonaría Crosswell. Recuperaría su independencia. Entonces, ese deseo absurdo desaparecería.

Volvió a dormirse.

Despertó con el llanto suave de Simon. Rodó hasta el borde de la cama y se incorporó... para encontrarse con Nicholas de pie junto a ella, sosteniendo al niño en brazos. La puerta estaba entreabierta y la luz del sol inundaba la estancia.

El resplandor delineaba su mandíbula, su nariz recta, el tono dorado de su piel. Al verla despertar, su mirada se llenó de esa intensidad que siempre la desarmaba.

Marion inspiró con rapidez. Una vez más, fue plenamente consciente de que él era un hombre deseable. Y el peligro de ese pensamiento la hizo estremecerse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Te devuelvo a tu hijo.

—Milord —replicó—, respeta la tradición. Debo permanecer recluida. ¿Dónde está Clare?

—Guardando la puerta para proteger tu reputación.

Se sentó junto a ella en el colchón. Simon se agitó y comenzó a llorar. Marion, olvidando todo lo demás, se incorporó para recibirlo. Nicholas lo colocó con cuidado, y el niño buscó de inmediato alimento.

—¿El sacerdote se niega a bautizarlo? —preguntó ella.

—No.

—Entonces debes marcharte.

—Mi razón es importante —respondió él—. Falta decidir quién será el padrino.

—Te lo pedí —dijo Marion—. ¿No te llegó el mensaje?

Nicholas alzó una ceja.

—Llegó. Y me sorprendió. ¿Nombrar al mismísimo diablo padrino de tu hijo? Me decepcionas.

Ese “mi amor” volvió a herirla y a encenderla al mismo tiempo.

—¿Decepcionado? —replicó con frialdad—. Te convertiría en familia. Una vez unidos así, podría ser una madre para Matilda.

Nicholas la miró largo rato. Cuando habló, su voz ya no era burlona.

—Ahí está el problema, Marion de FitzGerald. No quiero que seas “como” una madre para mi hija.

Ella se tensó.

—¿Entonces qué quieres?

—Que seas su madre. Y la mía también.

El silencio cayó entre ambos, cargado de todo lo que ninguno había querido nombrar hasta ese momento.

Él extendió la mano y le acarició la mejilla con la palma.

—Esa no es la clase de familia que deseo que seamos. Me casaría contigo, Marion de FitzGerald, y daría a todos nuestros hijos dos padres.

—¿Estás loco? —susurró ella. Madre de Dios, pero su mano se sentía maravillosa contra su piel. Le costó todo su esfuerzo no apoyar la cara en su palma—. No podemos pasar cinco minutos sin discutir. ¿Qué clase de matrimonio sería ese?

—Uno de gran pasión. —Nicholas movió el pulgar hasta rozarle los labios—. Así eran mi padre y mi madre. Luchaban con la misma intensidad con la que se amaban. —Sonrió.

Una vez más, Marion contuvo el aliento. Aquella sonrisa transformaba su rostro, marcando líneas firmes en sus mejillas y despertando el pequeño hueco junto a la comisura de los labios. Incluso con cicatrices y un parche en el ojo, era un hombre hermoso. La diversión dio paso al deseo, y su expresión se suavizó.

Él le acarició el cabello y dejó que la mano descendiera hasta su hombro desnudo. Cuando sus dedos dibujaron líneas lentas por la curva de su brazo, Marion se estremeció. Si no tenía cuidado, la seduciría, y si eso ocurría, ninguna fuerza de voluntad la salvaría del matrimonio.

—Lo que quieres no puede ser. —Intentó sonar firme, pero no lo consiguió.

Simon se agitó en sus brazos y su queja se transformó en un llanto agudo.

—Eres un hombre rico —continuó ella, aferrándose a la razón—. No soy una esposa adecuada para ti, ni siquiera si sumas los ingresos de mis propiedades.

Nicholas apoyó la mano sobre su rodilla, cubierta por la manta, y la masajeó con suavidad. Marion retiró la pierna; él sonrió

ante el gesto.

—Ya me casé una vez por una propiedad. No volveré a cometer ese error. Tú eres la mujer que quiero como esposa. Lo diría aunque no tuvieras ni un penique. —Le sostuvo la mirada—. Además, ¿quién me lo va a impedir?

—¿Tus hermanos mayores?

—No lo creo. Mi padre está muerto. Nadie me gobierna, salvo mi regente, y ni siquiera él puede negarse a esto. —Se inclinó un poco más—. Te ofrezco una solución práctica. Nuestra unión me convertirá en padrastro de Aldric y de Simon, y a ti en madrastra de Matilda.

—Práctica, pero fuera de lugar —replicó Marion—. Pronto nos odiaríamos.

—¿Tan segura estás? —alzó las cejas—. Hemos trabajado duro para odiarnos durante siete meses y hemos fracasado de forma espectacular.

—No estábamos casados.

—¿Los votos cambiarán lo que somos? —se burló con suavidad.

Marion apoyó la mano en su brazo.

—Me he casado dos veces y ambas fueron experiencias miserables. La tuya también. No comprendo por qué deseas arruinar la amistad que ahora existe entre nosotros proponiéndome matrimonio. No. —Negó con la cabeza—. Me halagas, pero no.

Nicholas rio, mientras Simon seguía quejándose.

—A tu hijo le importa aún menos que a mí tu respuesta. Me querría como padre. Vamos, Marion de FitzGerald, cástate conmigo y ten mis hijos. Prometo ayudar a cada uno a venir al mundo.

La tentación fue real. El recuerdo de la noche de Navidad seguía ardiendo en su memoria. Luego llegó el recuerdo de Aymer,

de cómo había utilizado su cuerpo para su propio beneficio. No, no estaba en la naturaleza de los hombres ser constantes.

—Mi respuesta sigue siendo la misma. Además, soy demasiado mayor para tener más hijos, y tú necesitas herederos.

—Una excusa pobre. —Nicholas sonrió—. Nuestro rey se casó con Leonor cuando ella tenía tu edad. Le dio hijas y más hijos de los que este reino podía soportar.

—No lo haré, Cole —replicó Marion, con un destello de pánico—. En seis semanas seré dueña de mí misma por primera vez. No dejaré que me empujes a donde no quiero ir. Sé el padrino de mi hijo.

—No.

—Es un gran honor —intentó ella, pero Nicholas le posó un dedo en los labios.

—No más. Esto no es lo que quiero entre nosotros. Cuando me propongo algo, nadie me detiene. Con el tiempo, serás mía.

El pánico la sacudió.

—Me gustas demasiado como para convertirme en tu esposa.

Él inclinó la cabeza, con una calma intimidante.

—Vete —le suplicó—. Aléjate de mí. Soy obstinada, rebelde y prefiero una silla cómoda a cualquier hombre.

Nicholas rio.

—Incluso me ha llegado a gustar tu manera de insultarme. ¿Una silla, Minnie? —alzó las cejas—. Aunque la idea de ti sentada encima de mí me provoca imágenes inquietantes.

—¡Nicholas! —exclamó ella, escandalizada.

La imagen la traicionó. Se vio a sí misma sobre él, moviéndose al ritmo de una pasión que le encendió la piel. El rubor le subió por el cuello.

—Aún mejor —murmuró él—. Veo que a ti también te obsesiona.

—Vete —ordenó Marion, avergonzada.

Simon lloró con más fuerza. Marion se giró, dándole la espalda, y bajó las mantas. El niño se calmó al encontrar su pecho. Nicholas le recorrió la espalda con un dedo.

—¿A quién nombrarás padrino, si no soy yo?

—Me da igual —replicó ella—. Que sea sir Martin. Los de la Bois son respetables.

Nicholas le apartó un mechón de cabello y lo dejó deslizarse entre sus dedos. Marion se estremeció.

—Por favor, Cole, vete.

—Te concederé las seis semanas que dicta la tradición —dijo él en voz baja—. Después de eso, considérate sitiada. No cejaré hasta tenerte, en cuerpo y alma.

Le besó el lugar donde el cuello se une con el hombro. Marion jadeó. El colchón se movió cuando él se levantó. La puerta se cerró tras él.

Marion apoyó la cabeza contra el cabecero, sin saber si reír o llorar.

Maldito fuera: utilizaría el deseo que ella sentía para doblegarla. Y lo peor de todo era que, en el fondo, ella quería que lo hiciera.

Capítulo 19

Reginald se encontraba en lo alto de una de las torres de la puerta de FitzGerald observando cómo la tropa de soldados descendía por las lejanas colinas. Los hombres de Crosswell avanzaban sin pausa hacia él, cabalgando en fila india por el camino que atravesaba sus campos y pastos. Creían que podían recuperar su hogar, todo porque la esposa de Aymer había dado a luz a un hijo sano, ¿verdad?

Su mirada recorrió con posesividad lo que ahora llamaba suyo. Los huertos de FitzGerald, que habían perdido el esplendor primaveral en el último mes, lucían mantos verdes; las ovejas recién esquiladas eran manchas blancas sobre la exuberancia de la hierba. La siega había comenzado, y desde su posición privilegiada veía brillar las guadañas al sol, subiendo y bajando al unísono al compás de una canción de trabajo. La brisa fragante le trajo aquellos tonos rítmicos, más cantados que entonados.

En el límite enmarañado del bosque del rey crecían densos matorrales de rosas silvestres, con flores rosadas salpicando las ramas espinosas. Los robles alzaban sus copas de un verde oscuro por encima de los más delicados abedules y avellanos. Solo entonces Reginald advirtió que contemplaba la misma zona del bosque donde él y el plebeyo habían dado sepultura a Theobald. Una muerte inútil, ahora que la viuda de su hermano había traído al mundo a otro heredero de Aymer.

La partera de FitzGerald le había llevado esa noticia a su regreso, junto con maldiciones dirigidas a Reginald por haberla involucrado en su complot. Aunque él le había asegurado que no había pasado nada grave, la mujer no dejaba de quejarse por el

trato recibido mientras estuvo encerrada en la prisión del sheriff. Era evidente que, con el tiempo, aquellas quejas se transformarían en extorsión.

Mujer estúpida. A la primera insinuación de que necesitaba dinero para aliviar su sufrimiento, bebió una de sus repugnantes pociones. Murió cuando él se aseguró de que aquella mezcla asquerosa descendiera por su garganta.

Reginald aguardó a que la repulsión lo invadiera al recordar el asesinato. No sintió nada, ni siquiera remordimiento. ¿Cómo había llegado a ese punto, cuando el otoño pasado había agonizado solo con la idea de cometer un crimen?

Su conciencia lo había abandonado y ahora parecía burlarse de él. Tantas conspiraciones lo habían transformado. Llevaba tanto tiempo planeando actos repugnantes que, cuando surgía la necesidad, el asesinato le parecía una solución natural y adecuada a cualquier dilema.

Cerró los ojos. El honor y el respeto por sí mismo se habían desvanecido hacía tiempo, dejándolo como un cascarón vacío. Mejor así. Su nuevo sobrino debía morir. Al menos un bebé no podía luchar como lo había hecho la partera.

Una pizca de cautela se despertó en él. ¿Por qué la viuda de su hermano había decidido traer a su hijo allí, cuando detestaba FitzGerald? ¿Era una trampa? Tal vez lo que había tramado para lady FitzGerald no había pasado inadvertido, como insistía la partera. En cualquier caso, él era un hombre paciente. El bebé no tenía por qué morir de manera sospechosa en su primera semana en casa.

De pronto, una emoción nueva lo atravesó. Dondequiera que estuviera la viuda de su hermano, allí estaría Clare. Su conciencia ni siquiera intentó protestar ante el hecho de que ya no era el tipo de hombre que ella podía admirar. Resultaba mucho más cómodo excusarse, una vez más, asegurándose de que todo lo que hacía garantizaba la felicidad futura de ella. Casi logró convencerse, pero no del todo.

Reginald se dio la vuelta y descendió por la escalera de caracol de la torre de la puerta. Pasó junto a la maquinaria del puente levadizo y salió por la sólida base de la torre. De pie bajo el arco de entrada de FitzGerald, se preparó para recibir a aquellos visitantes indeseados.

El ayudante del sheriff de Crosswell fue el primero en cruzar el arco de piedra.

—Bienvenido a FitzGerald, sir Martin —saludó Reginald con una cortesía fingida.

—Me alegra estar aquí, sir Reginald —respondió el joven caballero con una sonrisa amplia. El vástago de Adam de la Bois se había quitado el yelmo y la cofia de malla; el viaje había oscurecido aún más su piel morena, haciendo que sus ojos parecieran todavía más negros—. Estoy sediento. Espero que escondas una cuba de buen vino en este lugar.

Reginald se obligó a sonreír. Mocoso arrogante. ¿Qué derecho tenía a tratar como a un igual a un hombre que le doblaba la edad? Peor aún, aquel muchacho podía reclamar la estancia de Reginald durante toda su visita; le correspondía por derecho como ayudante del sheriff de Crosswell. Le irritaba incluso ceder algo tan pequeño.

—Entonces tendrás que acomodarte en el salón. Haré que el mayordomo te sirva lo mejor que tengamos —respondió con voz melosa.

Cuando De la Bois pasó junto a él, Reginald volvió la vista hacia los demás. Contuvo el aliento, sorprendido. En medio de la comitiva cabalgaba una mujer. La misiva de lady FitzGerald había sido clara: ella y su séquito llegarían en carro y no cruzarían esa puerta hasta finales de junio. Esa semana acababa de terminar.

Entrecerró los ojos. A causa del calor, la mujer llevaba un sombrero de paja que le protegía el rostro del sol. Sus vestidos de tono leonado estaban cubiertos de polvo, apagando el delicado matiz anaranjado hasta casi igualarlo al color de las trenzas miel que le caían más allá de la cintura esbelta.

—¿Clare? —La palabra se le escapó en un suspiro cargado de anhelo. Contuvo su alegría y adoptó el tono apropiado—. Lady Clare, bienvenida a FitzGerald. Juro que no puedo creer lo que ven mis ojos. No esperábamos su llegada hasta finales de junio, junto con su prima.

Los hombros de Clare se tensaron al oír su voz. Cuando alzó la cabeza para mirarlo, había tanta tristeza en su rostro que a Reginald se le encogió el corazón. Entonces, una esperanza peligrosa se encendió en él. Tal vez el niño había muerto y ella lo lloraba.

Abriéndose paso entre los caballos que avanzaban lentamente, tomó las riendas de su palafrén para guiarlo por el patio.

—¿Cómo os encontráis, milady? Parecéis afligida.

—Así es —susurró ella, antes de alzar la voz—. Confundís el cansancio con otra cosa, sir Reginald. Estoy tan bien como cabe esperar tras un viaje largo y polvoriento. ¿Y vos? —Su tono era neutro, como si hablara con un conocido casual y no con el hombre que amaba.

La confusión lo sacudió. ¿Por qué susurrarle una cosa y negarla en voz alta? Maldito fuera aquel mundo absurdo. Lo único que deseaba era tomarla en brazos y besarla hasta que desapareciera su tristeza. Sin embargo, la decencia lo mantenía prisionero de unas formalidades sin sentido.

—Me encuentro bien, como siempre, milady. —Forzó una calma educada—. Me sorprendió recibir la carta de vuestra prima anunciando su regreso. No ha ocultado nunca lo poco que aprecia este lugar.

—Dejad que los demás se adelanten —le susurró Clare.

Reginald detuvo el palafrén, fingiendo revisar la herradura. Cuando los soldados avanzaron hacia los establos, alzó la vista hacia

ella. Parte de la tristeza había desaparecido, sustituida por una sonrisa irónica.

—No viene por voluntad propia —dijo con voz normal—. Trae consigo a alguien cuyo padre insiste en la protección de muros sólidos y muchos hombres. Como mi prima no soporta separarse de su invitada, cedió y aceptó residir en FitzGerald. Yo me adelanto para preparar este lugar para su llegada.

Miró a su alrededor; los demás se hallaban ya a cierta distancia. Al volver la vista hacia él, la tristeza regresó a su rostro.

—He venido para que FitzGerald sea un lugar seguro para ellas.

—¿Harás de FitzGerald un lugar seguro? —replicó Reginald con una burla suave—. Creía que ese era mi deber.

—Así debería ser —respondió ella, quitándose el sombrero de paja, que quedó colgando de las cintas a su espalda—. Me hallo en una situación extraña, buen señor, con el corazón dividido entre dos amores.

Reginald la observó con atención. Lo que leyó en sus ojos le provocó un nuevo desasosiego.

—¿Qué queréis decir?

—Que debemos hablar, y en privado —susurró—. ¿Hay en FitzGerald algún lugar donde nadie pueda oírnos?

Por un instante, Reginald estuvo convencido de que ella sabía de su intento de matar al bebé. El pánico lo sacudió. Ella, más que nadie, debía comprender lo que había hecho y por qué.

—El jardín —propuso, señalando la curva del muro.

—No. Allí podrían interrumpirnos —replicó ella con voz suave y triste—. Lo que debo decirle quedará para siempre entre nosotros.

El pánico disminuyó. Lo que ella sabía no lo había compartido, ni lo haría jamás. Clare poseía honor y lealtad, virtudes que él había perdido. Pero también había matado el amor que ella sentía por él.

Clare se movió para desmontar. Reginald soltó las riendas y la ayudó, cogiéndola por la cintura. Cuando ella quedó en el suelo, él mantuvo las manos sobre sus caderas, deleitándose en la sensación de su esbeltez bajo los dedos.

Clare le sujetó las muñecas, pero no le apartó las manos, como si también quisiera prolongar aquel instante. El amor que brillaba en su rostro era el mismo que había visto en aquel frío día de octubre. ¿Cómo era posible que lo que ella sabía no hubiera cambiado lo que sentía por él?

—La cámara superior de la torre del homenaje —susurró—. ¿Vendrás allí sola, bajo el amparo de la noche?

—Iré. —Entrelazó sus dedos con los de él un breve instante antes de soltarlos.

—Maitines. Para entonces la noche será cerrada.

Tomando las riendas de su palafrén, Clare se dirigió hacia los establos. Reginald permaneció inmóvil, con las manos vacías y la cabeza inclinada, ante el hombre que había sido... y que ya no existía.



Desde el interior de la cámara superior de la torre del homenaje, con la puerta abierta de par en par, Reginald podía ver el cielo estrellado sobre él. La noche era clara, la luna casi llena. Flotaba en lo alto, un disco pálido que marcaba el lugar donde el hoy se convertía en ayer. Llevados por una brisa fresca y cálida, los murciélagos se lanzaban en picado en busca de su comida. En definitiva, era una noche gloriosa para estar al aire libre.

Algo mareado por sus propios pensamientos, Reginald avanzó hasta detenerse cerca del rellano. Sir Martin y él habían compartido más de unas cuantas copas de vino aquella noche, pero lo único que había descubierto era que el muchacho sentía un respeto sincero por

él y por su administración de FitzGerald. No, había aprendido algo más. La invitada que lady FitzGerald había traído consigo era la hija del sheriff, pero aquel dato se le había revelado abiertamente, no como si se tratara del secreto que Clare había insinuado.

Debajo, a su izquierda, se extendía el vestíbulo. Reginald escrutó la oscuridad en busca de Clare. Cuando ella apareció en el borde del patio, la luz de la luna se deslizó como plata por su falda. Avanzó con decisión hacia el montículo de la fortaleza y luego subió por el camino. Reginald salió de la cámara, cuidando de mantenerse en las sombras para no ser visto.

Clare llevaba el mismo pañuelo que se había puesto aquella tarde mientras trabajaba en los aposentos de las mujeres y en el solárium. Entre eso y el cabello recogido en una sola trenza, tenía el rostro y el cuello completamente al descubierto. Al poner el pie en el primer escalón de madera, se detuvo y alzó la cabeza.

Reginald contuvo el aliento. La luz plateada borraba todo rastro del paso del tiempo en su rostro; por un instante, parecía una muchacha de diez años. Dios santo, ¿por qué ningún hombre la había pedido en matrimonio? Era hermosa, digna de cualquier hogar, aunque no poseyera ni un palmo de tierra.

Una leve preocupación marcaba sus rasgos, pero la dejó atrás al comenzar a subir. Reginald esperó sentir el deseo crecer en su interior conforme ella se acercaba. En lugar de eso, lo invadieron la confusión y el dolor. Ella sabía quién era él y qué había hecho, y aun así parecía seguir amándolo. ¿Por qué?

Cuando Clare llegó al rellano, Reginald emergió de la oscuridad y le tomó la mano. Ella no se sobresaltó. Él la condujo a la pequeña estancia situada tras la puerta. Sus pasos resonaron huecos sobre el suelo de madera. Bajo ellos, las bodegas aguardaban vacías la abundancia del otoño.

Una luz pálida se filtraba por las rendijas sin contraventanas, guiándolos hasta los dos enormes cofres del tesoro apoyados contra la pared del fondo. Clare se sentó en uno de ellos; Reginald ocupó el

otro. Ella apoyó la cabeza contra la piedra y el resplandor lunar se reflejó en sus lágrimas.

—No llores —pidió él, consciente de haber destruido la única bondad que la vida le había ofrecido.

Ella suspiró.

—Lloro por mí, porque sigo creyendo en tu amor. Y si lloro es porque has hecho imposible lo que deseábamos.

Reginald cerró los ojos, sintiendo cómo lo que pudo haber sido se desvanecía para siempre.

—¿Ya no hay nada entre nosotros? —susurró—. ¿Ha terminado tu amor?

—No, Dios me perdone, no es así —respondió ella con un suspiro suave y triste—. Mi corazón no ha cambiado, ni siquiera cuando mi cabeza me dice lo horrible que es lo que has hecho. ¿Cómo, Reginald? ¿Cómo has podido utilizarme así? —Alzó la voz—. Llevé la poción que me diste el otoño pasado a la partera de Crosswell. Me dijo que era un brebaje abortivo.

Al comprender la magnitud de su acto, Reginald luchó por respirar. ¿Cómo había podido creer que aquello no saldría a la luz? No solo la había traicionado a ella, sino también a sí mismo.

—Lo hice por nosotros —intentó justificarse—. Quería una vida digna de ti. No habría soportado verte como la esposa de un simple administrador. Merecías ser la señora de FitzGerald.

—La avaricia es un tirano terrible —respondió Clare con amarga serenidad—. La Iglesia no nos permitiría casarnos, y hacerlo contigo me convertiría en una ramera. Tus iguales te habrían despreciado. Con el tiempo, me habrías dado la espalda buscando una novia joven y rica.

—No es cierto —protestó él, aunque en lo más hondo sabía que ella tenía razón.

—¿Mataste a Theobald? —preguntó ella sin emoción, aunque su postura revelaba la necesidad de conocer toda la verdad.

Reginald giró el cofre para mirar hacia la oscuridad de la torre.

—No, aunque ayudé a ocultar lo ocurrido. Fue el padre de la muchacha que Theobald violó quien lo mató. Lo derribó del caballo con una podadera cuando lo sorprendió en el bosque. Cuando llegué, el muchacho ya estaba herido de muerte. Entré en pánico. — La miró con pesar—. Pensé que Gradinton y Morven jamás creerían que yo no estaba implicado. Entre los dos movimos el cuerpo y nos llevamos su caballo para fingir que había desaparecido. Ninguno puede denunciar al otro.

—Ya veo —dijo Clare, como si lo comprendiera—. ¿Y Aldric? ¿Qué planeaste para el hijo mayor de mi prima?

Reginald soltó un suspiro despectivo.

—¿Ese muchacho? No hacía falta matarlo. El destino de un escudero habría acabado con él de todos modos. Jamás quise dañarlo. Solo quería lo que es mío.

Apoyó los codos en las rodillas y cerró los puños.

—No sabes lo que es trabajar casi cuarenta años para ver prosperar este lugar. ¿Por qué debo renunciar a todo por ser el segundo hijo?

—Por la misma razón por la que yo debo vivir sin hogar ni esperanza —replicó ella con un suspiro—. Así es el mundo. Ni siquiera puedo retirarme a un convento. —Lo miró—. Sin la generosidad de mi prima, no habría alegría en mi vida. Tu codicia estuvo a punto de arrebatarme eso.

Reginald se tensó y luego se derrumbó al reconocer la verdad.

—Sí. Tienes razón.

Al admitirlo, algo se liberó en su interior. Por un instante volvió a encontrar la paz en la idea de ser solo el administrador de FitzGerald. Si lograba que ella confiara de nuevo en él, podrían casarse y vivir con sobria comodidad.

—Clare —suplicó—, ¿no hay forma de recuperar tu afecto? No he causado un daño real.

Una mentira. Había asesinado a la partera. La sombra regresó a su corazón.

—Hay una cosa —susurró ella en voz baja—, pero no te agradará.

—Nada me resulta demasiado oneroso —respondió con rapidez—. Dímelo.

—Quiero que abandones FitzGerald mientras mi prima y su hijo residan aquí.

Reginald se puso en pie de un salto.

—¿Marcharme? ¿Cómo puedes pedirme que deje el único hogar que he conocido?

—¿Y cómo puedo permitir que te quedes sabiendo lo que sé de ti? —respondió ella con triste calma.

—Te doy mi palabra...

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Me pides que ponga la vida de mi ahijado en tus manos. No puedo hacerlo. Si te vas, sabré que tu amor por mí es más fuerte que tu avaricia.

Reginald la miró, atónito.

—Nunca lo había pensado así...

Se arrodilló ante ella.

—Nunca pensé perderte.

Clare le acarició el cabello con ternura.

—Bajo lo que te ha corrompido aún hay bondad. Por eso sigo amándote. Demuéstrame tus intenciones. Abandona FitzGerald. Cuando estés seguro de haber vencido a tu codicia, ven a buscarme. No me importa vivir en una choza. Solo quiero tu amor.

Reginald la ayudó a levantarse y la estrechó contra sí. Clare apoyó la cabeza en su hombro y suspiró, mezclando placer y anhelo.

—¿Cuál es tu respuesta? —murmuró.

—Quiero tu amor. Al amanecer, ya me habré ido.

Mientras pronunciaba esas palabras, la avaricia gritaba dentro de él. Solo con un esfuerzo brutal logró acallarla. Reginald cerró los ojos y apoyó la frente contra la de ella. Que Dios lo perdonara, pero estaba dispuesto a apostar cuánto tiempo podría sostener su amor frente a su ambición.

Capítulo 20

Marion se abanicaba con la mano mientras ella y el nuevo castellano de FitzGerald caminaban por el sendero del pueblo que conducía de vuelta a su puerta. Ni siquiera la sombra de su sombrero de paja de ala ancha le ofrecía alivio del calor. Ese día parecía más propio de agosto que de principios de septiembre, y tras una semana sin lluvia, cada paso que daba levantaba una fina nube de polvo marrón pálido. La tierra se adhería a los dobladillos de su vestido amarillo, ahora modificado, ya su sobrevestido de lino marfil.

Marion miró al hombre cuyos pasos más largos levantaban la mayor parte del polvo.

—Alabado sea Dios, ahora solo queda la fiesta de la cosecha antes de que termine la temporada.

Sir Gilbert, alto, delgado y con el doble de su edad, avanzaba con una discreción casi tímida. Era un caballero tranquilo, enviado por Nicholas para encargarse del mando militar que ahora protegía FitzGerald. Cuanto más tiempo permanecía Gradinton sin hacer ningún movimiento para reclamar a Matilda o sus propiedades, más hombres enviaba Nicholas para garantizar su seguridad.

Marion suspiró. Aunque Gilbert se ocupaba de las cuestiones militares que antes recaían en Reginald, no era mayordomo. Esa responsabilidad había quedado en sus manos. La repentina marcha de Reginald seguía inquietándola. Era como si no hubiera podido soportar vivir en el mismo lugar que ella. Sin embargo, había algo más profundo que no lograba comprender. ¿Por qué alguien tan entregado a FitzGerald se había marchado sin volver la vista atrás?

El libro de cuentas de Reginald lo explicaba todo. En los márgenes de sus cálculos minuciosos había anotaciones sobre la producción de grano, el linaje del ganado, el rendimiento de los campos. Todo estaba registrado con una precisión casi obsesiva. Gracias a ello, Marion sabía exactamente qué debía a los siervos que acababan de concluir la cosecha. Allí figuraba incluso cuántos bueyes, ovejas y pollos debían sacrificarse, la cantidad exacta de pan y la nota final de que cada trabajador debía recibir dos jarras de cerveza.

—Milady —la voz serena de sir Gilbert la arrancó de sus pensamientos—. Lord Coudray ha llegado.

Marion alzó la vista hacia la puerta abierta de FitzGerald. El corcel de Nicholas, sin silla ni jaeces, pero aún marcado por un largo viaje, pastaba en el prado cercano. La visión de Passavant provocó en su corazón una reacción inesperada: dio un vuelco, se detuvo y, al instante, intentó calmarse.

—Así es —respondió, y las palabras apenas lograron escapar de sus labios apretados.

Así se habían vuelto sus visitas. Nicholas nunca avisaba. Simplemente aparecía con uno o dos hombres, se quedaba algunos días en FitzGerald ocupando su antiguo dormitorio y luego partía. Si pasaba mucho tiempo con Matilda, las tardes de verano se alargaban hasta el anochecer. Una vez que su hija se acostaba, Nicholas se reunía con Marion y Clare en el pequeño jardín. Las conversaciones se prolongaban hasta que caía la noche cerrada y siempre era Clare quien ponía fin a la velada.

Al principio hablaban de asuntos prácticos: las casas que se ofrecían para acoger a Marion en el futuro, el progreso constante de Aldric en Lacy. Poco a poco, sin embargo, las charlas derivaron hacia temas más personales. Marion había aprendido mucho sobre Nicholas como hombre, pero eso era todo lo que había tenido de él durante todo el verano: palabras.

Miró con irritación sus faldas cubiertas de polvo. Parecía que él había abandonado la idea del matrimonio. Ni una sola vez, en todas aquellas conversaciones, había vuelto a mencionarlo. Tampoco la había tocado deliberadamente desde la mañana del bautizo de Simon.

Al principio, Marion había agradecido esa distancia, pues le permitía mantener a raya la intimidad compartida. Sin embargo, cuanto más conocía a Nicholas, más crecía su afecto por él, hasta convertirse en un deseo persistente y atormentador. Su última visita la había dejado ansiándolo más de lo que creía posible. Cada vez que él se marchaba, la imagen de Nicholas durmiendo en su cama la perseguía durante noches enteras.

Maldito fuera. Marion arrastró el zapato por el suelo. Si había retirado su oferta, al menos debería decírselo a la cara. Era una simple cuestión de cortesía. Y maldita fuera ella también. Si no deseaba casarse con él, ¿por qué le importaba tanto lo que él sintiera?

Cuando ella y sir Gilbert atravesaron la penumbra de la puerta, el caballero se volvió hacia los guardias.

—¿Dónde está lord Coudray?

—Él y lady Clare han ido al río con lady Matilda para bañarse, señor —respondió uno de los hombres.

—Bien —dijo Marion sin pensar, tan grande fue su alivio. Cuanto más lejos estuviera Nicholas, menos la atormentaban sus pensamientos.

Los soldados la miraron con curiosidad. El que había hablado alzó una ceja.

—Milady, si lo desea, enviaré a Robin —indicó señalando a un subordinado— a buscar a lord Simon y a su niñera para traerlos al jardín.

Marion parpadeó, sorprendida de lo evidente que se habían vuelto sus rutinas.

—Sí, por favor. Y gracias.

El soldado sonrió y Robin salió corriendo hacia el vestíbulo. Sir Gilbert lo siguió con paso más lento, mientras Marion cruzaba el patio hasta la puerta del jardín. Al entrar, observó el lugar con disgusto. Apenas había cambiado desde su regreso a FitzGerald un año atrás. La marcha de Reginald y el escaso interés de Clare por la jardinería lo habían dejado abandonado. Marion no había tenido tiempo de ocuparse de él. Al menos, el peral ofrecía algo de sombra y el aire era más fresco.

Apenas había llegado al árbol cuando la niñera de Simon abrió la puerta. Berta había tardado cuatro días en admitir que Marion estaba dejando pasar hambre a su hijo. La muchacha que le proporcionó era morena, de ojos oscuros y porte recto. Su marido había muerto poco antes del nacimiento de su primer hijo, y el bebé lo había seguido a la tumba pocas semanas después. En Simon, Johanna encontró un sustituto para el hijo perdido y un consuelo para su dolor.

Vestida con un sencillo traje rojo, Johanna se acercó con el ceño fruncido por la preocupación. Si Marion disfrutaba de aquel rato al aire libre con su hijo, la niñera apenas lo toleraba. Había protegido el rostro de Simon del sol con un paño fino y llevaba una manta gruesa sobre el hombro.

Cuando Marion tomó a su hijo en brazos, retiró el paño de su carita. Simon entrecerró los ojos y luego la miró. Su rostro redondo se iluminó con una sonrisa de reconocimiento. Sus brazos y piernas se agitaron contra las fajas de tela que lo envolvían con pura excitación.

—Oh, cuánto anhelas tu libertad —rió Marion mientras se acomodaba sobre la manta—. Pues bien, pequeño, la tendrás un rato.

Comenzó a desatarle las fajas de lino que lo mantenían envuelto,

—Milady, ¿está segura? Aún no tiene seis meses. ¿Y si se le tuerce el cuerpo? —Johanna juntó las manos, repitiendo la queja habitual.

—¿Qué daño puede hacerle seguir su voluntad por un momento? —respondió Marion.

Una vez libre, Simon gruñó de placer y agitó brazos y piernas antes incluso de que ella lo tumbara boca abajo. La luz del sol se filtraba entre las ramas, cubriendo su piel desnuda de destellos dorados. Marion pasó un dedo por la suave curva de su cráneo; el fino cabello rojizo se erizó bajo su caricia.

Simon giró la cabeza hacia ella y, para sorpresa de Marion, el movimiento lo hizo rodar sobre la espalda. Entrecerró los ojos, fascinado por la luz y por las peras maduras que colgaban sobre él. Alzó las manos, esforzándose por alcanzar lo imposible. Marion rio ante su entusiasmo.

—¡Sus ojos! —exclamó Johanna, alarmada—. Milady, se quedará ciego.

Una sonrisa irónica asomó a los labios de Marion. Tomó su sombrero y lo colocó entre Simon y el sol, dejando que las cintas bordadas cayeran sobre su rostro. El niño parpadeó, sorprendido, y luego comenzó a balbucear, abriendo y cerrando las manos con expectación. El amor la inundó con tal intensidad que pensó que podía morir de él.

De pronto, un estruendo resonó en la puerta. La voz aguda de Matilda contrastaba con las de los hombres que la acompañaban. Johanna sonrió al oírla.

—Lady Matilda querrá bañar a lord Simon. Es su pasatiempo favorito.

La puerta del jardín se abrió de golpe. Johanna levantó a Simon mientras Matilda corría hacia ellos. Marion se incorporó con más lentitud, con las emociones desbordadas.

—¡Minnie, hemos vuelto a casa!

El verano había bronceado la piel de su muñequita, haciendo que sus ojos grises resultaran aún más llamativos. Su vestido azul se le pegaba al cuerpo, húmedo, y mechones de cabello oscuro le caían por la espalda. Matilda rodeó la cintura de Marion con los brazos y apoyó la barbilla en el vientre de su madre adoptiva.

Marion la abrazó con fuerza, con el corazón oprimido. No habría otro verano así. Tarde o temprano, Nicholas decidiría dónde viviría Matilda.

—Has estado nadando, ¿verdad?

—Sí, porque papá está aquí —respondió la niña, radiante.

Marion alzó la vista hacia Nicholas. La frustración y el dolor se agitaron en su interior. Dios santo, era un hombre hermoso. El parche oscuro contrastaba con su piel bronceada, y sus cicatrices se habían reducido a finas líneas blancas. Sus ojos azules brillaban con intensidad. Incluso mojado, su cabello relucía como oro.

La mirada de Marion descendió por sus hombros anchos. Se había quitado la túnica y llevaba solo la camisa, las calzas y los zapatos. El lino húmedo se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Los cordones desatados dejaban al descubierto parte de su pecho. El deseo de tocarlo, de recorrer cada centímetro de su cuerpo, la hizo estremecerse. Pero Nicholas no la deseaba. Se obligó a apartar la mirada.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó a su muñequita, ocultando el dolor que sentía.

—Sí, me gusta nadar.

—Se ahoga más de lo que nada —bromeó su padre.

Posó la mano en la cabeza de su hija, y sus nudillos rozaron la cintura ya recuperada de Marion en una caricia involuntaria. Sus dedos se deslizaron por la suave curva de su abdomen. Marion sintió el contacto como si su piel ardiera.

—No es cierto —replicó Clare con firmeza—. Nada muy bien. Solo evita sumergir la cabeza.

Marion miró a Nicholas y se arrepintió al instante. Él sonrió con esa sonrisa suya, blanca y peligrosa. Se inclinó hacia ella y casi le rozó la oreja.

—Lo que tu prima no sabe es que fue mi mano la que sostuvo a mi chica —susurró.

Se apartó enseguida y volvió su atención a Simon. Marion soltó un suspiro, decepcionada consigo misma.

Nicholas tomó al niño de los brazos de Johanna.

—¿Qué ocurre? Alguien te ha robado la ropa, muchacho —dijo mientras Simon reía. Al alzarlo, el niño chilló de alegría.

—Tenga cuidado, milord —advirtió Johanna.

Nicholas obedeció de inmediato y bajó al niño. Marion sintió un pinchazo de celos. Qué atento era con los temores de una sirvienta, mientras ignoraba los suyos.

Simon clavó los pies en el pecho del hombre y, de pronto, agarró la cinta negra del parche de Nicholas. Al llevársela a la boca, atrajo su rostro.

—Basta —dijo Nicholas, soltando con cuidado los deditos del niño.

Marion sintió otro pinchazo. Ahora era cariñoso con Simon, pero ¿qué ocurriría cuando ella se marchara? Ya no vendría a FitzGerald. Eso era lo que ocurriría.

Se abrazó a sí misma. Madre de Dios, la ausencia de Nicholas dejaría un vacío más doloroso incluso que la separación de Matilda. ¿No se daba cuenta de cuánto lo necesitaba?

La revelación la dejó inmóvil. ¿Así pretendía desperdiciar su libertad recién ganada? ¿Qué le estaba ocurriendo?

Simon chupaba felizmente el cordón de la camisa de Nicholas. Matilda tiró de la manga del hombre para que bajara al niño y poder hacerle cosquillas. La risa de Nicholas, unida al júbilo de Simon, hizo que el amor la envolviera de nuevo.

Y esta vez no la soltó.

Que Dios la perdonara, lo amaba. Marion apretó la mandíbula, aterrada. Era terrible. Tenía que marcharse antes de que cometiera un error.

Empujó a Clare, agarró a Nicholas por la manga y lo hizo girar hacia ella.

—Basta. Devuelva a mi hijo a su niñera y váyase de mi casa —ordenó, tirando de él con pánico—. Váyase ahora. Monte su caballo y márchese.



Nicholas miró a la mujer que pretendía convertir en su esposa, una vez más desconcertado por ella. ¿Qué la había enfurecido ahora? Había un profundo miedo acechando en las sombras de sus ojos cobrizos. La urgencia en su voz tenía un tono extraño.

Al reconocerlo, una sutil sensación de triunfo se apoderó de él. Aquello que oía no era simple enfado, sino desesperación. El sonido de una mujer que sabía que estaba perdiendo la batalla y aún así intentaba plantar cara una última vez. La comisura de sus labios se alzó con lentitud. Había derribado sus defensas y ahora ella trataba de apartarlo antes de que él mismo se diera cuenta. Entregó a Simon a la niñera con deliberado cuidado.

—Minnie —llamó su prima—. ¿Qué ocurre?

Marion cruzó los brazos con gesto desafiante y se apartó de Clare.

—No ocurre nada, salvo que él debe marcharse.

—Papá, ¿tienes que irte? —Los ojos de Matilda se abrieron con una tristeza repentina.

Nicholas se acercó a su hija y Matilda le rodeó el cuello con entusiasmo. La emoción de tenerla entre sus brazos aún no se había disipado, y la acunó contra su pecho.

—Minnie y yo tenemos que hablar. ¿Podemos hacerlo a solas?

—No hay nada que hablar —replicó Marion en voz alta—. Tienes que irte de FitzGerald. Llamaré a tus hombres.

Se volvió como para cumplir su amenaza.

Nicholas la agarró del brazo.

—Creo que no.

—¡Suéltame! —gritó ella, presa del pánico, forcejeando sin éxito.

—Minnie —llamó Matilda con miedo, escondiendo el rostro en el hombro de su padre.

—¡Marion, basta! —intervino Clare—. La estás asustando.

Marion se llevó el puño a la frente con frustración, luego exhaló y se serenó. Avanzó un paso hasta posar la mano en la espalda de la niña.

—Lo siento, cariño —susurró—. Tu padre tiene razón, debemos hablar. Es hora de bañar a Simon y sabes que Johanna necesita tu ayuda.

Cada vez que Marion relegaba sus propias necesidades por el bienestar de su hija, el afecto de Nicholas por ella crecía. Eso era lo que deseaba de ella. No estaría satisfecho hasta figurar entre las personas a las que ella amaba.

La niña se relajó en sus brazos y levantó la cabeza.

—Tengo que ayudar a Johanna.

—Entonces debes irte enseguida —respondió él, dejándola en el suelo.

Matilda tomó la mano de Clare y ambas salieron del jardín con rapidez, apenas siguiendo a la niñera.

—¿Vendrás a verme, papá? —gritó Matilda por encima del hombro antes de que Clare cerrara la verja.

No hubo tiempo para responder. Se quedaron solos.

—Me dejarás marchar —siseó Marion—. Soy una mujer libre y no tienes derecho a retenerme contra mi voluntad.

—Eso es cierto —admitió él—, pero no quiero dejarte ir.

Ella tiró de su brazo atrapado. Nicholas, en cambio, se recreó un instante en su figura. El cinturón bordado le ceñía la cintura, revelando que había recuperado su esbeltez. La cofia ocultaba la curva de sus mejillas y la línea delicada de su cuello. Aun con la mirada encendida de ira, sus labios atraieron la atención de él. Marion sintió el calor subirle al rostro y su expresión se suavizó, transformándose en algo mucho más ardiente. El deseo brilló en sus ojos.

Nicholas tragó saliva. Ella lo deseaba tanto como él a ella. La necesidad vibraba entre ambos. Luego, Marion enrojeció, avergonzada.

—¿Cómo te atreves a mirarme así? Deja de hacerlo ahora mismo. No lo toleraré —le espetó.

—Solo te devuelvo tu interés —respondió él con diversión.

—No tengo ningún interés en ti.

Le dio la espalda para ocultar el rostro.

—¿No? —rió suavemente—. Entonces no debería molestarte que me quede a visitar a mi hija. Además, dado que es mi ejército quien protege tu puerta, te resultará difícil echarme.

Marion lo miró por encima del hombro, sin respuesta. Sus labios se torcieron con amargura.

—Si no te vas, me llevaré a mi familia y me marcharé yo.

—No lo creo.

Nicholas la atrajo hacia él. Ella clavó los talones en el césped seco, pero resbaló y quedó cada vez más cerca.

—Basta, milord —ordenó en voz alta—. No tienes derecho. Ya no soy tu pupila.

—Eso dices tú.

La rodeó con el brazo y la estrechó contra su pecho. Marion suspiró antes de tensarse de nuevo.

—Hazme el favor —pidió él—. Dime qué te asusta tanto que necesitas echarme.

—iTú me asustas! —exclamó—. Apareces sin avisar, duermes en mi cama, te entrometes en mi vida hasta que... —Bajó la cabeza—. Maldición, te quiero ahí.

El triunfo lo recorrió. Todas aquellas tardes de contención habían merecido la pena.

—¿Y quererme en tu vida te molesta?

—Claro que sí —replicó—. Ya no me quieres. ¿Cuánto tiempo pasó antes de que respiraras aliviado por haber retirado tu oferta?

Nicholas la giró entre sus brazos y apoyó la mano en su espalda. El contacto los estremeció a ambos.

—¿Qué te hace pensar que he retirado mi oferta?

—Tú lo crees —murmuró—. No me has perseguido.

—¿Eso querías? ¿Que te persiguiera?

—No... bueno, tal vez sí. No sé lo que quiero.

Enterró la cabeza en su hombro.

Él la soltó y se apartó. Marion no protestó cuando retiró el alfiler de su cofia y dejó caer el velo. Unos mechones sueltos acariciaron su cuello.

—Nunca dije que te perseguiría —susurró—. Eso habría sido demasiado peligroso.

Ella se estremeció. Sus manos se deslizaron bajo la camisa de él y lo atraieron. Nicholas se estremeció también.

—Planeé un asedio —continuó—. Esperar fuera de tus murallas hasta que el hambre te venciera.

Ahucó su rostro y rozó sus labios. Marion lo besó con ansia. El beso se volvió intenso, ardiente. Luego él se apartó.

—¿Tienes hambre, mi amor?

Ella respiró hondo.

—Eres retorcido. Me has hecho amarte.

—¿De verdad? —rió—. Entonces admite la derrota.

—¿Qué quieres?

—Cásate conmigo, Marion de FitzGerald.

El pánico cruzó su rostro.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Gradinton puede reclamar a Matilda si te casas.

—Por eso la acogeremos primero. Luego nos casaremos. Cásate conmigo.

La besó en el cuello.

—No.

Ella se apretó contra él, gimiendo. Él la detuvo.

—¿Qué quieres que haga para que lo consideres?

—si me caso perdería mi libertad —susurró ella—. Preferiría ser tu amante. Así conservaría lo poco que tengo ahora.

Nicholas se relajó.

—Ahí está el miedo. Minnie, hay muchas formas de hacer daño, pero te juro que ninguna será intencionada.

—Eres un hombre —replicó—. Algún día te encontraré con otra mujer. No lo soportaría. Sería mi muerte.

Él sonrió, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Dame tu libertad y te daré mi corazón y mi cuerpo. Nunca ha habido otra mujer en mi cama sin promesa. Hazme la tuya y serás la única.

Marion lo miró, temblando.



Toda la lógica de Marion luchaba contra las necesidades de su corazón y los deseos de su cuerpo. Lo miró fijamente, como si el rostro de Nicholas pudiera revelarle si hablaba con sinceridad o si mentía, aun sabiendo que era un intento inútil. Seguía siendo un hombre, y lo que hoy prometía podría ser distinto mañana.

Se detuvo en seco en mitad de ese pensamiento.

Pero él no era como los demás.

Nunca había conocido a un hombre como Nicholas. Y, sin embargo, allí estaba ella, empeñada en juzgarlo según los mismos parámetros que había aplicado a otros, aferrándose a miedos que quizá ya no tenían razón de ser. ¿No era eso mismo lo que había hecho con Aldric, protegiéndolo en exceso por temores que el tiempo había demostrado infundados?

La imagen de Nicholas alzando a Simon en el aire acudió a su memoria. Johanna había gritado asustada, pero Marion no había sentido ni un instante de inquietud. Había confiado en él sin reservas. Y si podía confiarle a su hijo, a quien amaba más que a su propia vida, entonces también podía confiarle su propia persona.

Como si percibiera el cambio que se producía en ella, Nicholas dio un paso más cerca. Marion se refugió agradecida en su abrazo, apoyando la cabeza en su hombro.

Nicholas no la traicionaría.

—Minnie —susurró—, te amo. Cástate conmigo.

Ella respiró hondo.

—Sí —respondió, rodeándolo con los brazos—. Me casaré contigo. Pero con una condición.

Una risa profunda y contenida vibró en su pecho.

—No la abandonarás —dijo, divertido, como si ya supiera la respuesta.

—No —replicó Marion con firmeza—. Ella es mía. Encuentra otra manera de aplacar a Gradinton.

Nicholas se apartó lo justo para alzarle la barbilla con un dedo y obligarla a mirarlo. Su sonrisa era amplia, luminosa; el amor que sentía por ella irradiaba de cada uno de sus rasgos. Marion contuvo el aliento.

Él le acarició la mejilla con suavidad.

—Sabía que dirías eso. Cuando termine la corte de San Miguel, pondremos nuestras cabezas a trabajar y veremos qué solución encontramos.

Capítulo 21

*J*esu, pero hacía calor para ser principios de septiembre. Reginald, sin túnica y con la cabeza al descubierto bajo el sol, dejó que su corcel avanzara lentamente por el estrecho sendero que llevaba desde el pueblo a la carretera principal.

Con una fortuna que no creía merecer, había obtenido un puesto temporal como administrador de la abadía de Durham. El hombre que había servido a aquella rica casa languidecía a causa de una enfermedad contraída poco después de que Durham perdiera a su obispo. Mientras los santos hermanos rezaban por la recuperación del administrador, Reginald suplicaba —no sin cierta vacilación— que el hombre se rindiera por fin a aquello que lo consumía.

Su renuencia nacía de una aversión profunda hacia el puesto. Aunque la remuneración era adecuada y los monjes resultaban agradables para su carácter, las propiedades de la abadía estaban demasiado dispersas. Tantos desplazamientos lo dejaban dolorido por la silla e irritable. Además, los pueblos bajo su cargo eran una decepción: en conjunto, sus rendimientos no se acercaban a los de la fértil tierra de FitzGerald.

Pero lo que más le pesaba era Durham en sí. Aquel paisaje no tenía nada que ver con el sur de Inglaterra, más civilizado, donde había nacido. La nostalgia le retorció las entrañas; la necesidad de volver a FitzGerald se convertía en un dolor constante. Se había equivocado al someterse a la voluntad de Clare. Un hombre que permitía que una mujer lo dominara dejaba de ser un hombre.

El lejano sonido de cascos golpeando la tierra compacta lo sacó de sus pensamientos. Por el estruendo, se trataba de un grupo numeroso que se aproximaba al galope. Miró hacia delante, pero los

jinetes aún permanecían ocultos en el valle que se extendía bajo la colina. A su espalda, sus cuatro hombres despertaron de su letargo y se prepararon, ajustándose los chalecos de cuero y aflojando los arcos.

—No iremos a su encuentro —ordenó Reginald, pasándose una mano por la túnica empapada de sudor.

La cota de malla, hecha del mismo cuero hervido que llevaban sus hombres, descansaba sobre la silla tras él. No estaba dispuesto a freírse bajo aquel sol. Se la echó por los hombros sin atarla y se enfundó los guantes. Mientras aflojaba la espada, se maldijo por haber guardado el yelmo en la alforja; una hora antes le había parecido una molestia intolerable.

Con el tintineo constante de los arneses y el chirrido del cuero, el primer jinete coronó la colina. Reginald contuvo el aliento al reconocerlo. Baldwin de Gradinton, con la cabeza descubierta y el rostro enrojecido por el calor, avanzaba al frente de su tropa. El estómago de Reginald dio un vuelco ante la imposibilidad de encontrarlo en aquel rincón remoto del reino; Gradinton no poseía tierras tan al norte.

—Me alegra verlo, milord Gradinton.

El barón ordenó a su gente que se detuviera y permitió que su montura avanzara mientras lo saludaba.

—Vaya, Reginald de FitzGerald. ¿Cómo es que te encuentro aquí, en estas tierras olvidadas? —Su tono exageraba la sorpresa.

—Podría preguntarle lo mismo, milord —replicó Reginald.

—Podrías hacerlo. —Gradinton sonrió y alzó las cejas, dejando claro que aquel encuentro había sido buscado—. Mis hombres y mis caballos necesitan descansar. Quédate conmigo un rato y compartiremos noticias, amigo mío.

La cautela se apoderó de Reginald, pero no era prudente rechazar a un hombre tan poderoso.

—Descansaremos —ordenó a los suyos, y desmontó.

Los hombres dejaron a los caballos y sacaron odres para saciar la sed. Gradinton desmontó y condujo su montura unos pasos más allá, seguido en silencio por Reginald. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído de sus sirvientes, el barón se detuvo.

Reginald se quitó las piezas de armadura que había colocado apresuradamente. Una nueva confianza comenzó a crecer en su interior: Gradinton lo había buscado, y esa necesidad los colocaba, al menos por un momento, en un mismo plano.

—Me parece providencial que nuestros caminos se hayan cruzado —dijo Reginald.

Gradinton esbozó una sonrisa amarga mientras se limpiaba las manos en la sobrevesta.

—Un milagro, sin duda. Cuéntame tus noticias. Imagina mi indignación al descubrir que ese bastardo astuto, te expulsó de FitzGerald. Sin embargo —añadió con frialdad—, necesito un comandante en Gradinton. Un puesto especial, muy adecuado para tus talentos.

La confianza de Reginald creció. Gradinton necesitaba su conocimiento de FitzGerald.

—Hay algo que ignora —respondió—. Su nieta reside ahora en FitzGerald.

—¿De veras? —La sorpresa del barón parecía ensayada.

Comenzaba el regateo.

—Aunque no estoy satisfecho con mi puesto actual, los monjes pagan bien —dijo Reginald, saboreando el poder que sentía renacer.

Gradinton asintió, mirando hacia el horizonte.

—Tengo entendido que la viuda de Aymer ha dado a luz a otro hijo.

—Así es.

—Una pena —murmuró el barón.

—¿Por qué lo dice?

—Porque los niños mueren con facilidad en este mundo —replicó Gradinton, lanzándole una mirada oblicua—. Incluso los que están a punto de convertirse en hombres pueden caer de un caballo.

Reginald respiró hondo. Gradinton lo creía responsable de la muerte de Theobald y le insinuaba otra posible. No entregaría lo que el barón deseaba a cambio de promesas vacías.

—Sí, supongo que es cierto —respondió con frialdad—. Por fortuna, mi hermano dejó dos hijos vivos.

Gradinton soltó una risa áspera.

—Hace un año pensé que el mayor no sobreviviría a su entrenamiento.

—Muchos lo creímos —concedió Reginald—. Y, sin embargo, aquí estamos, un año después, y sigue con vida.

El barón frunció el ceño.

—Me pides algo que no puedo garantizar ahora. Dame a mi nieta y te recompensaré. Cuando llegue el momento, tendrás el mismo apoyo que tuvo Aymer.

La avaricia despertó en Reginald con un rugido. FitzGerald sería suyo.

—Milord —dijo al fin—, su oferta me resulta irresistible. Los monjes encontrarán sustituto para mí.

Y, al pronunciar esas palabras, supo que había elegido el camino del que ya no habría retorno.



Gilbert, con Clare pisándole los talones. La escalera de caracol era oscura y estrecha. Rodeada por muros gruesos, no se oía nada salvo el eco hueco de sus pasos sobre los escalones de piedra. Por un

instante, Marion pudo imaginar que eran los únicos tres seres que quedaban en aquel mundo silencioso.

Cuando sir Gilbert emergió en la muralla, Marion alzó la vista. Una capa espesa de nubes grises ocultaba el cielo. La niebla se coló en la escalera y se posó con suavidad sobre su rostro. Aquel breve instante de paz se quebró en cuanto pisó la parte superior del andamiaje.

En el patio trasero reinaba el caos. La gente corría de un lado a otro cumpliendo órdenes, trasladando provisiones del salón al castillo. El martillo del herrero resonaba con un ritmo frenético, mientras los carpinteros respondían con golpes secos de clavos contra la madera. Los hombres gritaban y se llamaban entre sí mientras sacaban la catapulta de sus cobertizos, junto con las piedras y los barriles de flechas. Los balidos de las ovejas aterradas se apagaban uno tras otro, mientras el rebaño de FitzGerald era sacrificado para sostener la defensa de su hogar.

Al abandonar la escalera, Marion se adentró en lo que dos días antes habría sido el vacío. Una empalizada levantada a toda prisa, aún incompleta, se aferraba ahora al exterior de la muralla de FitzGerald, sobresaliendo sobre el foso seco. Larga y estrecha, la estructura de madera parecía un pasillo suspendido. Los huecos entre los puntales verticales estaban cubiertos con paneles móviles, a modo de contraventanas, y el suelo se veía salpicado de aberturas. Desde allí, los defensores podían arrojar flechas y piedras, o verter líquidos hirvientes y otros disuasivos sobre cualquiera que osara acercarse demasiado. Solo faltaba el techo, que en ese momento estaban cubriendo con pieles de oveja recién curtidas para volverlo ignífugo.

Echándose hacia atrás la capucha de la capa, Marion asintió a sir Gilbert. El caballero levantó el panel más cercano. Con el corazón golpeándole en la garganta, Marion se acercó a la abertura, mientras Clare se colocaba detrás para sostenerla.

Nunca había visto tantos soldados reunidos. Se apiñaban como un enjambre mientras alzaban tiendas y encendían hogueras.

Los animales de tiro mugían y rebuznaban, inquietos, y las ruedas de los carros crujían bajo el peso de las máquinas de asedio desmontadas.

Recorrió el campamento con la mirada, buscando a los caballeros. Cerca del lugar donde solía bajarse el puente levadizo de FitzGerald distinguió un grupo de hombres con cota de malla. Uno la señaló y los demás alzaron la vista hacia la muralla.

Baldwin de Gradinton avanzó un paso, con el cabello oscuro humedecido por la niebla.

—Lady FitzGerald, qué alegría volver a verla.

El tono sarcástico y condescendiente de su voz avivó la ira de Marion y le infundió firmeza.

—Sois muy amable, milord —respondió sin un atisbo de temor—. ¿Qué trae a usted y a tantos amigos a llamar hoy a mi puerta?

—He venido a visitar a mi nieta.

—¿De veras? —replicó ella con estudiada incredulidad—. Deberíais haber escrito antes. No tolero visitas sin invitación. Es una pena que hayáis viajado desde tan lejos solo para que os rechace.

Gradinton rio.

—Por Dios, qué mujer tan valiente sois.

—Eso ya lo sabíais, milord —afirmó—. No hacía falta traer un ejército para comprobarlo. Sed razonable. No os daré lo que buscáis y lord Coudray vendrá pronto a expulsaros de mi puerta.

Gradinton negó despacio con la cabeza.

—Qué ilusa sois, milady. Lord Coudray no vendrá. Solo tiene una hija aquí. Cuando sea mía, volverá a casarse, como corresponde, y tendrá herederos mejores.

Marion contuvo el aliento. Gradinton ignoraba que ella era la mujer con la que Nicholas deseaba engendrar hijos. Aquello le dio un hilo de esperanza.

—Os equivocáis. Él ama a su hija —replicó, con una convicción que hizo fruncir el ceño a su adversario—. Y ambos sabemos que no tenéis tiempo de derribar nuestras murallas antes de que regrese de la corte.

—¿Eso creéis? —se burló Gradinton—. He mandado vigilar su comitiva. Cargado con testigos y carros, tardó tres semanas en llegar. No lo veréis hasta finales de octubre.

—¿Y qué os hace pensar que no lo hemos advertido? —replicó Marion con desdén, rogando en silencio que alguno de sus mensajeros hubiera logrado escapar del cerco—. Quizá no regrese con ellos.

—Por supuesto que no.

Gradinton hizo una seña. De una tienda cercana arrastraron dos cuerpos sin vida, los mensajeros de FitzGerald, llevados por los talones.

—Dos —susurró Marion a Clare—. Solo dos.

¿Pero cuáles? Sir Gilbert le había ordenado enviar dos mensajes, uno a Crosswell y otro a Nicholas en la corte de Michaelmas. Ella había añadido un tercero, dirigido a Aldric, en Lacy. Un alivio silencioso la recorrió al comprenderlo. Si Gradinton ignoraba aún el afecto de Nicholas por ella, aquel tercer mensajero debía de haber escapado. En esa carta había declarado su intención de casarse con Nicholas, esperando que lord Lacy acudiera en su ayuda.

Recobrando el aplomo, Marion volvió a alzar la voz.

—Llegáis en mal momento, milord. Mis bodegas están llenas y mis muros son sólidos. Podemos resistir hasta finales de octubre.

—Vuestra esperanza es excesiva —rio Gradinton—. ¿Os presento a mi capitán de asedio?

Hizo avanzar a un caballero que se quitó el yelmo. Clare ahogó un jadeo al reconocerlo.

—Que María nos ampare —susurró Marion.

Era Reginald de FitzGerald. En su libro de cuentas había anotado cada debilidad de aquellas murallas.

—¿Veis ahora cómo vuestra confianza os perjudica? —continuó Gradinton—. Dadme lo que he venido a buscar y me marcharé.

—Milord, me conmueve vuestra preocupación por mí —replicó Marion—. Pero soy más resistente de lo que pensáis. He sobrevivido ya a dos hombres. Creo que sobreviviré a un tercero.

Gradinton se tensó ante la burla, luego se encogió de hombros.

—Palabras audaces cuando mi ariete apunta ya a vuestra puerta. Si debo tomarla por la fuerza, seréis botín de guerra. Evitadlo, si sois sensata.

—Sois persistente, milord —respondió Marion—, pero mi respuesta sigue siendo no. Y agradeced a sir Hew su cumplido; a mi edad, una aprende a aceptarlos donde los encuentra.

Las risas de los hombres ocultaban el miedo que crecía en su interior.

—No habrá rescate —insistió Gradinton—. Dadme lo que quiero.

—Humildemente os ruego que me perdonéis, milord, pero no puedo hacerlo.

Se retiró de la abertura mientras el panel volvía a cerrarse. Al volverse hacia sir Gilbert, la fortaleza se le quebró. Apoyó el peso en su brazo.

—Rezad, sir Gilbert —murmuró—. Reginald dirige este asedio. Conoce cada piedra de FitzGerald y no habrá auxilio inmediato. Gradinton lo ha planeado todo.

—Y las probabilidades nos son adversas —admitió él—. Solo podemos resistir y confiar en que alguien avise a lord Coudray.

—Envié un tercer mensajero —dijo Marion—. Creo que Gradinton no lo ha interceptado. ¿Lacy nos ayudaría?

La expresión del caballero se iluminó.

—Si Lacy lo sabe, avisará a Nicholas y a Beamont. Rezad, milady, para que Gradinton no juegue con nosotros ocultando noticias.

La esperanza volvió a resquebrajarse.

—La oración es lo único que nos queda.

A su lado, Clare sollozó. Cuando Marion se volvió hacia ella, su prima la apartó.

—No me toques, Minnie. Mira lo que he hecho. —Clare miraba fijamente la empalizada—. Oh, Reginald, ¿cómo has podido?

—No puedes culparte por haber creído en él —susurró Marion.

—Eso sería cierto si lo hubiera descubierto hoy —respondió Clare—. Desde junio sé que ayudó a encubrir la muerte de Theobald, que deseó la de Aldric y que intentó matar a Simon. Por eso lo expulsé de FitzGerald. Solo ansía poseer este lugar. —Apretó los hombros de Marion—. ¡Gradinton le ha prometido la vida de Simon!

El miedo atravesó a Marion.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo único que explica que destruya su propio hogar.

Clare se dejó caer al suelo, deshecha.

—Me ha matado —susurró—. Me ha matado.

Marion se arrodilló ante ella.

—Si intentó asesinarlo, fue sin tu conocimiento.

—Me usó —admitió Clare—. Con la poción, con la partera. Lo amaba y no pude traicionarlo.

—¿Y ahora? —preguntó Marion.

—Amo al hombre que fue, no al monstruo que es. No puedo vivir sobre la sangre de niños.

Marion le tomó las manos.

—Y por eso te quiero tanto. Vamos, prima. Aún podemos proteger a Matilda y salvar a Simon.

Capítulo 22

-**M**ilord *sheriff*, tiene usted una visita.

La melodiosa voz de la joven esposa del comerciante de vinos llegó a Nicholas desde la puerta de la habitación, lo suficientemente dulce como para despertarlo. Martin tosió al desperezarse en la otra cama al otro lado de la estancia.

Nicholas había alquilado la casa y la cocina del comerciante durante la duración del juicio. Aunque el gasto superaba lo que había previsto, aquel había sido un año provechoso para Crosswell. Gracias al conocimiento minucioso que Martin tenía del condado, el Tesoro no solo recibió todo lo que le correspondía, sino que Nicholas logró reunir una suma considerable para amortizar lo que había pagado por el cargo de *sheriff*. Con esa seguridad, se había permitido visitar a un joyero y adquirir el regalo que pensaba ofrecer a Marion el día de su boda.

Bostezó y se estiró cuanto le permitió la cama demasiado corta. La oscuridad indicaba que aún era de noche. Tanteó bajo la almohada hasta encontrar el parche para el ojo y, junto a él, la bolsa de tela que guardaba el collar de perlas y ámbar que había comprado para su amada. Se colocó el parche.

—¿Quién es?

—Un hombre que se hace llamar lord Meynell. Aguarda abajo, en el vestíbulo, milord.

Nicholas frunció el ceño; no conocía a ningún Meynell.

—Dile que vuelva al amanecer.

—Sí, y déjanos dormir —murmuró Osbert desde el suelo, donde yacía entre otros hombres.

—Milord, me ha pedido que le diga que viene en nombre de su hija.

Nicholas se incorporó de golpe. La esposa del comerciante, apenas una muchacha de rostro fresco, no tendría más de quince años. Permanecía en el umbral con una lámpara en la mano, cuyo resplandor dorado iluminaba su bata de seda.

—Hazlo pasar.

Buscó la espada mientras la joven se retiraba. El acero desnudo reposaba sobre su regazo cuando los pasos del visitante anunciaron su llegada.

Lord Meynell entró con la cota de malla tintineando y la capa balanceándose contra las pantorrillas. La luz de la lámpara reveló un rostro anguloso, de mandíbula prominente bajo una barba oscura bien cuidada. La ira brotó en Nicholas.

—¿Qué clase de traición es esta? —espetó—. ¿Quién demonios es Meynell? Te mataré por usar un nombre que no te pertenece.

—Ahora soy Meynell —respondió Richard Fenwick con calma.

—¡Simon! —exclamó Martin desde su lecho, sobresaltado.

La furia de Nicholas creció al oír a su ayudante usar el nombre que su hermano mayor había adoptado tras rechazar el que su padre le dio.

—¿Cómo te atreves a utilizar a mi hija para ganarte mi confianza?

Richard alzó las cejas, imperturbable.

—¿Habrías preferido que viniera de otro modo? Traigo noticias, y me temo que te causarán dolor.

La serenidad de su medio hermano obligó a Nicholas a escucharlo.

—Dilo de una vez.

—Hace dos días, Gradinton ha sitiado FitzGerald.

—¿Qué? —Nicholas lo miró incrédulo—. Si fuera cierto, ya lo sabría. Lady FitzGerald conoce mi paradero.

—Tengo su mensaje. Me llegó a través de Lacy y de Godwin. Si no lo has recibido, solo puede significar que Gradinton capturó al mensajero —respondió Richard, acercándose para ofrecerle el pergamino y la lámpara.

Nicholas desplegó la hoja y reconoció de inmediato la letra firme de Marion.

A mi querido hijo Aldric, escudero de lord Lacy.

Te escribo con la esperanza de que esta carta llegue a tus manos. Esta mañana, Baldwin de Gradinton, enemigo declarado de lord Coudray, ha marchado sobre FitzGerald con un numeroso ejército y máquinas de asedio. Su intención es llevarse a Matilda de Coudray, su nieta y ahora única heredera. He enviado aviso a mi querido lord Coudray, el hombre que deseo como tu padrastro, pero se halla en la corte de Michaelmas y está obligado a permanecer allí por deber.

Nicholas siseó. El bastardo había aguardado pacientemente el momento en que él se encontrara más vulnerable. Por ley, solo el sheriff podía rendir cuentas ante el Tesoro. Continuó leyendo, y el dolor creció con cada línea.

Confío en que pidas ayuda a lord Lacy, hermano de Coudray. Si no fuera posible, resistiremos hasta que lord Coudray pueda venir. Te escribo con orgullo por tus logros y recordándote que ocupas el primer lugar en mi corazón.

Tu madre,
Marion, lady FitzGerald.

Aquello sonaba a despedida. ¿Por qué? Gradinton solo quería a Marion.

La respuesta lo golpeó con brutal claridad. Marion amaba a su hija como a su propia sangre y moriría antes de entregarla. El pánico estalló en su pecho. Dejó caer el pergamino y aferró la empuñadura de la espada.

—¡Maldito seas! —rugió, poniéndose en pie—. La matará.

La lámpara se estrelló contra la pared cuando descargó la espada contra el poste de la cama. La madera crujió y se partió. El humo acre le quemó los pulmones. Golpeó una y otra vez, ciego de impotencia.

Unos brazos lo sujetaron por detrás. Nicholas se zafó con un rugido y giró, la espada ya en movimiento. El choque del acero lo hizo retroceder.

—¡Nicholas!

La voz de su padre, airada y autoritaria, lo atravesó. En un acto reflejo, bajó el arma. Richard le arrancó la espada de las manos. Sin ella, la ira se extinguió, dejando un dolor insoportable. Nicholas se apoyó contra la pared húmeda.

—Se la llevará mientras yo estoy atrapado aquí.

La esposa del comerciante gritaba en la puerta. A su lado, el hombre, con el gorro de dormir en la mano, hervía de indignación.

—¡Mi cama! ¡La ha destrozado y casi incendia mi casa!

Richard se volvió hacia él, aún con la espada.

—Será compensado. Ahora váyase. Esto no le incumbe.

Los plebeyos huyeron escaleras abajo, maldiciendo a los nobles.

El vacío que Nicholas había sentido tras el silencio de Matilda regresó con más fuerza. Imaginar su muerte lo heló hasta los huesos.

Richard se plantó frente a él y le puso las manos en los hombros.

—Así que has entregado tu corazón —dijo con suavidad.

Nicholas no respondió.

—¡En marcha! —ordenó Osbert—. Esto no es asunto vuestro.

Martin se acercó a Richard.

—Teme que lady FitzGerald muera antes de entregar a Matilda.

—¿Lo hará? —preguntó Richard.

—Sí.

El frío recorrió a Nicholas.

—Que Dios condene a ese bastardo.

—Cuida tu lengua —replicó Richard con un tono casi afectuoso—. Cole, aún no todo está perdido.

Tenía razón. La necesidad de destruir a Gradinton ardió en Nicholas.

—Maldita sea —murmuró—. Todo Coudray está en FitzGerald. Mis fuerzas no bastan. ¿Qué estaba pensando?

Se llevó las manos a la frente. Había provocado aquello por aferrarse a Matilda. De pronto, comprendió que solo tenía hombres suficientes para expulsar a Gradinton. Empujó a Richard.

—Dejad esa cama. Vestíos. Armad a los hombres. Marchamos a FitzGerald.

—No puedes abandonar la corte —intentó detenerlo Richard.

—¿Por qué no? FitzGerald está bajo mi custodia por orden real —replicó mientras se vestía a toda prisa—. Has cumplido trayendo la noticia. Ahora déjame salvar a mi familia. Si intentas detenerme, hazlo bajo tu responsabilidad.

Richard echó la cabeza hacia atrás como si hubiera recibido un golpe.

—¡Maldita sea tu arrogancia! —rugió, y agarró a Nicholas por el pecho de la camisa para estrellarlo contra la pared.

Gruñendo de rabia, Nicholas empujó a su agresor, solo para encontrarse con la espada de Richard apoyada en su garganta. Aunque era más bajo y casi diez años mayor, estaban igualados en fuerza. Resistirse sería un suicidio estando desarmado.

La habitación quedó sumida en un silencio absoluto. Martin se retiró a un rincón y empuñó su espada. Osbert permaneció junto a la puerta, con las cejas alzadas, como si estuviera dispuesto a intervenir en favor de Nicholas.

—Escúchame o llama a tus hombres para que me maten —gruñó Richard—, porque solo el asesinato me hará callar. ¿Qué vas a hacer?

La ira hervía en Nicholas, pero la sangre pesaba más. Por mucho que hubiera jurado matarlo, no podía ordenar a sus hombres que alzaran la mano contra su hermano.

—Te escucharé —cedió con dureza.

Richard mantuvo la espada contra su garganta un instante más, asegurándose de que lo haría.

—Desde la muerte de nuestro padre te has empeñado en demostrar que no necesitas a tu familia. Ahora, cuando por primera vez sí la necesitas, prefieres perderlo todo antes que rebajarte a pedir ayuda.

La furia se disipó de su voz y Richard bajó la espada, relajando los hombros.

—Cole, no estás solo. Pídelo, maldita sea —casi suplicó—. Toma lo que anhelamos darte. Pídeselo a Godwin. Pídemelo a mí o, si no te atreves a aceptar mi ayuda, pídeselo a Robert. Incluso ahora, espera tu palabra.

Las palabras de Richard trajeron más confusión que consuelo.

—¿Robert? —dijo Nicholas—. ¿Por qué iba a ayudarme? Me llamó necio por comprar el cargo de sheriff y despreció mis esfuerzos por proteger a Matilda. No creo que vaya a socorrerme ahora que debo afrontar las consecuencias.

Richard sonrió.

—Lo juzgas mal. Cree que su deber es sustituir a nuestro padre y gruñir por nuestra estupidez. Los mensajeros de Godwin no solo vinieron a verme a Meynell, sino también a Beamont. Robert ha convocado a todos sus hombres para reunirse en Morven. Allí aguardará, como yo, a que le des la orden de marchar contra Gradinton en FitzGerald.

Una paz inesperada se apoderó de Nicholas. Robert vendría, Godwin también. Richard estaba dispuesto a ayudar.

—¿Tú también? —preguntó, mirándolo con asombro.

—¿No soy tu hermano? ¿No soy hijo de nuestro padre, igual que tú? —replicó Richard con una ceja alzada.

Nicholas resopló.

—Eso no dijiste la última vez que nos vimos. Te llamaste Alwynason, renegando de los Fenwick.

—Es cierto —admitió Richard—, pero muchas cosas han cambiado. He venido no solo a traerte este mensaje, sino a pedirte perdón. Fallé a nuestro padre al rechazarlo, y tenías razón al despreciarme. He decidido que es mejor ser el hijo ilegítimo de mi padre que el legítimo de cualquier otro. ¿Aceptarás mi ayuda?

Nicholas lo miró largo rato. En los rasgos severos de Richard vio el reflejo de su padre. Aquel hombre era su sangre, tan dispuesto como Godwin o Robert a dar la vida por él.

—Sí, con gratitud y con amor en mi corazón —respondió, sorprendiéndose a sí mismo al reír.

—Gracias —dijo Richard, sonriendo—. Ahora ve a disculparte con tu anfitrión. Yo partiré hacia Morven. Nos veremos en FitzGerald cuando hayas cumplido con tus obligaciones aquí.

Nicholas negó con la cabeza.

—No me quedaré mientras mi enemigo amenaza a la mujer que tiene mi vida en sus manos.

—No puedes abandonar la corte —objetó Martin.

—Tiene razón —añadió Richard—. No puedes irte.

Nicholas se ajustó la túnica.

—¿Qué puede hacer la corte? Los impuestos, los testigos, los hombres de Crosswell y mi ayudante están aquí. Si no comparezco, ¿qué puede hacer Hubert Walter sino exigirme la renuncia?

Las palabras cobraron sentido en cuanto las pronunció. Una euforia repentina lo inundó.

—Renunciaré —exclamó—. Liberarme de Crosswell sería un regalo.

Entonces comprendió el error de Gradinton y rio, lleno de esperanza.

—Ahí se equivocó Baldwin. Solo ve tierras y monedas. Cree que no sacrificaría mis ganancias por una mujer ni por mi hija. Nunca imaginó que lo haría.

Gradinton había apostado a que Nicholas no abandonaría la corte, dejando a Marion desprotegida. Incluso si llegaba un ejército, sin Nicholas al frente no sería más que un intento fallido.

En ese instante, Nicholas supo que la vida de Baldwin le pertenecía. Con Gradinton muerto, Marion sería libre. Entonces podrían casarse y dar a sus hijos un hogar digno.

—Podría tardar tanto en dimitir como en esperar la resolución —advirtió Richard—. Con suficiente plata quizá ganes un día o dos, pero lo justo será una semana. No sabrás cuándo partirás hasta el amanecer. Despidete de mí y nos veremos en FitzGerald.

—Richard —dijo Nicholas, animado mientras se ceñía el manto—, estamos rodeados de jueces del rey. William de Hereford duerme tranquilo al final de la calle. Ven conmigo y observa cómo, con ayuda de nuestro primo, el obispo acepta mi renuncia. Oswald no podrá negarse; mi recomendación contribuyó a su ascenso.

Se inclinó sobre los restos de la cama y encontró el collar en su bolsa. Cerró la mano alrededor de él como si fuera un augurio. Sacó la alforja de debajo del lecho y guardó la joya en su interior.

Richard negó con la cabeza.

—Mejor quédate tú. No estoy seguro de que Oswald me haya perdonado lo del otoño pasado.

—¿Te has casado? —preguntó Nicholas, sorprendido.

—El otoño pasado.

La noticia le produjo un amargo arrepentimiento. Sus tres hermanos se habían casado y él no había asistido a ninguna boda.

—Si no vienes, espérame aquí y cabalgaremos juntos —dijo Nicholas, volviéndose hacia Martin—. Vístete y acompáñame a presenciar el final de mi mandato.

Martin hizo una mueca, pero obedeció. Osbert recogió las ligas de Nicholas y se arrodilló para ajustarlas.

—Milord —dijo mientras trabajaba—, creo que mi tiempo en Crosswell ha terminado. ¿Tendría un lugar para mí en Coudray?

Nicholas sonrió. Hasta la llegada de Marion, Osbert solo le había mostrado desconfianza; ahora le ofrecía lealtad.

—Hemos recorrido un largo camino. Sí, claro que sí. Puede que el salario sea menor si fracasamos, pero la mesa es generosa y el salón magnífico.

—Eso esperaba —respondió Osbert—. Un lugar así es perfecto para mis últimos años.

Nicholas estrechó su mano, consciente de que, por primera vez en mucho tiempo, no estaba solo.



Las velas dispuestas en candelabros alrededor de la alcoba del obispo otorgaban a la estancia una luz casi diurna. Al igual que el resto de la gran casa de Hereford, las paredes estaban cubiertas por tapices enriquecidos por el trabajo paciente de conventos enteros. Allí donde la llama tocaba la tela, los bordados desplegaban colores profundos y detalles minuciosos. La enorme cama de William de Hereford estaba protegida por cortinas de lana gruesa para conservar el calor, pero sobre ellas se había superpuesto seda brillante, rematada con paños de hilo de oro. En una percha cercana descansaba el halcón del obispo. Despertado por el ruido de los visitantes nocturnos, giraba la cabeza encapuchada de un lado a otro, y las pequeñas campanillas de su pihuela tintineaban suavemente en el silencio.

En la mesa situada al fondo de la habitación, Oswald, primo de Nicholas, servía vino en una copa engastada de piedras. Seis años más joven que él, delgado y moreno, Oswald había prosperado en la vida. Su bata apenas era menos lujosa que los adornos del lecho episcopal. Se volvió hacia el sirviente que aguardaba en silencio en un rincón. El hombre bebió un sorbo, luego llevó la copa hasta la cama y se la ofreció a su señor. Los rubíes centellearon al reflejar la llama de una gruesa vela nocturna encendida junto al lecho de William.

Desde la penumbra, el prelado extendió la mano y aceptó la copa. El brillo plateado se mezclaba en su cabello y su barba oscuros, y descendía hasta su pecho desnudo. Sosteniendo el cáliz, volvió a reclinarsse en las sombras, manteniendo el mismo silencio que había guardado desde que Nicholas terminara su relato y presentara su renuncia. William giró lentamente la copa entre las manos, y el metal rozó el gran anillo de estado que llevaba.

Por fin se inclinó hacia la luz y alzó la mirada oscura hacia Nicholas.

—Es bueno ver que te has recuperado tan bien.

—Así es, milord —asintió Nicholas con una breve risa—. Y lo que es mejor, me he acostumbrado a ver con un solo ojo. Ya no derramo las copas sobre el regazo por estirarme de más y he recuperado mi destreza con la espada.

—Si rechazo tu renuncia, ¿qué harás? —preguntó William.

Nicholas se tensó.

—Tendrá que encarcelarme, o me marcharé.

—No es una idea agradable —murmuró el obispo—. No puedes permitirte irte, Cole.

Nicholas respondió con la familiaridad de quien había sido amigo y compañero de caza del padre de William.

—Si decido arruinarme, William, es asunto mío.

—Esto es un asedio, no un campo de batalla —replicó el prelado—. Haré que tu comparecencia se adelante. Puedes esperar una semana.

—Gradinton no solo ataca la fortaleza donde residen mi hija y la mujer con la que pienso casarme, me ataca a mí —respondió Nicholas, alzando la voz—. Pretende usar la ley para impedirme enfrentarlo como hacen los hombres honorables. Además, estamos en tiempo de cosecha, una estación consagrada a la paz. No hay honor alguno en sus actos.

William alzó las cejas.

—Ese argumento no me doblegará.

—Milord —intervino Oswald con impaciencia—, no vale la pena discutir con él. Cuando un Fenwick se enfurece, no ve nada más que su propósito. Si dice que debe marcharse, así será.

—Te quiero como sheriff, Cole —insistió William—. Has creado orden donde antes reinaba el caos.

Nicholas aprovechó la ocasión.

—Eso se debe más a este hombre que a mí. —Colocó una mano firme sobre el hombro de Martin y lo hizo avanzar—. La familia de la Bois está arraigada en la comarca. Sir Martin conoce a su gente y su tierra como nadie. Sus sugerencias han mejorado la recaudación y enderezado las cuentas.

William miró de uno a otro.

—¿Es cierto, sir Martin?

—Que mi familia está arraigada aquí, sí —respondió—. En cuanto al éxito... lord Coudray ha sido quien... —El codazo de Nicholas lo hizo carraspear—. Supongo que he sido de ayuda.

—Hubert Walter valora la continuidad —dijo William—. Si estoy convencido de que puedes mantener estos resultados, te venderé el cargo.

—¿A mí, milord? —Martin abrió los ojos—. No puedo pagarlo.

—Sí puedes. Con los beneficios de este año. Entrégamelos y el puesto será tuyo hasta la corte de Pascua. Si mantienes el nivel, fijaremos un precio definitivo. Si no, Cole volverá a ser sheriff.

—Milord, esos beneficios son suyos, no míos —objetó Martin.

—Ya no —replicó Nicholas—. Ahora pertenecen a William. Mis mejores deseos te acompañan. Milord sheriff, que seas feliz en Crosswell.

Nicholas estrechó la mano de Martin con fuerza.

Luego se acercó al obispo, se arrodilló y besó el anillo que le ofrecían. Al levantarse, William habló de nuevo.

—Coudray, continuarás como guardián de FitzGerald. Llévate a los hombres de Crosswell que puedas prescindir para restablecer la paz del rey en ese lugar.

Nicholas sonrió.

—Milord, le estoy profundamente agradecido.

El prelado resopló.

—Como debe ser. Cuando veas a Robert, dile que creo que estás tan loco como el bastardo de tu padre. Ahora vete y déjame dormir.

Capítulo 23

Reginald escuchó cómo el ariete impactaba contra la puerta de FitzGerald. El estruendo indicaba que la viga había atravesado por fin la gruesa capa de paja que los defensores habían colocado sobre la madera. Los vigías dieron la voz de alarma, pero Reginald se encontraba fuera del alcance de las piedras y flechas que llovían desde las murallas. Algunos de sus hombres gritaron de dolor, pero la mayoría de los proyectiles de FitzGerald rebotaron inútilmente contra los escudos y el techo de madera recubierto de piel del ariete.

En el breve silencio que siguió al golpe, la niebla descendió como un manto sobre Reginald. Su caída constante limpiaba el aire del hedor a sangre y muerte. Ocultos por la espesa capa gris que cubría el cielo, los graznidos de los gansos en vuelo resonaron a lo lejos.

Entonces, las gruesas cadenas que sostenían el ariete crujieron al tensarse para el siguiente impacto. Las piedras traquetearon en las hondas, las ballestas se tensaron. Los hombres gritaron órdenes mientras proseguían sus esfuerzos por derribar la puerta.

La catapulta junto a la que se encontraba Reginald gimió al tensarse su pesado mástil vertical. Una vez colocada una gran piedra en la honda, el ingeniero dio la orden. El mecanismo de bloqueo se soltó. El poste se alzó y chocó contra su tope con un estruendo que resonó por todo el campamento. La roca salió despedida y su impacto dentro de las murallas de FitzGerald apenas produjo un sonido apagado.

—Otro fallo, señor —dijo el ingeniero sin necesidad de explicaciones.

—Déjame pensar un momento —respondió Reginald.

—Tómese su tiempo, milord. Tenemos todo el día —repuso el hombre con una sonrisa amplia que, con sus grandes dientes y rostro alargado, le daba aspecto equino.

Mientras Reginald meditaba, una punzada de resentimiento lo atravesó. El plan de Gradinton había sido impresionante, incluso en su capacidad para encender el tono adecuado de indignación entre sus vasallos cuando relató los agravios que Coudray le había infligido. Sin embargo, el éxito dependía tanto de la ejecución como del diseño, y Gradinton carecía de la paciencia necesaria para llevarlo a buen término.

El resentimiento creció y, frustrado, Reginald clavó la mirada en la torre izquierda de la puerta de FitzGerald. Tras tres días de asalto, la parte superior de la muralla estaba destrozada. La empalizada yacía en la zanja, reducida a astillas de madera y huesos. Solo habría necesitado un día más de trabajo constante contra la torre para que toda la puerta cediera.

En lugar de eso, Gradinton había intervenido, asegurando que si las torres habían resistido tanto tiempo no caerían pronto. Había ordenado que el fundíbulo apuntara contra el salón de FitzGerald. Aquello no era más que un capricho. Quería asustar a las mujeres, incluso cuando todos sus hombres protestaron, advirtiéndoles que era una pérdida inútil de tiempo y de piedras.

La idea de destruir el lugar donde había nacido transformó el resentimiento en ira, y Reginald dejó escapar un suspiro áspero. Había llegado a FitzGerald preparado para perder lo que deseaba por obra del destino, no por una gestión torpe y mezquina. Pero, ¿qué otra opción le quedaba ahora?

Con resignación irritada, cerró los ojos y calculó mentalmente la distancia entre él y la muralla, y luego entre la muralla y el salón. Cuando obtuvo la cifra, se la comunicó al ingeniero de la catapulta junto con una nueva estimación de la dirección exacta.

Los hombres sudaron y empujaron al ritmo de las órdenes. De nuevo, el brazo de la catapulta descendió y se colocó una piedra en la honda. Esta vez, cuando la roca salió disparada, una explosión atronadora retumbó más allá de las murallas.

—Lo hemos conseguido —gritó el ingeniero, exultante.

—Así parece —dijo Reginald con amargura, observando cómo los hombres bajaban el brazo de la catapulta para el siguiente golpe contra su propio hogar.

—¿Sir Reginald?

—¿Sí? —respondió, volviéndose.

Tras él había un hondero con una bolsa de piedras colgada a la cintura. Su arma, una versión reducida de la honda del fundíbulo, pendía de sus hombros. Un muchacho delgado, de no más de catorce años, luchaba por zafarse de su agarre. Al ver al caballero acorazado, el chico quedó inmóvil, aterrorizado.

—Hemos encontrado a este asqueroso reptando entre nuestras filas. ¿Qué hago con él? —preguntó el hondero en un francés tan cerrado que apenas se entendía.

Reginald estuvo a punto de ordenar una muerte rápida, pero se contuvo al fijarse en el extraño aspecto del muchacho. El pelo castaño claro le había sido rapado casi hasta la piel. Al observarlo mejor, descubrió la causa: una cicatriz irregular y reciente, aún rosada, le cruzaba la coronilla. Le habían afeitado la cabeza para que el curandero pudiera cerrar la herida.

Aún inmerso en sus pensamientos, Reginald alzó la mirada hacia el rostro del chico. Bajo cejas muy marcadas, unos ojos marrones abiertos de súplica lo miraban con terror, y sus labios carnosos temblaban en una mueca de miedo. Había algo inquietantemente familiar en él.

Frunciendo el ceño, lo examinó con atención, buscando en su memoria el motivo de aquella sensación. El muchacho había alcanzado esa edad incierta en la que el niño empieza a fundirse con

el hombre que será. Aunque aún no tenía barba, sus hombros se habían ensanchado. Su complexión prometía, con el tiempo, el mismo pecho poderoso y las mismas caderas estrechas que las de Reginald.

Entonces llegó el reconocimiento. Era el rostro de Aymer lo que veía reflejado allí. Ante él se encontraba uno de los bastardos de su hermano, nacido en el pueblo. Intrigado por una súbita sensación de parentesco, Reginald ordenó:

—Pídele que explique su presencia.

Las palabras en inglés fluyeron a su alrededor mientras esperaba. Por fin, el hondero se volvió hacia él.

—Dice que su madre está muy preocupada por su hermano pequeño y su hermanastra. Cree que se han adentrado en nuestro campamento, por lo que lo ha enviado a buscarlos. Ruega que lo deje marchar, afirmando que debe regresar antes de que llegue su padrastro.

Reginald esbozó una leve sonrisa. Las palabras del muchacho confirmaban su sospecha: era uno de los hijos ilegítimos de Aymer. Saboreando el poder de vida o muerte sobre uno de los vástagos de su hermano, decidió concederle la vida aquel día.

—En este campamento no matamos a niños. No. Solo hay un niño al que matar, y ese bebé está dentro de las murallas de FitzGerald —comentó con ironía, más para sí mismo que para los demás. Luego ordenó al hondero—: Devuélvelo al pueblo y adviértele que mantenga las distancias. Su hermano y su hermanastra volverán por su propio pie... o no volverán.

Hizo un gesto para despedirlos y regresó a su tarea, satisfecho de su aparente clemencia.

Entonces, la satisfacción se disipó. ¿Qué obtendría realmente del asesinato, aparte de una mansión en ruinas y años de deudas para reconstruirla? Ya era demasiado tarde para dudas o

arrepentimientos. Escuchó sin emoción cómo otra piedra impactaba contra el salón de FitzGerald.



—Me he quedado ciego y sordo —dijo Henry, lord Morven, en su salón en penumbra, con voz agria.

La corriente de aire que entraba por la puerta susurró por la estancia como una condolencia tardía. Su aliento frío agitó los escasos paneles que cubrían las paredes de madera de Henry y avivó las antorchas fijadas en lo alto. Con un último suspiro, levantó el humo de la chimenea y lo hizo girar en espirales hacia el hueco del techo. De pie junto al hogar, el noble regordete cruzó los brazos y evitó mirar a su alrededor.

El suelo estaba cubierto de jergones donde los ejércitos de Lacy, Meynell, Beamont y Crosswell descansaban tras la marcha forzada. Henry mantuvo la vista fija en los cuatro hijos de Beamont.

—Si alguien sugiere alguna vez que los Fenwick vinieron aquí para hacer la guerra a Baldwin de Gradinton, yo y todos mis sirvientes juraremos que tal cosa nunca ocurrió. Ahora, ellos y yo abandonaremos esta sala sin querer oír nada que debamos olvidar.

Nicholas se dejó caer en el banco que había reclamado de la pila junto a la pared.

—Henry, aunque ya no soy sheriff, Hereford me ha enviado para mantener la paz —dijo, con la voz ronca por el cansancio—. FitzGerald es propiedad de la corte. Baldwin está infringiendo la ley.

—Maravilloso —gruñó Morven—. Se lo diré cuando venga a vengarse de mí. Mis fronteras son demasiado vulnerables para él.

Richard carraspeó.

—Cuando todo esto termine, Henry, debes venir a visitarme a Meynell. Será un honor mostrarte mi nuevo hogar y presentarte a mi

esposa.

Nicholas miró a su hermano mayor. Armado y demacrado por el cansancio, Richard se esforzaba por sonreír.

—Allí soy guardabosques.

—Un consuelo, Richard —respondió Henry. Aun así, se relajó—. Consideraré tu invitación. Ahora bien, si alguno quiere comer o beber, decidlo antes de que me lleve a los míos.

Godwin, el hermano menor de Nicholas, se recostó contra la pared tras él, estirando las largas piernas enfundadas en botas.

—Yo no quiero nada, gracias, Henry.

Alto y corpulento, con apenas veintidós años, Godwin tenía una voz profunda. En su rostro Nicholas encontraba el mayor parecido familiar. Bajo el cabello rizado y dorado, compartían la misma frente ancha y la misma nariz recta, aunque los ojos de Godwin eran de un azul más claro.

—Yo tampoco —dijo Robert, lord Beamont, vestido con una sencilla túnica leonada—. Anímate, Henry. Piensa en los amigos que ganarás entre los Fenwick gracias a este favor.

Solo cuatro meses más joven que Richard, Robert compartía la altura y complexión de Nicholas, pero era moreno, con ojos del mismo gris translúcido que los de Marion.

—Ya erais mis amigos —respondió Morven, con cautela.

Robert sonrió, una sonrisa idéntica a la de Nicholas.

—Henry, pareces una anciana parloteando. Ve a descansar y deja de preocuparte. ¿Acaso no somos hermanos de leche?

Henry resopló complacido, se dio la vuelta y salió. Sus sirvientes lo siguieron. Los leños crepitaban en la chimenea mientras Nicholas aguardaba a que se cerrara la puerta del salón superior. Cuando lo hizo, sonrió al círculo de su familia, incluido Aldric, el hijo de Marion, sentado a los pies de Godwin.

—Quiero daros las gracias a todos.

Robert miró a Richard y luego a Godwin.

—Por ser tu familia, espero. Cualquier otra cosa sería un insulto.

—Sí, por fin lo recuerdo —respondió Nicholas—. ¿Cómo va FitzGerald?

—Para eso debes preguntarle a mi escudero —dijo Godwin.

—¿A tu escudero? —Nicholas miró a Aldric.

Ya no era el niño lloroso del otoño anterior. Con el cabello castaño claro aún corto tras las heridas de abril, Aldric se sentaba ahora entre hombres hechos y derechos con una serenidad que hablaba del hombre en que se convertiría.

—Porque, milord, cada día entro en el campamento de Gradinton para observar el avance del asedio.

Nicholas alzó las cejas y miró a Godwin.

—¿Envías al heredero de FitzGerald al campamento de un hombre decidido a destruir esa casa?

Godwin rio suavemente, mientras Aldric sonreía con descaro.

—Nunca me conocieron en FitzGerald. ¿Y qué soldado sospecha de un muchacho harapiento del pueblo? —dijo Aldric en un inglés fluido.

Robert y Richard rieron. Nicholas miró a Godwin para que tradujera, pero este arqueó una ceja.

—Lo he entendido perfectamente.

—Buen chico —dijo Robert—. Cuéntale a Coudray lo que has visto.

—Lord Gradinton ha talado madera suficiente para rellenar el foso seco y construir un puente. Ha colocado el ariete contra la puerta y lo usa sin descanso desde el amanecer.

—¿Qué defensas oponen? —preguntó Nicholas.

Aldric negó con tristeza.

—Acolcharon el puente levadizo, pero cedió antes del mediodía. Lanzas piedras y pernos, pero son pocos. No tienen muchas opciones contra el ariete; la catapulta ya despejó la empalizada. Pero eso no es lo que más me preocupa.

Alzó la vista hacia los hombres que lo rodeaban.

—Mi tío, Reginald de FitzGerald, lidera a los hombres de Gradinton en el ataque contra lo que es mío.

Nicholas contuvo el aliento. Recordó el detallado libro de cuentas de Reginald. Gradinton conocía cada debilidad.

—¿Estás seguro de que es él?

La sonrisa de Aldric recordó a la de su padre adoptivo.

—Nos miramos a los ojos. Creo que no me reconoció; he cambiado un poco.

—Solo un poco, Jos —rio Godwin, apoyando su enorme mano en el hombro del muchacho.

Nicholas asintió. La necesidad de acabar con Gradinton crecía.

—Escuchadme. Estoy harto de su acoso. Cuando ataquemos, no pienso limitarme a ahuyentarlo. Quiero acabar con esto aquí y ahora. Si intenta retirarse, no lo dejaré. Busco su muerte.

Hubo un silencio breve. Godwin habló primero.

—Quien ataca, asume las consecuencias. Yo te ayudaré.

Nicholas miró a los mayores.

—¿Y vosotros?

—En batalla, el resultado está en manos de Dios —dijo Robert—. Si Gradinton no se rinde, no veo motivo para detenerte.

—Yo tampoco —asintió Richard.

—Entonces actuaremos al amanecer —dijo Nicholas—. La puerta no resistirá mucho más.

—No hay otra opción —convino Robert.

—El amanecer me viene perfecto —dijo Godwin, estirándose—. Será un placer luchar con mis hermanos y con Jos a mis pies.

—No llevarás al chico a la batalla —objetó Robert.

Aldric se puso en pie.

—Es mi casa la que destruyen y mi familia la que amenazan. Tengo derecho a defenderla.

—Bien dicho —aprobo Robert—. ¿Qué puedes hacer?

—Dame a los arqueros. Esa es mi fuerza.

Godwin rio.

—Su puntería es temible.

Nicholas pasó el brazo por los hombros de Aldric.

—Este chico tiene corazón de león.

Robert cedió.

—Haz lo que creas, Godwin.

Richard suspiró.

—Me hago viejo para esto. Tú disfrutas la batalla; yo solo veo trabajo y heridas.

Puso la mano en el hombro de Nicholas.

—¿Estás tranquilo?

Nicholas sonrió.

—Lo estaré cuando mi hija y mi esposa estén a salvo. Gracias a vosotros.

Robert lo observó con atención.

—¿Ya no buscas la muerte?

—Mañana lucharé por una vida larga y plena.

—Ven a Coudray por Navidad —añadió Nicholas—. Todos.

Robert rio.

—¿Para una boda, quizá?

Nicholas arqueó las cejas.

—Si sobrevivimos, no esperaré.

Richard sonrió.

—Entonces iremos. Solo la familia.

—Solo la familia —confirmó Nicholas.

Richard se retiró con sus hombres. Nicholas se levantó.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo Robert.

—Y yo a ti.

Nicholas fue a buscar su jergón entre los hombres de Crosswell, con el amanecer aguardándolo como una promesa.

Capítulo 24

Aunque el gris que los había acosado durante los últimos días solo se había aclarado un poco, Marion sintió que amanecía y se despertó de un sueño intranquilo. Durante la última semana solo había conseguido dormir una o dos horas por noche. La lluvia golpeaba el techo de la torre del castillo. Suave y constante, continuaba ininterrumpida mientras la noche daba paso al día. Respiró profundamente. El aire era frío, pero fresco, limpio por la humedad.

La mujer que dormía en el jergón junto a ella se movió, dejando caer un brazo sobre su señora. Marion lo apartó con cuidado. Si ya con sus mujeres aquella estancia resultaba sofocante, ¿qué ocurriría cuando la puerta cediera y se unieran a ellas los pocos que sobrevivieran a la defensa de FitzGerald?

A su espalda, Clare suspiró al despertar.

—¿Cómo estás esta mañana? —preguntó Marion. Una vez más, su prima había llorado en sueños.

Clare respiró temblorosamente mientras las lágrimas volvían a brotar.

—Nunca pensé que pudiera sufrir tanto —susurró—. Minnie, en toda mi vida él ha sido el único al que he amado, y no puedo ignorar lo que siento.

—Pero va a destruir FitzGerald —replicó Marion, girándose para mirarla—. Tú misma dices que viene por Simon.

El rostro de Clare estaba deshecho por el dolor.

—Lo sé con la cabeza, pero mi corazón no obedece. Saber que ya no me ama es más de lo que puedo soportar. No puedo explicarlo, solo sentirlo.

Marion negó despacio y apoyó la mano sobre la de Clare.

—El amor es una cosa extraña y cruel, ¿verdad?

Clare intentó sonreír y desistió al incorporarse. Su conversación había despertado a más mujeres. Johanna rezaba en voz baja, con un murmullo casi cantado, mientras acunaba a Simon. El hijo de Marion, normalmente tan alegre, había estado inquieto toda la noche. No dudaba de que la tensión que flotaba entre las mujeres lo había afectado.

No había tiempo ni motivo para vestirse. Todas habían dormido con la ropa puesta. Marion llevaba ahora un atuendo tosco, similar al de las sirvientas de FitzGerald. Sus vestidos y pertenencias más finas estaban guardados en un cobertizo, junto con sus esperanzas de futuro, que menguaban con cada golpe del ariete.

Humedeció el dobladillo de su sobrevesta en un cubo y limpió la suciedad que pudo. Luego se peinó y recogió el cabello en una única trenza. No tenía toca para cubrirse la cabeza. La decencia había cedido ante la necesidad, y los paños destinados al cabello se habían convertido en vendas para los heridos.

Un leve crujido llegó desde el rincón más oscuro de la estancia y el corazón de Marion se encogió por su pequeña. Pasando con cuidado entre las mujeres y rodeando a Johanna, se agachó junto a Matilda. La niña se aferraba a su muñeca, con el rostro apoyado contra la fría piedra.

—¿Mi abuelo nos tirará piedras hoy? —preguntó con una vocecilla.

—Ven, muñequita —respondió Marion, levantándola y estrechándola contra su pecho—. No es justo que Gradinton te use como moneda de cambio. Que arroje todas las piedras que quiera. No te entregaré.

—Quiero a papá —sollozó la pequeña, empapándole el vestido con lágrimas calientes.

—Yo también —admitió Marion con una sinceridad que dolía—. Ahora tengo que irme un momento, pequeña. Hay trabajo que hacer, pero volveré contigo.

Y volvería pronto, sin duda. Sir Gilbert había dicho que la puerta no resistiría otro día. Cuando cayera, todos quedarían atrapados en aquella torre, aguardando un auxilio que quizá no llegara. Si no morían de hambre —no con tantas provisiones bajo sus pies—, Reginald terminaría abriendo paso a la fuerza. Esa muerte sería más rápida que la causada por la enfermedad, porque con tanta gente hacinada, la peste era casi segura, y su hijo era el más vulnerable.

Marion alargó la mano hacia Simon, cuya cabeza asomaba más allá del brazo de Johanna, y deslizó un dedo por su cabello rubio y espeso. Solo Matilda sobreviviría, pensó con horror. ¿Y qué clase de vida tendría después de perder otra madre y otro hermano? El miedo a la locura heredada de Maud le cerró la garganta.

La desesperación, alimentada por días de piedras cayendo, madera astillándose y hombres heridos, la inundó por completo. Besó la cabeza de Matilda, se incorporó y avanzó entre las mujeres hacia la puerta, con Clare siguiéndola de cerca.

Al abrirla, ambas quedaron al borde del vacío. La escalera ya no existía. En su lugar colgaba una red de cáñamo, fácil de bajar y de izar tras cada retirada.

—¿Bajas tú primero, Minnie? —preguntó Clare, con la voz aún quebrada.

—Mira lo que ha hecho —respondió Marion con tristeza.

Bajo ellas, los restos de telas engrasadas cubrían la empalizada de la mota, protegiendo a los hombres demasiado heridos para seguir luchando. Los muertos yacían cerca de la puerta, rígidos e inmóviles. Más de la mitad de los defensores aguardaban

sepultura. Hogueras dispersas iluminaban la cima del montículo, y los hombres dormían envueltos en mantas, tan juntos como se atrevían, para combatir el frío húmedo de octubre.

En el patio de armas, el salón había dejado de existir. Las paredes se inclinaban en ángulos imposibles sobre el sótano de piedra y el techo yacía hecho pedazos. Cerca de la puerta principal, los escombros cubrían la muralla hasta tal punto que nadie podía caminar por ella con seguridad. La catapulta de FitzGerald estaba destrozada, pero la de Gradinton seguía erguida, amenazante.

Más allá de la muralla, Marion observó el ejército enemigo. Nada parecía mermar su número. Las hogueras eran tantas que el humo flotaba espeso sobre el foso. Apenas distinguía el ariete, agazapado sobre su puente de troncos.

Gracias a un extraño efecto acústico de la muralla, oía mejor a los sitiadores lejanos que a los hombres bajo sus pies. En el campamento enemigo, los soldados tosían al desperezarse, las cucharas raspaban ollas de hierro y alguien silbaba una melodía alegre, inquietante en aquel amanecer.

Más allá, el pueblo despertaba con cautela, aún incrédulo ante el desinterés del ejército por sus casas. Enmarcados por un bosque teñido de colores otoñales, los tejados de paja brillaban húmedos. Los campos arados mostraban la tierra negra y fértil, las manzanas se apilaban junto a las prensas, y ovejas y gansos pastaban en los rastrojos dorados.

—¿Cómo puede un mundo tan hermoso albergar tanta violencia? —murmuró Marion, viendo a las palomas alzar el vuelo en círculos tranquilos.

Volvió la mirada hacia lo que quedaba del jardín. Los guisantes y las judías habían desaparecido. El peral no era más que un amasijo de ramas rotas. Las lágrimas le llenaron los ojos.

—Creo que hoy será el día en que tenga que dejar marchar tanto a Marion como a Simon —dijo con una risa amarga—. Qué ironía. El final de mi vida será un reflejo exacto de mis peores

temores. Una vez más, un hombre me arrebató la felicidad con su poder.

—Estás haciendo todo lo posible —dijo Clare, sin verdadera convicción.

—No es suficiente —respondió Marion en voz baja, y comenzó a descender por la red.

Apenas había puesto el pie cuando el caos estalló. Gritos, órdenes, el choque de escudos. Las escaleras aparecieron bajo las telas protectoras. Las cadenas del ariete chirriaron.

Los vigías clamaban refuerzos. Marion saltó al suelo justo cuando el puente levadizo de la mota se cerró con un golpe seco. Los defensores corrieron al patio, empuñando ballestas y pértigas. Sir Gilbert encabezaba la carrera, vestido solo con gambesón y calzas.

El ariete golpeó la puerta y el estruendo sacudió la fortaleza. Cuando Marion llegó al acceso de la mota, Gilbert ya escalaba la nueva escalera. Los honderos de Gradinton lanzaron una andanada; los hombres de FitzGerald se protegieron tras merlones y escudos. Las piedras repiqueteaban contra el metal como granizo.

El ariete volvió a retirarse con un rugido. En lo alto de la muralla, los defensores avivaban las brasas bajo los calderos. El aceite y la arena, mantenidos a fuego lento durante la noche, ardían aún con fuerza. Sacos de cal viva pasaban de mano en mano hacia los puntos más débiles.

Marion corrió hacia la base de la muralla.

—¿Qué ocurre? —gritó a sir Gilbert.

Él asomó la cabeza, con una sonrisa feroz iluminándole el rostro.

—Gradinton cree que puede escalar las murallas.

—¿Y eso le hace sonreír? —exclamó ella.

—No —respondió, deslizándose hacia ella—. Sus hombres gritan que llega una fuerza de socorro. ¿Lo ve? —bramó—. Intenta entrar para usarlos como escudos mientras se protege del ataque.

Gilbert la sujetó por los hombros.

—Debemos lanzar todo lo que tenemos. Si logramos frustrarlo, bien. Si no, agotaremos nuestras reservas para que no pueda usarlas. Después nos retiraremos a la torre con nada más que esperanza. Ese es el dilema. Gradinton sacrificará hombres con tal de ganar altura. Tengo pocos para esta tarea. ¿Nos ayudarán sus mujeres?

—Sí —respondió Marion sin vacilar.

—Corra, entonces. Que cojan los escudos de los heridos. Sus arqueros no se detendrán.

El ariete volvió a golpear la puerta. Marion se giró y echó a correr.



Marion exhaló un suspiro de alivio y volvió a mirar a lo lejos. No había ni rastro de jinetes. Regresó de inmediato a la tarea que tenía entre manos.

Solo le llevó unos instantes comprender que debía esperar a que los hombres estuvieran ya sobre la escalera antes de empujarla con la pértiga para hacerlos caer desde la muralla. Si la escalera estaba vacía, los atacantes simplemente la alzaban de nuevo y la recolocaban. Solo cuando había cuerpos trepando por ella podía causarles verdadero daño.

Tardó apenas un momento más en darse cuenta de que pronto estaría exhausta. Un mechón de cabello se le pegó a la frente mientras luchaba contra el peso de tres hombres que ascendían con rapidez. Gritaron consternados cuando la escalera se ladeó. Los dos

de abajo lograron saltar, pero el tercero cayó de espaldas al foso seco, donde quedó inmóvil entre el creciente número de cuerpos que lo llenaban.

Bien.

Saltó hacia Clare para ayudarla con otras dos escaleras. Mientras su prima empujaba una, Marion rasgó la costura de una bolsa de cal viva. En la segunda escalera, los hombres ya alcanzaban la cresta. Se inclinó por encima del parapeto y volcó el contenido. La sustancia cáustica quemó los ojos del primero y le devoró la piel. Cayó gritando, arrastrando consigo a los que venían detrás. Los hombres aullaban mientras caían hasta que la escalera quedó despejada. Marion empujó con todas sus fuerzas. La madera se rompió al caer en el foso.

El ariete volvió a golpear la puerta. La catapulta rugió, anunciando un nuevo disparo.

—¡Al suelo! —gritó Marion.

Ella y Clare se agacharon tras un merlón. La roca silbó en el aire y golpeó la muralla con un estruendo que hizo temblar la piedra. Un hombre gritó y otro cayó en silencio hacia su muerte. Sin embargo, la piedra aplastó una escalera repleta de atacantes al caer. Un clamor de triunfo estalló entre los defensores, mientras los hombres de Gradinton gemían de rabia. El ariete volvió a embestir.

Marion se levantó de un salto y volvió a mirar el horizonte.

—¿Dónde estáis? —siseó, dirigiéndose a unos salvadores que no llegaban.

Abajo, junto a la muralla, un hombre alcanzaba la cresta, con otros cuatro tras él.

—¡Cuidado! —gritó a dos criadas que custodiaban esa sección.

Las mujeres rodaron un caldero hasta el borde. Cuando el hombre alzó la cabeza, volcaron el recipiente. El agua hirviendo cayó sobre él y los escaladores inferiores. Los gritos fueron inmediatos.

Perdieron el equilibrio y la escalera se desplomó. Las mujeres lanzaron la olla vacía contra otra escalera, llevándose a cinco hombres más en su caída.

Sir Gilbert combatía más abajo, cubierto con su cota de malla, el yelmo bien ajustado y la espada en la mano. La hoja, ya oscurecida por la sangre, volvió a cercenar una mano.

—¡Han retirado la catapulta! —gritó con alivio—. ¿Puede ocupar ese lugar, milady?

Marion corrió, agachándose tras su escudo mientras los honderos seguían disparando. El dolor la atravesó de pronto con tal intensidad que tropezó y cayó tras el merlón. Su pértiga se le escapó de las manos y se agarró el muslo. Donde creyó sentir una flecha, no había nada.

Con los ojos nublados por el dolor, se alzó las faldas. La piedra la había golpeado con violencia, dejando la piel abierta y una hendidura profunda. La sangre corría por su pierna.

—¡Ya vienen! —gritó sir Gilbert triunfante.

Marion se incorporó como pudo. Incluso ese gesto le arrancó un gemido. Del bosque surgieron los jinetes. El cielo gris no ocultaba el brillo de sus armaduras.

—Deshaceos de lo que queda —ordenó el castellano—. ¡Ahora!

El ariete golpeó la puerta una vez más. Se oyó un crujido terrible cuando la gran barra cedió. Las bisagras chirriaron, derrotadas. Un rugido de guerra se alzó entre las fuerzas de Gradinton.

—¡A la torre del homenaje!

La orden resonó en la mente de Marion. Intentó levantarse, pero la pierna no respondió. Las lágrimas le inundaron los ojos. ¿Cómo iba a llegar hasta la torre y proteger a sus hijos?

Reuniendo lo que le quedaba de fuerzas, se arrastró hacia la escalera interior.

—¡Minnie! —gritó Clare, corriendo hacia ella.

—Baja tú —jadeó—. Te seguiré como pueda.

—Me seguirás o te llevaré en brazos.

Clare comenzó a descender y extendió los brazos. Marion se dejó caer. Cada peldaño fue una agonía.

—Apóyate en mí.

Detrás de ellas, la puerta retumbó al ceder. Dos hombres lograron colarse entre los paneles. Uno cayó con un perno clavado en el cuello.

—¡Cierre la puerta tras usted! —gritó sir Gilbert mientras corría hacia los invasores.

Apoyada en Clare, Marion cojeó hasta el puente levadizo interior. Cuando cruzó, alzó la vista incrédula. No esperaba haber llegado tan lejos.

—Detente —dijo—. Debemos levantar el puente.

Cerca de la puerta, solo tres hombres rodeaban a Gilbert. Eran lo último de la defensa.

—No.

—Coge esa cuerda. Yo esta.

Clare saltó al lado opuesto. Dos mujeres regresaron para ayudar. Juntas alzaron el puente, pero el mecanismo se atascó. Nadie sabía cómo bloquearlo.

A través de la tronera, Marion vio a los hombres de Gradinton agolparse. Un grupo corrió hacia la mota con ganchos y una escalera. Reginald iba al frente.

—¡Atadlos! —jadeó Marion—. A la torre. No tardarán.

Antes de que llegaran al final de la red, oyeron cómo el primer gancho se aferraba al puente.

—Ve tú primero —ordenó Marion—. Si no puedo subir, tendréis que tirar de mí.

Clare obedeció. Marion puso el pie en la red. El cáñamo cedió bajo su peso y el dolor le arrancó un grito. Subió a rastras. El ariete golpeó una vez más y las bisagras de la puerta exterior se rompieron.

—¡La puerta ha caído! —gritó Clare.

Marion se aferró a las cuerdas. El cáñamo le abrasó las manos. Subió un peldaño más.

—¡Levantad la red!

La red se izó de golpe. Marion chocó contra la torre y algo la golpeó en el hombro. Vio estrellas. Se aferró con desesperación.

Cuando creyó que iba a perder el conocimiento, Clare y Johanna la agarraron y la arrastraron al interior. Otra mujer enrolló la red. La puerta se cerró de golpe. La oscuridad fue casi total.

Marion quedó tendida en el suelo, sin aliento.

—Atrancad la puerta —jadeó.

Un murmullo nervioso estalló en pánico.

—¡La barra ha desaparecido!

Los sollozos se extendieron.

—María, sálvanos —murmuró Marion—. ¿Hay algún hombre aquí?

—No, milady.

—Entonces... ¿alguien ha traído una espada?

Silencio.

Una risita nerviosa resonó. Luego el sollozo de una niña.

—Creo que no, Minnie —dijo Clare.

—Somos como un rebaño de ovejas —respondió Marion con amargura. Se tumbó boca arriba y gritó al techo—. Madre de Dios, estamos atrapadas. Si muero porque me has fallado, hablaremos largo y tendido cuando llegue a tu reino. Abre las puertas a nuestros salvadores. Salva a estas niñas indefensas.

Capítulo 25

El negro y robusto caballo de Godwin seguía fácilmente el ritmo de Passavant, un corcel más ligero que él. Los hombres de Crosswell y Lacy seguían a Nicholas y a su hermano menor, algunos a caballo y otros corriendo a pie hacia el campamento de Gradinton. Beamont y Meynell cerraban la marcha. Entre un grupo de hermanos y otro, cabalgaban Aldric y sus arqueros elegidos..

—Han derribado la puerta —advirtió Godwin, entrecerrando los ojos mientras observaba a través de la cortina de agua que caía sin descanso—. Mira hacia el foso.

Nicholas apenas distinguía a su hermano. La capucha de la cota de malla le cubría la barbilla y la frente, y el yelmo con nasal ocultaba el resto del rostro. Godwin se echó el gran escudo en forma de cometa al hombro y desenvainó la espada al pasar junto a las primeras tiendas exteriores.

Nicholas hizo lo mismo, ajustando el escudo largo en el brazo izquierdo. Aun siendo excelente, apenas protegía su flanco derecho, el más vulnerable. Ignorando el riesgo, gritó a Osbert:

—Avanzamos hasta la puerta. Deja a estos hombres con Lacy.

Los soldados de Gradinton surgieron desde detrás de carros, tiendas y barriles, intentando derribar jinetes de sus monturas. Nicholas embistió con el escudo, lanzando a un hombre al suelo. Passavant relinchó furioso y pateó con violencia, desatando su naturaleza salvaje.

—¡Alejadlos de Crosswell! —ordenó Godwin a los suyos, girando para protegerlos mientras se desplegaban alrededor de la

tropa de Nicholas.

Los soldados a pie cerraron el cerco. El choque del acero llenó el aire.

Nicholas clavó las rodillas y los talones para obligar a Passavant a avanzar cuando el animal habría preferido detenerse a luchar. El caballo cargó con todo su peso, arrojando cuerpos a su paso y pisoteando huesos rotos.

—¡Escudos! —bramó Osbert.

Nicholas levantó el suyo justo a tiempo. Una flecha se clavó en la madera. El silbido reveló que provenía de las murallas de FitzGerald. Aldric lanzó su silbido agudo y sus arqueros se cerraron en torno a él, avanzando hacia el borde del foso. Cuando respondieron con una andanada, varios hombres en lo alto de la muralla cayeron aullando.

Gradinton estaba cerrando las puertas.

—¡A FitzGerald! —rugió Nicholas, girándose de izquierda a derecha—. ¡No os detengáis!

Las bisagras chirriaron al moverse. El hierro chilló por encima del estrépito de la batalla. Una de las hojas se atascó.

Osbert apareció junto a él, ambos al borde del puente improvisado con troncos. Ante ellos, los hombres de Gradinton se apiñaban desesperados para refugiarse dentro, mientras los que ya estaban en el patio trataban de rechazarlos. Un gemido colectivo recorrió el puente. Todos salvo uno saltaron al foso. El último resbaló y cayó gritando sobre los escombros.

Las flechas silbaron. Bajo el ariete prendieron llamas, alimentadas por el aceite esparcido. La lluvia y la madera verde se resistían al fuego.

Sobre la puerta, tres arqueros se aferraban a los restos del muro, disparando flechas encendidas. Los hombres de Aldric abatieron a dos. El tercero disparó una última vez antes de caer.

Nicholas desmontó y corrió hacia el ariete. Passavant se volvió y cargó contra todo lo que se movía, amigo o enemigo. Nicholas se refugió bajo el techo protector del ariete y comprobó quiénes lo seguían: casi todos.

—Apagad el fuego —ordenó a tres—. Los demás, conmigo. Tirad del ariete.

No había forma de impedir que usara la máquina de Gradinton contra él. Los arqueros de FitzGerald desviaron el fuego hacia Beamont y Meynell mientras estos atacaban el campamento. Cuando Aldric volvió a disparar, incluso ellos retrocedieron.

Nicholas y los suyos tiraron con fuerza y soltaron el tronco. El ariete osciló y golpeó la puerta destrozada con un crujido definitivo. Las bisagras cedieron. Una hoja cayó, haciendo temblar el suelo. Los troncos se desplazaron bajo los pies de Nicholas. Dos hombres resbalaron; uno logró sujetarse, el otro desapareció en el foso.

La puerta se inclinó y cayó por completo. El acceso quedó abierto, aunque parcialmente bloqueado.

—¡A la puerta! —ordenó Nicholas a Osbert—. ¡Protegedla!

Godwin y los suyos corrieron hacia la entrada. Aldric los siguió con sus arqueros. Solo Beamont y Meynell seguían persiguiendo rezagados fuera de la muralla.

—¡A Coudray! —gritó Nicholas.

Robert alzó la espada en señal de respuesta. Richard giró su caballo.

—El puente está ardiendo —advirtió Richard—. Iremos cubiertos.

—Con nuestros escudos —replicó Nicholas—. Formaremos un pasillo.

—Un honor —sonrió Osbert.

Avanzaron encajando los escudos. Golpes de espada retumbaron contra la madera. Uno a uno, los hombres añadieron sus

escudos hasta que lograron irrumpir en el patio.

La lucha se cerró en un círculo. Nicholas hirió a un caballero y se cubrió para el contraataque. Entonces miró hacia la mota. La puerta superior estaba cerrada. No había escalera. La empalizada seguía intacta.

Triunfo. Gradinton no tendría rehenes.

—¡Mirad cuán pocos son! —se burló Baldwin mientras abatía a un hombre—. No toquéis a Coudray.

El corazón de Nicholas se encogió. Gradinton quería su captura, no su muerte.

—Voy a por Gradinton —dijo con una calma helada.

—Estoy contigo —respondió Osbert.

Abriéndose paso a golpes, obligaron a los hombres a retroceder. Baldwin huyó hacia el puente interior.

—¡Atacadlos! —rugió Godwin, y la marea cambió.

Nicholas respiró aliviado. Crosswell y Lacy presionaban ahora juntos.

—¡Gradinton! —bramó, lanzándose tras él.

—¡Sujétalo! —ordenó Baldwin, enviando hombres contra Nicholas.

—¡Cobarde! —rugió Nicholas, luchando para avanzar—. ¡Enfréntate a mí!

Baldwin se precipitó hacia la mota.

—¡A Crosswell! —gritó Nicholas desesperado.

Demasiado tarde. Los hombres de Baldwin cruzaron el puente interior. Una flecha abatió a uno. Otra clavó la cuerda del puente.

Nicholas llegó al pie del puente. El fuego y el humo llenaban el patio. No había tiempo. Cargó.

Espadas lo detuvieron, pero siguió avanzando. Derribó a uno, pateó a otro. Detrás de él, llegaron más hombres.

Gradinton se refugió al pie de la escalera de la torre.

—¡Sujétalo! —ordenó—. ¡Ya casi la tenemos!

Nicholas irrumpió en la cima de la mota. Sus hombres lo siguieron.

—¡Lucha conmigo! —gritó—. ¡No te escondas!

—¿Y morir por tu espada? —replicó Baldwin—. Solo quiero a mi nieta.

—Si te la entrego, la destruirás como a su madre —escupió Nicholas—. ¡Mátame o vete!

Las espadas chocaron. Nicholas golpeó con furia hasta hacer caer a Baldwin de rodillas.

—¡Sabías que Maud estaba loca! —rugió—. ¡Me utilizaste!

Los insultos encendieron la ira de Baldwin. Se levantó bramando y atacó. Las hojas se cruzaron. Baldwin retrocedió.

Desde arriba, las mujeres gritaban. Baldwin miró hacia la puerta abierta.

—Y ahora me voy —sonrió.

Nicholas alzó la vista. Reginald empujaba a las mujeres en la cámara. Una cayó al suelo con un grito que se apagó de golpe.

—No... —susurró.

—Mata a la chica —ordenó Baldwin—. Haz otro heredero.

El descuido fue fatal. Nicholas clavó la espada con toda la fuerza de su dolor. El acero atravesó la cota y las costillas. Baldwin se desplomó.

Nicholas retiró la hoja y la hundió de nuevo en el vientre del hombre.

—Maldito seas.

Godwin lo sujetó.

—No subas —le ordenó—. Si vas, la matará.

Arriba, el grito de Johanna atravesó la lluvia.

—No... no le hagas daño a mi hijo...

—Baja tú —ordenó Godwin, alzando la voz—. La batalla ha terminado. Si no les haces daño, vivirás.

El combate se apagaba. La lluvia seguía cayendo. Y Nicholas, con la sangre aún caliente en las manos, supo que lo que estaba en juego no era la victoria, sino el alma de todos ellos.

Capítulo 26

Notó un suave roce en la cara. Marion suspiró, saliendo lentamente de su sueño antinatural. Con el despertar volvió el dolor. El moratón del hombro le latía, pero la pierna le dolía con saña.

¿Cómo podía un simple guijarro haber causado semejante tormento? Sin embargo, durante la última semana había visto hombres con huesos destrozados y otros muertos por piedras lanzadas desde hondas. Era una bendición que lo suyo no fuera más que un golpe profundo.

Sí, una bendición... aunque doliera como un demonio.

Al pensar en ello, esbozó una sonrisa absurda. La curación dolía más que la herida. Qué pensamiento tan infantil. Y, aun así, seguía viva. Mientras su sonrisa se ensanchaba, ofreció a la Virgen tanto su agradecimiento como una disculpa por haber sido una sierva tan exigente.

—¿Qué te hace sonreír?

Como siempre, la voz de Nicholas era como música. Le acarició la mejilla con la yema de un dedo.

—El dolor.

La sonrisa se desvaneció cuando abrió los ojos.

Sobre ella no había un techo de piedra, sino seda teñida de rojo oscuro. De Gradinton. Nunca olvidaría ese color. Estaba recostada sobre un lecho cubierto de pieles y sábanas gruesas. El bastardo no había escatimado en comodidades.

Su mirada se desplazó hacia Nicholas, sentado en un taburete junto a la cama. Aún llevaba la cota de malla, manchada de sangre y barro, pero se había quitado el yelmo y la cofia. El amor la inundó con una fuerza que le cortó el aliento. Incluso así, marcado por la batalla, seguía siendo hermoso.

Dejó que sus ojos recorrieran su frente amplia, los pómulos altos, la firme línea de la mandíbula. Levantó la mano y siguió con los dedos la cicatriz más larga hasta que desaparecía bajo el parche. Nicholas giró la cabeza y besó su palma.

—¿Y por qué el dolor te hace sonreír? —murmuró contra su muñeca.

Un escalofrío recorrió a Marion ante esa caricia.

—Porque mientras duele sé que sigo viva. Al amanecer pensé que no lo estaría. Tú viniste.

La última frase fue casi un sollozo.

Él se apartó un poco para mirarla, frunciendo levemente el ceño.

—¿Dudabas de que lo hiciera?

—No —respondió con una serenidad absoluta—. Solo temía que no supieras cómo llegar a tiempo.

La comisura de sus labios se elevó en ese gesto tan suyo, dolorosamente familiar y precioso.

—Fue tu mensaje a Lacy el que me alcanzó. Y por eso te estaré agradecido toda mi vida. Sin mis hermanos no habría llegado hasta ti.

—yo no lo estoy menos —replicó ella, y entonces la tristeza se filtró en su voz—. ¿Y Sir Gilbert?

La sonrisa de Nicholas se ensanchó.

—Vive. Está gravemente herido, pero sobrevivirá. Dice que piensa recuperarse en Coudray.

Marion suspiró aliviada.

—Alabado sea Dios. Luchó con honor.

Guardó silencio un instante antes de atreverse a preguntar:

—¿Y Clare?

Nicholas negó lentamente, con una expresión confusa.

—Se fue con él. Todas dicen que lo hizo por voluntad propia.

—Por amor —susurró Marion, aún intentando comprender. Pensar siquiera en la muerte de Nicholas le abría un vacío insoportable en el pecho. Qué difícil sería seguir viviendo con un peso así.

Nicholas le tomó la mano entre las suyas.

—No pienses en eso. Piensa en lo que hemos ganado. Nuestros hijos viven. Nosotros vivimos.

—¿Matilda está a salvo ahora? ¿No volverán?

—Es nuestra. Gradinton está muerto.

Su sonrisa fue plena, victoriosa.

—Gracias a Dios —murmuró Marion, y añadió en silencio agradecimientos a la Madre de Dios, que esta vez había escuchado de verdad.

La sonrisa de Nicholas se suavizó. Se inclinó y tomó su boca con la suya. Fue un beso cargado de ternura. Ella respondió con el mismo amor que le llenaba el pecho. Pero pronto el cariño no bastó. Como si ambos lo sintieran, el beso se volvió más profundo, más urgente.

Marion jadeó cuando el deseo despertó con una intensidad que borró el dolor. Lo abrazó por el cuello y lo atrajo hacia ella. Le expresó sin reservas lo que necesitaba.

Nicholas gimió, un sonido grave que aceleró su pulso. Sus manos recorrieron sus pechos y sus pulgares rozaron los pezones sensibles. Marion gritó, ahogada por el placer. Él se estremeció y se

apartó de golpe. Ella le aferró las manos, negándose a perder su contacto.

—Por Dios, Minnie... te deseo —dijo con voz ronca—. Pero es hora de cumplir tu promesa. Matilda es nuestra. Cástate conmigo.

Marion fingió un gesto de disgusto.

—Qué imprudente fui al prometerte eso. Ahora no me dejas escapatoria.

—Ninguna —respondió él con diversión, entrelazando los dedos con los de ella—. Y como vencedor, elijo la fecha.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo?

—Dentro de dos semanas. Tiempo suficiente para organizarlo todo y publicar las amonestaciones.

La decepción se reflejó en su rostro.

—No. No pienso esperar tanto.

—¿Y qué otra opción tienes?

—Me casaría contigo ahora mismo.

Nicholas negó con la cabeza.

—La gente sospecharía. Pensarían que hay algo impropio.

—¿Y qué me importa lo que piensen?

Tiró de él hasta obligarlo a arrodillarse junto a la cama. Le rodeó el cuello y apoyó la mano en su pecho.

—Dos semanas es demasiado tiempo —murmuró, besándolo—. Te quiero conmigo. Tocándome. Amándome.

Él respiró hondo, vencido.

—Me rindo. Mañana.

—Una decisión sabia.

—¿Te conformas con una ceremonia sencilla y privada?

—Más que conformarme, la prefiero. —Sonrió—. Mis bodas anteriores fueron grandes y solemnes, y acabaron en desastre. Tú y yo hemos hecho esto al revés. Una ceremonia íntima significa empezar sin fantasmas.

La sonrisa de Nicholas se ensanchó, y sus ojos se oscurecieron de placer.

—Morven nos prestará su capilla, su mesa y una habitación decente.

—Perfecto —dijo Marion, trazando con los dedos el contorno de su sonrisa.

Capítulo 27

El ruido en el salón de Morven era ensordecedor, con tantos hombres tratando de gritar más que los demás. Desde su lugar en el centro de la mesa alta, como correspondía a una novia, Marion sonrió mientras observaba a Nicholas. Él se había reunido con sus hermanos y lord Morven en un rincón del salón, supuestamente para mantener una conversación privada. En cambio, estaban brindando entre ellos, celebrando tanto la boda como la victoria.

Nicholas vestía su atuendo de corte, cuidadosamente guardado en sus alforjas: un elegante traje amarillo ribeteado con tela dorada, un manto marrón forrado de visón y sujeto por una pesada cadena de oro. Hacían una pareja espléndida, pues ella también lucía sus mejores galas, rescatadas intactas del cobertizo tras el asedio. Sobre su vestido dorado llevaba un sobrevestido leonado de mangas largas. La lana era sencilla, pero Marion lo había bordado desde el cuello hasta el dobladillo con un intrincado diseño de hilos brillantes. En el cabello llevaba su mejor cofia, tan fina que apenas se distinguía, sujeta por un único peine en la coronilla. La cofia se ceñía al cuello gracias al collar de perlas y ámbar que Nicholas le había regalado como presente nupcial.

Cuando Nicholas levantó la vista, fue para buscarla. Marion se limitó a alzar las cejas, dejando que ese pequeño gesto le transmitiera cuánto lo echaba de menos. Él sonrió, se despidió de los demás y se dirigió hacia ella. Marion se sintió radiante de felicidad. Nicholas la anteponía incluso a su propia familia, y aquel gesto le recordaba cuán excepcional era el hombre al que había entregado su vida.

—Mi marido ha vuelto —comentó Marion a lady Morven, que se había sentado junto a ella mientras Nicholas estaba ausente.

La esposa de Henry de Morven era tan sencilla como su marido, pero, pese a su aspecto discreto, lady Adelicia poseía una calidez natural y un talento extraordinario para hacer que todo funcionara. En poco tiempo había convertido lo que podía haber sido una velada tensa en una auténtica celebración.

Ramos de flores y hojas otoñales adornaban los manteles. La comida, compuesta por cuatro platos en cada uno de los tres servicios, había sido exquisita. Aunque ya se enfriaba, el aroma de los clavos seguía impregnando el aire dispuesta ante Marion. Los músicos, o eso decían ser, ponían más entusiasmo que pericia en sus melodías. Adelicia incluso había cedido su propio dormitorio para instalar allí la cama intacta de Marion, como homenaje a la nueva pareja.

Lady Morven la observó con una sonrisa ladeada.

—Mi marido vendría corriendo hacia mí, con la lengua fuera como uno de sus perros, si yo lo mirara como tú miras al tuyo. Antes de dejarte a solas con él, dime qué opinas de nuestra niña y de tu muchacho.

La mirada de Marion se deslizó hacia el gran círculo que se había formado junto a la chimenea. Los músicos aceleraban el ritmo, obligando a los bailarines a pasos cada vez más rápidos. Aldric estuvo a punto de tropezar con la pequeña que bailaba con él.

Ysenda de Morven, con sus ocho años, tenía un rostro dulce, aunque no especialmente llamativo. Su cabello castaño era anodino y sus ojos del mismo tono suave. Sin embargo, poseía una risa contagiosa y una alegría sincera. Ysenda miraba a Aldric con una admiración evidente, y cada vez que lo hacía, el muchacho se sonrojaba hasta las orejas, como en ese preciso instante.

Marion rio.

—Creo que hacen buena pareja, o la harán cuando Aldric supere ese desdén que los chicos sienten por las niñas. —Su felicidad creció hasta ocuparlo todo—. Sí, ahora mismo estoy en paz con el mundo entero.

—Entonces te dejo con tu hombre. Avísame cuando quieras retirarte —dijo Adelicia, soltando una risita clara antes de unirse al baile.

Nicholas se sentó junto a su esposa en el banco que habían compartido durante la comida.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, rodeándole la espalda con el brazo y atrayéndola hacia él.

—Nada —respondió Marion, esforzándose por no sonreír.

Apoyó la cabeza en el hombro de su marido y le rodeó la cintura con el brazo. La fina tela de su túnica amarilla era suave bajo sus dedos.

Aquel simple contacto bastó para que la satisfacción se transformara en deseo. La oferta implícita de lady Adelicia, dispuesta a dejarlos retirarse, aceleró el pulso de Marion. La idea de cerrar las cortinas de la cama y aislarse del mundo hizo que la respiración se le agitara. Girándose ligeramente en sus brazos, presionó el pecho contra el de Nicholas y besó su cuello.

Él la abrazó con más fuerza, aunque de un modo todavía demasiado tierno para su gusto. Marion acercó los labios a su oído.

—Nicholas, me gustaría retirarme ya.

Él rio en voz baja.

—A mí también, pero no debemos ofender a nuestro anfitrión.

Aun así, su mano descendió desde la cintura hasta la cadera de Marion. Una oleada de calor la recorrió, prometiéndole placeres que no estaba dispuesta a aplazar.

—Me han dicho que la habitación ya está lista —murmuró ella contra su mandíbula.

—Al menos debemos fingir que respetamos las costumbres, amor.

Marion frunció el ceño. ¿De verdad pretendía imponerle convenciones después de todo lo que habían vivido? Entonces, una sonrisa lenta curvó sus labios. ¿Creía Nicholas que podía resistirse a su voluntad?

Recordando el día en que la camisa mojada de Nicholas se había pegado a su torso, Marion deslizó la mano por la suave superficie de su túnica, trazando el contorno firme de su pecho. Bajo su palma, el corazón de él se aceleró. La mano descendió. Nicholas la miró, primero sorprendido, luego con los ojos oscurecidos por el deseo. Se ajustó el manto para ocultar el juego. Cuando la mano de Marion se posó sobre su miembro, un rubor oscuro tiñó los pómulos aún bronceados de Nicholas.

—Dios mío —susurró él—. He entregado la propiedad de mi cuerpo a una provocadora sin remedio.

Ella rozó su boca con la de él.

—Así es. Hasta que la muerte nos separe. ¿Podrás soportarlo?

Su palma lo sustituyó todo. Nicholas cerró los labios sobre los de ella con un beso ardiente. Marion tembló al sentir cómo su cuerpo cobraba vida.

El banco chirrió cuando él lo apartó con el pie y la levantó sin esfuerzo. Marion lanzó un pequeño grito y se aferró a su cuello. Nicholas la sentó sobre su regazo.

—Basta. Es todo lo que puedo soportar —rio, con la voz rota.

La necesidad de él palpitaba contra su cadera. Marion emitió un sonido bajo, desesperado, y volvió a buscar su boca.

—Para, Minnie —suplicó él—, o nos avergonzaré a ambos delante de todos.

—¿Es eso una promesa? —susurró ella.

—¿Qué ha sido de la mujer recatada con la que me casé? — preguntó él, jadeando—. ¿No eres la misma que se indignó cuando vio su cabello suelto?

—Eso fue antes. Ahora soy tu esposa. No hay vergüenza en mostrar a mi marido todo el amor y la pasión que siento.

Nicholas se tensó bajo ella.

—Ven —ordenó Marion—. Llévame a la cama.

—Debemos esperar.

—Llévame a la cama, Cole.

Él cedió con un gemido.

—Me rindo.

—Mañana no —corrigió ella—. Ahora.

Nicholas alzó la voz.

—¡Silencio! ¡Silencio!

El salón quedó enmudecido. Adelicia ya estaba en pie, sonriente.

—Disculpa, Henry —dijo Nicholas—, pero es hora de la noche de bodas. Y si alguien protesta, lo mato ahora mismo.

El salón estalló en carcajadas.

—Bájame —pidió Marion—. Primero debo subir.

—Ni hablar —replicó él—. Si mis hermanos me atrapan, me retendrán horas. Son crueles.

—Entonces subamos —dijo Adelicia—. Yo me encargo del resto.

Nicholas no soltó a Marion mientras avanzaban hacia la escalera. Y Marion, con el rostro encendido y el corazón desbordado, supo que jamás había sido tan feliz.

Epílogo

La torre del homenaje de Coudray custodiaba la carretera real, que atravesaba un largo y fértil valle. La llanura estaba surcada por arroyos, y su extensión se dedicaba a campos y huertos, mientras que las colinas onduladas eran perfectas para el pastoreo de los rebaños cada vez más numerosos de la finca. Su cobertura forestal había sido talada hacía mucho tiempo para satisfacer las necesidades de los hogares. Lo que quedaba de esa espesa extensión era una línea azulada en la distancia, que contrastaba con el suave manto blanco dejado por la nevada de la noche anterior.

El invierno era mucho más frío allí, en el interior del norte de Inglaterra, y las nevadas habían comenzado después de los idus de diciembre. El cielo gris de aquel día auguraba más de lo mismo en las jornadas venideras. A pesar del aire gélido, Marion permanecía junto a la ventana de su solárium, aferrada a su manto, observando el mundo sereno que se extendía más allá de los muros de Coudray.

El humo se elevaba con pereza sobre las numerosas casas y cabañas que componían la gran aldea. No, aquel asentamiento ya no podía llamarse pequeño; era casi una ciudad la que había echado raíces allí. La gente iba y venía por las callejuelas estrechas, atareada en los preparativos de la víspera de Navidad. Sus ropas, en tonos rojos, azules y verdes, eran manchas vivas contra el predominio del blanco y el marrón.

Un nutrido grupo de niños patinaba en el estanque del molino, justo fuera de las murallas. Mientras los chicos se empujaban entre carcajadas, las chicas se cogían de las manos formando una larga cadena de faldas voladoras. De pronto, alguien lanzó una bola de

nieve desde la orilla y se desató la batalla; los dos bandos se unieron para enfrentarse a sus atacantes.

La puerta del dormitorio se abrió y se cerró a su espalda. Marion sonrió al oír a Nicholas cruzar el solárium hacia ella. Incluso antes de que la abrazara, se recostó contra su pecho y giró la cabeza para mirarlo.

Tenía el cabello recién lavado, brillante como el oro, y la barbilla recién afeitada. Como siempre, la armonía de sus rasgos aceleró el pulso de Marion. Lo observó con asombro, todavía sorprendida por la felicidad y el amor que había encontrado junto a él. Si un año atrás alguien le hubiera dicho que algo así era posible dentro del matrimonio, lo habría tachado de mentiroso.

—Mirar no hará que lleguen antes —murmuró Nicholas, frotando su barbilla contra la mejilla de ella. Sus hermanos, sus esposas y sus hijos tenían previsto llegar aquel mismo día, viajando todos juntos.

—No me queda nada más que hacer para los preparativos, salvo mirar —respondió Marion—. Además, hoy hace un día precioso.

Hacían una pareja espléndida, vestidos una vez más con sus mejores galas. El traje amarillo de Nicholas resplandecía bajo la luz tenue del solárium, del mismo tono dorado que la pesada cadena de oro sobre su manto forrado de visón.

Marion alisó el vestido bordado de color leonado con nerviosa expectación y acomodó el velo. Sus dedos se posaron un instante sobre el collar que Nicholas le había regalado, las perlas suaves y el ámbar cálido recordándole cuánto la amaba.

Como si adivinara sus pensamientos, Nicholas la giró entre sus brazos y rozó sus labios con los de ella. Por mucho que la satisficiera, la más leve caricia bastaba para despertar de nuevo su deseo. Marion rodeó su cuello con los brazos y le devolvió el beso.

La puerta de los aposentos femeninos se abrió de golpe y chocó contra la pared.

—¡Minnie! —sollozó Matilda al cruzar la estancia corriendo para hundir el rostro en las faldas de su madrastra. Aferrada a su pierna, lloraba como si el corazón se le fuera a romper.

Nicholas rio suavemente contra la mejilla de su esposa. Marion besó la piel marcada de su marido y se volvió hacia la niña.

—¿Qué te aflige, muñeca?

Matilda, vestida con su traje verde y manto forrado de zorro, cuyo dobladillo se había alargado para adaptarse a su crecimiento, alzó la vista con el rostro contraído por la tristeza.

—Johanna dice que Aldric se va a casar con Ysenda y que yo no puedo tenerlo. Haz que deje de decir eso.

—Johanna tiene razón —intervino Nicholas—. No puedes tenerlo.

La niña lo miró, incrédula. Tras un instante, se dejó caer dramáticamente sobre las esteras del suelo. Sus sollozos habrían resultado más convincentes de no ser tan exagerados.

Marion carraspeó y apartó la mirada para no alentar el espectáculo. Su atención vagó por la estancia, aquel lugar que desde su llegada se había convertido en el corazón de su nueva familia. Con cuatro ventanas auténticas abiertas en el grueso muro sur, era un espacio luminoso y alegre. La piedra había sido revestida con ladrillos, y los muros interiores, enlucidos y pintados con un patrón entrecruzado de amarillo sobre verde intenso. Solo un panel bordado presidía la estancia, colgado sobre la chimenea: la última obra de Clare, inconclusa, como su vida.

Los muebles de Marion, traídos de Nalder, armonizaban con los que habían pertenecido a la madre de Nicholas. Una gran silla de respaldo alto se encontraba junto al fuego para él; dos más pequeñas, con respaldos bajos y anchos, flanqueaban la cesta de hilos de Marion. El primer trabajo de Marion descansaba sobre el

brazo de una de ellas, mientras que el bordado de la niña se apoyaba frente a la otra. Dos mesitas ofrecían espacio para lámparas y la bandeja de la cena.

Tendida en el suelo, Matilda espiaba a sus padres desde detrás de los brazos cruzados. Al ver que no le prestaban atención, redobló su dramatismo, sin notar la llegada de Johanna con Simon.

El hijo de Marion avanzó a gatas por las esteras y se subió a la espalda de su hermanastra, palmoteando y gritando encantado.

—Para, Simon —protestó Marion—. Estoy demasiado triste para ti.

Nicholas se inclinó para coger al niño. Simon rio, mostrando una hilera de dientes, y trató de alcanzar el parche de su padrastro. Al no conseguirlo, se aferró a la cadena de oro.

—Te va a destrozar —advirtió Marion divertida.

—Mejor él que tú —replicó Nicholas, acunándolo—. Déjame culparle de todo.

Marion cerró la contraventana y contuvo el aliento. A mitad del camino que llevaba desde el extremo del valle hasta las murallas, avanzaba una numerosa comitiva a caballo escoltando un carro de viaje. Tres jinetes galopaban delante: un enorme corcel negro y dos palafrenes marrones. No había duda de que el negro pertenecía a lord Lacy. El corazón de Marion dio un vuelco. Si aquel era Lacy, la figura más pequeña era Aldric. El tercer jinete era una mujer.

—Ya vienen —exclamó emocionada. Cerró el panel y tiró del brazo de Nicholas—. Dale a Simon a Johanna y ven conmigo.

—Como quieras, amor —respondió él, entregando el niño a su niñera.

Los llantos de Matilda cesaron de inmediato.

—Yo también iré. ¿Recibiremos los regalos antes o después de comer?

—Mañana —respondió Marion con una sonrisa—. Y tienes el vestido arrugado y el manto torcido. Johanna debería arreglarte antes de bajar.

—Es Navidad —dijo Nicholas, levantando a su hija—. Déjala venir. Si se estropea el manto, me culpas a mí.

Marion suspiró y cedió.

—Ven, entonces.

Descendieron por la escalera de caracol hasta el gran salón. Marion se detuvo un instante para contemplar los preparativos: las mesas cubiertas con los mejores manteles, las copas dispuestas, las guirnaldas de abeto, tejo y hiedra, salpicadas de brillantes bayas de acebo. Las paredes, cubiertas con los tapices de la madre de Nicholas, transformaban la antigua sala marcial en un lugar de belleza. Los nuevos candelabros alejaban las antorchas de los tejidos delicados.

—Aquí todo brilla —dijo Nicholas—. Has hecho un trabajo magnífico, Minnie.

Los perros salieron al patio ladrando cuando ellos bajaban los escalones. El palafrén de Aldric atravesó la puerta interior; el animal se alzó y Marion contuvo el aliento, pero su hijo se mantuvo firme en la silla.

—¡He vuelto a ganar! —gritó antes de saltar al suelo.

—¡Aldric! —exclamó Marion, conteniéndose hasta que Nicholas la soltó.

Ella descendió los escalones y se quedó sin aliento al verlo de cerca. El niño había dejado paso a un joven. Vestido con cota de malla, casi tan alto como ella, su físico era ahora fuerte y seguro.

—¡Mamá! —abrió los brazos.

Marion lo abrazó y luego sostuvo su rostro entre las manos.

—María bendita, casi no te reconozco.

—Sigo siendo tu pequeño —respondió, sonrojándose.

Lord Lacy entró entonces en el patio.

—¡Cole! —gritó Godwin—. Llama a tus mozos para que vengan a por mi bestia.

—Te he vuelto a ganar —proclamó Aldric—. Pronto tendrás que venderme el potro de tu corcel.

Nicholas se acercó a Marion mientras Matilda corría a abrazar a su hermanastro.

—¡Aldric! —exclamó ella.

—¡Poppet! —la alzó en brazos—. Me alegro de verte.

—Debes decirles que nos vamos a casar —ordenó ella—. Y llévame dentro, tengo frío.

—No me gustaría ser tu marido —bromeó él—. Eres muy exigente.

Lady Lacy desmontó y Marion quedó sorprendida por su estatura. Los recién llegados se acercaron a sus anfitriones mientras Godwin abrazaba a Nicholas con fuerza, sellando una Navidad que, por fin, reunía a toda la familia.

—¡Bienvenido, hijo mayor de mi madre! —exclamó Godwin, levantando a Nicholas del suelo.

—¡Bájame, grandullón! —jadeó Cole, golpeándole los hombros con los puños.

Cuando Godwin lo dejó de nuevo en el suelo, Nicholas le dio una palmada más suave.

—Feliz Navidad, hijo menor de mi madre. Y a usted también, lady Sibyl —añadió, volviéndose hacia la mujer alta—. ¿Qué ocurre, milady? ¿Hoy no lleváis espada? —preguntó con tono burlón.

—Hoy no, milord Coudray —rio lady Lacy, echándose hacia atrás la capucha para saludarlos. Su cabello oscuro y rizado cayó libre, aunque solo hasta los hombros. No era una gran belleza; únicamente sus hermosos ojos color avellana la salvaban de la mediocridad.

—¿Una espada? —La pregunta se le escapó a Marion sin pensar—. ¿Por qué habría de llevar una espada?

Lord Lacy respondió con naturalidad:

—Porque es su mayor talento —señaló, y luego hizo una pausa, como si reconsiderara sus palabras—. No, su segundo mayor talento; el primero es...

Su esposa soltó un grito ahogado y le tapó la boca con la mano.

—¡Godwin! —se sonrojó intensamente.

Por encima de los dedos que lo sujetaban, los ojos de Godwin brillaron y arqueó las cejas.

—Es cierto —murmuró contra su palma, y luego tomó su mano con la suya, aferrándola como si no pudiera soportar soltarla.

Nicholas rio.

—¿Es cierto que deseas a tu esposa o que ella tiene talento con la espada? —preguntó, y luego miró a Marion—. Mientras estén aquí, deberíamos hacerlos combatir. Es impresionante ver a esta frágil flor dejar inconsciente a mi hermano. Te extrañé en el asedio de FitzGerald, lady Sibyl.

Sibyl se encogió de hombros con timidez.

—Godwin no me dejó venir. —Abrió la capa para mostrar cómo su vestido verde de viaje se ceñía a la redondez de su vientre—. Intentó enviarme en el carro con lady Aveline y lady Rosamund, pero no lo acepté. A veces me confunde con una mujer débil.

Aquella observación, claramente dirigida a Marion, fue acompañada por una sonrisa astuta.

—Jamás te insultaría de ese modo, Colette —protestó Godwin, atrayéndola hacia sí. Sibyl apoyó brevemente la cabeza en su hombro; su rostro sencillito se volvió hermoso por el amor que sentía por él.

Marion sonrió ante aquella muestra de afecto.

—¿Cuándo nacerá el bebé?

—Creo que a finales de abril.

Desde el patio interior llegó el tintineo de los arneses y el crujir del carro de viaje. Los perros corrieron hacia la puerta para recibir a los recién llegados.

—Godwin, yo subiría —dijo Nicholas con urgencia—. Milady, si no os importa...

Marion miró a Nicholas y luego a lord Lacy. Godwin se esforzó por no sonreír. Marion volvió la vista hacia su invitada.

—Por supuesto. Hay vino caliente y especiado esperando. Si no os encontráis bien, podéis retiraros a mi aposento y descansar allí.

—Muchas gracias, lady Marion —respondió Sibyl aliviada, y subió rápidamente las escaleras.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Nicholas cuando se hubo marchado.

—Robert —respondió Godwin—. Aunque él la perdonó hace tiempo, ella no lo cree y procura evitarlo.

—¿Qué hizo? —preguntó Marion, intrigada.

—Milady, Colette fue prisionera de Robert durante meses antes de que nos casáramos. A él no le agradaba que ella golpeará a sus hombres en sus intentos de huida —explicó Godwin con un tono deliberadamente despreocupado—. El insulto final llegó el día de nuestra boda, cuando me dio una patada en el estómago justo antes de apuñalarme con su alfiler.

—Casi me atropella al escapar —añadió Nicholas.

Marion miró hacia las escaleras, dividida entre el disgusto y una inesperada satisfacción. Finalmente, esta última se impuso.

—Me alegro de que esta mujer sea la madre adoptiva de mi hijo.

—¿Por qué? —preguntó Nicholas, sorprendido.

—Porque una mujer así nunca permitirá que Aldric la trate con desdén. Al exigir respeto, le enseña a concederlo también a otras mujeres, sobre todo a su futura esposa.

Tanto Nicholas como Godwin rieron.

—De eso no hay duda —aseguró Godwin—. Me he casado con una mujer peligrosa y, desde luego, la trato con el respeto que merece.

El patio se llenó ahora de hombres a caballo alrededor del carro. Los sirvientes de Coudray corrieron los paneles engrasados. Lord Beamont desmontó, reconocible por su imponente estatura. Más bajo que sus hermanos, lord Meynell se unió a él. Ambos vestían armaduras de cuero sobre túnicas oscuras y gruesas calzas de lana.

Dos mujeres descendieron del carro, ambas menudas y ocultas bajo capas oscuras, una de ellas con un bebé envuelto en mantas. Tras ellas venía un niño de la edad de Marion, saltando y canturreando.

El grupo se detuvo al pie de las escaleras. La capa de una de las mujeres se abrió, revelando un vestido escarlata con una ancha banda bordada en plata y oro en el dobladillo. La segunda mujer entregó su bebé a lord Meynell. Sus rostros seguían ocultos.

—Robert, Richard, bienvenidos a mi casa —saludó Nicholas.

—Feliz Navidad, Cole —respondió lord Beamont, con una sonrisa que suavizó su severidad—. Y a vos, lady Marion.

—Tío Nicholas —gritó un niño, adelantándose—. ¿Está Matilda aquí?

—Marion —dijo Nicholas—, este es Jordan, el hijo natural de Robert. Y sí, Matilda está aquí. Aldric la ha llevado arriba.

—Ven conmigo, Jordan —dijo Godwin—. Te llevaré al salón.

—Todavía no —le reprendió suavemente lady Beamont—. ¿Qué tienes que decir primero?

—Feliz Navidad —dijo el niño obediente—. Y gracias por invitarnos.

Luego subió corriendo las escaleras.

—Es inútil, Wren —rio Godwin.

Lord Beamont atrajo a su esposa hacia él.

—Nicholas, os presento a mi esposa, lady Aveline de Beamont.

Lady Aveline se echó hacia atrás la capucha. Era una mujer imponente, con ojos azul profundo y cabello negro como el ébano.

—Me alegra conoceros, milady —dijo a Marion—. Me contaron vuestra historia.

—Eso no fue lo que dijo entonces —intervino Robert—. Lloró y suplicó que no me fuera.

—Calla, Robert —le reprendió ella con una sonrisa—. Estoy siendo educada.

Marion se volvió hacia Nicholas.

—Todos son como tú —susurró—. Todos tus hermanos aman a sus esposas.

—Por eso debes culpar a mis padres —respondió él, besándole la frente—. Feliz Navidad. Pasad el día con nosotros.

—Sí —añadió Marion—. Venid y divertíos como debe hacer una familia.

Tomó del brazo a Rosamund.

—Ven, hermana. Lleva a tu bebé a mi solárium para que descanse.

—Es toda una maman —rio Nicholas mientras subían las escaleras.

La Navidad en Coudray había comenzado, rodeada de risas, niños, amor y la certeza de que, por fin, la paz se había instalado para quedarse.